
FUEGO
PROHIBIDO
SERIE BEAMONT 2
SARAH SCOTT

Fuego Prohibido

Sarah Scott



©SARAH SCOTT

Primera edición, 2025

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.



Un solo instante en sus brazos bastó para que comprendiera que la verdadera libertad era amar.

Rosamund FitzGerald siempre soñó con una vida diferente, pero la realidad le impuso un matrimonio lleno de abusos y silencios rotos. Marcada por su origen ilegítimo, creció entre expectativas ajenas y cadenas invisibles… hasta el día en que un hombre inesperado irrumpió en su destino.

En los brazos de **Simon Fenwick**, un bastardo como ella, Rosamund descubre lo que jamás creyó posible: ternura, protección y un amor que la hace sentirse libre por primera vez. Pero esa libertad tiene un precio. Su corazón late entre la dulzura de la pasión y el miedo constante a ser descubierta.

Cuando su marido y la poderosa Iglesia amenazan con arrebatarle todo, Rosamund debe elegir entre someterse al dolor de siempre o desafiar la muerte misma en busca de aquello que le pertenece por derecho: la felicidad y el amor verdadero.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Capítulo 1

Finales de junio de 1194

Suspirando bajo el peso de las telas húmedas en su cesta, Rosamund FitzGerald cerró los ojos y alzó el rostro hacia el sol, que brillaba alto en un cielo despejado. El aroma especiado de la tierra fértil llenó sus pulmones, mientras, desde la orilla del río, alondras y zorzales entonaban su canto. Mezclado con sus dulces voces resonaba el monótono zumbido del coro de insectos. A lo lejos, los bueyes bramaban y los hombres gritaban mientras trabajaban en los campos.

—¡Desagradecida! —la reprendió lady Matilda FitzGerald.

Sobresaltada, pues creía que su suegra no le prestaba atención, Rosamund abrió los ojos de golpe. Se volvió en el estrecho sendero para mirarla. De complexión ancha y baja estatura, Matilda se sostenía en su bastón. El odio surcaba de arrugas el rostro flácido

de la anciana y se encendía en la línea afilada de su nariz. Incluso los cabellos grises que se escapaban bajo el tocado parecían erizarse con altivez ofendida.

Los acuosos ojos azules de Matilda se entornaron y su boca se apretó, augurando una retahíla de reproches.

—Te concedo una mañana fuera de los muros y ¿así me lo agradeces? Arrastras los pies adrede para robarme más de lo que he permitido. —No importaba que la única razón de llevarla fuera fuese para lavar la ropa de cama; la viuda FitzGerald no confiaba en que sus sirvientes no hurtasen los valiosos paños de lino.

—Sebastian sabrá cómo me has maltratado hoy cuando regrese, puedes estar segura de ello —añadió la vieja con veneno en la voz.

Al oír el nombre de su esposo, Rosamund bajó la vista hacia el contenido de la cesta. No sería un reproche lo que sufriría si Matilda llegaba a descubrir que llevaba años rogando porque Sebastian no regresara jamás de dondequiera que fuese.

Aparentemente satisfecha con esa reacción humilde de su nuera, Matilda giró sobre su bastón y avanzó renqueante por el sendero cubierto de hierba. Rosamund la siguió arrastrando los pies.

A apenas unos metros de distancia, las murallas FitzGerald se alzaban entre los árboles, con su mezcla de madera y piedra cubierta de musgo, interrumpida por una puerta deslucida. No era la primera vez en los últimos doce años que el corazón de Rosamund se resistía a volver, sofocando sus sentidos. Dos horas de libertad no eran suficientes y nadie sabía cuánto tardarían en dejarla salir de nuevo.

De pronto, todo pensamiento de prudencia murió en ella y sus pies se clavaron en el polvo del camino. Naturalmente, fue en ese mismo instante cuando Matilda decidió mirar por encima del hombro. La furia encendió de azul sus ojos. Giró sobre el bastón y exclamó:

—¡Date prisa, vaca estúpida, o sufrirás mi castigo! —alzó el puño para asegurarse de que Rosamund comprendía que le prometía dolor. Luego volvió a girar y avanzó con paso pesado hacia la casa.

En lo más hondo de Rosamund se encendió una chispa de desafío. ¿Vaca, decía? ¿Y quién de las dos se parecía más a una res? Las comisuras de sus labios se elevaron. Con Sebastian lejos, era seguro permitirse una pizca de burla.

Torciendo el rostro en una mueca ridícula, se atrevió a avanzar tras su suegra imitando exactamente su paso renqueante, dolorido por la cadera. Tal como había previsto, Matilda volvió a mirar hacia atrás. Soltó un jadeo y giró de nuevo para encararse con la verdadera señora FitzGerald.

—¡Cómo te atreves! —bramó, indignada.

Rosamund parpadeó hasta que las lágrimas le llenaron los ojos. —¿Qué sucede, madre Matilda? Os lo ruego, decidme qué he hecho. —Su farsa concluyó con un lastimero quiebro en la voz, tras lo cual bajó la mirada hacia sus toscos zapatos de madera. Oh, cómo habrían reído las criadas FitzGerald en secreto ante tal representación.

—¡Estéril imbécil! —escupió Matilda, convirtiendo en maldición la mayor vergüenza de Rosamund. Un heredero era lo que Sebastian y su madre más deseaban, y lo único que ella habría entregado de buena gana.

—¿Por qué mi precioso hijo insistió en casarse con la engendrada de Benfield, una idiota con aires demasiado finos para su posición? Ni tú ni esos campos miserables valéis las monedas que

pagué por ti. Escúchame bien: llegará el día en que halle la manera de librar a mi hijo de ti —concluyó en voz baja y dura.

—Sí, madre, tenéis razón. Alguien tan inútil como yo no debería vivir.

Por más lastimero que sonara su sollozo, no sería suficiente. Rosamund tensó los hombros, preparada para el golpe. Pasó un instante en silencio, luego otro. Matilda no decía nada. El mutismo se prolongó tanto que la inquietud recorrió a Rosamund; nunca era así como se desarrollaban sus disputas. Al fin, se atrevió a levantar la vista con cautela.

La anciana se había detenido, mirando hacia el espeso bosque de hayas y alisos que cubría las colinas de la mansión FitzGerald. Fue entonces cuando Rosamund percibió el sonido lejano de una voz masculina, seguido del crujido de un carro y del apagado golpe de cascos.

—¿Quién osa traspasar mis tierras? —exigió la vieja dama FitzGerald, aunque no hablaba con nadie en particular. Sebastian y su madre defendían con puño de hierro su celosa intimidad y sus escasas posesiones, entre ellas Rosamund. Incluso a los mercaderes ambulantes, bienvenidos en casi cualquier lugar, los echaban con

severidad de la puerta FitzGerald, con la advertencia de no volver jamás.

El ansia de descubrir quién era la recorrió entera, aun reconociendo el peligro. Nada desataba más la furia de su esposo que otro hombre la mirase, o ella a cualquier hombre salvo Sebastian. Mordisqueándose el labio, vaciló. No cabía duda de que Matilda informaría a Sebastian de la llegada de aquellos forasteros; sin embargo, si olvidaba ordenarle a su «idiota nuera» retirarse tras los muros, nadie podría culpar a Rosamund por permanecer allí.

Con todo sigilo, depositó la cesta en el suelo y se deslizó a un lado, con pasos diminutos y mudos, hasta colocarse justo detrás de su suegra. Rezó para que la olvidaran y, acto seguido, contuvo el aliento ante la visión de los primeros visitantes que había visto en doce años.

El grupo salió del bosque a apenas unas varas de distancia. A lomos de un brioso palafrén, con jaeces y gualdrapa bordados en hilos metálicos, cabalgaba un joven de cabello negro. Su brillante atuendo —una túnica de montar azul y medias de escarlata— hablaba claramente de su rango. Una gorra verde oscuro y una capa

color roble otoñal, prendida con un broche dorado, completaban el conjunto.

Detrás de él marchaban cuatro hombres de armas. Cada uno vestía un chaleco de cuero endurecido con anillas de acero, llevaba espada al cinto y un casco metálico sobre la cabeza. Aunque sus caballos no igualaban la calidad del corcel de su señor, seguían siendo muy superiores a los de las caballerizas FitzGerald.

Tras ellos avanzaba un pequeño carro, casi ridículo, arrastrado por un buey lento, guiado por un campesino que blandía el aguijón tras su oreja. Demasiado reducido para transportar cosechas o mercancías, llevaba un armazón pintado de vivos colores, con rollos de lona dispuestos para cubrir la carga y dar sombra.

Por último, llegó un caballero solitario montado en un corcel imponente. Como el calor del día lo había llevado a quitarse el yelmo y el almófar, colgados ahora de la silla, se veía su cabello castaño y la barba recortada que marcaba con firmeza la línea de su mandíbula. Una cota de malla y calzas del mismo tejido metálico ceñían su cuerpo robusto, aunque el sobreveste sin mangas que cubría la armadura carecía de emblemas, igual que su escudo. No

obstante, había en su porte solitario algo que hablaba de su destreza con la larga espada que colgaba de su cinto.

Cuando el presumido joven advirtió la presencia de las mujeres, alzó la mano y el grupo se detuvo. Él y el caballero desmontaron y comenzaron a avanzar hacia ellas. Aunque el más menudo de los dos lucía atavíos más espléndidos, fue el caballero quien atrajo la atención de Rosamund. Frente a la belleza rubia y refinada de Sebastian, el rostro de aquel guerrero resultaba más tosco, anguloso. Su nariz, ligeramente torcida, añadía carácter. Bajo las cejas oscuras y expresivas, sus ojos… Rosamund contuvo el aliento. Eran pardos, pero encendidos con destellos dorados mientras la observaban con igual interés.

En el preciso instante en que sus labios se curvaban en un amago de sonrisa, Rosamund bajó la vista hacia sus zapatos. ¡Idiota!, se reprochó. ¿Y si Matilda había visto aquel cruce de miradas? La vieja le azotaría sin piedad. Saciada ya su necesidad de contemplar a los viajeros, no se atrevió a alzar la vista de sus zapatos y se conformó con escuchar.

Simon Fenwick, bastardo de Beamont, dejó escapar un aliento cálido de diversión. La mocosa lo había mirado con descaro mientras creyó que él no se daba cuenta. Con una arpía de aspecto tan siniestro por señora, comprendía su recato. Una lástima: lo poco que había alcanzado a ver le sugería que era una muchacha bonita, pese a su vestido de sayal y al tosco paño que le cubría la cabeza. Frunció levemente el ceño, sorprendido por una vaga sensación de reconocimiento, y la desechó cuando nada acudió a su memoria. Tal vez, a sus treinta y ocho años, se sentía halagado al pensar que una moza tan joven pudiera hallarlo interesante.

Aún los separaban varias varas de las mujeres cuando Oswald se detuvo. Simon se puso a su altura y le lanzó a su noble medio primo una mirada interrogante.

—Habla por mí, Simon —exigió Oswald—. Mi inglés no es tan bueno.

Simon ignoró el breve escozor que le causó la petición de su primo normando. No era la primera vez que algún pariente de su padre requería su ayuda con la lengua nativa de su madre. Se limitó a inclinar la cabeza, aceptando sin comprometerse del todo.

—Pregunta por su señor —prosiguió Oswald, señalando con la cabeza las humildes murallas FitzGerald mientras hablaba—. Quizá se les escape algo útil acerca de quienes mandan aquí. Bah, un lugar tan rústico difícilmente justifica la arrogancia altanera de su señor. ¿Qué apuestas a que la mansión tras esa puerta tiene techumbre de paja y muros de barro y estiércol, como los de los campesinos de lord Sebastian?

Ante esto, la mayor de las dos mujeres emitió un sonido indignado y clavó su formidable mirada en el empleado más preciado del obispo de Hereford.

—Soy Matilda FitzGerald, señora de este lugar —declaró, en el francés normando de la clase gobernante de Inglaterra—. ¿Con permiso de quién osáis traspasar mis tierras?

La sorpresa atravesó a Simon. No podía ser la madre de lord Sebastian. Volvió a escrutar el vestido remendado de la mujer y los mechones canosos que asomaban bajo el tocado raído. Ni siquiera los arrendatarios de las tierras de su medio hermano se vestían con tanta pobreza.

Miró a Oswald. El hermoso rostro de su primo había adoptado una expresión lisa, sin duda para ocultar que acababa de insultar a

la mujer en público. La reverencia que siguió fue cortesana, como si no hubiese nada extraño en hallarse con damas nobles ataviadas con burdo sayal y deambulando sin escolta por los campos. Simon soltó un resoplido, de súbita comprensión. Como las galas de Oswald y su parloteo constante, las maneras del joven eran una burla inocente del ídolo al que servía: el poderoso eclesiástico.

—Muy honrado de conoceros, milady —repuso Oswald al incorporarse—. Soy Oswald, administrador del obispo William de Hereford. Mi señor me envía aquí, a petición de lord Langley, para llevar a su esposa, lady Rosamund. Se requiere su presencia en el pleito que vuestro hijo ha presentado ante mi señor.

La doncella a la espalda de la anciana alzó la cabeza al oírlo. Su mirada resbaló sobre Oswald y voló de nuevo hacia Simon. Confusión y miedo se mezclaron en su expresión. Tan pronto como Simon advirtió su reacción, desapareció, y ella recuperó su postura servil.

—Qué desgracia que hayáis cabalgado tanto para tener que dar la vuelta sin más —replicó lady Matilda—. Mi nuera no va a parte alguna sino en compañía de mi hijo.

Oswald se irguió con rigidez. Las cejas oscuras se le fruncieron sobre unos ojos negros chisporroteantes.

—No os atreváis a negaros —amonestó—. El obispo William, señor feudal de vuestro hijo —pronunció esto con claridad para que no pasara por alto su importancia—, se mostró muy disgustado cuando vuestro hijo compareció solo, contra su mandato expreso de que lady Rosamund asistiera a la vista. Se me ha ordenado no abandonar este lugar si no es con la dama a mi lado.

La anciana se encogió de hombros, desinteresada.

—No me importan vuestros apuros. Ahora marchaos, y no os llevéis nada que sea mío al salir. Quienes roban los frutos de mi feudo lo pagan caro. —Al decirlo, alzó el bastón y apoyó la punta trabajada en mitad del pecho del joven, dándole un empujón leve pero elocuente.

Oswald dio un paso atrás y miró su traje caro. Hierbas y polvo blanquecino se adherían donde ella lo había tocado. Sacudió la suciedad y, acto seguido, extendió la mano. La luz del sol arrancó destellos a la gema del pesado anillo del obispo, que llevaba sobre el guante.

—Señora, mirad esto y sabed que tengo derecho a exigir vuestro acatamiento. Este anillo os asegura asimismo que lady Rosamund será conducida sana y salva ante mi señor. Por el bien de vuestro hijo, no desobedeced el mandato de vuestro señor feudal. Entregadme ahora a la esposa de lord Sebastian.

La viuda alzó las cejas y lanzó una mueca de desprecio.

—Bonitas ropas, vidrio reluciente y lengua ágil: eso es todo lo que tengo delante. No me mostráis ni un jirón de pergamino ni un sello de cera que pruebe vuestras palabras. Si el obispo William desea de veras hablar con la esposa de mi hijo, que venga aquí, como mi hijo pidió en primer lugar, y no permita que lord Beamont se gane su favor con caza y riquezas.

Dicho lo cual, giró sobre el bastón y se topó de frente con la joven que tenía detrás.

—Me olvidé de ti —soltó con acritud—. Zorra estúpida, no tienes más seso que una mosca. ¿No has aprendido aún el comportamiento debido a una mujer? Ninguna mujer recatada permite que la miren los forasteros. ¡Ahora, vete!

Como la muchacha no se movió, la viuda agitó la mano hacia las murallas, como si el gesto bastase para espolearla.

—¡Vete! ¡Fuera de mi vista! —gritó.

—No.

La única palabra de la joven apenas tuvo fuerza para ser oída.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? —La ruidosa sorpresa de lady Matilda se desvaneció en un boqueo mudo. Un respeto súbito afloró en Simon. Parecía que aquel era el día en que los cerdos echaban a volar en Langley.

—Quiero saber qué desea un obispo de alguien tan insignificante como yo —dijo la joven, en un francés sin acento, con voz trémula, como si le costara horrores pronunciar aquella increíble declaración. Durante todo el tiempo que habló, no alzó la vista de la punta de sus zapatos.

Simon la observó, tratando de conciliar a la criatura humilde que tenía delante con la imagen agria que lo había perseguido en sueños el último año. Él y Rosamund FitzGerald eran almas afines: criados para expectativas nobles, solo para perderlo todo por su origen bastardo. Al fin negó con la cabeza. Debía de ser una impostora. La mujer que veía no podía ser capaz de la encendida misiva que tachaba de burdo latrocinio el derecho de su hermanastra a heredar cuanto perteneciera a su abuelo.

Fue la certeza de que mentía lo que lo impulsó a acortar la distancia entre ambos. Quería verle el rostro cuando volviera a hablar.

—¿Sois Rosamund, esposa de lord Sebastian? —casi exigió.

Lady Matilda emitió un chirrido ahogado y volvió los ojos, redondos, hacia Oswald.

—¡Eh! —chilló—, vuestro hombre está demasiado cerca de ella. Hacedlo volver.

—Simon, ¿es la esposa de lord Sebastian o no? —preguntó Oswald, sin atenderla.

Un ruido frenético brotó del pecho de la anciana cuando la doncella alzó la cabeza. Simon contuvo el aliento. Ahora que estaban más próximos, no cabía duda. Santo Dios, era casi el vivo retrato de su madre, pese a la diferencia de años. Donde los ojos de Edith de Benfield eran de un verde claro, los de lady Rosamund eran a la vez verdes y azules, en un instante glorioso. Brillaban como gemas sobre la piel nacarada. Cabellos dorados, uno o dos tonos más claros que los de lady Benfield, se escapaban del tosco tocado y le acariciaban las mejillas suaves. Todo lo demás era idéntico: el arco de las cejas, los pómulos anchos, la curva delicada de la mandíbula.

—Soy la esposa de Sebastian FitzGerald —replicó Rosamund FitzGerald con calma a la pregunta del clérigo.

Simon se volvió para confirmar sus palabras.

—Oswald, hemos hallado a la esposa de lord Sebastian.

—¡No! —chilló lady Matilda, interponiéndose a empellones entre Simon y su nuera—. No, os equivocáis. No es más que la ramera del lugar, una fulana mentirosa que jadea por mi hijo. ¿Vestiría así algún señor a su esposa?

—No hay error —repuso Simon con suavidad—, y no tiene sentido que malgastéis el aliento en más protestas. Conozco a su señora madre.

—¿Estás seguro? —apremió Oswald—. ¿Podría darnos alguna prueba de que es quien dice ser?

Simon volvió a fijarse en la tímida mujer, solo para hallarla mirándolo con interés nuevo y vivo, en espera de su interrogatorio.

—Milady, ¿podríais decirme el nombre de pila de vuestra hermana?

Para su sorpresa, a Rosamund FitzGerald se le encendieron las mejillas y los ojos le tomaron luz de alegría.

—Aveline. Mi hermana se llama Aveline. Decidme —suplicó con dulzura—, ¿qué sabéis de mi hermana?

No hubo en su voz más que el anhelo por una hermana amada.

El alivio de Simon fue hondo, visceral. Por su dulzura y la honestidad del rostro, resultaba evidente que lady Langley nada sabía del pleito que se tramitaba en su nombre. Le había parecido deshonroso soñar e inquirir acerca de una mujer que intentaba arruinar a la esposa de su hermano. No se dio cuenta de que estaba sonriendo hasta que ella le devolvió la sonrisa. Su sorpresa por aquella muestra tan abierta de emoción se ahondó en una leve agitación del corazón. La imagen onírica que guardaba de lady Langley no había sido sino un pobre reflejo del fuego y el brío de su hermana; ahora, frente a la verdadera mujer, descubría que su inocencia apacible lo conmovía más de lo que jamás habría imaginado.

Se volvió hacia Oswald.

—Creo que no hay ya motivo para dudar. Y parece también que el obispo William acertó al sospechar que lady Rosamund no tenía mano en la demanda.

La mandíbula de Oswald se endureció.

—Así parece —espetó. Con voz plana e ira creciente, lanzó una mirada a lady Matilda mientras le decía a lady Rosamund—: Milady, os ruego que vengáis con nosotros a la corte del obispo.

—Malditos seáis, no la tendréis —aulló lady Matilda.

Antes de que Simon comprendiera lo que tramaba, la anciana giró sobre su muleta y la alzó como si fuera una porra. Sin palabra ni grito, lady Rosamund encorvó los hombros y dio la espalda. El bastón le golpeó el hombro con fuerza bastante para derribarla.

—¡No! —rugió Simon al verla caer. Se abalanzó sobre la vieja, le arrancó de los dedos nudosos la improvisada maza y la arrojó lejos. Cayó a varias varas de distancia.

Terror y odio se enmarañaron en los ojos azules de la anciana, que se volvió hacia las murallas de su casa.

—¡Aaay! ¡Venid, venid! ¡Me atacan! —gritó con una indefensión que no le era propia. Era un clamor calculado para llamar a las pocas fuerzas FitzGerald en auxilio de su viuda.

Fuera como fuese, cinco hombres de armas contra los que Langley pudiese reunir no iban a servir al propósito del obispo. Cuanto antes se marcharan, mejor. Amparado en las órdenes del

prelado, Simon se lanzó junto a la mujer caída. Mientras lady Matilda trataba de apartarlo de nuevo, él alzó a lady Rosamund en brazos y la acunó contra su pecho.

La anciana jadeó, escandalizada.

—¡Lujurioso! ¡Profanador! —tronó—. ¡La mancillas con su toque!

Simon le dedicó una mirada fulminante.

—Si deseáis quejaros, id a Beamont y decid al obispo William que Simon, el bastardo de Henry de Beamont, ha obedecido su mandato y le ha llevado a lady Langley.

Al oír proclamada su bastardía, los ojos de la anciana se endurecieron.

—Bastardo —bufó—. Haré que te despellejen vivo por lo que has hecho. Y si tu noble hermano cree que puede arrebatarme lo que es mío, será mejor que lo piense de nuevo.

Con un silbido de rabia, se volvió y cojeó hacia su hogar, braceando de furia a cada paso.

—¡A mí! —vociferó para espolear a sus rezagados—. ¡A mí! ¡Me atacan y los hombres de lord Beamont secuestran a la esposa de

vuestro señor!

Simon ya avanzaba hacia sus hombres.

—¡Ea, Oswald! Monta.

Mientras su primo corría hacia su espléndido caballo, Simon llevaba a lady Langley hacia su propio corcel alto. Sus hombres lo miraban, atentos a las órdenes que sabían inminentes.

—Tú te quedas —indicó a uno—, para proteger nuestro carro y al carretero como mejor puedas. Si os superan y os apuran, no resistáis. Dudo que hagan daño a quien esté bajo la protección del obispo, no ahora que tenemos lo que buscan. El resto, conmigo.

No fue hasta que estuvo listo para montar cuando se atrevió a mirar a la mujer en sus brazos. Para su sorpresa, no había lágrimas en sus ojos pese al golpe, que debía de doler. Lo observaba con mezcla de sorpresa y desasosiego.

—¿Vais a llevarme? —susurró, sin aliento.

—Sí —la tranquilizó, aunque todo su cuerpo estaba tenso, preparado para la pelea—, pero no temáis. Os juro que estaréis más segura conmigo que aquí. Ahora, arriba.

La alzó y la sentó de costado en su silla, con la espalda contra su escudo. Mientras ella se aferraba al arzón para afirmarse, Simon montó detrás. Era un pecado, lo sabía. Aun así, apretó contra su pecho a su cuñada y espoleó el caballo hasta el galope. Santa María, Madre de Dios, perdónalo: estaba perdidamente enamorado de la única mujer en la tierra más inalcanzable para él que ninguna otra.

Capítulo 2

Rosamund apoyó la cabeza en el ancho hombro del caballero y se deleitó en la firmeza de su brazo alrededor de ella. Su cuidado y su gentileza la envolvían. Pese a que era un desconocido y bien podía estar raptándola, se sentía más segura a su lado que en la casa de su marido.

El corcel bajo ella se lanzó de pronto al galope, el movimiento tan brusco que sus torpes zuecos de madera resbalaron de sus pies y se perdieron. El aire le azotaba el rostro, arrancándole el tocado, impregnado de aromas de lugares que jamás había visto y de cosas que nunca había hecho. Solo pensarlo arrancó una sonrisa a Rosamund. ¡Estaba libre!

En lugar de regresar al bosque, su captor guió a sus hombres hacia el sur, a través de los campos de centeno y trigo. Los campesinos gritaban contra la destrucción que causaban a su paso,

lanzándoles piedras y azadas. Solo cuando las tierras comenzaron a ondularse en suaves colinas se apagó la euforia de Rosamund.

Qué necia había sido. Aquel caballero la llevaba ante el obispo, donde también la aguardaba su esposo. Una vez el prelado se librara de ella, tendría que acompañar a Sebastian de vuelta a Langley. La alegría se tornó en miedo y abatimiento.

¡Oh, Dios misericordioso! Había llevado su juego de desafío demasiado lejos. ¿Por qué, por qué había osado identificarse? Matilda jamás se lo perdonaría y se encargaría de que Sebastian supiera que su esposa había abandonado Langley en brazos de otro hombre. Su furia y sus celos no tendrían límites. Y, en venganza por la desobediencia de Rosamund, Matilda no levantaría la mano para detenerlo, no esta vez.

El pavor se agudizó. Si su madre no lo detenía, ¿la mataría? Seguramente no. No era como si Sebastian quisiera herirla. O al menos, eso era lo que él decía. Después de cada incidente lloraba de vergüenza y le suplicaba perdón, jurando siempre que sería la última vez. Pero nunca lo era. Llegaría el día en que la golpearía hasta acabar con ella, todo mientras juraba que lo hacía por amor.

Rosamund cerró los ojos y hundió el rostro contra su hombro mientras el miedo devoraba cualquier otra emoción. Veinticuatro años eran demasiado pocos para morir. Ach, y todo había sido culpa suya; había pronunciado su nombre y aquel caballero la había tocado. La aceptación, oscura y apagada, se adueñó de ella. Ni siquiera Dios mismo podría librarla del castigo de su esposo por lo que había hecho.

—Nos siguen, Simon —la voz del clérigo interrumpió sus lúgubres pensamientos.

—Entonces seremos el zorro frente a sus sabuesos —replicó el caballero tras ella, con voz grave y serena. Tiró de las riendas hasta reducir la marcha, permitiendo que los demás se le acercasen—. Vosotros dos —señaló con el brazo libre a un par de hombres—, ir más despacio y hacia Benfield. —De un tirón brusco arrancó el tocado de Rosamund antes de que ella pudiera jadear—. Déjalo caer en tu camino y haz lo posible por convencerlos de que la llevas. Volver a Beamont cuando podáis. Robin, vienes con nosotros.

Mientras hablaba, giró bruscamente el caballo. Rosamund resbaló en la silla y, con un jadeo, se aferró a la cintura del caballero para no caer.

Él soltó un breve resoplido divertido.

—Bien hecho. No deseo perderos. Aferraos y os mantendré a salvo.

¡Ojalá fuera cierto! La pena se le agolpó, pero Rosamund la tragó. No, no malgastaría lo poco de vida que pudiera quedarle en lamentos. Desde ese instante hasta el momento en que enfrentara a Sebastian, solo importaba vivir. Se juró a sí misma que saborearía cada instante con plenitud.



Cuando dejaron atrás a los hombres FitzGerald, se detuvieron en un claro para dar resuello a los caballos. No quedaban sino dos de la partida inicial: Oswald, el hombre del obispo, y el caballero. Habían perdido al último soldado varias millas atrás, cuando su montura quedó coja. Oswald fue el postrero en apartarse entre los matorrales para aliviarse. Mientras aguardaban su regreso, el caballero le hablaba del llamamiento del obispo.

Era difícil concentrarse en sus palabras en un paraje tan hermoso. Del suelo húmedo se alzaba, bajo sus pies enfundados en

medias, una oleada rica de aromas. Encinas altísimas tamizaban el sol de media tarde hasta que todo dentro de la arboleda quedaba moteado y dorado. El enorme alazán del caballero lucía parches de luz y sombra —sudor y frescor—, resoplando y estremeciéndose mientras mordisqueaba retoños y hierba rala. A su lado, la montura menor del clérigo respondía con un arrogante cabeceo.

—…llegaremos a Beamont a primera hora de la tarde si podéis soportarlo.

Aquellas palabras captaron su atención. ¿Debía enfrentarse a Sebastian tan pronto? Un latigazo de temor despertó con el recuerdo de su última rabia. Los cardenales de los golpes habían tardado semanas en desaparecer. El miedo se disolvió en la necesidad de evitar otra paliza. Por desgracia, estaba casada con Sebastian. Eso significaba que no había lugar al que pudiera ir donde su esposo no pudiera reclamarla.

Desesperada por no seguir pensando en ello, Rosamund concentró la atención en el caballero frente a ella.

Simon: así le había dicho que lo llamara, sin título alguno delante del nombre. Rodó el nombre extraño en la lengua un par de veces y decidió que le cuadraba pese a su rareza. ¿Cuántos años

tendría? Sin duda, no más de dos decenas largas. Le gustaba su boca: labios bien formados, curvados apenas en las comisuras. La barba recortada no hacía sino realzar su belleza. Cuando él se movió hacia un parche de luz, el sol trazó sombra sobre la línea torcida de su nariz y encendió vetas de oro en su cabello castaño. Rosamund suspiró. ¿Cómo había podido considerar ordinario un rostro tan audaz?

De pronto, él enmudeció.

—Milady —dijo, inclinándose hacia ella con viveza.

Aquel movimiento agresivo le recordó demasiado a Sebastian; al instante, Rosamund cruzó las manos y bajó la mirada al tapiz mohoso bajo sus pies. Todos sus sentidos se tensaron, alzándose a una conciencia nueva y dolorosa mientras aguardaba su reacción. Lo oyó aspirar con rapidez. Se crispó, porque no lo conocía y no sabía qué podía presagiar aquello.

—Milady —repitió él, más suave esta vez—, ¿por qué no atendéis? ¿Preferiríais que fuese Oswald quien os lo explicase? —Una punta de desconsuelo tiñó su voz, como si su desatención lo hubiese agraviado.

Rosamund se atrevió a mirarlo de soslayo y halló la prueba de su involuntaria ofensa en la sombra de sus ojos. Haberle hecho daño le dolió en lo hondo. La necesidad de enmendarlo fue fuerte. Aun así, sabía que no convenía confesar la verdadera causa de su descuido; decir toda la verdad, sobre todo cuando tenía que ver con distraerse, solía ser el origen de su dolor.

Arriesgando mucho, alzó la cabeza para mirarlo.

—Perdonadme —murmuró, con toda sinceridad—. Habéis sido bondadoso y merecéis más de mí. Temo que vuestro arrebato al sacarme de allí me ha dejado la cabeza tan trastornada que no acierto a concentrarme.

Fue lo peor que pudo decir. Con el recuerdo de su salida FitzGerald llegó la certeza de la paliza que la aguardaba en su destino. Contra esa imagen, las palabras ansiosas se desbordaron sin querer.

—¡Ay, por qué permití que me llevarais! Debí quedarme en Langley. Ojalá todo esto no fuese sino un sueño; así despertaría para hallar que vos y esta cabalgada no eran más que una sombra en mi mente.

El rostro de él se ablandó por la compasión.

—Pobre muchacha, ¿estáis asustada? No hagáis caso de lo que dijo la madre de vuestro marido. Es cierto que Oswald tiene orden de conduciros ante su señor, el obispo William. ¿O teméis porque soy yo vuestro único protector? Sabed que estoy bien curtido en lides: casi veinte años he servido como maestre de armas de mi hermano. —Extendió la mano, la palma arriba, los dedos apenas curvados—. Tocad mi mano y confiad en mi fuerza.

Sorprendida por el total malentendido de su miedo, Rosamund no pudo sino mirar en silencio aquella mano desnuda, al llevar los guantes de malla metidos bajo el faldón del sobreveste. Tenía los dedos hermosos. Fuertes y flexibles, afinaban con gracia hacia las yemas: más dignos de un santo que de un guerrero.

¿Se atrevía a tocar a un hombre tan grande y poderoso? Alzó la vista tímidamente. Él le ofreció una sonrisa breve, que encendió luces suaves en sus ojos pardos.

A medida que se desvanecía el temor que él le inspiraba, despertó la curiosidad. ¿Era igual el tacto de un hombre que el de otro? Apenas concebido el pensamiento, el eco de la voz de Matilda, clamando indecencia, emergió de los recodos de su memoria.

La rebeldía prendió. Bien, Matilda no estaba allí, ¿verdad? Rosamund extendió la mano y posó los dedos en la áspera cuna de su palma.

¡Era distinto! Donde las manos de Sebastian estaban siempre húmedas, la piel de aquel hombre era tibia y seca. Su palma, dura y encallecida, ofrecía, sin embargo, una suavidad sorprendente al deslizarse su mano contra la de él.

Sus dedos se cerraron en torno a los de ella. A Rosamund se le disparó el pulso. Un calor súbito le subió a las mejillas.

Perdida en la sensación, giró la mano en la suya para alinear las palmas. Él entrelazó sus dedos. Al contemplar aquellas manos unidas, una tibieza extraña despertó en su interior, inquietante y, a la vez, dulcemente bienvenida. Aunque trató de dominarla, creció hasta parecer que la consumía. Asustada, se separó de del hombre y suspiró cuando la intensidad menguó, dejándola otra vez en calma.

—Rosamund —su voz sonó ronca y profunda al convertir su nombre en súplica.

Aturdida por el tuteo y por el tono íntimo, volvió a mirarlo. Su rostro se había ablandado. Era ansia masculina lo que encendía destellos dorados en sus ojos oscuros. Aspiró con miedo. Matilda

tenía razón: todos los hombres eran iguales. Usaban a cualquier mujer para saciar sus bajas necesidades. Simon solo había disfrazado su carne con gentileza; ahora la tomaría como lo hacía Sebastian. Atrapada entre la desilusión punzante y el terror de lo que seguiría, se quedó mirando, inerme, al caballero.

Una brisa fresca los envolvió, desordenando las hebras bien peinadas de su cabello oscuro. Los caballos resoplaron y piafaron. Él tendió los brazos hacia ella. Paralizada de miedo, Rosamund aguardó el asalto. Sus brazos la rodearon en un abrazo leve. A lo lejos, graznó un cuervo. Él abrió las manos sobre su espalda, una presión suave que la obligó a dar un paso más. Sus labios se entreabrieron.

—Que Dios se apiade de mi alma —susurró apenas.

Bajó la cabeza hasta rozarle la boca. La barba le raspó la mandíbula con aspereza blanda. Su boca fue suave sobre la de ella, una caricia callada, de sabor inesperadamente grato.

Los ojos de Rosamund se abrieron de par en par. Se le cortó el aliento. ¡No dolía!

Muy levemente, sus labios se movieron sobre los de ella. Un escalofrío la recorrió. Aquello era mejor que tocarle la mano.

Y, aun así, estaba mal, terriblemente mal.

¡Señor, y si Oswald los veía y se lo contaba a Sebastian! El poco hilo de esperanza que Rosamund guardaba de que su esposo pudiera perdonarle lo ocurrido ese día se hizo añicos. El miedo a los puños de Sebastian creció hasta imponerse al temor de lo que Simon pudiera hacer si ella lo rechazaba. Se atrevió a dar un pequeño paso atrás.

Simon solo suspiró, sin intento de retenerla. Sus manos descendieron por su espalda hasta posarse en las caderas. Confusa e indecisa, Rosamund lo observó en silencio cuando él abrió los ojos. El oro había desaparecido, dejando el pardo muerto y opaco.

—Perdóname —imploró en un hilo—. No tenía derecho.

Sus palabras la desarmaron. En ese instante, Rosamund supo que Matilda estaba equivocada. Aquel hombre no se parecía en nada a Sebastian.

De pronto, su tacto le fue grato y su cercanía dejó de asustarla. La necesidad de tenerlo más cerca la invadió. Pasó la lengua por los labios y saboreó el rastro de su beso. ¡Pensar que no había habido dolor! ¿Sería por eso que algunas criadas FitzGerald hablaban con ternura de sus hombres?

Simon la miró; el anhelo en su mirada era tan intenso que le dolió.

—Deberías haber sido mía —dijo con voz cargada de desesperación—. Ojalá hubiese sabido de tu existencia antes de que te casaras. De haberlo sabido, jamás habría permitido que otro te tuviera. Ver cómo te maltrata su madre me parte el corazón.

Atónita, Rosamund lo contempló. El miedo cedió a una punzada nueva. ¿Cuánto dolor se habría ahorrado si la hubieran entregado a aquel caballero y no al que la compró? Era como si le hubieran permitido atisbar el Cielo para cerrarle luego las puertas.

Él emitió un sonido hondo y sus manos ascendieron de nuevo desde sus caderas para abrazarla otra vez. Esta vez, Rosamund no sintió temor. Cuando sus brazos se estrecharon, rogándole que se acercara, se apoyó de buen grado en su pecho, las manos abiertas sobre el sobreveste. Fue ella quien alzó la boca hacia la suya. Sus labios se encontraron, los de ella cediendo bajo los de él, y, esta vez, halló gran deleite en el modo en que la besaba.

—¡Por los rizos del santo trasero de Cristo! ¿Qué es esto?

El alarido de Oswald retumbó en el claro. Las aves se alzaron, chillando, entre las copas. Su palafrén temperamental dio un brinco,

relinchando nervioso.

El pánico atravesó a Rosamund. Se soltó del abrazo de Simon y se volvió hacia el clérigo. Oswald seguía donde el estupor lo había clavado, la túnica azul recogida hasta mostrar las rodillas enfundadas en medias escarlata. Al sentir su mirada, ató a toda prisa el cordón de sus calzas y dejó caer la túnica.

Rosamund lanzó a Simon una mirada aterrada. Él negó con la cabeza.

—No temáis, ma petite —murmuró—, no por mí. Procuraré que no carguéis con culpa alguna.

Le dedicó una sonrisa fugaz y se encaró con Oswald.

Las cejas del clérigo aún se alzaban en su frente.

—Simon, no puedo creer lo que han visto mis ojos.

—Ojalá no lo hubieras visto —replicó Simon, sin asomo de vergüenza ni turbación—. Con todo, si decides contarle a su marido cómo obligué con crueldad a su esposa a sufrir mis atenciones, aceptaré la culpa y podrás cercenarme la cabeza.

Rosamund se estremeció de horror. Santa María, no sería solo a ella a quien Sebastian mataría por esto, sino también a él. El

miedo por sí misma se desvaneció bajo una urgencia nueva y desesperada por salvarlo del furor de su marido.

—No, no le creáis —exclamó—. Simon solo intenta librarme de mi pecado, cuando fui yo quien lo tentó. Madre Matilda sabe que soy Eva en carne. Ahora habéis visto pruebas de cuánta razón hay en su juicio. —Mientras mentía, cruzó las manos en súplica.

Simon le lanzó un ceño rápido.

—Milady, no debéis rebajaros por mí —dijo con aspereza—. Oswald, nada de esto habría sucedido si yo no hubiese desoído las advertencias del padre Anselm y pasado este último año conversando con lady Langley.

Pasmada, Rosamund giró hacia él.

—¿Qué clase de explicación es esa? Lo hacéis sonar como si hubiésemos sido amantes, cuando no os he visto antes de hoy —protestó, mirando de uno a otro para calibrar sus reacciones—. Os lo juro, Oswald.

—Él ya lo sabe, pequeña —intervino Simon, con una mueca de ironía—. Las conversaciones de las que hablo fueron todas imaginarias. Si mis pensamientos fueron impropios, jamás creí que

llegaría a conoceros. —Se encogió de hombros; el ademán, pensado como ligero, naufragó.

Aquella confesión frunció el ceño de Rosamund.

—¿Por qué habría de imaginarme nadie? No soy nada para nadie.

La expresión de Simon se endureció.

—Somos iguales, vos y yo —gruñó.

¿Iguales? Rosamund parpadeó, y entonces recordó sus palabras de despedida a Matilda. Él había nacido bastardo… y de algún modo sabía que ella también.

Su asombro creció. ¿Cómo podía saberlo? Ella lo había sabido por su padrastro, que le confesó estar juramentado a guardar el secreto de su verdadero origen. Cierto era que su madre no se lo había contado a nadie: Edith de Benfield se había negado siempre a reconocer su pecado, incluso ante la hija a la que marcó por él. ¿Cómo lo sabía Simon?

Un instante después, la sorpresa se apagó. ¿Qué importaba cómo? Lo único que contaba era que eran iguales.

Alzó la mirada hacia él y el asombro la bañó. Lo que veía en sus ojos era su corazón. Aunque el afecto de él hubiera nacido de la semejanza de sus orígenes, había cambiado. Con la mirada le decía que ahora la deseaba solo por quien era.

El anhelo de aceptar lo que él ofrecía la colmó. En su gentileza quizá habría hallado su propio valor. Pero no podía ser. Todo cuanto conocería de él serían aquellos instantes.

Como si compartiera aquella certeza terrible, los ojos de Simon se oscurecieron y él volvió la atención a Oswald.

—Diré que no serías el único pasmado al saber que me he conducido con tal desenfreno.

El clérigo emitió un sonido sarcástico.

—No es cosa que pueda despacharse con tanta facilidad. Quizá con oración y penitencia haya esperanza para tu alma, pero te vendría mejor siquiera un amago de vergüenza.

—¿Vergüenza? —bufó Simon—. No me avergüenza sentir algo por ella. ¿Quién no lo haría al verla maltratada por quienes deberían cuidarla?

—¡No! —bramó Oswald—. No te consentiré que minimices lo ocurrido con excusas.

Avanzó a zancadas, sujetó a Rosamund por el brazo y tiró de ella hacia los caballos en la esquina del claro. Solo cuando estuvieron cerca de las bestias se volvió hacia el caballero.

—Haces mal en hablarme con tanta osadía, presumiendo que nuestros lazos de sangre me harán callar.

La ira ensombreció el rostro de Simon.

—No me importa lo que digas ni a quién se lo digas —gruñó—. Dios me libre de que me ahorren nada por la asquerosa sangre de mi padre.

—¡Patán! —escupió Oswald—. Tus palabras deshonran a mi tío. Te quiso.

El mentón de Simon se alzó como si lo hubiesen golpeado.

—¿Qué sabes tú del corazón de mi padre? —rugió, con los hombros tensos y la mano aferrada a la empuñadura—. No: si muero y me condenan por lo de hoy, iré a mi destino solo y sin amparo, tal como mi padre dispuso.

La herida antigua de su voz rebotó en los troncos corpulentos y cortó a Rosamund hasta el alma. Reconoció en aquel timbre el escozor de la traición y supo de su dolor. Eran, en verdad, iguales. Fuese lo que fuese que su padre le había hecho a él, no difería de lo

que su madre había hecho con ella al casar a su hija bastarda con el monstruo FitzGerald.

Rosamund se zafó de Oswald y se dejó caer de rodillas en medio del claro.

—No —clamó, forcejeando cuando el clérigo intentó alzarla—, os lo ruego, no más. No soportaría que os hirieran o murierais por mi causa. —Las palabras se le quebraron en un sollozo.

La rigidez se deshizo en el caballero. Abrió la mano sobre la espada. En sus ojos oscuros brotó una tristeza sin esperanza.

—Perdonadme, milady —dijo quedo—. Debí guardar mis sueños para mí. Y, ante todo, no tenía derecho a viajar a Langley para medir la realidad con mis imaginaciones. Al hacerlo, os he herido contra mi voluntad. —Su voz se templó—. Levantaos, ma petite. Jamás debéis hincaros ante mí. No es debido.

—En eso sí aciertas —murmuró Oswald, pasando una mano bajo el codo de Rosamund para obligarla a incorporarse.

Una vez en pie, el hombre del obispo la rodeó con un brazo protector y fulminó con la mirada a su primo bastardo.

—Acepto tu disculpa en nombre de la dama —dictaminó con severidad—, pero no basta. Simon, por el bien de tu alma, debes

jurar que no volverás a tocar a lady Langley. Jura también que buscarás al sacerdote de Beamont y harás confesión cuando volvamos.

Simon asintió, breve, y volvió a cerrar la mano sobre la empuñadura.

—Lo juro —soltó, con palabras ásperas y amargas.

—Entonces me doy por satisfecho —dijo Oswald, con hondo alivio—. En cuanto a lo ocurrido aquí, creo que conviene al interés de mi señor que lo olvidemos todos. Vamos, milady; es hora de partir. Cabalgaréis conmigo.

Mientras él la llevaba hacia su montura, Rosamund miró por encima del hombro al caballero. Simon la miraba a su vez, pero con el semblante cerrado y la expresión apagada. No quedaba rastro de su cuidado, ni de la amargura contra su padre. Como ella, ocultaba el dolor en lo más hondo.

Rosamund soltó un suspiro triste. No era justo. En una hora escasa había conocido, y perdido, al hombre que debiera haber sido su esposo.

Capítulo 3

Aunque era casi la hora de Vísperas cuando Rosamund divisó su destino, el sol aún se alzaba alto en el cielo, tan cercana como estaba la festividad del Solsticio de verano. Al posar la mirada en el castillo de Beamont, todas sus cuitas dieron paso al asombro. Bañado en plena luz del día, el tejado de pizarra de la gran torre del torreón cuadrado relucía en un gris más oscuro que los sólidos muros que lo ceñían. Pegado a aquellos muros había más de lo que jamás hubiese imaginado. Era un mosaico apacible de villa y campo que se extendía desde las murallas de la población. A Rosamund se le escapó un suspiro de sorpresa. ¡Necio Sebastian, por haberse enemistado con un noble tan poderoso!

Una vez atravesaron la puerta de la villa, Rosamund se echó atrás contra el clérigo en reacción claustrofóbica. Había tantísima gente, vestida desde los paños más bastos hasta galas tan brillantes

como las del propio Oswald, que subía y bajaba por las callejas estrechas. Casas altas y estrechas, apiñadas unas contra otras, bordeaban ambos lados de las vías, alzándose muy por encima de su cabeza. El aire apestaba a tenería, matanza y guisos, mientras los gritos, los chirridos de carros, los rebuznos y las campanas le asaltaban los oídos. Bastaba para hacerla añorar la sencillez FitzGerald, sin importar lo que su retorno pudiera costarle en sangre.

La entrada al castillo se hacía por un muro tan grueso que la puerta formaba un túnel. Cuando el caballo cansado de Oswald salió por el otro extremo y entró en el patio exterior, Rosamund se tensó ante la idea de que Sebastian aguardara para abalanzarse sobre ella nada más cruzar. Y, aun pensándolo, soltó un resoplido desdeñoso. ¡Qué necedad! Sebastian no podía saber que llegaba justo en ese momento, no cuando, a todos los efectos, Simon la había raptado.

La pradera atrapada entre los dos cercos de muralla bullía con tanto color y movimiento como la villa a sus pies. El estrépito era pasmoso. Caballos amarrados pacían; ovejas y cabras balaban, y las vacas mugían en los corrales y apriscos que se derramaban como un laberinto por el patio. En jaulas había aves de toda calaña, de patos y gansos a pavos reales y jilgueros. En una de tantas barracas sin ventanas alineadas junto al muro interior, todas cubiertas de

techumbre de carrizo, trabajaba un herrero; su martillo marcaba un compás constante al tiempo que los fuelles suspiraban en grandes bocanadas. En el poco espacio libre que quedaba, los hijos de los artesanos del castillo reían y corrían en juegos.

La puerta interior no era tan gruesa como la exterior. Ya dentro del reducido patio segundo, Rosamund no pudo sino quedarse boquiabierta, el asombro anegando cualquier otra emoción. La torre del torreón era enorme, sus caras blanqueadas se elevaban muy por encima de sus cabezas, y la puerta estaba alzada un piso completo sobre el patio. Una empinada escalera de piedra se pegaba a su costado para dar acceso a aquel umbral. Como en el patio exterior, edificios se arrimaban al lienzo interior, pero estos eran de piedra y techaban en pizarra.

Cuando Oswald volvió su caballo hacia lo que, sin duda, era la caballeriza, apareció en el vano un anciano de cabello blanco como el invierno. Al ver a Simon, alzó una mano curtida en saludo.

—¡Simon! ¿Tan pronto en casa? —gritó en lengua vulgar—. ¿Dónde está mi carro?

Rosamund escuchó con interés, agradecida de entenderlo. La desconfianza de Matilda hacia sus siervos había sido el origen de las

lecciones de Rosamund en la áspera lengua de los campesinos de Inglaterra. Si Matilda no soportaba rebajarse a aprenderla, el cariño de Rosamund por aquellos mismos villanos la había hecho volverse diestra.

—Hemos traído a la dama y dejamos el carro para que nos siga —repuso Simon en el mismo habla—. ¿Dónde está todo el mundo?

Rosamund enarcó las cejas. ¿Todo el mundo? ¿Cómo podía haber aún más gente viviendo allí de la que ya había visto?

—De caza. No volverán en tres días —dijo el viejo, mientras dos mozos corrían a su lado: uno fue a coger la brida de la montura de Simon y el otro se acercó con más cautela al caballo de Oswald. Mientras Rosamund aguardaba a que el clérigo desmontara en torno a ella, el anciano siguió—. Gracias a Dios se llevaron con ellos a ese arrogante de lord Langley cuando partieron. —Por muchas que fueran las arrugas de su rostro, el ceño añadió más pliegues—. En mi alma, no sé cómo lo soportan con su pavoneo.

Rosamund ahogó una risa sorprendida. No era cortés reírse de su propio marido, si bien era cierto: Sebastian sabía pavonearse. Le siguió un contento sereno. No solo no estaba allí Sebastian, sino que no volvería en días. ¡Maravilloso! Tenía por delante días de libertad.

Oswald desmontó y Rosamund se deslizó de la silla, dejando que el clérigo la sostuviera al bajar.

—Venid —dijo él, con tono brusco—, el obispo William se complacerá con nuestro rápido regreso.

—Vuestro señor está ausente —dijo Simon, volviendo al francés normando de su padre—. Gareth me dice que han salido todos de caza y no volverán en los próximos días.

—¿Sin mí? —la exclamación de Oswald fue mohína.

Simon encogió apenas los hombros.

—Entonces cabalga y alcánzalos si lo deseas. Bien sabes dónde está el pabellón de caza de Robert.

Rosamund se endureció ante aquellas palabras. Si Oswald iba con el obispo, ¿no querría el prelado apresurarse a regresar trayendo a Sebastian consigo?

—No me dejéis —clamó, y se devanó los sesos buscando algún motivo para retenerlo a su lado.

Oswald le lanzó una ojeada y, al erguirse, miró a Simon.

—Tiene razón. No puedo dejarla sin compañía decente contigo —declaró, malentendiendo su apremio.

Simon soltó un aliento áspero, sorprendido.

—Oswald, me arrancaste un juramento respecto a lady Langley. Mi palabra siempre te ha bastado; ¿o este solo incidente ha borrado mis años de conducta honrosa?

Oswald dio un respingo, luego suspiró.

—Perdón, primo. Tienes razón. No tengo motivo para dudar de tu palabra. —Se le suavizó aún más el gesto—. Si están de caza, ¿por qué no vienes conmigo a gozar del lance?

—No puedo y lo sabes —replicó Simon, todavía con un punto de irritación—. El obispo William no tolera en su presencia a servidores como yo.

—Cierto —admitió Oswald con una mueca—. A veces me confunden tus dos oficios. ¿Por qué no recibir la caballería? Así podrías unirte a nosotros como miembro de pleno derecho de la familia.

Sobresaltada, Rosamund miró a Simon. ¿No era caballero? Que Oswald lo instara ahora a aceptarlo sugería que Simon lo había rehusado antes. ¿Por qué rehusaría el honor y el título quien ya vivía como tal?

El semblante de Simon quedó neutro, pero Rosamund reconoció la máscara: la usaba para ocultar el dolor que cargaba, del mismo modo en que ella fingía simpleza para esconder los propios. Su sensación de parentesco con él se hondo.

—No te entrometas en lo que pertenece a mi vida privada —dijo quedo—. Cuando mi padre omitió poner por escrito lo que me prometió, me dio el derecho a decidir por mí mismo. Y así lo he hecho al negarme. Déjalo estar.

Oswald solo se encogió de hombros.

—Esta bien, pero eres un necio al hacerlo, del mismo modo que yo lo soy por quedarme aquí disputando contigo en lugar de correr al pabellón. Milady. —Le hizo a Rosamund una breve inclinación y echó a correr por el patio hacia las escaleras que daban acceso al gran salón.

La inquietud se alzó en Rosamund al verlo partir.

—No —le llamó—. Si vais con ellos, sabrán que he llegado y volverán.

—No es probable —dijo Simon con un resoplido tranquilo—. El obispo William vino a llamar a nuestra puerta porque le hace agua la boca con las piezas que viven en el coto de mi medio hermano. Si el

prelado dice que no volverá en tres días, salvo que cielo y tierra se conmuevan, no volverá.

Rosamund lo miró, la esperanza pugnando por alzarse mientras ella se empeñaba en contenerla.

—¿Estáis seguro? —inquirió.

—Por completo —respondió, regalándole una sonrisa breve—. Venid, milady. Entrad en el salón de Beamont y tomad descanso con vuestra hermana.

El pasmo devoró sus cuidados.

—¿Qué? ¿Mi hermana está aquí?

Simon suspiró.

—Sí. Vuestra hermana está casada con mi medio hermano, el señor de Beamont.

La explosión de alegría ante la idea de ver a su hermana tras tantos años chocó de inmediato con una verdad devastadora. Tomó una bocanada doliente cuando el beso compartido en el claro se le antojó peor que adulterio.

—No puede ser. Si nuestros hermanos están unidos en matrimonio, somos como hermano y hermana.

Simon asintió con un gesto breve y duro.

—De ahí que Oswald me mande buscar al sacerdote de Beamont y pedir penitencia. —Su voz fue plana; sus ojos oscuros, llenos de tristeza.

Rosamund alzó de nuevo la vista a su rostro, repasó la línea torcida de su nariz y el leve alza de sus comisuras. El recuerdo de su gentileza, de cómo sus labios le habían dado placer, la cubrió. ¿Cómo podía ser pecado lo que habían hecho? Desde lo más hondo susurró una voz: medio parientes. Rosamund sonrió al hallar la respuesta y repitió en voz alta lo oído.

—Solo somos medio parientes. Fueron las mitades no emparentadas las que se besaron. —Hasta ese instante no había comprendido qué capaz de pecar podía ser.

Los ojos de Simon se abrieron a su ocurrencia, y destellos dorados prendieron en su hondura. Se le dulcificó la expresión.

—Debería daros vergüenza, milady —rio apenas—. Sospecho que a Oswald no le valdría tal argumento. Por mi parte, os doy las gracias por la absolución que me concedéis.

—Y yo os doy las gracias por vuestra bondad —repuso ella, con timidez súbita—. Me habéis robado a Matilda y me habéis traído a

salvo. Y me habéis dado tres días enteros de libertad con mi hermana, cuando creí no volver a verla. No hay bastantes palabras para expresar lo que os debo.

Él aspiró hondo y retrocedió, como si la hubiera tocado con la mano.

—No digáis más —siseó—. No lo soportaría. Ahora, os ruego que me precedáis al salón, para poder decir que os vi llegar a salvo a la casa de mi hermano.

Con la cabeza inclinada, lidiando con el oleaje propio de sus emociones, obedeció y cruzó el patio hacia la escalera del torreón. Un porche techado de piedra protegía el rellano superior y la puerta del salón. Al franquear el vano abierto, se detuvo apenas dentro, a mirar, bobalicona como se sentía.

La estancia parecía prolongarse sin fin ante ella, el suelo cubierto por una capa espesa de juncos. Telas pintadas recubrían cada pulgada de los muros, mientras, sobre dos losas de hogar gemelas situadas a igual distancia del centro, ardían pequeños fuegos —luz más que calor en aquel día templado—. Vigas macizas, pintadas en vivos rojos, verdes y amarillos, enmarcaban la mitad del techo. La otra vertiente desaparecía tras un frente de madera

rematado en balcón. Rosamund frunció el ceño ante aquella caja volada sostenida por arcos de piedra que arrancaban del suelo, pues jamás había visto cosa igual.

Cuando Simon se reunió con ella en el umbral, su necesidad de saber qué era la llevó a posarle una mano en el brazo.

—¿Qué es aquello? —preguntó, señalando.

Él se separó de su contacto.

—No debéis tocarme —advirtió, con un deje de alarma—. He jurado.

Rosamund apenas le prestó oído, repitiendo:

—Allí arriba, ¿qué es?

—Ahí guarda mi hermano sus aposentos privados: el solar, la cama y las estancias de las mujeres —explicó, concediendo al artilugio apenas una mirada.

¿Aposentos privados? Rosamund se quedó pasmada. En Langley vivían todos en una sola pieza, de la mitad de tamaño que aquel salón. Había cortinas alrededor del estrado donde Sebastian tenía su colchón; los demás, ella incluida, descansaban sobre el piso apisonado, con Matilda acaparando el sitio más cercano al hogar.

—Lady Langley —dijo Simon, llamando su atención. A su lado se hallaba ahora una sirvienta de ojos oscuros y rostro redondo—. Esta es Anne, doncella de lady Beamont. Os conducirá arriba, a los aposentos de las mujeres.

—Milady —saludó la criada con una reverencia—. No os esperábamos hasta dentro de unos días. —Aunque las palabras fueron respetuosas, al hablar la escrutó con incredulidad abierta. Por fin, se volvió hacia Simon y, en inglés, preguntó—: ¿Estáis seguro de que esta es lady Langley?

Solo entonces reparó Rosamund en la estampa desastrada que ofrecía. No llevaba toca; había perdido los zapatos; las medias estaban manchadas y rasgadas. El vestido que portaba había sido de Matilda y le quedaba grande, sujeto a la cintura apenas por una trenza de lana. En contraste, Anne vestía una limpia saya blanca bajo un sobrevestido verde liso.

Se le hundió el ánimo. Si la doncella se sentía repelida, ¿qué clase de desdén le dedicaría Aveline a su parienta andrajosa? Seguramente, la señora de un lugar así no querría trato con ella. A medida que crecía la humillación, alzó la vista hacia Simon, deseando que no la viera como la palurda que aparentaba. Y aun

cuando rogaba por aquel asenso, sabía que él no podía dárselo. Su medio hermano era señor de aquellas tierras; estaba habituado a semejante riqueza.

Como si reconociera lo que la hería, a Simon se le suavizó el rostro.

—Aquí no tienes nada que temer —dijo, con una sonrisa leve en las comisuras—. Ahora, sube al amparo de tu hermana. Cuando la hayas saludado, dile a lady Aveline que he vuelto y que no me uniré a la partida.

Había tal respeto en su voz que el corazón de Rosamund recuperó el pulso. Tenía razón: nada había que temer allí, no mientras él morara tras aquellos muros.

—Gracias —susurró, deseando que existiese algún modo de hacerle comprender cuán honda era su gratitud.

Con una destello fugaz de respuesta, él asintió, dio media vuelta y cruzó el ancho del salón. Rosamund lo siguió con la mirada hasta verlo llegar a una puerta lateral; luego miró a la criada. Anne tenía la boca entreabierta y los ojos muy abiertos. Al notar que la observaban, cerró de golpe la boca.

—Por aquí, milady —dijo, echando a andar hacia la escalera.

Rosamund la siguió escaleras arriba y salió al corredor-balcón que corría frente a los aposentos. Lanzó miradas entrecortadas por encima del antepecho hacia el salón bajo. Cuando alcanzaron la última puerta, Anne la abrió de par en par y se apartó para que la noble pasara primero.

Con las manos entrelazadas por un repentino acceso de timidez, Rosamund cruzó el umbral y recorrió la estancia con la vista. Ventanas estrechas talladas en la piedra de los muros oeste y sur dejaban entrar cintas de luz que iluminaban la cámara. A esa claridad, los muros resplandecían: estaban pintados de azul, con líneas amarillas formando un enrejado. La sala estaba llena de mujeres; algunas, con husos, hilaban lana en hilo; otras, cosían prendas con paño ya tejido. Como la doncella, todas vestían saya blanca y sobrevestido verde.

Salvo una, todas trabajaban. Esa mujer se sentaba a un lado de una mesita de ajedrez, colocada cerca de las ventanas, donde la luz y el aire eran mejores. Vestía una saya de un azul agradable, y la gruesa trenza que descendía bajo el borde de su toca blanca era oscura y lustrosa como el ala de un cuervo. Por el momento, contemplaba sus piezas, mientras su contrincante —un niño

pequeño, de cabello negro que cobraba brillos cobrizos a la luz— se balanceaba y removía sobre el escabel.

Al percatarse de que había visita, los dedos diligentes se inmovilizaron y el murmullo de voces se apagó hasta el silencio. La mujer de la mesa alzó la vista, y un leve ceño arrugó su tersa frente. Rosamund contuvo una sonrisa.

—Aveline —saludó sin más.

En los catorce años desde la última vez que viera a su hermana, mucho había cambiado, pero mucho seguía igual. La mandíbula fina, el sesgo ascendente de los ojos, la nariz corta y recta: rasgos que ambas compartían con su madre. En verdad, el único signo de lord Benfield, padre de Aveline, estaba en el negro del cabello de su hija y en el azul vivo de sus ojos. Ojeras, síntoma de dolencia, sombreaban su mirada, y un tinte de inválida palidez velaba sus mejillas.

La inquietud despertó.

—¿Estáis enferma? —preguntó Rosamund en un susurro preocupado.

—No lo está —se adelantó el niño a responder—. Iba a tener un bebé, pero ya no. Eso la hace llorar y estar cansada. Papá dice

que no debo importunarla.

—¡Edwald! —exclamó Aveline en advertencia, pero la amonestación careció de filo cuando la voz le tembló y las lágrimas le anegaron los ojos. Bajó la cabeza, como si quisiera ocultar la emoción. Cuando la alzó de nuevo, su expresión era serena y lisa, salvo por la confusión que le marcaba la frente.

—Soy Aveline, señora de Beamont. ¿Quién eres, muchacha?

Fue el tono desafiante de su hermana lo que hizo que la risa le bullera a Rosamund. Pese a la pena por la criatura perdida, Aveline seguía siendo ella por entero.

—Oh, no digas que me has olvidado, cuando los años no han borrado mi recuerdo de ti. Pero dime, cómo es que eres la señora de este lugar tan glorioso, cuando deberías hallarte en un convento.

El asombro centelleó en los ojos de Aveline.

—¿Rosamund? —jadeó.

—Sí, soy yo —prorrumpió Rosamund, tan feliz que cruzó la estancia de un impulso.

La confusión en los ojos de Aveline se ahondó, aunque parpadeó para apartar otro velo de lágrimas.

—No puedes ser mi hermana.

—Lady Aveline, es tu turno —llamó el pequeño Edwald, jugueteando con una de sus piezas sobre el tablero.

Aveline miró al niño.

—Me temo que nuestra partida ha de terminar, Edwald. ¿Por qué no corres a decirle a Gareth que te ensille a Scherewind?

Con un grito de júbilo, el niño se lanzó del escabel hacia la puerta; pero se detuvo, volvió despacio junto a Aveline y, tras besarle la mejilla, se giró otra vez y salió de la sala a saltos. Como si su partida fuese la señal, las mujeres de la estancia retomaron sus quehaceres y bajaron el tono, ávidas de escuchar a sus señoras.

—¿Es vuestro hijo? —preguntó Rosamund, riéndose cuando él hubo desaparecido, y se recogió para sentarse.

—Es mi hijastro —repuso Aveline sentándose junto a su hermana.

Entonces se detuvo para mirarla con perplejidad.

—¿Cómo podemos sentarnos y hablar como hermanas queridas cuando pretendes robarme mi herencia? No finjas lo contrario. El

obispo William recibió una petición tuya y de madre para que dejase sin efecto el testamento de mi padre.

El sobresalto desgarró a Rosamund.

—¿John de Benfield ha muerto? —El corazón se le torció con tal brusquedad que cerró los ojos, y bajó la cabeza en una plegaria rápida. Su familia era cuanto podía llamar suyo; por ello, la pérdida de cualquiera le resultaba casi insoportable—. ¿Cuándo? —preguntó sin alzar la cabeza—. ¿Por qué no me dijo nada madre? Me hubiera gustado verlo una vez más. —Al menguar el golpe, el resto de las palabras de Aveline caló.

Rosamund se irguió, los ojos muy abiertos hacia su hermana.

—No envié petición alguna, ni a un obispo ni siquiera a un sacerdote. ¿Qué herencia? No hay nada que compartir entre nosotras salvo la casa solariega de Benfield. —Aun mientras hablaba, supo que se equivocaba—. Ah, debe de haber más que eso, o no te hallaría casada e instalada en un lugar tan grandioso como Beamont.

Las cejas de Aveline se alzaron lentamente mientras escrutaba a su hermana más pobre. Por fin, negó con la cabeza.

—De veras no sabes nada de esto.

—Nada en absoluto —aseguró Rosamund—, pero quiero saberlo todo. Si alguien ha hablado en mi nombre, tengo derecho a saber quién y por qué —añadió, y su propia firmeza la sorprendió.

La reflexión se profundizó en los ojos de su hermana.

—La herencia llega por el abuelo de nuestra madre. Murió el año pasado, tras sobrevivir a todos sus hijos varones y sin dejar más heredera que nuestra madre. Por disposición de su testamento, sus ricas posesiones pasan por ella solo a sus hijos legítimos.

—Nuestro padre… —Aveline vaciló—. Mi padre redactó un testamento antes de mi boda, en el que te nombró bastarda de nuestra madre, haciéndome su única heredera. Ahora, tu marido y nuestra madre protestan por tu desheredación, alegando que naciste legítima de mi padre, igual que yo. Pretenden arrebatar la mitad, si no todo, de lo que me corresponde.

Rosamund suspiró, comprendiendo. Así supo Simon de su bastardía. La muerte del abuelo había liberado al padre de Aveline del voto de guardar secreto sobre su nacimiento. También entendía ahora por qué Matilda se había mostrado tan desesperada por impedir la salida de su nuera FitzGerald. Solo mientras Rosamund

permaneciera bajo su control podrían estar seguros de lo que ella diría.

Una sonrisa le tocó los labios. Por Dios, por primera vez en doce años no era ella quien temblaba por ellos, sino ellos quienes se estremecían en sus botas por lo que pudiera guardar. Si soltaba la verdad, Sebastian quedaría al descubierto como mentiroso y ladrón.

Su sensación de poder se desvaneció. Sí, pero si contaba la verdad, Sebastian seguramente la mataría. Y si callaba lo que sabía cierto, quizá él olvidara que Simon la había tocado. Se salvaría a sí misma, pero a costa de que Aveline perdiera lo suyo. Por falta de la dote prometida, ¿apartaría lord Beamont a su esposa pobre para tomar otra más rica?

El miedo por su hermana le subió al pecho. Rosamund miró a Aveline. Santa María, bien podría el señor de Beamont matar a su esposa por ello. Dios sabía que Sebastian lo haría. Cuando la confusión amenazaba con atraparla, entrelazó las manos en el regazo y se quedó mirando los dedos trenzados.

—Con estas noticias, me sorprende que no me echaras de la cámara en cuanto vistes mi cara. ¿Quién saludaría de buen grado a una ladrona?

—Promete que no apoyarás a nuestra madre en esto —suplicó Aveline, y, antes de que Rosamund respondiera, se corrigió—. No, no digas nada. No sería justo pedirte nada. En su lugar, debería darte las gracias por venir a mí sin altivez ni desprecio, cuando solo esperaba odio por lo que he ganado a costa de tu humillación.

—¿Desprecio y envidia? ¿Yo? —La rareza de aquello hizo que Rosamund olvidara lo demás para mirarla—. Nunca —afirmó, solo para darse cuenta de que mentía. Hizo una mueca—. Bueno, te envidié una vez, pero fue hace mucho.

Un brusco movimiento de cabeza de su hermana negó la posibilidad.

—Imposible. Tú tenías los vestidos más bonitos, las lecciones, incluso un catre para ti sola. Yo no tenía nada, ni siquiera el amor de mi madre o de mi padre.

—Pero tú eras libre —replicó Rosamund, cada vez más pasmada—, mientras yo estaba siempre encerrada. Nadie te vigilaba diciendo que, si no obedecías o no bordabas perfecto, si no cantabas entonada o no comías como debías en la mesa, ningún hombre querría tomarte por esposa. Yo deseaba correr contigo, pero nunca me atreví a la ira de madre. Ni siquiera le gustaba que hablara de ti.

—Alargó la mano y tomó la de su hermana, como si el contacto mitigara la punzada de su cobardía.

El dolor enturbió los hermosos ojos de Aveline.

—¿Sabes adónde iba cuando huía? Al bosque, donde podía fingir que los pájaros eran mi padre y las flores mi madre. A menudo me demoraba hasta la noche para ver si me echaban de menos, pero nunca fue así.

Rosamund le acarició el brazo; el lino fino de la manga de Aveline se deslizaba suave bajo sus dedos.

—¿Cómo podías estar tan sola teniendo tantos compañeros? Siempre que podía, empujaba el baúl de madre bajo aquella ventanilla de su cámara. Desde allí os miraba a ti y a los otros niños.

El pasado atrapó a Rosamund y tiró de ella hacia sus recuerdos.

—Recuerdo… —su sonrisa se ensanchó al deleitarse en lo evocado—. Recuerdo una vez en que aquel muchacho grandullón te burlaba, diciendo que no eras realmente hija del señor, sino una bastarda más de una criada. Te enfureciste tanto que lo tiraste al suelo y te le echaste encima a golpes, mordiscos y arañazos. Él solo

podía chillar pidiendo socorro, mientras otros tres trataban de arrancarte de encima. Yo estaba muy orgullosa de ti.

—Dickon —murmuró Aveline, con los ojos entrecerrados al deslizarse al pasado con su hermana—. Era el hijo del molinero, y por eso se creía mejor que los demás. Lo había olvidado… y lo mucho que disfruté apaleándolo —añadió, satisfecha, antes de ensombrecer el gesto—. ¡Cómo temí tu llegada! Y, en cambio, vienes con recuerdos tiernos de mí. ¿De mí? —repitió, como si tal cosa fuera incomprensible.

—Oh, Aveline —exclamó Rosamund, inclinándose sobre la mesa para rodearla con los brazos y estrecharla—. ¿Por qué no habría de tenerlos? Eres mi única hermana.

Aveline la soltó para echarse atrás, frunciendo el ceño.

—¡Dios nos asista, mírate! Vas vestida de harapos. ¿Dónde están tus zapatos y tu toca?

Rosamund dudó. No tenía sentido contar la verdad; cuanto menos gente supiera cómo había salido de FitzGerald, menor sería la posibilidad de que la historia humillara a Sebastian.

—Trabajaba al aire libre, con poco más que un lienzo en la cabeza y zuecos en los pies, cuando llegó Simon —dijo con cuidado,

tejiendo el relato conveniente—. Partimos con tal premura que no hubo tiempo de trocar atuendo. No podía cabalgar con zuecos y el viento se llevó el paño de la cabeza. Ah, casi lo olvido —añadió, con la esperanza de desviar las preguntas—: debo decirte que Simon ha regresado y no se unirá a los cazadores.

—Bien —asintió Aveline con firmeza—. Mi señor esposo me dejó aquí con poco más que su mayordomo para resguardarme. Que el caballero tenga apenas un año más que yo no aviva mucho mi confianza —rió, y miró a sus doncellas—. Mi hermana necesita un baño y algo decente que ponerse.

Bastó aquello para que las mujeres se alzasen en tropel. Mientras unas salían corriendo de la cámara, otras abrían arcas.

Ajena al barullo, Aveline estiró la pierna.

—Quizá podamos compartir calzado. Déjame ver tu pie.

Rosamund rió y pegó su planta a la de su hermana.

—¿Somos del mismo tamaño?

—Sí —respondió Aveline, con un calor sutil en la voz—. Ilsa, puede usar mi calzado —llamó, obtuvo un asentimiento de una doncella anciana y volvió a Rosamund—. ¿Sabes que nadie esperaba

tu llegada hasta dentro de una semana? A todas nos dijeron que estabas muy enferma.

—¿Yo? —Rosamund alzó las cejas, sorprendida—. Jamás enfermo. ¿Quién te dijo eso?

—Lord Sebastian —respondió Aveline—, pero lo dijo solo después de que el obispo le echara una bronca por presentarse aquí, hace tres días, sin ti. —Hizo una pausa; una comisura se le alzó apenas—. Quizá la lengua acerada del obispo William lo empujara a inventar una excusa por no cumplir la orden.

Sacudiéndose de encima los pensamientos sobre Sebastian, Rosamund observó a la mujer que la había conducido a la cámara colocar un lienzo engrasado en el centro de la estancia. Tras ella entraron otras dos, riéndose entre dientes mientras hacían rodar una gran tina por la puerta. Con muchos resoplidos y empujones la asentaron sobre el lienzo. Rosamund se quedó boquiabierta.

—Mira eso —exclamó—. Debe de hacer falta todo un pozo para llenarla. ¡Bien podría hundirme bajo el borde y ahogarme!

—No lo harás —rió su hermana, inclinándose sobre la mesa hacia ella—. Si se llena hasta el borde, a mí me cubre hasta el cuello. Te juro que no hay sensación mejor en el mundo.

Rosamund suspiró de expectación feliz. En Langley todos se bañaban al aire libre, en tinas apenas bastante grandes para un chapuzón breve y frío. Lo mejor de todo: allí no estaría Matilda para reñir por pereza; podría remojarse cuanto quisiese. Impaciente, observó a los criados entrar a compás en la cámara, cada uno con un yugo al hombro y un par de cubos.

—Milady —anunció la vieja sirvienta—. Aunque el corte está pasado, creo que esto sentará bien a vuestra hermana. —Alzó un sobrevestido color agua, con la superficie labrada en un dibujo tejido. El escote y las mangas iban guarnecidos con labor intrincada sembrada de piedrecillas que centelleaban. Otra mujer alzó una saya interior de seda verde oscura—. Creo que sus ojos son de este mismo tono —añadió, levantando un poco el sobrevestido para señalar el color.

—¿Para que yo lo lleve? —Rosamund las miró, azorada—. No, no quiero la responsabilidad de prendas tan finas.

—¿Qué responsabilidad? —preguntó su hermana, mirándola de soslayo—. Ese vestido lleva más de veinte años en aquel arca. Úsalo y disfrútalo sin cuidado ni remordimiento.

Rosamund anheló ponerse algo tan hermoso. Se mordió el labio inferior un instante. Por fuerte que fuese el deseo, no bastaba para vencer su temor.

—¿Estáis segura? Un paño así debe de ser carísimo. Quizá lord Beamont no quiera que su pariente pobre vista sus riquezas.

—Hum —bufó Aveline—. Aquí decido yo quién viste qué. Robert nada tiene que decir en mi dominio. Y digo que lo llevarás.

Eso hizo sonreír a Rosamund. Sí, Aveline seguía siendo ella por entero.

—Como quieras —accedió con la poca gracia que le quedaba.

—Así lo quiero —replicó Aveline—. Ahora, deshazte de esos harapos y báñate.

—Gracias —rió Rosamund, poniéndose en pie de un salto y tirando ya del cordón trenzado. Un momento después, se sacó la saya por la cabeza. El tosco ropón interior siguió al suelo. Matilda habría bramado al verla arrojar las prendas sin cuidado por el género.

Desnuda, se acercó a la tina. Las mujeres de la cámara soltaron un ah. Junto a la tina aguardaba Anne, la doncella que la había traído. Tenía los ojos muy abiertos.

—¡María, Madre de Dios! —exclamó.

Rosamund bajó la vista a su torso y a las cicatrices punzantes que le cruzaban el vientre.

—No duelen —dijo, sin vergüenza por las marcas que llevaba. A Sebastian le costaron caras. Matilda lo apaleó por cada día de las semanas que ella tardó en sanar—. A mi marido ya no se le permite dañarme tanto que no pueda trabajar al día siguiente. —Al oírse, frunció el ceño. Lo que sonaba razonable en Langley no parecía tan lógico allí.

Aveline se puso en pie, pálida ante las cicatrices.

—¿Por qué te hizo tal cosa?

La certeza de que lo que siempre había tomado por normal podía estar mal creció en Rosamund.

—Porque soy suya —respondió, plana—. Y porque su madre le hace cosas que lo avergüenzan. Me hiere a mí en lugar de herirse a sí mismo.

Deseosa de huir de aquella charla, trepó a la tina y se dejó hundir en el agua tibia. Tal como prometiera Aveline, el agua le subía al cuello. Pétalos de rosa flotaban en la superficie. Rosamund dejó que los brazos subieran para hacer navegar los trocitos de flor.

—¡Dios santo! —dijo Aveline, con la voz alterada—. No podemos permitir que te haga eso.

Aun aliviada por aquella novedad, Rosamund le devolvió una mirada incrédula.

—¿Y quién lo impedirá?

—Yo —saltó su hermana, con ira renovada—. Lo denunciaré al obispo. ¡Rosamund! Mientras el obispo está aquí podemos pedir la disolución de tu matrimonio.

Anne rodeó la tina y comenzó a soltarle las trenzas. Cuando el cabello quedó libre, Rosamund se sumergió para mojarlo. Salió, resoplando feliz mientras se apartaba el agua de los ojos. Reclinándose en el borde, miró a su hermana.

—¿con qué fundamento? —preguntó, sin rodeos.

—No lo sé. —Aveline hizo una mueca y arrimó su escabel a la tina—. ¿Hay algún grado de parentesco entre tú y lord Langley que haga incestuosa la unión?

Rosamund negó.

—Te agarras a clavos ardiendo. Matilda no habría sido tan descuidada con mi dote. Lo que Langley posee, lo retiene. De todos

modos, nada cambiaría. —Alzó la vista, grave—. Por mucho que lo intentes, Sebastian no me soltará. A pesar de lo que has visto, me ama.

Anne empezó a frotarle el jabón en el cabello. Rosamund inclinó la cabeza para que la doncella trabajara en la nuca. Qué extraño, y maravilloso, era que otra persona hiciera aquella tarea por ella.

Aveline resopló, despectiva.

—¿Amor? No es amor si te lastima.

A través de los mechones jabonosos, Rosamund la estudió unos segundos. Hasta hoy, hasta la gentileza de Simon, se había preguntado si no sería ella quien faltaba a su marido al no corresponder su afecto.

—Eso podríamos decir —musitó—, pero Sebastian lo ve de otra manera. Creo que está loco —añadió, tan bajo que solo Aveline pudo oírla.

Su hermana aspiró con brusquedad.

—Santa María… —susurró, y calló.

En el silencio que siguió, Rosamund cerró los ojos. Al instante despertó el recuerdo de Simon y del claro. De nuevo gustó su beso y sintió el placer de su caricia. Si la vida guardara un orden honrado… Bastardos, iguales, como ella y Simon, deberían estar casados.

Aveline lanzó un suave grito.

—¿Y tu padre? ¿Hay algún derecho por ese lado que podamos invocar?

—¿Benfield? —preguntó Rosamund, sin pensar.

—No, Rosamund —dijo Aveline despacio—, tu verdadero padre. ¿Hay alguna posibilidad de parentesco ahí?

Aunque la urgencia de confesar que ignoraba quién era su padre le subió a la boca, Rosamund la contuvo. No importaba la identidad. Admitir que sabía ser bastarda era ceder el poco poder que conservaba sobre Sebastian y Matilda.

Anne se colocó frente a la tina con un cubo en alto para enjuagarle el cabello. Rosamund asintió y luego resopló bajo la catarata. Cuando apartó de los ojos las mechas empapadas, miró a Aveline.

—Déjalo estar. Solo un marido puede pedir la anulación, y Sebastian jamás lo hará. Me tiene en gran estima.

—¡Ach! —saltó Aveline, áspera—. ¿Cómo pudo nuestra madre dar a su favorita a semejante monstruo?

El dolor estalló en Rosamund. Tan hondo y poderoso fue que se irguió de golpe. A su espalda, Anne soltó un gritito y se echó atrás. Luchando por empujar aquel latigazo a su escondrijo, volvió a recostarse en el agua.

—No lo sé —suspiró—. Nunca ha venido a verme, aunque Benfield no está lejos FitzGerald. Tampoco ha escrito.

Aveline posó una mano suave en su brazo.

—Debe de haber alguna explicación, porque habla de ti con gran amor. Además, ¿de qué te habrían valido sus visitas o sus misivas? Tienes razón al decir que él te posee. Por mucho que te quiera, ni siquiera nuestra madre podría cambiar tu suerte.

El viejo hábito de ocultar las emociones hizo que Rosamund se tragara la punzada de la traición de su madre. Ah, pero donde ayer habría podido seguir y olvidar, el día de hoy la había cambiado. Palabras calladas y amargas le subieron a la garganta.

—Podía haber elegido a otro para casarme. Cuatro hombres pidieron mi mano.

Aveline ofreció una sonrisa mínima.

—No puedo saberlo, pero supongo que nuestra madre eligió a Sebastian porque conoce demasiados cuentos de amor. He visto a tu marido. A primera vista es el caballero perfecto: alto, no demasiado ancho, cabello dorado y miembros largos y rectos.

—Sí, y cara de ángel —concedió Rosamund, esbozando una leve risa. Los rasgos de Sebastian eran finísimos, con nariz y quijada perfectas—. En los cuentos de madre, los caballeros hermosos siempre son amables y honrados. Quizá olvidó que los cuentos son solo cuentos —añadió, espantando el cansancio del alma que a menudo la invadía cuando pensaba en cómo, en otro tiempo, creyó en ellos. Ojalá la hubiesen dado a Simon, cuyo rostro más rudo ocultaba a un hombre bueno y gentil, y no a Sebastian, cuya belleza encubría crueldad.

Aveline soltó un suspiro.

—Sin causa de disolución, dudo que el obispo se interese por tu suerte. Las monjas del convento que fueron esposas antes decían que, a menudo, los clérigos despachan las palizas más severas como disciplina debida.

—Claro que sí —contestó Rosamund, veloz—. ¿Por qué no, si es nuestra cruz en esta vida? La penitencia por Eva, que llevó a

Adán al pecado.

Solo al callar advirtió lo que insinuaban las palabras de Aveline. Tomó la toalla y el jabón que Anne le ofrecía y miró a su hermana.

—Aveline, ¿tu marido no usa los puños para corregirte?

Aveline negó apenas, y la línea de su boca se ablandó de pronto. Cuando habló, lo hizo muy quedo, como quien no acostumbra a hablar de su matrimonio.

—No. Robert me ama, y bien sé la suerte que tengo.

La envidia mordió hondo a Rosamund y se deshizo en alegría por su hermana. Claro que a Aveline no la golpeaban. El hermano de Simon no sería menos gentil que Simon. Es el padre quien enseña al hijo el cuidado de su esposa.

—Me alegro por ti. Ruego que tú y tu señor tengáis una vida larga y feliz.

—No se lo digas a nuestra madre —rió Aveline, con una risa áspera—. Mucho me temo que reza en tu contra.

Interrumpiendo el frote de sus piernas, Rosamund frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

La blandura huyó del rostro de Aveline, dejando solo el dolor.

—Me aborrece. Por eso temía nuestro encuentro. Pensé que serías como ella, porque te crió en sus rodillas.

Rosamund se sorprendió.

—Debes de equivocarte. ¿Qué motivo tendría para odiarte?

Un sonido duro, acerbo, se escapó de los labios de Aveline.

—Lo dudo. No oculta su disgusto. Odiaba a mi padre, y el rencor se vuelca sobre mí, que tanto me le parezco. Ahora me pregunto si quiso negarle heredero alguno, dejándote a ti como única heredera de lo del abuelo. Si fue así, no extraña que no pueda perdonarme el simple hecho de existir.

Trató de sonreír, pero la boca le tembló.

—Rosamund, de pronto descubro que sí tengo un trocito de familia donde creía no tener a nadie. ¿Cómo voy a permitir que tu marido te hiera? Dime cómo ayudarte.

Aun cuando la gratitud y el cariño la inundaron, Rosamund negó con la cabeza.

—No espero nada de ti salvo la dicha de estar juntas. No imaginas el consuelo que me da tu cercanía. —Dejó la toalla a un

lado y devolvió el jabón a Anne, luego se recostó en el borde. De pronto, brazos y piernas se le quedaron tan flojos como hilo.

Aveline se alzó de golpe.

—Si es dicha lo que quieres de mí, haré cuanto pueda por dártela. En los días venideros llenarás tus horas de cosas gratas y te tendré a salvo de tu marido hasta el último momento. Emma —llamó a una criada—, trae algo de comer para mi hermana y vino para que descanse contenta.

—Milady, ¿y su ropa? —preguntó Anne, a la vera de la tina, sosteniendo con dos dedos las prendas desechadas de Rosamund.

—Quémalas —zanjó Aveline con un gesto—. No sirven ni de trapos.

Aunque el impulso de protestar despertó, Rosamund lo tragó. Ni una palabra pronunció para detener la destrucción de las preciosas ropas de Matilda.

Capítulo 4

Dejando a lady Langley al cuidado de su primo común, Simon cruzó el salón con paso vivo. No podía soportar un instante más la visión de la mujer que debía haber sido su esposa, sobre todo cuando su amor por ella era peor que imposible. Aun mientras intentaba ordenar el corazón, una soledad nueva le hincaba los colmillos.

La llegada del gobierno de lady Aveline a Beamont había impuesto a Robert cambios tan justos como debidos. Antes del matrimonio de Robert, Simon y él compartían una soledad mutua. Ahora, con su medio hermano absorto en su nuevo amor, su vínculo de hermandad se había alterado. Sin Robert para cargar con la mitad del peso, Simon sentía el vacío de su vida como un yugo sobre los hombros. No quedaba nadie que cuidara solo de él.

Al fondo del salón descendió por un corto tramo de escaleras hasta la capilla de Beamont. Simon se detuvo en el umbral. La capilla estaba en penumbra, pese a las tres ventanas estrechas, orientadas al este, tras un altar cubierto con paños bordados. De cada arco de piedra del techo pendían candelabros labrados, tan vacíos y quietos como el aire de la estancia. Sombras nacidas del atardecer se pegaban a los muros enjalbegados y pintados y reptaban a los pies de las columnas, ciñéndose a capiteles tallados en forma de hojas de roble cuajadas de bellotas.

Simon miró la puerta del cuartel, al extremo opuesto de la capilla, y luego el lado sur del altar. La puerta a la celda diminuta del padre Anselm —una estancia horadada en el propio espesor de los muros— estaba bien abierta. Escuchó.

Pasó un instante, luego otro, y no llegó sonido alguno de la celda del sacerdote. Simon se reprendió por necio. Desde luego que la capilla estaba vacía. Era hora de Vísperas, a las que el padre Anselm asistía en la abadía de la villa.

La tensión se le escurrió de los hombros. Gracias a Dios por los pequeños milagros. Aún no estaba listo para hablar con el sacerdote, no antes de prepararse. El anciano lo haría jirones por lo sucedido, y

con razón. Suspirando aliviado, Simon cruzó la estancia y pasó de largo el vano de la celda.

—¡Simon! —la voz del padre Anselm estalló desde la abertura y resonó contra la piedra. El tiempo podía haberle robado dientes y oído, pero no el vigor de su hermosa voz.

El maestre de armas de Beamont, veterano de muchas lides, se quedó inmóvil como un niño culpable. Aún encogiéndose, se volvió hacia la celda. Al fondo de la cámara larga y angosta, tallada en el muro, el padre Anselm estaba sentado en su jergón. Aunque la espalda se le arqueaba por la edad y apenas mechones pálidos cubrían su cabeza pecosa, la vista no le fallaba. Cuando se cruzaron las miradas, Simon encontró en los ojos azules del anciano demasiada inteligencia.

El hombre que lo bautizara se puso en pie y se arrastró hacia la puerta.

—¿Pensabas correr a tu precioso cuartel sin hablar conmigo primero? —había filo en su voz.

Simon aguardó a que el sacerdote estuviera lo bastante cerca para leerle en los labios.

—Padre, no sabía que estabais aquí. A estas horas soléis estar en la villa.

—Aye, así debiera —repuso Anselm—, pero he recibido una visita extraña de Oswald. Lo bastante extraña para mantenerme.

Sabiendo lo que venía, Simon se encogió a medias de hombros.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo Anselm, enlazando su mano nudosa en el pliegue del brazo de Simon, como para arrastrar al más alto dentro de la celda—. Ven, siéntate y hablemos.

—¿No puede esperar, padre? —rehusó Simon, clavado en el umbral—. Estoy muerto de cansancio y aún con la armadura.

La mirada de Anselm se aguzó.

—¿Puede esperar? —preguntó, con la pregunta dejando claro que sabía que, en este tipo de pecado, el tiempo apremiaba.

A Simon se le hundió el ánimo y se encogió de hombros.

—No, supongo que no.

Sin ventanas, la celda estaba tenue, a la luz vacilante de un par de lámparas, y apenas ancha para sentarse ambos, rodilla con

rodilla. La estancia compensaba en largo lo que le faltaba en ancho. Al fondo, el reclinatorio del padre Anselm, con el muro tras él pintado de una escena bíblica cuyo asunto Simon no recordaba. El jergón ocupaba el centro; y, delante, una mesa de escribir. A ambos lados, los muros horadados en nichos. En aquellas alacenas diminutas reposaban los útiles del culto, y también lámparas, cirios, cera, tinteros y plumillas para sus otras tareas.

El anciano se detuvo junto al muro para coger dos lámparas de sebo.

—Toma —dijo, tendiéndoselas—, enciéndeme estas, o no leeré lo que digas.

Cuando Simon cumplió, encontró al sacerdote de nuevo en el borde del lecho. Al acercarle la luz y colgarla tras su cabeza, Anselm empujó un taburete desde el pie del catre, invitándolo. Simon negó y dejó las lámparas en la hornacina.

—Permaneceré en pie.

—Como quieras —atajó el viejo—. Tengo entendido que has traído a lady Langley a Beamont.

—Así es —respondió Simon, negándose a dar la explicación que el sacerdote esperaba.

Lejos de contrariarse, Anselm sonrió y se recostó en el jergón.

—Y dime, ¿hallaste que se ajustaba a tus sueños?

Simon tragó y cerró los ojos cuando la imagen de Rosamund prendió en la oscuridad de su mente. Ni los harapos apagaban el fulgor de su belleza. ¿Cómo podía haber llegado a amar tan por entero en tan poco tiempo? Cuando habló, la voz le salió baja y áspera.

—No, es muy distinta de lo que aguardaba: dulce, temerosa e inocente de cuanto se tramita en su nombre.

—Entonces, ¿te decepcionó?

Había suficiente diversión en los ojos del sacerdote como para que Simon los abriera. Anselm lo observaba con las cejas hirsutas alzadas en fingida sorpresa. Contra ello, a Simon se le torció la boca en una mueca irónica.

—No.

Anselm asintió.

—Ahora, ¿serías tan amable de explicarme por qué cree Oswald que tu alma corre peligro?

Simon intentó forzar un gesto de vergüenza, pero no podía mentir al sacerdote que lo había visto crecer.

—Me temo que nos sorprendió cuando besaba a lady Langley. —La frase fue más desafío que confesión—. Ojalá no lo hubiese visto.

Anselm negó con un suspiro.

—Muchacho, cuando decides pecar, lo haces con gran aparato. ¿No te previne de que tus ensoñaciones volverían frágil tu corazón? No solo quebrantas la ley de Dios codiciando a la mujer de otro: rondas el adulterio.

La soledad de hacía un rato volvió a cerrarle las fauces a Simon.

—Si este mundo fuese justo, sería mía. Un Dios justo habría procurado que la conociese antes de que se casara con su marido o de que mi hermano tomara a su hermana.

—¿Un Dios justo? —saltó Anselm—. Yo digo que Dios la ha guardado bien de tu necedad. Es una dama. ¿Qué vida podrías ofrecerle, cuando te has hecho poco más que un servidor en la casa de tu hermano?

La ira le corrió a Simon.

—Puedo darle lo que nadie. Somos iguales, ella y yo: ambos nacidos fuera del matrimonio y traicionados por la voluntad de un padre.

Una ira a juego oscureció el azul de Anselm.

—Simon, tu padre no…

—No malgastes el aliento con este asunto —escupió Simon, entornando los ojos—. Durante años no me has convencido de ver otra cosa que lo que vi en aquel documento. Dudo cegarme ahora a la verdad de buen grado.

El rostro del viejo se agrió.

—Como quieras —replicó—. Entonces prosigue. Suelta todo lo que tienes por decir y márchate.

Donde la compasión no lo movía, el brusco desdén abrió compuertas. Emociones de rabia, desaliento, soledad, pugnaron en Simon. Luchando por el dominio, se dejó caer en el taburete, con los puños cerrados sobre las rodillas. En ese instante, la necesidad de volcar en el sacerdote sus pensamientos más hondos y lacerantes lo desbordó.

—Toda mi vida he conocido los límites que impone ser bastardo —las palabras salieron lentas y trabadas.

—Quieres decir: los límites que tú te impones —atajó Anselm.

La ira de Simon refluyó.

—Tú no vives mi vida. No sabes lo que soporto. Y dijiste que escucharías, no que interrumpirías o discutirías.

Los ojos azules del sacerdote se endurecieron, impacientes.

—Sí, escucharé. Dios sabe que discutir contigo es inútil. Oyes menos que yo.

Se fulminaron un momento, luego el viejo aflojó el gesto y suspiró.

—Te pido perdón, muchacho. Hace tanto que no buscas mi consejo que he olvidado cómo tratarte como penitente.

Le posó los dedos nudosos sobre un puño.

—Habla, hijo. Te escucho.

Al contacto, las palabras brotaron de Simon en queja doliente.

—Jesús me ampare, padre. Cuando conocí a Rosamund, toda disciplina se hizo añicos. Ni la amenaza del cielo me contuvo de gustar el fruto vedado. Ahora sé que a Dios no se le burla. Nunca debí tocarla, porque ahora deseo a la única mujer en esta tierra que no puedo tener. Padre, tenía que haber sido mía.

—Pero no puede ser —dijo el sacerdote, tierno—. Lo lamento por ti, hijo. No puedes albergar esperanza alguna hacia ella.

El dolor lo puso en pie.

—Lo sé —bramó, dándose la vuelta para ofrecer la espalda al clérigo—. ¿No te basta con que se me rompa el corazón?

Echó a grandes zancadas hacia la salida de la celda.

—Espera —lo llamó Anselm—. No te he impuesto la penitencia. Y has de mantenerte lejos de ella mientras permanezca en Beamont, para impedir nuevas faltas.

—No —gritó Simon, aún de espaldas, sabiendo bien que así el sordo no oiría—. No quiero penitencia. No hay contrición en mi alma.

Para el mediodía del día siguiente, Simon no había cambiado de parecer sobre la penitencia ni sobre el arrepentimiento. Tampoco, a decir verdad, había alcanzado a ver ni un atisbo de Rosamund en ese lapso. La comida de hoy le ofrecería la primera ocasión de medirse con la tentación.

Entró en el salón junto con el resto de la gente hambrienta de Beamont para la comida principal. El bajo de su mejor túnica parda rozaba las puntas de sus zapatos de cuero buenos. No era por la esposa de su hermano que se ataviaba con tal formalidad—Simon no era más que el maestre de armas de Beamont, y no uno de los caballeros al servicio de Robert—. No: era su vanidad la que le exigía presentarse ante Rosamund de punta en blanco. Aun así, no podía soportar mirar hacia la mesa principal y ver la reacción de ella a su apostura. Riéndose para sus adentros de su extraño comportamiento, Simon se encaminó a su lugar de costumbre a lo largo de la mesa, casi convenciéndose de que nada era distinto a lo de siempre.

Al fin y al cabo, los fuegos crepitaban sobre los dos hogares del salón como de costumbre, pues incluso en lo hondo del verano aquella estancia se mantenía fresca y húmeda. Las mesas, cubiertas con manteles, tenían dispuestas cucharas y copas junto a platos hechos con rebanadas gruesas de pan duro. Los cazadores habían vaciado Beamont de perros, dejando apenas a las perras encintas y sus camadas. Aun siendo pocos, gruñían y se mordisqueaban al disputarse territorios para las sobras. Por los aromas, prometía ser

una gran comida: el rico olor de un potaje de pescado—era día de ayuno—se alzaba por encima del tufo levadizo del pan reciente.

Había casi alcanzado su sitio habitual, en la cabecera de la segunda mesa, cuando el grito de lady Aveline —«¡Ah, ahí estás, Simon!»— cortó el rumor de tantas conversaciones en espera del servicio. Simon se detuvo y volvió la cara hacia la mesa alta, donde se sentaba la familia noble de Beamont. Lady Aveline ocupaba el centro; su oscuro cabello se ocultaba bajo una toca blanca, finísima como un velo, y el ribete dorado de su saya escarlata refulgía.

—Milady —saludó a la esposa de su hermano con una leve inclinación, y asintió después al joven Arnult, el caballero que tenía Beamont en ausencia de su señor, aunque fuera de nombre. Rubio y casi lampiño de mentón, Arnult le ofreció una sonrisa nerviosa al soldado en cuyas manos residía el verdadero poder. Contra sus propias amonestaciones silenciosas de no hacerlo, la mirada de Simon resbaló hacia la mujer a la derecha de Aveline.

Rosamund. El agua y el verde de sus vestidos realzaban el color de sus ojos. Su toca era tan delicada que no ocultaba la línea suave de sus mejillas ni la curva gentil del mentón. Las trenzas que escapaban por bajo del finísimo lienzo brillaban como oro bruñido.

Simon contuvo el aliento. ¡Santo Dios! Ya la había creído hermosa vestida de harapos. Cuando sus miradas se cruzaron, una sonrisa tímida tocó los labios de Rosamund; aquel gesto sencillo convocó, vivo, el prodigio de su boca sobre la de ella. De pronto, Simon no quiso otra cosa que repetir aquel deleite.

—Hoy te sientas con nosotras, Simon —dijo lady Aveline, y la brusca orden lo devolvió a ella—. Mi hermana necesita un compañero de mesa. Y no me vengas con majaderías de que no te corresponde. Tienes tanto derecho como mi señor esposo.

El pánico le atravesó. ¡Dios mío! ¿Sería capaz de sentarse junto a Rosamund una hora entera sin tocarla? Imposible. Le siguió la ira. ¿Con qué derecho lo mandoneaba Aveline como si fuera un criado? No tuvo ocasión de rehusar.

—No, Aveline —musitó Rosamund, con un deje de dolor—, no le mandes sentarse conmigo.

Que ella se creyera tan poca cosa como para que hubiese que ordenar a un hombre que se sentara a su lado le pinchó el orgullo a Simon y le desgarró el corazón.

—Estoy a vuestro servicio, milady —dijo a la esposa de su hermano, y se encaminó a la mesa principal.

No fue hasta después de sentarse en el banco junto a Rosamund cuando comprendió cuán duro sería el trance. La tenía tan cerca que a cada respiración se le llenaban los sentidos del aroma de ella. El cordaje de la saya le dibujaba el pleno contorno de los pechos. Simon clavó la vista en el pan-plato ante sí. Por el Señor: además de rivalizar con su hermana en hermosura, estaba tan bien formada como ella.

Rosamund alzó apenas la cabeza para mirarlo de soslayo.

—Te excusaré de este deber, si Aveline no lo hace —susurró—. Ella no sabe que estás jurado a no tocarme.

—Y sabiéndolo, ¿preferís que no me siente con vos? —preguntó él, en su mismo tono bajo. ¿Y si había leído dolor donde, en verdad, solo había desvelo por su alma, pese a la ligereza de anoche?

Rosamund se irguió y le sostuvo la mirada.

—No —dijo, con una sonrisa trémula—. Quiero que te quedes, aunque temo a un tiempo defraudarte. En Langley las comidas no son tan formales. Tiritó el pulso del protocolo: no sé qué recuerdo de las lecciones de mi madre.

Simon no pudo evitarlo: sonrió, inmensamente aliviado de que ella lo quisiera allí.

—Milady, no esperéis de mí que sea un maestro en urbanidades. Suelo comer con mis hombres: son rudos y hoscos, y las etiquetas les importan un bledo.

La sonrisa de ella cobró fuerza.

—En ese caso, no temeré que me juzguéis —suspiró—. Y sé que estaré a salvo con vos.

Mientras el corazón de Simon daba un brinco por aquella confianza, su alma aulló que con él no estaba a salvo en absoluto.

—Mire lo que me ha prestado mi hermana —prosiguió Rosamund, con un hilillo alegre en la voz. Se acarició la manga—. ¿No son preciosos?

Simon luchó por no posarle la mano encima. Ya lo veía: pasaría la comida torturado por su cercanía, que a la vez atizaba sus deseos.

—Sí —acertó a decir, incapaz de más.

—Yo también lo creo —rió, leve y socarrona—. Y también creo que soy un gorrión fingiendo ser pavo real.

Que se tuviera por menos de lo que era le escoció.

—No, en absoluto —replicó, sin medir las palabras—. Le sienta de maravilla.

El rubor le encendió las mejillas. Bajó la vista al tablero.

A Simon se le ocurrieron mil cosas que decir, y ninguna apropiada entre un hombre sin casar y una mujer casada. La quietud creció entre ambos, como una burbuja en el bullicio creciente de la sala. Sin otra cosa que hacer hasta que sirvieran, saboreó el calor de su cuerpo junto al suyo.

Por el rabillo del ojo veía la trenza que le cruzaba el hombro: refulgía a la luz. Cerró los párpados e imaginó tocarla, sentir la seda de aquel cabello en las yemas.

A su lado, Rosamund se estremeció, como si hubiese sentido el roce fantasma. Simon abrió los ojos, sorprendido. Ella se había vuelto un poco en el banco para mirarlo, con una mezcla extraña de anhelo y temor.

Carraspeó.

—Si sois el bastardo reconocido de vuestro padre, ¿por qué no habéis recibido la caballería?

La pregunta pareció saltarle de los labios. Siguió un jadeo, como si ni ella supiera qué iba a decir antes de decirlo. Simon la miró, pasmado por la intimidad de la cuestión.

Rosamund se mordisqueó el labio inferior, como si no quisiera proseguir, pero la determinación prendió en sus ojos.

—Aveline dice que se os han ofrecido tierras y título y que no los aceptáis. Ella os tiene por necio, pero yo creo que yerra. Pienso que debe de haber en vos un propósito grande para rehusar tal dádiva.

La punzada que despertaron sus palabras era antigua y honda. Por un momento pensó en negarse a responder, pero hubo algo en la forma en que lo miraba que le desbarató el rechazo. Al fin, suspiró.

—Mi padre me prometió caballería y tierras, pero cuando murió su testamento no nombraba mi persona. No aceptaré de nadie más lo que mi padre me negó. No difiere de lo que vuestro padrastro os ha hecho: revelar vuestro nacimiento y negaros la herencia esperada.

—Ah —exhaló Rosamund, con un peso de satisfacción—. Por eso nos ve como iguales. Ahora le comprendo mejor.

Tan solemne fue su dictamen que a Simon se le alzó, involuntaria, una comisura.

—¿Sí?

Ella encogió los hombros, tímida.

—Cuando una está sola y sin amparo, se aferra a lo que la hace única y no deja que nadie la fuerce a ser lo que no es.

A Simon se le cortó el aliento. No lo habría sorprendido más si le hubiera metido la mano en el pecho, arrancado el alma y puesto delante de él. Tan aturdido quedó, que no se movió cuando ella extendió los dedos y le tocó el brazo.

La sonrisa le fulguró en la boca.

—Pero tiene razón. Somos iguales, vos y yo, y me alegra saber que así es.

Con sus palabras, el ansia de ceñirla explotó en Simon. Le siguió el hambre de sentir de nuevo su boca bajo la suya. Desvió la vista, temeroso de que leyera en su rostro lo que le henchía el corazón. Dios lo amparara: aquello debía acabar. No solo estaba casada: en derecho eran, además, como hermanos.

En ese instante se habría levantado y huido, de haber podido. Como él mismo se había atrapado donde estaba, no quedaba sino torcer la charla hacia terreno menos peligroso. Acomodándose la expresión más neutra, volvió a ella.

—Decidme, milady: ¿qué os parece Beamont hasta ahora?

Rosamund lo escrutó, las pupilas vibrándole mientras le miraba la cara. Esperaba ver herida o fastidio por el viraje repentino. En cambio, algo hondo y secreto relampagueó en sus ojos y le siguió una sonrisa quedada. En el instante siguiente, la sonrisa se ensanchó, con un quiebro de inocencia infantil.

—Oh, Simon, es maravilloso —suspiró—. Todos son amables y gentiles. Ni en sueños imaginé un lugar tan magnífico como Beamont. ¿Sabe que mi hermana tiene su propio jardín privado?

Simon rió, gozando de su dicha por ella.

—Sí, milady, lo sé.

—Claro, cómo no —rodó los ojos, burlándose de sí—. Es un jardín hermoso, todo flores y fruta. Quise quedarme hasta el último instante antes de la comida.

—En realidad… —bajó la voz y se inclinó hacia él, confidente—, la doncella de Aveline y yo urdimos modos de mantener a mi hermana sin esfuerzo.

Su cercanía hizo volver, redoblada, la necesidad de estrecharla. La sangre le cantó. Y, esta vez, no habría acero que le amortiguase el sentir.

Lanzó una mirada rápida a su hermana y volvió a Simon con una sonrisa de conspiradora.

—Verá, mi hermana se ha exigido demasiado y demasiado pronto tras perder la criatura —susurró.

Al rozarle el aliento la mejilla, cada fibra de él clamó por tocarla. ¡Jesús, Dios Altísimo! O moriría, o la tomaría por suya, casada o no, antes de que acabara la comida.

—Perdón, Simon —dijo Ham, el aguamanilero.

Jamás agradeció tanto una interrupción. Rosamund dio un leve sobresalto y se irguió; Ham se interpuso entre ambos con la bacía y el aguamanil. Simon dejó que Rosamund se lavara primero. Para cuando devolvió la toalla, el padre Anselm entonaba la oración que daba inicio al servicio de mesa.

Como siempre, el cocinero de Beamont los alimentó bien. Aunque fuera potaje de pescado, el caldo era espeso y sustancioso. Con el porray verde y pan reciente, componía una comida cumplida. En su papel temporal de «caballero cortés», el deber de Simon era escogerle a Rosamund los mejores bocados. Así lo hizo, riendo cuando ella casi gemía con cada cucharada.

—¿Son tan parcos los guisos en Langley? —acabó por preguntar.

—Sí —dijo ella con la boca a medias, y tragó—. No tenemos más que lo que da el huerto. ¿Me cedes la copa?

Simon le pasó la copa de madera que compartían, y la vio posar la boca justo en el borde que él acababa de usar, a la manera de los amantes. El calor le trepó por dentro con el regreso del deseo. Al caer en lo que había hecho, el rubor tiñó a Rosamund.

—Perdón —jadeó, azorada, casi dejando caer la copa en su prisa por posarla.

Simon alargó la mano para asegurarla, y por accidente le cerró los dedos sobre los de ella. Soltó un gritito y retiró la mano justo cuando él abría la suya. La copa, suelta, volcó. El vino corrió, y el rojo se extendió manchando el mantel blanco.

—Oh, Aveline, lo siento —exclamó Rosamund, de veras afligida.

A su lado, Simon soltó una carcajada. Por Dios, estaba peor que un mozo enamoradizo, con los nervios volviéndole torpe.

—¿Ves, milady, lo que sucede cuando me pones donde no debo? —bromeó hacia su cuñada.

Solo cuando su voz se apagó comprendió que el salón estaba mortalmente quieto. Miró un mar de caras conocidas y halló casi todos los ojos clavados en él.

—¿Qué miráis? —tronó—. ¿Creíais que no soy capaz de semejante torpeza?

Sus palabras cortaron el silencio y desataron risas aquí y allá. Murió la hilaridad, la gente volvió a sus platos y el bullicio regresó a su bramido habitual. Pálida, con los ojos muy abiertos, Rosamund lo miró y miró a su hermana.

—Es culpa mía —chilló, con voz de junco—. Os ruego, no culpéis a Simon, Aveline.

Lady Beamont le dirigió una mirada sorprendida.

—¿Culpa? ¿Por una copa derramada? ¿Qué hay que culpar? —Hizo seña al despensero—. Enderézalo y vuelve a llenarla —ordenó, y luego fijó la vista en Simon, entornándola—. Eso es… salvo que crean haber tenido bastante espíritu por hoy.

Simon arqueó una ceja: sí o no a la pregunta muda de Aveline sobre lo que mediaba entre él y su hermana. En vez de responderle, ofreció una pulla suave, pago por haberlo forzado a aquella mesa cuando bien sabía que no quería estar ahí.

—La culpa es vuestra por darme vino, cuando todo el mundo sabe que los ingleses preferimos la ale.

—Solo reconoces esa mitad inglesa cuando te conviene —replicó su cuñada, mohína.

—No le importa —irrumpió Rosamund, atrayendo de nuevo su atención. Miró de su hermana a Simon, maravillada—. Aveline no se enfada por manchar el mantel y malgastar el vino.

—¿Y por qué habría? —frunció Simon—. Solo volcamos una copa. Hay otros en esta mesa que hacen cosas peores. —Señaló más allá de Arnult—, que fingía no oírlos mientras se embutía el potaje—, hacia Edwald, el hijo natural de Robert, al otro extremo con su nodriza. El pequeño, que no había cumplido cinco, columpiaba los pies con brío; la cabeza le botaba, y cada bocado era una aventura. El guiso le había chorreado por toda la pechera, pese a los esfuerzos de la nodriza con un paño.

Rosamund soltó un ah.

—¡Santa María, ha echado a perder su ropa!

—No la ha echado a perder —bufó Aveline—, apenas ha dado trabajo a la lavandera.

Otra vez, Rosamund miró de uno a otro, con los ojos redondos. Pasado un momento, volvió la vista por el salón; saltó de rostro en rostro. Simon la siguió, preguntándose qué buscaba. No eran más que gentes de a pie, gozando de la mesa antes de volver a sus faenas.

Con un aliento, se volvió en el banco y lo agarró por los brazos, sobresaltándolo.

—No importa —susurró, con estupor dulce en la cara—. Aquí, no importa.

Y era cierto. No importaba que supiera que estaba mal ni que todo el salón los mirara: la necesidad de posar la boca en la de ella era insoportable. Entreabrió los labios y bajó la cabeza.

Ella lo soltó para volverse otra vez hacia la sala.

—Aquí, no importa —repitió, aturdida.

Simon clavó los ojos en el pan-plato empapado. ¡Jesús Dios! ¿Cuándo había tasado tan barato su honor como para olvidar el juramento hecho a Oswald y escarnecer su palabra?

Hacia el extremo de la mesa, las patas de la silla de Robert chirriaron contra el suelo. Arnult se puso en pie para señalar el fin de la comida. Simon se alzó al instante, sin esperar la despedida.

—Lady Rosamund, os doy las gracias por vuestra grata compañía —logró decir entre dientes, y huyó como el cobarde que era. Debía mantenerse lo más lejos posible de Beamont mientras durara la estancia de su tentadora. Una comida más como aquella y no quedaría nada de su cordura.

Capítulo 5

Simon hizo resonar su gran corcel al volver al patio poco antes del ocaso, mientras ambos resoplaban, jadeantes por el esfuerzo. Maldita sea: tras horas dándole vueltas, no hallaba modo de escapar de Beamont. Ningún pretexto que urdiera bastaba para rescindir su ofrecimiento de apoyo a Arnult. Estaba atrapado allí hasta el regreso de Robert. De un brinco salió de la silla y arrojó las riendas a Gareth.

—Entonces, mozo, ¿te ha servido maltratar a esta pobre bestia para sacarte a la dama de la mollera? —la voz ronca del viejo estaba cargada de sorna.

—Chocheas, viejo —replicó Simon, regalando al maestro de caballerizas una mirada irritable—. Di lo que quieres decir y dilo claro.

El corpulento anciano alzó las cejas hirsutas con fingida incredulidad.

—Ajá. Si no entiendes mi decir, es porque la lujuria te nubla el seso. Vaya espectáculo el tuyo en la comida. Digo que al marido de la dama le habría sentado muy mal verte mirar así a su esposa.

El sobresalto sacudió a Simon.

—Solo en tu imaginación, viejo. No ha habido en mi cara ni en mi conducta para con lady Langley nada digno de mención.

—¿Imaginación, dices? —la faz de Gareth, ya una malla de arrugas por una vida a la intemperie, se abrió en una sonrisa ancha —. No estoy tan ciego como para no leer al muchacho que conozco de toda la vida. Bien, bien, apuesto a que es una hermosura, como su hermana. Lástima que esté casada con ese señorito arrogante. ¿Sabes que entró aquí bufando y bramando que les dábamos a sus monturas heno mohíno? Insultó a lord Robert en nuestra cara. No puede marcharse lo bastante pronto para el pobre Harold, que salió con un ojo amoratado durante la queja.

—¿Hablas en serio? —saltó Simon, desoyendo el agravio contra lord Langley—. ¿Qué te da motivo para creerme capaz de deshonrar a la mujer de otro?

Gareth parpadeó.

—¿Deshonrar? ¿Quién habló de deshonra? Dije que un hombre no puede evitar hacia dónde se le va el interés, y en la comida mirabas a lady Langley como garañón cercado mira a una yegua en celo.

Simon negó con la cabeza.

—No pudiste ver nada.

El viejo volvió a sonreír.

—Ah, mozo, ¿pensabas librarte para siempre de la trampa que a todos nos caza alguna vez? No: todos acabamos bailando al son del corazón, preguntándonos qué fue del sentido común. —Entornó los ojos hacia el hermano mayor de lord Beamont—. Gracias sean dadas a Dios por ello, o la vida sería bien sosa.

El desasosiego devoró a Simon. Jesucristo: si Gareth lo había visto, y eso que estaba medio ciego, todos lo habían visto.

La risa del caballerizo raspó como hierro herrumbroso. Alzó la mano y dio una palmadita en la mejilla de Simon.

—No te apures tanto, chico. El amor es buena cosa en una tarde estival como esta. Anda, vete a las cocinas. El más pequeño de

los hijos de tu madre ha llegado mientras tú torturabas a esta criaturita. Parece que hay una crisis en Stanrudde. —Le dio una palmada al animal sudoroso y negó con la cabeza, mohíno—. Nada que Alwyna no se merezca por irse a vivir entre forasteros. Si tu madre tuviera seso, volvería a su casa.

La desazón cedió a la excitación. Simon contuvo una sonrisa de alivio. ¡He aquí el motivo que necesitaba para partir! Alwyna no habría enviado a uno de sus preciados hijos a buscarlo si su necesidad no fuese, en verdad, urgente.

—Le diré a mi madre que le envías recuerdos —dijo al viejo—, pero te aseguro que no dejará ni el comercio ni la rica casa que ella y mi padrastro alzaron con tanto esfuerzo. Y te agradezco el desvelo por mi corazón, Gareth.

—Cobarde —lo reprendió el anciano, cariñoso—. ¡Huyes!

Esta vez Simon sonrió de veras, de oreja a oreja.

—Sí, y con grandes gracias a mi madre por la crisis de turno.

Cuando se volvió y tomó rumbo a la cocina, el alivio ya menguaba en dolor. Una vez traspuesta la puerta de Beamont, no volvería a ver a Rosamund. No importaba que supiese que era lo mejor ni que debía desterrarla del pensamiento. Simon hizo una

mueca. Como decía Gareth, el corazón se le había aferrado y así quedaría, sin reparar en el estrago que ello causase.

La cocina de Beamont era un cobertizo de madera a la espalda del torreón, adosado a la base de piedra y justo bajo la despensa. Bandejas y fuentes se izaban por un ingenioso sistema de cuerdas y poleas desde la puerta del cobertizo hasta el nivel del salón. Gracias a ello, las comidas en Beamont tenían la singular distinción de servirse más calientes que en la mayoría de los torreones.

A esa hora las cuerdas colgaban flojas y el portillo superior estaba cerrado por la noche. La puerta baja, empero, seguía abierta. Simon entró sin llamar.

La cocina solía ser un hervidero a esa hora, en cambio, reinaba la calma. En el rincón del fondo, el fuego estaba atizado en rescoldo. Cuencos, asadores, cucharones, cucharas y cedazos volvían a estar limpios y ordenados; los cuchillos, bruñidos y guardados. Mientras un mozo frotaba con arena un caldero rezagado, el cocinero, sus ayudantes y pinches remoloneaban en torno a la gran mesa. Cuando

cayese el sol tenderían jergones y dormirían; por ahora, se mecían en el gusto de un día cumplido y otro en ciernes.

—Buenas tardes te sean, Simon —dijo el cocinero. Otto era un hombretón de brazos fornidos; el poco pelo que le quedaba estaba en los brazos y el pecho, no en la cabeza.

—Y a ti, Otto —repuso Simon—. Tienes una nueva admiradora en lady Langley —añadió, con elogio merecido—. Ha quedado prendada de tu potaje.

La risa grave de Otto llenó la estancia; le brillaban la calva y la cara aceitosa a la luz baja.

—Y entiendo que ella tiene un admirador en vos —le devolvió —. Gracias por el cumplido. Creo que yo mismo he mejorado desde que llegó tan fina visita. Los gustos ricos del obispo son un reto constante.

—Lo imagino —repuso Simon, luchando de nuevo con la desazón—. ¿Está aquí mi hermano Peter?

—¿El hijo de Alwyna? Sí, tu hermanito está en el rincón, junto al hogar —señaló con la cabeza la ancha boca de la chimenea—, jugando con cenizas y carbón. Desde que oyó que tenemos un

obispo, casi no logramos despegarlo de ahí. No hace falta que lo eches: no ha dado guerra y puede dormir aquí si gusta.

—Gracias —dijo Simon, ya abriéndose paso hacia el rincón señalado.

Allí, en el hueco entre la chimenea y la esquina, el menor de los hijos de su madre había encajado su flaco cuerpo de dieciséis años en un banquillo minúsculo. El cabello fino y oscuro le caía a la cara mientras se inclinaba sobre una tablilla apoyada en las rodillas. Los dedos largos se movían con minucia, dibujando en un trozo de pergamino.

Simon se plantó ante el banquillo. Tan absorto estaba el muchacho que no lo vio. Sonriendo, Simon se inclinó hasta el oído del chico.

—Se van a apagar las brasas si sigues jugando con ellas —dijo.

Simon se echó atrás de un respingo: Peter había saltado como un resorte, el tablón volando a un lado y el pergamino al otro. Jadeante, el mozo miró a su hermano mayor.

—¡Santa María, Simon! —se quejó—. ¡Me has quitado años de vida! No te vi.

Simon se rió entre dientes.

—¿Qué pasa en Stanrudde para que Alwyna te enviase a buscarme?

Peter se enjugó la frente aún temblorosa, queriendo apartarse el pelo de los ojos, pero solo logró embadurnarse de rayas de hollín.

—Henry —dijo, y aún le vibraba la voz—. Nuestro hermano se cayó trabajando en el almacén. Ahora no puede andar, aunque los sanadores dicen que no hay hueso roto.

Simon alzó las cejas. Henry, a sus veinticinco, era un hombre airado. No lo imaginaba tolerando una vida sin piernas.

—¿Y bien?

El chico suspiró con esa suficiencia de los medio crecidos cuando hablan de mayores.

—Henry no está tan maltrecho como para guardar cama, pero ni intenta los andadores que mamá le consiguió. Se sienta el día entero vomitando insultos y bilis a todos. Mamá ya duele bastante por la muerte de papá: no puede con más. Yo digo que necesita a alguien que la ampare de la amargura de Henry y tome sus faenas, al menos por un tiempo. Ella dice que te necesita a ti, que te presentes, y que tu sola presencia la sosiega mientras nosotros la

volvemos loca. —Hizo una mueca y se agachó a recoger sus trebejos.

Simon bufó, leve.

—¿Dijo que yo la sosiego? No te lo creas. No hace tanto juraba que su locura la causábamos lord Beamont y yo.

Un bostezo lo tomó a traición. Se lo dejó ir y se estiró. La cabalgada lo había dejado rendido: solo quería lavarse y caer en el sueño. Posó la mano en el hombro enjuto de Peter.

—Pues si mi madre me precisa, a Stanrudde iré. Si queremos llegar mañana al anochecer, partimos al alba.

El muchacho soltó un ahogo y se dejó caer al suelo de tierra desilusionado.

—¿Nos vamos mañana? —la voz, recién mudada, se le quebró de la protesta.

Simon frunció el ceño.

—Nuestra madre te mandó venir porque es urgente —le reprochó—. Mal haría en demorarme.

Peter se puso en pie, mientras apretaba el carbón con tal fuerza que se desmigó. El pergamino crujió en la otra mano.

—Pero el obispo no vuelve hasta pasado un día —estalló.

Simon miró del carbón al pergamino y luego a la cara del hermano.

—Pensé que le dijiste a madre que habías acabado con tus sueños de monasterio y escribanía.

Por un instante el muchacho inclinó la cabeza; luego se irguió, desafiante.

—Esas eran sus palabras, no las mías. Tras la muerte de padre pensé que me daría lo necesario para comprar mi entrada en un monasterio, pero se niega. Dice que debo hacer sus cuentas, porque Henry no puede. ¡Pero yo sé la verdad! Solo quiere apartarme de la Iglesia porque es lo que yo deseo. —La voz se le quebró, esta vez de pura emoción—. ¿Por qué no entiende lo mucho que esto significa para mí?

Simon negó despacio. Alwyna amaba a la Iglesia como cualquiera, pero no entendía que Peter abandonase un oficio asentado y la posibilidad de esposa e hijos. Se encogió de hombros.

—Conoces a tu madre: el amor por sus hijos a veces la ciega. Consuélate sabiendo que también conmigo lidia por comprender.

Anda, muéstrame lo que has hecho. ¿Sabes que nunca he visto ninguno de tus garabatos?

—Prométeme que no te reirás —suplicó el mozo, apretando el trozo a su pecho.

—Yo no me río —dijo Simon, y tomó el pergamino del hermanastro.

Era Beamont lo que Peter había trazado, con todo detalle. La imagen iba orlada por la riqueza del verano: uvas y manzanas, peras y granadas se abrazaban en inverosímil abundancia sobre la misma vid trenzada.

—Esto está muy bien —dijo Simon con sinceridad, alzando la vista del pergamino hacia el muchacho.

—¿Lo crees de veras? —suspiró Peter, henchido de esperanza, y sonrió. El orgullo le pasó por la boca antes de ceder a una ansiosa expectación—. ¿Crees que a un obispo podría interesarle mi trabajo?

En los ojos oscuros del muchacho, Simon vio el reflejo del propio fuego y del propio dolor por Rosamund. Pero, donde todo conspiraba para negarle a Simon lo que anhelaba, Peter solo tenía que esperar a su mayoría para alcanzar lo que quería. Si aquel trocito de pergamino era muestra de su talento, algún monasterio lo

acogería, con o sin monedas. Simon se detuvo. ¿Por qué habría de esperar Peter, si él tenía medios para ayudarlo?

—Peter, ¿sabías que mi noble primo Oswald es uno de los administradores del obispo William? Esto es lo bastante bueno para que Oswald presente este dibujo a su señor como muestra de tu trabajo.

El chico palideció tanto que por un momento Simon temió que se desmayara.

—¿Le darías esto a tu noble primo por mí? —suplicó, sin aliento.

—Yo no —rió Simon—, sino lord Beamont. —Tendría que ser Robert quien entregase el dibujo a Oswald, sin mención del parentesco de Peter con Simon. Dios sabía que Oswald no estaba por la labor de hacer favores a su primo bastardo ahora mismo.

La desesperación le nubló el rostro a Peter.

—Pero lord Beamont se ha ido con el obispo —clamó, con un dolor no menor que el de un herido abandonado en el campo—. ¿Cómo sabrá que fui yo quien lo dibujó?

—Ten un poco de fe en mí —respondió Simon con una risa queda—. Dejaré tu escripto con el capellán de Beamont para que se

lo entregue a mi hermano cuando vuelva. ¿Hace eso más llevadera la partida de mañana?

—Sí —dijo Peter, y el ánimo le rebotó hasta la exaltación—. Cuando el obispo me haya hallado lugar, enviará aviso a Stanrudde.

—Ahora, espera —alzó Simon la mano en advertencia—. Esto no es más que la apertura de una puerta. No hay garantía de éxito. Lo que se abre puede cerrarse de golpe en las narices.

—No se cerrará. Sé que no —replicó su medio hermano, lleno de certeza. Luego frunció el ceño con seriedad reposada—. Aunque tienes razón, no debo esperar demasiado alto. —Ni una brizna de contención teñía su descargo. Al otro lado de la estancia, el cocinero y sus ayudantes rieron por lo bajo.

Peter tuvo la gracia de sonreír con ellos. Simon le dio un leve coscorrón cariñoso.

—Cachorro necio. Otto dice que puedes dormir esta noche en la cocina. Te conviene descansar: mañana tomamos camino. Entre tanto, llevaré esto al padre Anselm antes de buscar mi propio reposo.

—Gracias, Simon —exclamó Peter, aferrándole la mano—. Dios te bendecirá por esto. Y también tu noble hermano y tu primo.

Aquello arrancó de Simon un resoplido desdeñoso.

—Lo dudo —repuso—. Ni Dios ni Oswald me tienen particular apego ahora mismo.

Con eso, salió del cobertizo de cocina con el preciado dibujo de su hermano bien acunado entre las manos. Cuando hubo subido la empinada escalera adosada al torreón, el sol ya había caído. El crepúsculo tendía sombras largas y azules sobre casas y árboles, torre y muralla, y todo quedaba envuelto en grises. Contra la suavidad del anochecer, el estrépito y el hedor de las teas encendidas en el salón eran un contraste violento.

Para impedir que su encumbrado huésped sufriese un pestañeo de aburrimiento, Beamont alojaba entonces una tropa de acróbatas y juglares. A un aire jovial arrancado por los músicos, un malabarista actuaba en mitad del salón, y las pelotas de vivos colores relucían como gemas a la luz vacilante. Entre los hogares, un volatinero daba vueltas y más vueltas.

Simon registró la sala, buscando lo único que no podía poseer. La halló sentada junto a su hermana, en la mesa alta. El rostro de Rosamund se iluminaba mientras miraba las cabriolas de los artistas.

Aquel gozo lo hizo sonreír. Nunca había visto Simon tanta honestidad en las emociones. El asombro de Rosamund ante lo más común de la vida le recordaba aquello que él daba por sentado: la caricia de una buena tela, el gusto de un plato rico, un saltimbanqui andando sobre las manos. Pensar que esa noche sería su última ocasión de ver la alegría en su cara, o de oír su voz dulce, lo devoraba.

La necesidad de pasar un instante más en su presencia lo empujó un paso dentro del salón. Simon se quedó helado al comprender adónde casi lo llevaba el corazón. ¿No había hecho ya bastante el necio? No: no arriesgaría más deslices.

Se volvió y bajó a toda prisa hacia las escaleras de la capilla. Salvo por una vela ardiendo en el altar, la capilla yacía a oscuras. Como debía, con Anselm sin duda mirando a los cómicos en el salón. Bien; no necesitaba trato personal para cumplir el favor a Peter. Sí, y junto con la nota de explicación para el sacerdote, escribiría otra de despedida para Robert.

Si él iba a ser el escriba, necesitaba pluma y tinta; y la celda de Anselm estaba a oscuras por completo. Alargó la mano hacia la base

del candelero y, en ese punto, alguien le tocó el hombro. Simon dio un respingo y se volvió para ver quién era. No había nadie.

Afuera, la última luz diurna cedió a la noche con un resuello de viento. Al pasar por las contraventanas, aquel último aliento agitó con furia el aire de la capilla. Contra él, la vela se apagó. La estancia se zambulló en tinieblas, oliendo a mecha chamuscada.

—Jesús —murmuró Simon, irritado. Ahora tendría que reencender la vela, lo cual significaba llevar la lámpara al salón o al cuartel. Alargó de nuevo la mano hacia la base: sus dedos debían hallar un cuenco de madera. En su lugar, toparon con dedos.

Con un grito seco, Simon retiró la mano. Miró, horrorizado, al lugar donde estuviera el candelero. En su sitio había una mano pálida y fantasmal, con los dedos abiertos y un pesado anillo de plata en el medio.

Pánico y miedo en el tuétano le rugieron dentro. Sabía de quién era aquella mano.

—No —exhaló, negando.

—Richard. —La simple palabra, triste, pareció brotar de la piedra de los muros.

Atrapado en el espanto, Simon retrocedió a pequeños pasos temblorosos. Nebulosa y tenue, la mano persistía donde no podía estar.

—No —repitió, más firme—. Esto no me está pasando.

—¿Quién ha dejado mi capilla a oscuras? —la voz de Anselm quebró el silencio.

Sobre la mesa santa, la mano parpadeó y se desvaneció. Simon dejó escapar un alarido sin palabras. Se volvió hacia la figura encorvada que se acercaba arrastrando los pies.

—Anselm, ven y enciende la vela —intentó ordenar, pero no le salieron las palabras.

Refunfuñando, el clérigo sordo se detuvo ante el altar y metió la mano bajo el frontal. Al punto, el raspón de piedra resonó en la quietud. Un haz de paja chisporroteó y prendió. Por tenue que fuera, la luz bastó para mostrar a Simon la mesa alta: vacía, salvo por la vela. El estómago le dio un vuelco.

—¿Y esto qué hace aquí? —dijo el sacerdote, cogiendo el pergamino de Peter y volviéndose hacia la puerta del salón. Al quedar cara a cara con el maestre de armas, lanzó un chillido

trémulo—. ¡Simon! No le hagas eso a un viejo. ¿Por qué estás aquí, a oscuras?

En vano intentó Simon convencerse de que no había visto lo visto: agarró la mano gruesa y nudosa de Anselm. No funcionó. No eran aquellos los dedos que acababa de ver. Conocía la mano de Anselm tan bien como la otra, y no se parecían en nada.

Soltó al sacerdote y retrocedió, negando con la cabeza.

—No, no voy a hacerme esto —dijo, ronco—. Estoy cansado, demasiado cansado, y trastornado por el día.

—¿Qué dices? —preguntó Anselm, entornando los ojos para leerle los labios—. ¿Has sido tú quien dejó esto? —Alzó el pergamino hacia el soldado.

Simon se lanzó a responder, para dejar atrás aquellos instantes.

—Sí —dijo, arrebatándoselo y sosteniéndolo como mercader su mercancía—. Esto es de mi hermano menor, el menor de Alwyna. Él…

Se contuvo: hablaba demasiado rápido para el sordo, y además le daba el hombro. Aspiró hondo, serenándose; alzó el dibujo y encaró al sacerdote.

—¿Recordáis a mi madre, Alwyna?

—Desde luego —bufó Anselm—. ¿Qué crees, que estoy chocho?

Otra ocasión lo habría espoleado a la broma; ahora, Simon solo asintió.

—Bien. Ha habido un accidente en su casa. Debo partir hacia Stanrudde temprano mañana.

—Mejor —respondió el clérigo, firme—. Así evitamos lo que veo avecinarse ante mis ancianos e inocentes ojos.

—¿No estoy huyendo? —saltó Simon, áspero; y suspiró—. Perdona, padre. Quería que dejarte este dibujo, es obra del menor de Alwyna, Peter. ¿Se lo entregarás a Robert para que lo muestre a Oswald? Peter desea profesar en un monasterio.

Las cejas de Anselm se alzaron; la aprobación le encendió la mirada.

—¿Siente la llamada?

Simon asintió.

—La siente, y la declara desde pequeño.

El capellán sonrió, casi desdentado como un infante.

—Reconforta saber que hay quien ansía con el corazón la pasión del amor de Dios. De Alwyna, no esperaba menos.

—Gracias, padre —dijo Simon, y empezó a retirarse—. Ya he cumplido y deseo con toda el alma salir de aquí.

—Quédate —ofreció Anselm—. Aún hemos de tratar algunos asuntos.

—No puedo —repuso Simon, y se aclaró la garganta para sacarle el filo de miedo—. Perdonarme, Anselm. No esta noche. Este día me ha rendido tanto que veo cosas que no pueden ser. —Y sentirlas, también.

Se volvió sin otra palabra y huyó de la capilla, junto con las dos almas que allí moraban.

Aunque no sabía cómo podía percibirlo, Rosamund sintió a Simon entrar en el salón. Con el rabillo del ojo lo vio detenerse frente a las escaleras de la capilla. Permaneció allí largo rato, como si dudara si unirse a ellos en el salón.

Rosamund contuvo el aliento. Con todas sus fuerzas lo instó en silencio a entrar. En cambio, él se volvió y bajó con premura a la capilla. La desilusión la hizo suspirar. Era culpa suya. Sin duda había hecho algo durante la comida para que él rechazase su compañía.

De pie tras ella, Anne se inclinó para tocarle la manga.

—¿Estáis cansada, milady? —preguntó, la preocupación marcada en su rostro redondeado.

—No —respondió Rosamund, esforzándose por ocultar su abatimiento—. Solo me preguntaba si he hecho algo que ofendiera a Simon. Se marchó con tanta brusquedad después de la comida.

—No habéis hecho nada, milady —replicó la doncella, y añadió para sí, en inglés—: Es de sí mismo de quien trata de huir.

—¿Estás segura? —inquirió Rosamund, mordiéndose el labio con inquietud—. Lo vi tan tenso… No quisiera haberle herido, no después de haber sido tan amable conmigo.

Anne sonrió.

—Milady, en lugar de preocuparos por los humores de mi primo, tomad como gran halago que eligiera acompañaros en la mesa. Nadie, ni siquiera lord Robert, ha logrado sentarlo allí. —La

mujer rió de sus propias palabras, y finas telarañas de arrugas se dibujaron en las comisuras de sus ojos oscuros.

El ánimo de Rosamund se elevó.

—Si es así, entonces atesoraré el honor que me ha concedido.

—Y bien que debéis. Mi primo es un hombre extraño, vive sujeto a sus propias reglas. Adoptará el papel de servidor, pero ¡Dios libre al que lo confunda con un criado! —Anne seguía riendo—. Jamás recibe órdenes; solo accede a aquello que él considera digno. Os aseguro que, cuando vimos a lady Aveline ordenarle que se sentase a vuestro lado, todos nosotros —con un leve movimiento de cabeza indicó a la gente de Beamont— creímos que estallaría la batalla. En cambio, con unas cuantas palabras vuestras, allí estaba, manso como un cordero. —La doncella le guiñó un ojo.

Un estremecimiento de dicha recorrió a Rosamund. Claro que el extraño comportamiento de Simon tras la comida debía deberse a otra cosa. Nada de lo que hiciera podría haberle repugnado. ¿Cómo iba a ser así, si eran iguales?

Alentada por lo que la doncella le había dicho, Rosamund se recostó en el banco y cerró los ojos. En su mente reunió cada instante compartido con Simon. Pulió aquellos momentos hasta

hacerlos brillar, y los guardó en su memoria como las joyas preciosas que eran. Si nada más se llevaba de Beamont, aquello bastaría para iluminar el infierno de su vida en Langley.

Capítulo 6

—¡Lady Langley! ¡Despertad! Debéis despertar. ¡Oh, milady, por favor, por favor, levantaos!

El grito, alzándose por encima de un coro de voces femeninas frenéticas, arrancó a Rosamund de sus sueños. Se incorporó de un brinco en el lecho de los aposentos de mujeres y se apartó del rostro el cabello suelto. Anne, con los ojos abiertos de espanto, estaba inclinada sobre ella sosteniendo un amasijo de ropas. El resto de las mujeres se apiñaba al otro lado de la estancia en apurado corrillo, mirándola con ojos dilatados y palideces en el rostro.

—¿Qué sucede? —exigió Rosamund a la doncella, al tiempo que arrojaba a un lado las mantas suaves y saltaba en pie.

—Deprisa, vestíos —respondió Anne, tendiéndole la saya interior—. Alguien viene buscándoos. Lady Aveline dice que debéis ocultaros en la torre norte.

Rosamund arrebató la prenda suelta de manos de la doncella, mirando hacia las ventanas como si el ataque hubiera de venir de allí. Las contraventanas estaban de par en par, dejando ver tajos de un cielo tenue y brumoso de amanecida. Se calzó la saya.

—¿Quién viene? ¿Es mi esposo?

—No lo sé —chilló la doncella.

Entre las manos de Anne estaba la sobreveste color agua que Aveline le había prestado, la cara prenda hecha un círculo descuidado para encasquetársela por la cabeza. Lejos de quejarse, Rosamund se la embutió. Una vez en su sitio, Anne le colmó los brazos con el cinturón y el calzado y alcanzó los cordajes del costado para ceñir la prenda.

Mientras la doncella tiraba y ajustaba, Rosamund miró lo que llevaba. En un zapato había un paño húmedo para el aseo; en el otro, un peine. Bajo el peine, la fina toca que había usado el día anterior como cubrecabeza. Anne terminó un lado y corrió alrededor de Rosamund para apretar el otro.

Se abrió la puerta del aposento de mujeres. Un mozo asomó la cabeza. Al ver a Rosamund, se le agrandaron los ojos.

—Milady, ya deberíais estar en la torre —gritó—. ¡Vamos! ¡Marchad ya!

Con un chillido, Rosamund giró en redondo y empujó a Anne hacia la puerta.

—¡Deprisa! —clamó—. Llévame al amparo que me ofrece mi hermana.

Anne vaciló un instante, las manos revoloteándole inútiles, el rostro librando pugna entre el pánico y la necesidad de dejar a su señora en debida compostura. Se le afirmó el mentón al recobrarse. Echó a andar resuelta hacia la puerta.

—Por aquí, milady —ordenó a su superiora.

Una vez en la galería, Rosamund miró al salón de abajo. La gran sala estaba en sombra y vacía, con la puerta principal abierta de par en par y sin guardia. Por la abertura llegaba el choque del acero contra el acero. Un hombre bramó de furia.

Anne alzó las faldas y echó a correr; Rosamund la imitó, con el resto de su atavío apretado contra el pecho. Bajaron la escalera, cruzaron el salón y la doncella las guió hacia una puerta. Tras ella comenzaba una angosta escalera de caracol.

Anne empezó a subir; sus suelas rasparon la piedra. Rosamund cerró la hoja tras de sí y la siguió. Aunque las saeteras apenas dejaban entrar luz, bastaban para que penetrase el sonido. Aun tan lejos del patio, el hueco se llenaba de ecos de hombres airados.

—¿Quién viene a por mí?

Eso no impidió que la doncella lo intentara.

—No lo sabemos—replicó, con voz trémula—. Pero dad gracias al Señor de que Simon no hubiese partido aún esta mañana. Él nos pondrá a salvo. Por aquí —concluyó, abriendo una puerta en lo alto del tramo.

La cámara de la torre apenas bastaba para tender a tres hombres en hilera. En cada una de sus dos paredes exteriores se abría una saetera, y un escabel solitario ocupaba el centro. Fuera de esto y de la capa de paja en el suelo, no había nada.

Corriendo a una de las rendijas, Anne estiró el cuello intentando en vano asomarse más allá de la esquina del torreón. Eso dejó a Rosamund libre para sentarse en el pequeño asiento, con el corazón hecho jirones. Con los zapatos y el cinturón recogidos en el regazo, apoyó los codos en las rodillas y se cubrió el rostro con las manos. ¿Se iba Simon y la dejaba?

¿Cómo podía la partida de un hombre casi desconocido dejarla tan por entero desamparada? Los arrepentimientos se atropellaron en su mente. Necesitaba hablar con él una vez más, o volver a entrelazar sus dedos con los suyos. Miró la espalda de Anne.

—¿Simon se va? —preguntó, agradecida de que la voz le saliera firme, pues el resto de ella temblaba de dolor—. ¿Por qué? ¿Adónde va?

—A ver a su madre —dijo Anne sin apartarse de la estrecha abertura—. Es viuda reciente, y ahora uno de sus hijos ha quedado tullido. Para colmo, el comercio de su marido pesa sobre sus hombros…

La voz se le apagó al ponerse de puntillas, queriendo meter la cabeza por la ranura.

—¡Bah! No hay nada que ver desde aquí —exclamó, frustrada, apartándose de la abertura. Se volvió hacia la estancia con una sonrisa de consuelo para la noble—. Ahora que estáis segura, os traeré algo mejor que ese paño para el aseo y un bocado para romper el ayuno.

El miedo desgarró a Rosamund. Era bastante con que Simon partiera. ¿Y si era su marido quien venía por ella?

—No, no os vayáis —suplicó.

A Anne se le enterneció el rostro.

—Ay, no debéis temer. Simon no es un simple soldado, por mucho que lo aparente. Aquí es igual a lord Robert, aunque nadie se atrevería a decírselo a la cara. De veras, podéis confiar en que os guardará. Vuelvo en seguida —dijo, y salió sin saber que su consuelo acababa de torcerse en tormento.

Rosamund miró la puerta cerrada, parpadeando lágrimas. La soledad, honda y hueca, le subió por dentro. No solo le importaba Simon, sino que además era par de lord Beamont, que amaba a su hermana con tanta ternura que no la maltrataba. Dejó caer zapatos y cinturón, apretó el paño húmedo contra el rostro, con la garganta anudada por lo perdido. Por desgracia, ningún lienzo mojado bastaba para aplacar aquel dolor. Suspiró, se secó las lágrimas y el rostro.

Desde la base de la escalera llegó el grito airado de un hombre. Rosamund se quedó mirando la puerta, sobrecogida. No entendía las palabras, pero el tono subió a súplica y cayó luego a la hondura del amago. Olvidando calzado y cinturón, se puso en pie y retrocedió.

A medida que el restregar de pies en los peldaños se acercaba, se alzaron palabras de entre los sonidos.

—No sufriré tal trato —bramaba el hombre—. ¡Soltadme, malditos! No soy un lactante llorón a quien destierren a voluntad ajena. ¡Sangre de Dios! ¡Esta es mi casa y mi pleito, de nadie más!

A Rosamund se le agrandaron los ojos.

—¿Simon? —exhaló.

Con un quejido de goznes, la puerta voló hacia dentro. A Simon lo empujaron tanto que cayó de rodillas. Pese a ello, ya estaba en pie, embistiendo la hoja casi antes de que los captores pudieran cerrarla. A los de fuera les costó lo suyo mantenerla contra su empuje.

Rosamund lo miró. Poco tenía de caballero vestido con una túnica parda corta de villano sobre calzas oscuras, botas hasta la rodilla laceteadas en las pantorrillas. Su única prenda exterior era un capuchón, una capa de común; la capucha le cubría desde la coronilla hasta el cinturón. De hecho, lo único que lo distinguía de un servidor era la vaina vacía al flanco: el talabarte de la espada estaba labrado y cinchado de latón.

Simon rebotó contra la puerta cuando esta encajó firme en el marco.

—Malditos, soltarme —rugió, esta vez echando el hombro para forzarla contra quienes la sujetaban—. No tenéis derecho a hacerme esto.

—¿Simon? —preguntó Rosamund, quedamente y con cautela, pues su hervor imponía.

Él no la oyó, y volvió a arrojarse contra la tabla. No cedió ni un ápice, sostenida por dos hombres al otro lado. Jadeante, apoyó la frente en la madera, y a través del grueso roble se alzó una voz sumisa:

—Señor, no forcejéeis así. Milady mandó que os tengamos a salvo hasta que puedan llamarse a lord Robert y al obispo, y así será. Os ruego que no me obliguéis a lo que me partiría el corazón: a ataros.

No cabía duda del desasosiego del buen hombre.

Al oírlo, Simon soltó puñetazos contra la hoja.

—¡Maldita sea! —tronó—. ¡No es asunto suyo inmiscuirse!

Se echó atrás la capucha y volvió a encarar la puerta. Tenía los ojos cerrados y la cabeza echada contra la madera, frustrado.

—¿Con qué derecho se trata así a un hijo de Beamont? —murmuró, y el puño apretado marcó un tambor de impotencia en su espalda.

Rosamund soltó un ahogo. Un tajo estrecho le cruzaba la mejilla, de la ceja al mentón. La sangre rezumaba y goteaba al hombro, dejando reguero rojo en el capuchón.

—Oh, estáis herido —clamó, y se acercó con intención de aliviar como pudiera.

Él abrió los ojos de golpe. Al verla, se aplastó contra la hoja.

—Dios querido, no sabe lo que ha hecho —exclamó, casi en pánico.

Volvió a golpear, esta vez con ritmo apremiante.

—¡Guy! ¡Walter! ¡Abrir! Debéis guardarme en otra parte.

No hubo respuesta.

Rosamund se le puso al lado con el paño en la mano.

—Casmaos. Nada impropio puede haber si no estaremos mucho tiempo solos —dijo, procurando sosegarlo mientras

examinaba el corte. Era marca de azote, y no tan honda como el sangrado hacía temer. Al curar, dejaría una fina línea blanca por la mejilla y la barba. Posó el paño en su frente y comenzó a limpiar la sangre.

Él se le escabulló por la pared. Ella frunció el ceño y lo siguió hasta volver a ponerse a su vera. De nuevo se apartó, esta vez doblando la esquina para pegar la espalda al muro contiguo. Cuando ella llegó y alzó otra vez el paño, él desvió el rostro.

—Rosamund —dijo, y en las sílabas de su nombre cupieron gozo y terror—, no debéis. Hemos pecado bastante.

—¿Pecado? —le lanzó una sonrisilla irónica—. No pretendo sino limpiaros la herida. Dudo que eso cuente como pecado.

Aun con sus desvelos por la rectitud, se le dibujó una sonrisa; y con ella, el dorado que tanto le placía a ella encendió sus ojos.

—¿Qué necedad la mía, no?

Alzó de nuevo el paño. Pese a lo recién admitido, él volvió a volver la cara.

—Dejad que otro me atienda. He jurado no tocaros.

A Rosamund se le escapó un leve sonido de fastidio.

—Vuestro voto está bien guardado: quien os toca soy yo.

Con eso, le sujetó el mentón y apoyó el lienzo en la mejilla para contener la sangre. Él se tensó, con la espalda clavada al muro, y alzó la mano como para detenerla. Con un suspiro desgarrado de derrota, dejó caer el brazo de nuevo.

A Rosamund se le torcieron los labios, divertida de pronto. ¿Tan sujeto estaba a su honor? Si así era, ¿caía en la cuenta de que la dejaba libre para tocarlo sin temor a su reacción? Apenas le abría la piel en frente y mentón, y profundizaba en ceja y mejilla. Debía de haberle rozado solo la punta del látigo.

—¿Quién os ha hecho esto? —preguntó mientras trabajaba.

Él mantuvo la mirada clavada en la pared opuesta al responder:

—La madre de vuestro señor. Llegó esta mañana en el carro de Beamont y me sorprendió en el patio dispuesto a partir. Quiere la piel de mi espalda por mi supuesto ataque contra ella, y por haberos «tomado».

Rosamund bajó la mano de golpe. Al parecer solo iba a tener un día de libertad. Con Matilda allí, ya no habría más tiempo junto a Aveline. Frunció el ceño, inquieta.

—Si quiere vuestra piel, se quedará chasqueada. No habéis obrado mal: solo cumplisteis el encargo del obispo. Yo creo que lord Beamont no permitiría que otro dañase a un deudo suyo.

Simon le lanzó una mirada amarga y volvió a clavar los ojos en la pared opuesta.

—Si la esposa de mi hermano puede doblegar a mis hombres a su antojo y hacer que me acarren donde le place, ¿por qué no habría esa arpía que es vuestra suegra de quedarse con mi pellejo?

—¿Aveline hizo eso? —preguntó Rosamund, sorprendida.

—Sí lo hizo, y mil veces maldita sea —escupió Simon, sin mirarla.

Un instante después, la fiereza se le apagó.

—Es culpa mía. Nada de esto habría ocurrido si no os hubiese tocado. Soy el bastardo no reconocido de mi padre, por tanto, soy plebeyo, y se castiga con la muerte al inglés que ose levantar la mano contra un normando. Sí, lady Matilda tiene el derecho.

La inquietud desgarró a Rosamund.

—No —murmuró, en protesta—. No, no dejaré que Matilda os hiera, no siendo yo quien ha hecho mal. Nunca debí deciros mi

nombre. Aveline ha de entregarme a Matilda. Cuando la madre de Sebastian me recobre, olvidará sus quejas contra vos.

Simon volvió el rostro hacia ella. Lejos del alivio, la ira le oscureció la mirada. Se le endureció la boca.

—¿Me deshonraríais así? —silbó—. No: no me desobedeceréis en esto. Yo recibiré sus golpes, pues me los gané con el beso que os robé.

Rosamund empezó a negar, y su enojo se tornó ruego.

—No —insistió—. He visto cuánto os ha complacido esta estancia en Beamont. Si mi vida puede compraros siquiera un día más de dicha, dejadme morir.

Al quedar mudo, alzó los brazos hacia ella como para abrazarla, pero los dejó caer, vacíos. Se le escapó un gemido, y otra vez miró a la pared.

Sobrecogida, Rosamund le estudió el perfil, atesorando cada arista dura de su rostro.

—Que os importe de tal modo que os sacrifiquéis por mí… —susurró, incrédula; y negó con la cabeza—. No, no daréis vuestra vida por mí. Sería sacrificio baldío, pues muerto vos, me tendrá a mí igualmente, hagáis lo que hagáis.

Él volvió a mirarla. A Rosamund se le cortó el aliento: lo llenaba, hondo y sombrío, el anhelo de mantenerla a salvo.

No era menos de lo que ella sentía por él.

—No —repitió, en voz baja pero firme—. Lo que queréis es imposible. Si lo intentáis, os lo impediré. Ya me habéis dado mucho más de lo que podéis saber y no tengo modo de pagaros con la misma moneda.

Su sonrisa fue torcida y triste.

—El único pago que preciso es licencia para soñaros.

Con el corazón dolorido, Rosamund negó incluso eso.

—No creo que seáis hombre dado a cuitas baldías. No soportaría que me hiciéseis señora de vuestros suspiros por un vislumbre mío. Así obraban los caballeros en los cuentos de mi madre: malgastaban el corazón en lo que jamás podrían tener. No, no me soñéis. Id a casa de vuestra madre y olvidadme, porque lo nuestro no tiene remedio.

La luz se le murió en los ojos, que quedaron de un castaño apagado.

—¿Desdeñáis mi amor, pues? —la voz fue tan baja que apenas la oyó, pero el dolor no dejaba duda.

A Rosamund se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo podía pensar, ni por un latido, que lo rehusara? Eran iguales, él y ella.

—Quisiera tener mi vida por comenzar —le dijo—, y la libertad de vivirla a mi albedrío. Si así fuese, vos seríais la elección de mi corazón. Me quiebra saber lo que pudo ser y lo que jamás será mío.

A él se le escapó un sonido ahogado, nudo de gozo y pena. Ella posó los dedos en sus labios para acallarlo. Él se tensó, pero no apartó la cabeza de su caricia.

—No debéis penar por mí —suplicó, quedo.

—Me negáis todo lo demás: no podéis negarme mi propio dolor —susurró. El leve roce de la boca contra sus dedos fue tibio y suave, la barba le raspó la piel—. Ya se me está rompiendo el corazón.

Pasó el momento y sus dedos siguieron en su boca. Él se iba; Matilda había llegado, y pronto estaría allí Sebastian. Apenas les quedaban instantes antes de que volviese Anne con los vínculos del decoro que habían regido toda la vida de Rosamund. Su única ocasión de conocer a aquel hombre maravilloso se le escurría.

Al fin, él intentó librarse con un giro de cabeza.

—He empeñado un juramento —la previno.

—No me tocáis —repuso ella, susurrando como él, y le alisó con la yema de los dedos los pelillos revueltos de la barba. De ahí, sus dedos siguieron la quijada en una caricia. Subió por la curva de la mejilla ilesa, cruzó el arco de la frente y bajó por la línea torcida de la nariz.

Él cerró los ojos. Se dejó ir contra el muro y tomó un aliento largo y hondo. Con ese sonido, una tibieza blanda despertó en Rosamund. Volvió a rozarle los labios con las puntas de los dedos y descendió por la fuerte línea del cuello. Al llegar al hombro, siguió su amplitud hasta posar la mano sobre la recia curva del brazo.

La calidez le creció por dentro. Jamás se había sentido tan viva ni tan consciente. La mano se movió de nuevo hasta reposar en el ancho pecho. Donde la loriga vedaba todo contacto humano, la tela blanda de camisa y sayo no alzaba barrera. El calor de su cuerpo le subió, franco, por los dedos a la propia carne. En lugar de recatarla, aquel ardor la animó a inclinarse más. La sangre le hormigueó en las venas; era un vértigo parecido al poso del vino fuerte de la víspera.

Bajo su palma, el latido de él era firme y rezio. El suyo subió hasta igualarlo, y luego más, hasta tronar en los oídos, pidiéndole

algo cuyo nombre no sabía. Obedeciendo a esa nueva guía, apoyó ambas manos en su pecho y se alzó de puntillas. Muy suavemente, posó su boca sobre la de él.

Él jadeó, breve y agudo, pero no hizo otro movimiento. Ella cerró los ojos contra la avalancha de sensación. Los labios de él eran blandos bajo los suyos; la barba, un raspo agradable. El sabor le resultó grato.

Prendida al sentir, se dejó caer contra él. Al moverse, la boca se le escurrió sobre la de Simon, y una sacudida increíble le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies.

Un temblor en respuesta lo sacudió a él, y volvió a jadear. Ella, sorprendida, se retiró… pero solo hasta que sus labios volvieron a rozarse, piel con piel. El nuevo calor dentro clamó contra aquella pérdida, y abrió los ojos.

Él seguía con los párpados cerrados, el ceño fruncido como de dolor. Bajo sus manos, los músculos se le habían tensado. Tenía las manos abiertas contra el muro. Temiendo haberle hecho daño, suspiró y empezó a alejarse. Desde lo más hondo de su garganta brotó un sonido de pérdida tal, que ella ahogó un grito.

—No —aliento él, abriendo los ojos. En su negrura ardía la conciencia de lo que deseaba y de lo que no podía tener—. Rosamund, ¿cómo he de seguir sin vos, ahora que os conozco? Sois mía.

A Rosamund se le partió el alma con esas palabras. Con un sollozo se le echó al cuello, trenzando los brazos para pegarse cuanto pudo. Sus bocas se encontraron. Esta vez fue él quien la besó, hendiendo la boca sobre la suya, devorándola con su ansia.

La pasión de él la anegó, y en ella prendió una prisa urgente por moverse. Se acomodó contra él, y un sobresalto la atravesó, súbito. Él emitió un sonido hondo. Aquel escalofrío creció.

Apartó su boca de la de él y jadeó. El querer por ella ardía en sus ojos. La felicidad estalló en Rosamund, tan fuerte que le rebosó en una risa gozosa. ¡Oh, qué maravilla ser deseada por quien era! Y, Virgen Santa, qué tormento no sentir la boca de él. Fue ella quien lo besó entonces, devolviéndole la misma pasión que él le había dado.

La loza cascabeleó contra el suelo. Rosamund dio un respingo en el abrazo de Simon y se volvió. Anne estaba en el umbral, con los ojos desmesurados. Los restos del desayuno de Rosamund yacían

hechos añicos a sus pies. Detrás de ella, un mozo esbelto, de pelo oscuro cayéndole a la frente, los miraba boquiabierto.

—Mon Dieu —exclamó Anne en lengua normanda, y remató en inglés—: Simon, ¿qué haces? ¿Te has vuelto loco?

La pena le desgarró el pecho a Rosamund. Miró a Simon y el cálido prodigio del instante anterior se le heló en vacío.

—Demasiado pronto —dijo quedo, hablando de la separación que no tardaría.

La comisura de él se alzó en un gesto entre dolido y socarrón.

—No lo bastante —susurró en respuesta.

Sonaron pasos en la piedra de la escalera. Anne abrió aún más los ojos y gesticuló hacia Rosamund.

—Vuestra hermana viene —silbó—. Soltadle y apartaos.

Apenas pudo Rosamund dar un paso al lado antes de que Aveline apartara al mozo y entrara en la ahogada estancia. De una ojeada, la señora de Beamont lo vio todo: la sobreveste floja de su hermana, el cabello descubierto y la cercanía impropia al maestre de armas del castillo. Se le estrecharon los ojos, se le afirmó la quijada.

—¿Qué es esto? —exigió.

Simon se adelantó por delante de Rosamund para plantarse ante la esposa de su hermano.

—¿Cómo osáis aprisionarme? —reprendió, áspero—. No tenéis derecho a tratarme así.

Aveline irguió la espalda.

—¿No lo tengo? —su voz fue hielo con la autoridad que la asistía. El asombro atravesó el dolor de Rosamund: su hermana no se amedrentaba ni un ápice ante el hombre que la empequeñecía, pese a los puños cerrados y el ademán amenazador.

—Es mi oficio guardar lo que pertenece a Beamont —prosiguió Aveline—. Esa vieja bruja ya ha reventado nuestros bueyes de tanto arrearlos. ¿Y ahora pretende que yo le deje la mano libre para maltratar a quien se llama mi servidor? Antes pasar por mi cadáver. —Escupió las palabras—. Y ni se te ocurra abrir la boca para decir que no eres criado de nadie. No puedes tenerlo de ambas maneras. O eres común y, por consiguiente, mi servidor, o aceptas lo que Robert te ha ofrecido y te haces noble.

A Simon se le tensaron los hombros hasta que Rosamund temió que la tela no aguantase. Echó la cabeza atrás.

—Soy hijo de Beamont —bramó—. Me has despojado de todo honor. Deja que la vieja FitzGerald se lleve lo poco que queda de mí.

Aveline le clavó un dedo en mitad del pecho y forzó al soldado a retroceder un paso.

—No quiero más palabrería de honor. Fue el puñetero honor de Robert lo que casi nos cuesta la vida a ambos y me hizo perder la criatura. Ahora, cierra la boca y siéntate. Anne, ven y mira ese rostro.

Rosamund se quedó boquiabierta cuando el poderoso guerrero obedeció y se sentó en el diminuto escabel. Una vez él sentado, Aveline se volvió hacia ella.

—Recógete el cabello antes de que alguien más te vea.

Algo en el decir de Aveline encendió la cólera en Rosamund. ¿Qué derecho tenía, siquiera su hermana, a hablarle así? Creció la ira, brotando del centro de su ser con fuerza temible. ¿Qué derecho tenía ninguno de ellos a robarle la dicha o forzarla de vuelta al infierno FitzGerald? Sobrecogida, Rosamund intentó tragarse la emoción, pero no cedió. Se le aferró por dentro, hirviendo, apenas sujeta bajo su dominio.

—Milady —dijo Anne, poniéndose entre las dos damas—, me temo que es culpa mía. Solo pensé en traer cuanto antes a lady Langley, sin darle tiempo a acabar de vestirse. Luego la dejé sin ayuda ni compañía, sin caer en que pensabais traer aquí también a Simon. ¿Qué hago primero: el cabello y la saya de vuestra hermana, o coso la herida de Simon?

—Eso es al menos media explicación —replicó Aveline, aún con el enojo en la voz—. Ve por tus ungüentos. Yo ayudaré a mi hermana.

—Sí, milady —dijo Anne.

Mientras se deslizaba por la puerta, la atención de Aveline pasó al mancebo moreno.

—¿Quién es ese muchacho?

—Mi medio hermano, Peter —gruñó Simon—. Es el menor de los hijos de mi madre.

A Aveline se le escapó un resoplido irritado.

—Santa María me valga: este lugar tiene más hermanos que pulgas una rata. Haz algo útil, Peter. Recoge esos trozos de loza para que mi hermana no se hiera los pies.

El chico frunció el gesto, inquieto. Miró a su hermano.

—Simon, habló demasiado aprisa para que la entendiese. ¿Qué ha dicho? —preguntó en su inglés preocupado.

Tras la rápida traducción de Simon, Peter obedeció sin protesta, apilando los fragmentos en la esquina tras la puerta, donde se quedó, como queriendo pasar inadvertido. Aveline aprovechó para alzar los zapatos del suelo y tendérselos a Rosamund mientras le ajustaba los cordones de la sobreveste. Cada movimiento suyo era duro y hostil, hasta el resuello.

La ira que hervía en Rosamund volvió a tensar sus dominios. ¿Qué le pasaba a Aveline? Las hermanas debían comprender y ampararse, no traicionar la dicha de la otra con enojo.

Se calzó de un empujón, gruñó, arrancó el zapato, sacó el peine de la puntera. La frágil toca siguió el mismo camino. Vacío ya el calzado, se lo ciñó de un pisotón, y al compañero también.

Dejó a Aveline apenas lo justo para atar el último cordón y se zafó. Cruzó la estancia hacia el punto más alejado de la señora de Beamont y empezó a pasar el peine por los nudos. Aveline se cruzó de brazos, entornando los ojos, mientras observaba a su hermana

mayor trenzarse el cabello. Por alguna razón aquello solo avivó la cólera de Rosamund.

Cuando hubo trenzado, echó las dos guedejas por delante, bien sabiendo que sin ataduras acabarían deshechas.

El mentón de Aveline se alzó un punto. Le tendió la hebra de la toca.

—Toma —dijo—. Cúbrete la cabeza.

A Rosamund le ardieron las mejillas de pura ira. Le arrebató el paño y lo desenrolló, solo para descubrir que no era el simple cuadrado que conocía. Sin Anne que la ayudase a ceñirle la garganta y fijar la toca, ni siquiera sabía por dónde empezar.

—No puedo —soltó, dejando que el lienzo leve cayera al suelo —. No sé.

Desde el escabel, Simon suspiró y se le vencieron los hombros.

—Déjala, Aveline —dijo—. Si has de volcar tu enojo, haz de mí tu blanco. Tengo espaldas bastante anchas para cargar con las consecuencias de ambos.

Aveline se volvió hacia él con demasiada rapidez.

—¡Y bien que debieras cargarlas! Por Dios, ¿qué he de pensar? Primero, te ataca en nuestro patio una vieja que asegura que raptaste a mi hermana. Cuando intervengo para librarte de la paliza, te vuelves y acometes a los hombres de Beamont. Ahora te envío para guardar a mi hermana de quienes pretenden servirse de ella, ¡y os hallo casi abrazados!

La ira de Rosamund estalló en un chillido feroz. Nadie, ni su hermana, iba a reprender a su amor. Aveline se volvió hacia ella, pasmada.

Rosamund apretó los puños.

—No consentiré que le culpes. No me abrazaba él. Fui yo quien le rodeó el cuello y le impuse mis caricias, aun con su aviso de que no debía.

El enojo se le fue desinflando palabra a palabra, hasta que, al final, ya no quedaba. Solo entonces comprendió lo que había hecho y se llevó una mano a la boca, sorprendida. ¿Qué había sido de ella? En doce años de matrimonio jamás se atrevió a soltar su ira con tal osadía. Y ahora, con apenas dos días de libertad, parecía habérsele ido todo dominio.

Simon la miró con tristeza en el rostro.

—Así fue —admitió—, pero no hice lo bastante por detenerla, pues no deseaba que parase.

Aveline los miró alternativamente; la sorpresa dio paso al espanto.

—Dime que no es verdad —clamó—. Simon, eres el hermano de mi marido, y Rosamund es mi hermana y una mujer casada.

—¿Crees que no lo sabemos? —la pena en la voz de Simon se hizo más honda—. ¿Por qué crees que tenía tanta prisa por partir a casa de mi madre? En cuanto al pecado futuro, poco hay que temer si yo me voy por un tiempo con mi madre y Rosamund vuelve a Langley cuando el obispo haya acabado con ella. Lo que anida en nuestros pechos no será otra cosa que eso: anhelos y sueños del corazón.

A Rosamund se le cortó la respiración al calarle la verdad. Él no la buscaría jamás. Su vida estaba concluida, aunque apoyase el pleito de Sebastian contra Aveline y lograse el perdón del marido.

Rosamund volvió junto a su hermana.

—Aveline, ahora que sabes que no obró mal, dime que lo ampararás de Matilda. En verdad no hizo más que impedir que la

madre de mi señor me apalease hasta dejarme sin sentido para que Oswald no me trajera aquí. No debes permitir que Matilda lo tenga.

—Por Dios —exclamó Aveline, alzando las manos con incredulidad—, lo dices como si yo consentiese que cualquier forastero degollase a la gente de Beamont. Por supuesto que haré cuanto pueda por guardarlo, mas no depende solo de mí. Lady Matilda presentará su querella al obispo. —Se volvió hacia Simon con una mirada afilada—. Y puesto que el medio hermano de mi marido se empeña con necedad en mantenerse por común, lady Matilda tiene todo derecho a pedir su castigo.

—Soy común —replicó Simon, irritado.

—Y noble también —cortó Aveline—. Cuando veo la vida a la que te condenas, tiemblo por Edwald. Ruego a Dios le haya dado más seso que a ti.

Anne asomó tras el quicio. Al ver que todos la miraban, esbozó una sonrisa nerviosa y avanzó con una bandeja de bálsamos y útiles. Arrodillándose junto a Simon, dejó la tarima en el suelo y empezó a tantearle el rostro con delicadeza.

Rosamund y Aveline se colocaron a su lado. Rosamund señaló la mejilla de Simon.

—Creo que basta con unos puntos en este tramo —dijo, y se agachó a buscar entre los adminículos de Anne un hilo muy fino—. Si usas este, la cicatriz le quedará más delgada.

Simon gruñó.

—Por mí, puedes dejarlo como está. Que me quede la marca para recordar lo que me costó perder el control.

—La marca te quedará de cualquier modo —le aseguró Anne, enhebrando la aguja—. Ya te he cosido bastantes veces como para no avisarte de que dolerá, pero recuerda que debéis estar quieto.

Y puso la aguja en la carne de la mejilla.

Aveline dejó escapar un leve sonido. Le siguió un gritito desde la puerta.

—¡Que no se caiga, Peter! —clamó Simon, incorporándose de un brinco. Para cuando Rosamund y Anne se alzaron, Aveline colgaba, desmadejada, de los brazos del muchacho.

—Yo no hice nada —protestó el mozo, con voz aguda en su lengua—. De veras. Se ha desmayado sin más.

Anne rió.

—Te creemos, Peter —le dijo en inglés—. Nuestra señora es la más cumplida que ha visto Beamont, pero poco gusta de sangre ni de zurcidos.

—¿Aveline, aprensiva? —rió Rosamund, en un inglés casi sin acento—. Cuesta creerlo con todos los coscorrones y raspones de su mocedad.

Los tres conscientes en la estancia se la quedaron mirando, asombrados. Lady Beamont gimió. Simon dio un paso. Peter, agradecido, cedió su carga al hermano mayor.

—¡Hablas inglés! —exclamó Anne, arrebolándose al comprender que lo que creía oculto había sido entendido.

—¿Tanto te sorprende? —repuso Rosamund—. Me obligó Matilda. Da por sentado que por hablar yo francés antes que inglés me he aliado con ella contra los villanos FitzGerald. Cree que le cuento lo que dicen de ella a sus espaldas, cuando la verdad es que le digo lo que quiero que oiga. —Alzó brevemente las cejas.

—Iguales —murmuró Simon con una sonrisa, aún acunando en el codo a la esposa de su hermano. Rosamund sonrió. El amor de él era casi tangible: la envolvía en su calor, la cercaba de cuidado, le ceñía el corazón de dulzura.

Con toda su alma, Rosamund quiso hacerle leer su propio afecto. Al instante, los ojos de él se entornaron y la boca se le curvó en triste asentimiento. Por mucho que la alegrase a él su querer, lo que le decía era adiós. A Rosamund se le aguaron los ojos mientras él miraba a Anne.

—¿Adónde envió lady Aveline a la madre de lord Langley?

—A la tienda de su hijo, junto al río —replicó la doncella.

—Bien —asintió—. Entonces puedes llevar a tu señora y a lady Langley de vuelta a los aposentos de mujeres. Cuando estén seguras, regresa con un bocado y haces tus puntadas. Dile a Ilsa que avise a Aveline… a lady Aveline —se corrigió— de que me quedaré aquí y sin un guardia hasta que se me llame.

Luego, como si no osase mirarla, pasó la vista por encima de Rosamund hacia su hermano.

—En cuanto a ti, Peter, puedes quedarte o irte. Mas si te quedas, has de saber que seré muy mala compañía.

La cabeza de Aveline se movió, resbalando por el hombro del cuñado mientras intentaba incorporarse. Como no pudo, abrió los ojos; el rostro seguía lívido.

—Simon, creo que debería recostarme unos instantes —suspiró.

—Entonces te ayudaré, hermana —dijo Rosamund, pasando el brazo por los hombros de Aveline. Al rozar el pecho de Simon con el antebrazo, se le encendió de nuevo el ansia de besarlo. Con ella vino el impulso del llanto. No habría más besos entre ellos: ni hoy ni nunca.

Anne tomó el otro brazo. Cuando Peter se apartó, encaminaron a su señora hacia la puerta. Rosamund no se atrevió a mirar atrás, hacia Simon. Una sola mirada y rompería a llorar.

—Ven, hermana —susurró, con voz ahogada y queda—. Te llevaremos a tu lecho.

Capítulo 7

Con Aveline entre ellas, Rosamund y Anne salieron de la estancia, solo para que Aveline intentara soltarse en el rellano.

—Podéis dejarme —trató de ordenar—. Aunque el estómago aún me da vuelcos, mi cabeza está firme.

Rosamund observó los peldaños en forma de cuña, estrechos y enroscados. Descenderlos era fácil para una sola persona, pero difícilmente dos mujeres, por más delgadas que fueran, podrían hacerlo a la par. ¿Cómo habían logrado forzar a Simon a subirlos mientras él se resistía? Volvió la mirada a su hermana.

—¿Estás segura?

—Por supuesto —respondió Aveline, aunque la vacilación en su voz debilitaba aquella seguridad.

—Os digo, mi lady, que jamás conocí a nadie tan obstinado como ella —susurró Anne en inglés a Rosamund.

Ese secreto compartido fue como un bálsamo para el corazón herido de Rosamund. Sonrió a Anne y luego miró a su hermana.

—Como desees, Aveline —dijo soltándola para pisar el primer peldaño—. Sin embargo, conviene que una de nosotras baje delante y la otra detrás, por si trocas el pie.

El descenso fue largo y lento, con Aveline aferrándose al muro a cada paso. Cuando por fin llegaron al gran salón, Lady Beamont había recuperado su aplomo. La dama se encaminó hacia la mesa principal, dispuesta a tomar su desayuno, mientras Rosamund se quedó un instante junto a Anne.

—Te agradezco que interpusieras tu cuerpo entre mi hermana y yo —le dijo en inglés a la doncella—. Te arriesgaste al protegerla.

Anne desechó las gracias con un ademán.

—No deseo agradecimientos, mi lady. Ya os habíais buscado suficientes problemas con Simon, y no vi razón para que se os cargaran más.

Una vez más, la admiración llenó a Rosamund.

—No imagináis qué prodigio de bondad es Beamont.

Anne frunció el ceño.

—Aye, Beamont es buen lugar para vivir, pero no tan distinto de otros, creo yo. Dad gracias a Dios de que no haya muchos sitios como Langley. —La arruga en su frente se hizo más honda y, con osadía, tomó la mano de su señora—. Ningún señor debería tratar a su esposa como lo han hecho con vos. Os digo que, si así la maltrata, menos querría yo servir en su casa.

Rosamund apenas pudo murmurar un acuerdo, tan sorprendida quedó ante la afirmación. Cuando Anne intentó soltarle los dedos, Rosamund los retuvo.

—¿De veras? ¿Beamont no es tan diferente de otras casas?

—De veras —aseguró la doncella, con la preocupación sombreando sus ojos—. Hay varias mujeres aquí venidas de otros hogares, cuando sus damas fueron desposadas con señores de Beamont. Ilsa, la doncella de Lady Aveline, es una de ellas. Preguntadle y os contará… ¡os contará y os volverá a contar! —le guiñó un ojo amistosamente—. Ahora id a desayunar, mientras yo regreso junto a mi primo para coserle la herida.

—¿Es vuestro primo? —exclamó Rosamund, recordando de pronto que Anne lo había mencionado antes. Tras la sorpresa, nació la urgencia de sonsacar a la doncella cuanto pudiera sobre aquel hombre que la amaba—. Os ruego, cuando hayáis acabado con él, venid a mí. Habladme de Simon.

La cordialidad desapareció del rostro de Anne.

—No puedo, mi lady —repuso, volviendo al idioma de sus superiores.

Con ello, la naciente sensación de compañerismo se quebró, dejando a Rosamund aún más desamparada. En Langley, ella y los criados compartían un mismo odio hacia quienes gobernaban. En Beamont, en cambio, había perdido al hombre que amaba, su hermana la juzgaba y rechazaba, y los sirvientes eran demasiado conscientes de la distancia entre ellos y sus señores. Nadie quedaba para cuidarla. La soledad debió de reflejarse en su semblante, pues Anne emitió un sonido apaciguador y rozó con dulzura la mejilla de su señora.

—Pobre avecilla —susurró—. No habéis tenido vida alguna, y aquí me veis negándoos un poco de consuelo. Haré lo que pueda, aunque no os sorprendáis si mi primo rehúsa. Es un hombre muy

reservado. —Con una sonrisa breve, corrió hacia la mesa más cercana, tomó panecillos y queso y se apresuró de vuelta a la escalera.

A Rosamund no le quedó otra cosa que cruzar el salón hacia la mesa alta. Mientras avanzaba, contempló el festín dispuesto para la mañana: diversos panes frescos, además de los habituales manchét usados como platos; ruedas de queso listas para el corte; y un gran caldero de gachas burbujeando en un hogar. ¡Qué diferencia con la papilla aguada y el pan duro que Matilda servía en Langley!

Al llegar junto a Aveline, la ira volvió a bullirle en el pecho. ¿Con qué derecho su hermana convertía en pecado el amor de Simon?

Aveline alzó una ceja en muda pregunta.
Tan frío gesto solo encendió más la irritación de Rosamund.

—¿Puedo sentarme a tu lado, o prefieres que lleve mi pecaminoso ser a los aposentos de las mujeres para que no te avergüences de mí?

En lugar de responder con enojo, la rigidez se deshizo en el semblante de Aveline. Suspiró.

—Te pido perdón —murmuró en voz baja—. No tenía derecho a reprenderte. A veces mi lengua se suelta más rápido de lo que alcanzan mis pensamientos. Eres una mujer hecha y derecha y, como tal, tomas tus decisiones. Y aun así, no deberías… —se interrumpió, tragando lo que estaba a punto de añadir—. ¿Qué importa ya? —concluyó, dando una palmada sobre el banco a su lado—. Ven, siéntate. Pasemos este tiempo en paz, no en disputa.

La invitación disipó su soledad.

—Lo deseo mucho —susurró Rosamund, acomodándose en el banco y tomando un pedazo de pan.

—No nos queda mucho tiempo —advirtió Aveline, contemplando la escudilla de gachas en su pan redondo.

—¿Cómo? —se sorprendió Rosamund—. ¿No era hasta mañana el regreso de los cazadores?

Aveline le dirigió una mirada triste y de soslayo.

—Tu suegra exige que se llame al obispo para escuchar su acusación contra Simon. He debido enviar por ellos, aunque me temo que el prelado no lo recibirá con agrado.

—Ya veo —murmuró Rosamund, con el corazón dolorido. Siempre era Matilda quien hallaba modo de robarle lo más preciado.

—No quiero que te vayas —exclamó Aveline en igual susurro, estrechándole la mano—. Hallarte para perderte tan pronto es más de lo que puedo soportar.

Rosamund apretó sus dedos contra la palma de su hermana.

—Me quedaría para siempre si pudiera. Beamont es un lugar maravilloso.

—Así te lo parece a ti —replicó Aveline, con el dolor relampagueando en sus ojos—. Ojalá yo no supiera qué clase de vida te aguarda en Langley.

—Ojalá no lo supiera —asintió Rosamund, bajando la cabeza. Ojalá pudiera recuperar la ignorancia de solo tres días atrás. Conocer que la vida en Langley difería tanto de la de otros hogares hacía mucho más difícil resignarse a volver.

—¿Lady Beamont? —la voz de un hombre interrumpió el murmullo de voces en el salón.

Rosamund alzó la vista hacia el hombre que se erguía ante los altos biombos de madera que protegían la sala de las corrientes. Sus ojos se desviaron de su señora hacia la noble visitante.

—Vuelve Lady Edith de Benfield —anunció, antes de desaparecer tras las puertas macizas.

—¿Madre? ¿Ella regresa? —respiró Rosamund, atónita—. ¡No me dijiste que madre estaba aquí!

—Está aquí —confesó Aveline con un encogimiento de hombros apenado—. Quizá fui egoísta, pero quise guardarte para mí mientras ella cazaba con el obispo. Y no esperaba su regreso ahora; he enviado mi mensaje a los cazadores hace apenas un momento.

—¡Rosamund! ¡Rosamund! ¿Dónde está mi amor?

El grito resonó en la sala incluso antes de que la esbelta dama, vestida con ropas manchadas de barro en tonos verdes y grises, atravesara los biombos. Rosamund la miró: pese a rondar la cuarentena, Edith de Benfield conservaba una figura juvenil. El tiempo había apagado en la memoria de Rosamund lo mucho que madre e hija se parecían.

Al descubrir a quien buscaba, el rostro de Edith se iluminó de gozo.

—¡Rosamund! —clamó mientras corría hacia la mesa alta. Se arrodilló junto al banco para estrechar a su hija.

La confusión desgarró a Rosamund. En lugar de la emoción que esperaba sentir en la ansiada reunión con su madre, solo ardía la ira que la acompañaba desde la mañana. Contra aquel

resentimiento, lo único que pensó fue por qué su madre la había entregado a un hombre como Sebastian.

Edith no pareció notar que su júbilo no era correspondido. Sus ojos, más verdes que los de sus hijas, brillaban de lágrimas felices.

—Rosamund, mi amor —murmuró acariciándole el brazo—. No puedo creer que seas tú. Casi no di crédito al joven clérigo cuando me dijo que estabas ya en Beamont. ¡No te esperábamos en días! ¡Ah, si hubiera sabido que estabas aquí, habría corrido a recibirte!

—Déjame mirarte —prosiguió, apartándose un poco para contemplarla mejor. Alzó la mano para acariciarle la mejilla.

Dentro de Rosamund, el dolor se batió con la necesidad de ser amada. Venció el dolor. Giró el rostro para eludir la caricia.

—Basta, madre. Estás haciendo un espectáculo.

La dama se llevó una mano al pecho.

—¡Dios me salve, es verdad! —susurró—. No creí a tu esposo cuando me dijo que me odiabas, pero ahora veo la prueba en tu rostro. ¡Nay, no lo permitiré! —Se alzó sobre sus rodillas y clavó la vista en Aveline—. ¡tú lo has hecho! —acusó, con veneno en la voz —. ¿Qué mentiras le has dicho a Rosamund para destruir su amor por mí?

—¡Madre! —exclamó Rosamund, atónita, mirando a su hermana.

El gesto de Aveline era puro hielo, sus ojos tan fríos como un estanque en invierno.

—Señora —replicó—, moderad vuestras palabras en mi casa.

El semblante de Edith se endureció con igual frialdad.

—¿Piensas engañarme con reverencias y falsas humildades cuando estoy a punto de desbaratar todas tus ambiciones? En un par de días, lo que legítimamente pertenece a mi hija le será devuelto, dejando a ese noble con quien tu padre te casó sin nada de lo que esperaba heredar. ¿Te querrá entonces? Lo dudo. Apuesto a que, antes de un mes, volverás arrastrándote al convento, que es tu lugar.

—¡Madre! —Rosamund volvió a exclamar, horrorizada ante tanta ponzoña. ¿Dónde estaba la madre cariñosa que recordaba de niña, la que la colmaba de ternura?

—Te lo advertí —advirtió Aveline, con la voz tallada en piedra—. Retírate de mi salón, o haré que el portero te expulse.

—¡No! —exclamó Edith, aferrándose a las manos de Rosamund —. ¡No permitas que nos separen! —suplicó a su hija mayor—. Oh,

dulce mía, ha pasado tanto tiempo y ansío tu compañía.

La confusión le nubló la mente. Nada de aquello tenía sentido. ¿Sería todo lo que recordaba de su madre una ilusión inventada para soportar la vida en Langley?

—¿Cómo puedes fingir ser la madre amorosa que dices? —gritó, dolida—. Durante todo este tiempo jamás has venido a verme. No sabes cuánto lloré por ti, y nunca enviaste ni un mensaje.

Sobresaltada, Edith se apartó de ella.

—Pero yo sí te envío misivas. Te remito una misiva cada mes, aunque siempre me las devuelves sin abrir. Tu esposo me asegura que es porque me odias y desprecias mi modo de vida en Benfield. No puedes imaginar cuánto me ha dolido tu rechazo, ni lo difícil que me ha resultado creer que no era cierto. Cuando Benfield murió y al fin fui libre para venir a ti, rogué a tu señor que me dejara visitarte. Me respondió que nada querías saber de mí.

La comprensión recorrió a Rosamund con tal plenitud que casi suspiró. Por supuesto, aquello era lo que Sebastian diría. Él había hecho todo lo posible por destruir la relación con su madre.

—Jamás dije tal cosa —respondió en voz baja—. No vi una sola palabra de los mensajes que me enviasteis.

La boca de Edith se abrió incrédula. Sus ojos recorrieron el rostro de su hija antes de entornarse en sospecha.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó con voz áspera.

—Sebastian es muy celoso y no soporta que yo ame a alguien más que a él —explicó Rosamund—. Tampoco deseaba, creo, que nadie interfiriera en su dominio sobre mí.

—¿Quieres decir que te maltrata? —gimió Edith.

—¿Maltratarla? —replicó Aveline con un resoplido de desprecio —. Deberías ver el hermoso cinturón de cicatrices que ha dejado en su vientre. Siempre pensé que favorecías a Rosamund, madre. Si así era, ¿cómo pudiste entregarla a semejante monstruo?

—¡Nay! —exhaló Edith, tratando de negar la acusación aunque el espanto la había palidecido—. ¡Nay, mientes! Sebastian es un caballero apuesto, noble y veraz, que valora a mi preciada hija por su delicadeza. La aprecia por el refinamiento y la cortesía que lleva a su salón. Eso me ha dicho él mismo. Dices estas mentiras porque estás celosa de ella.

Una risa histérica se agolpó en la garganta de Rosamund.

—Ella no me envidia. Soy yo quien la envidia a ella. Su esposo es bondadoso y amable, y la ama con ternura.

La necesidad de Edith de negar era tal que sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¡Nay! No puede ser. ¿Cómo puedes defenderla si miente?

El dolor acumulado de toda su vida en Langley atravesó a Rosamund.

—¿Cómo no hacerlo, cuando lo que dice es cierto? —susurró. Dios la ayudara: jamás debió venir a Beamont. Ahora sería imposible volver junto a Sebastian sabiendo que existía una vida mejor.

La certeza de Edith se resquebrajó apenas.

—Pero él me juró que te cuidaría con dulzura —dijo sin convicción—. Es demasiado noble para perjurar.

—¿De veras? —replicó Rosamund—. ¿Cómo lo sabías, madre? ¿Qué preguntas le hiciste cuando pidió mi mano? ¿Qué pruebas exigiste de sus votos de cuidado? Creo que ninguna; de lo contrario, habrías sabido que nada de lo que te dijo era verdad. —Las lágrimas le nublaron los ojos—. ¿Por qué, madre? ¿Por qué me diste a él? Yo tenía apenas doce años y podría haberme quedado a tu fuego uno o dos inviernos más antes de casarme.

Un combate se reflejaba en el rostro de Edith: su necesidad de creer que su hija había estado a salvo contra la verdad de lo que

había hecho. La negación, sin embargo, aún era fuerte.

—Fue lord Benfield quien forzó tu mano. Quería mancillar los refinamientos que yo te había dado con aprendizajes vulgares. No podía permitir que te convirtiera en esposa de granja, cuando eras una verdadera dama.

La sorpresa sacudió a Rosamund hasta los pies.

—Pero, Madre, soy una esposa de granja. ¿Qué pensáis que es Langley sino un pequeño señorío con campos y ganado, igual que Benfield?

—¡Bien lo sabía! —saltó Edith—. Solo me quedaba una exigua dote, pues Benfield no me permitió daros nuestro solar como herencia. Algunos pretendientes esperaban que hicierais labor manual, lo mismo que Benfield demandaba enseñaros. Por eso elegí a Sebastian. Juró estar complacido con vuestro bordado y vuestras canciones, sin pedir más de ti. Dijo que en Langley había otros que harían el trabajo.

—Entonces mintió —repuso Rosamund con crudeza, incapaz de aceptar tanta ceguera—. Toda señora de señorío trabaja junto a sus criados; es necesario para sobrevivir. —No resistió la ironía—. Madre,

lo único que lograste fue convertirme en la sirvienta más noble FitzGerald.

Edith se dobló como herida por aquellas palabras, para luego erguirse y aferrar las manos de su hija. Miró sus dedos encallecidos y uñas rotas.

—¡Oh, vuestras manos están arruinadas!

—No están arruinadas —respondió Rosamund, contemplándolas con orgullo—. Son capaces y fuertes. Con ayuda de la comadrona FitzGerald, incluso he aprendido a sanar con ellas.

Edith retiró las suyas y la fulminó con la mirada.

—Ahora sé que mientes —acusó con voz acerada—. La madre de Sebastian podrá ser tosca y vulgar, no mejor que una tabernera, siempre rebuscando en el polvo por una moneda. Aun así, hasta Matilda sabe que no debéis manchar vuestras manos con la sangre de plebeyos.

—¿Manchar mis manos? —la nueva cólera de Rosamund estalló con tal fuerza que casi la consumió—. Estoy orgullosa de mi habilidad para sanar, y si eso te ofende, que así sea. Matilda nada tuvo que ver con mi aprendizaje. Fue mi elección. Si cuidar de

quienes están por debajo de mí es ensuciar mis manos, entonces escupo sobre tus enseñanzas.

—¡¿Qué?! —Lady Benfield bramó, poniéndose en pie de un salto—. ¿Traicionarías todo cuanto te enseñé?

Aveline soltó una risa cortante.

—Madre, tu altivez huele a podredumbre en alguien cuyo lugar como Lady Benfield la pone apenas por encima de tus propios sirvientes.

Como una jabalina herida, Edith se volvió contra la nueva atacante.

—¡No siempre fui tan baja! —rugió, su rostro encendido de antiguo rencor—. Yo estaba destinada a un conde.

Las palabras golpearon a Rosamund como un mazazo, dejándola sin aliento.

—Pero no te casaste con un conde, madre. Desposaste a lord John, del empobrecido solar de Benfield. Dime que no es cierto —susurró, poniéndose en pie—. Dime que no fue la pérdida de la posición que esperabas lo que te hizo convertirme en tu muñeca, para rehacer en mí a la mujer que ya no podías ser.

Acorralada, Edith retrocedió, sus manos retorciéndose sin tregua.

—¡Nay, tuerces mis intenciones! ¿Es errado desear un buen hogar para una hija amada? ¿O protegerla de la vulgaridad de la vida?

—Lo es cuando esa hija no tiene posibilidad alguna de alcanzar tal hogar —replicó Rosamund—. ¿Qué creías, que un gran noble vendría a la fangosa esquina de Benfield a rogar mi mano?

Dándose la vuelta, se llevó un puño a la sien palpitante. El amor de su madre estaba manchado por ambiciones mezquinas. Si Simon hubiese pedido su mano años atrás, Edith lo habría rechazado, sin importar que él pudiera ofrecerle una vida más bondadosa que la de Lady Langley. Para Madre, casar a su preciada hija con un bastardo jamás habría estado a la altura de sus pretensiones.

—¡No lo soporto! —exclamó Rosamund. Empujando a su madre a un lado, cruzó la sala sin rumbo hasta apoyarse contra el muro cercano a la escalera de la capilla. Las lágrimas se le negaban, enredadas en un nudo de dolor en el pecho.

Edith se acercó y Rosamund le dirigió una mirada doliente de soslayo.

—Santa María, madre. ¿Sabes lo que has hecho? Me convertiste en un simple juguete, sin valor alguno en la vida que me obligaste a vivir. Y ahora te atreves a lamentar mis manos arruinadas cuando te digo que me entregaste a un monstruo.

La desesperación ensombreció el bello rostro de Edith. Una lágrima surcó su mejilla aún tersa.

—No lo sabía —se excusó ella.

Ni siquiera Edith pudo creerse aquella excusa. Sus labios temblaron, hasta que al fin logró dominarse.

—Perdóname —susurró, rozándole la mejilla con la punta de los dedos—. No puedes imaginar cuánto me hiere saber que tu dolor es fruto de mi arrogancia.

Su rostro se desmoronó.

—¡Dios mío, qué he hecho! —gimió—. No tengo modo de salvarte. Ni aunque hubiera heredado todas las riquezas que el testamento de mi padre me niega. Si entrego a tu esposo lo que debería ser tuyo, solo lo usará para retenerte y seguir maltratándote.

Si le quito toda esperanza de riqueza, ¿no te castigará aún más por mi traición? ¿Qué puedo hacer?

Rosamund suspiró, comprendiendo aún más. Qué hábilmente Matilda y Sebastian habían tejido su red de engaños. Si Simon no la hubiera rescatado de FitzGerald, habrían triunfado en su complot antes de que una sola mentira saliera a la luz. Aunque era una esperanza débil, se atrevió a sugerir:

—Aveline pensó en buscar algún motivo para anular mi matrimonio con Sebastian.

—¡Nay! —los ojos de Edith estaban vacíos de esperanza—. Esa maldita madre suya se aseguró de que nada pudiera apartarles de las tierras que trajiste a Langley como dote.

—¿Y mi padre? —Rosamund dejó escapar la pregunta en un murmullo—. ¿Hay algún grado de parentesco allí?

—¿Benfield? —parpadeó Edith.

—¡Nay, madre! —repuso despacio—. Mi verdadero padre.

Toda expresión se borró del rostro de Edith, dejando solo una herida supurante. Sus ojos verdes se tornaron pardos y apagados.

—Pídeme lo que quieras, incluso mi vida, y será tuyo, pero no esto. Decir en voz alta lo que anhelas liberaría a otros para llamarme ramera y a ti bastarda. Tu existencia es lo único precioso que me queda. Sin ese recuerdo, moriría. —Cerró los ojos como si así pudiera apartar la visión de su hija y se marchó.

Rosamund la siguió con la mirada, atrapada en su propia desesperación. Aquella confesión era más de lo que esperaba obtener, pero saber con certeza que era bastarda nada resolvía. Por el contrario, la condena de su madre se posaba sobre sus hombros junto a la suya. Revelar al obispo la verdad de su nacimiento significaría destruirlas a ambas. ¡Cuán fácil era la ignorancia! ¿Por qué, por qué había osado aspirar a algo más?

—¿Lady Langley? —La voz masculina, grave y profunda, resonó.

Rosamund se volvió sobresaltada hacia la corta escalera que descendía a la capilla. De las sombras surgió un hombrecillo frágil por la edad, la coronilla pecosa apenas cubierta por cabellos desvaídos. El calor de sus ojos azules era acogedor. Extendió la mano, y Rosamund no dudó: bajó los peldaños y posó su palma en la suya. Sus nudosos dedos se cerraron sobre los de ella.

—Venid —la invitó—. Tomad un momento para hablar conmigo.

Tras el altar, enmarcados en las estrechas ventanas, se adivinaba un día gris y lluvioso. Gotas resbalaban desde el marco hasta el alféizar. El sacerdote había encendido unas pocas y preciosas velas en un intento de espantar la penumbra, pero su escasa luz apenas aliviaba el pesado ambiente de la capilla.

Rosamund volvió la mirada hacia el muro del fondo, donde estaba pintado el milagro de los panes y los peces. La culpa la atravesó. No solo habían ofendido a Dios sus palabras imprudentes a Simon cuando llegó a Beamont, sino que también había desafiado abiertamente Su ley al entregarse a la pasión por él aquel mismo día.

—No, padre, no puedo —exclamó, retirando su mano de la suya.

Cuando él se volvió a mirarla, alzando las cejas sorprendido, ella dio un paso atrás.

—No debería estar aquí —le dijo, incapaz de confesarle todo su pecado—. Llevo el cabello suelto y sin cubrir.

Él fijó la vista de un modo extraño en sus labios y luego sonrió.

—Tranquilizaos, hija. Creo que al Señor le preocupa más la necesidad de vuestro corazón que vuestro estado de atuendo. Venid y contadme qué es lo que llena vuestros ojos de tanto dolor.

Su ofrecimiento le atravesó el alma, lanciando el terrible furúnculo que llevaba dentro. Antes de que se diera cuenta, las lágrimas ya le ardían en los ojos. Jadeando contra la urgencia de soltar el dolor, se cubrió el rostro con las manos y luchó por dominarse.

—Sí, eso es lo que necesitáis —aseguró el viejo sacerdote mientras la guiaba más adentro de la capilla—. Ahora, sentaos.

Con las manos sobre sus hombros la empujó hasta hacerla sentar en el escalón del altar y la acompañó, rodeándole los hombros con un brazo. Aquel contacto cálido y reconfortante hizo que un sollozo le burbujeara desde dentro, sacudiéndola mientras pugnaba por salir.

—Eso es —murmuró con voz baja, meciéndola en el escalón—. Llorad, muchacha. Dejadlo ir.

No pudo resistir tal invitación. Rosamund apoyó la cabeza en su hombro y lloró hasta que ya no pudo más. Él la arrulló con un canto sin palabras, como una madre a su criatura, su voz un

bálsamo. Cuando al fin quedó vacía y sin aliento, se secó la cara con el bajo de la saya interior y lo miró. En el pecho de su túnica quedaban las huellas de sus lágrimas.

—Perdonadme —dijo con voz rota—. He manchado vuestras ropas.

Él negó con la cabeza.

—Solo es agua, agua de ángeles, pero agua al fin. Ahora, decidme por qué lloráis como por un muerto.

Rosamund inclinó la cabeza.

—Padre, tengo tanto miedo… —gimió, retorciéndose las manos en el regazo.

El anciano le sostuvo la barbilla para alzarle el rostro.

—Perdona, hija, soy sordo. Debéis mantener los labios donde yo pueda ver las palabras formarse en ellos.

Un último sollozo la recorrió.

—Padre —empezó de nuevo—, ¿sabéis algo de este asunto que mi señor esposo ha puesto ante el obispo?

Él asintió.

—Sé que lord Langley afirma que debéis tomar toda la herencia de lady Aveline por ser la primogénita. Y además niega el testamento que os declara ilegítima.

A Rosamund le tembló la boca, pero la necesidad de decir la verdad fue más fuerte.

—No debería permitírsele negar el testamento, porque no soy legítima —susurró.

—¿Estáis segura de ello? —preguntó él, alzando las cejas.

—Sí, mi padre… —se detuvo; si iba a ser sincera, cada palabra debía serlo—. Lord Benfield —se corrigió— me lo explicó después de sorprender a una doncella burlándose de mí por bastarda.

—Ah —exhaló el sacerdote—. ¿Y creéis que vuestro esposo sabe de vuestra bastardía?

Rosamund asintió, limitada por la mano del sacerdote aún en su barbilla.

Los ojos azules del anciano se ensombrecieron un poco.

—Entonces sus pretensiones son a sabiendas falsas. ¿Sabe también que vos sabéis que no sois hija legítima de vuestro padrastro?

De nuevo asintió.

—Por eso vino solo cuando el obispo había llamado a ambos. Cuando el hombre del obispo, Oswald, me pidió, la madre de mi señor intentó convencerle de que yo no era yo.

—Hmm —dijo el sacerdote, y su mirada volvió a suavizarse—. Empiezo a comprenderlo todo mucho mejor.

—Entonces decidme, ¿qué he de hacer? —suplicó, anhelando parte de aquella recién ganada claridad, porque Dios sabía que ella no la tenía—. No puedo mentir al obispo si me pregunta por mi linaje, pero mi señor esposo es cruel y temo su reacción si digo la verdad. Y si dejo que el miedo me calle, quizá robe la herencia que corresponde a mi hermana. Ah —sollozó—, peor aún, destruiré a mi madre si digo lo que sé.

El clérigo negó con tristeza.

—Hija, os hacéis más poderosa de lo que sois. Solo nuestro Señor puede permitir o impedir, destruir o sanar. Vos solo debéis confiar en vuestra fe para que os muestre el camino recto.

Rosamund se estremeció ante aquella certeza. Ojalá no hubiese perdido el derecho de pedir al Señor esa guía.

—Padre, creo que Dios no quiere ya saber de mí, pues he pecado gravemente. Amo a un hombre que no es mi marido y que además es cuñado de mi hermana.

Con la barbilla aún sostenida, no podía volver la cara; su única fuga de la vergüenza fue cerrar los ojos, esperando la severa reprensión que su maldad merecía. El silencio se alargó demasiado.

—Sé que no soy vuestro confesor —dijo al fin el sacerdote, con voz suave, no acusadora—, pero para ser un hombre que no oye, soy un buen oyente.

Rosamund abrió los ojos. Al estudiar aquel rostro humilde y anciano, se le curvaron las comisuras de la boca.

—Sí. Creo que necesito verter todo lo que llevo en el corazón, o me ahogará. Anteayer, en el camino a Beamont, Simon y yo quedamos a solas por un momento. Entonces me besó y dijo que desde el principio yo debí haber sido suya. Hoy, aun sabiendo cuán mal estaba, le he besado yo. No puedo mostrar vergüenza por lo que he hecho: me alegro de cada instante de mi pecado, aunque mi corazón se hará trizas cuando deba dejar a Simon y marcharme. Si decís que debería amar a mi esposo, sabed que lo intenté. ¿Cómo amar a Sebastian, cuando la brutalidad le ha arrancado todo

sentimiento de mí? —Las últimas palabras le salieron como un grito doliente.

Calló, convencida de haber provocado el desprecio escandalizado del sacerdote. En su rostro, sin embargo, solo hubo interés sereno. El silencio volvió a estirarse hasta que Rosamund se sintió obligada a llenarlo.

—¿No he cometido ya adulterio e incesto? —inquirió.

—Diría que habéis contemplado el adulterio, mas aún no ha sucedido el pecado. En cuanto al incesto… —puso los labios en gesto pensativo—. Lo que voy a deciros ha de quedar entre nosotros dos —advirtió.

—Como digáis, padre —respondió, sorprendida de que le confiara algo.

—Creo que he vivido demasiados años para recitar con fe ciega ciertos dogmas que el hombre hizo para conveniencia del hombre.

Los ojos de Rosamund se abrieron mucho. Él sonrió ante su reacción.

—¿Os he sobresaltado? Supongo que sí, viniendo de un sacerdote. Cuando cualquier hombre, rey o villano, puede clamar "incesto" para librarse de una esposa indeseada, el concepto se me

vuelve sospechoso. Más aún si la pareja se casa sabiendo bien que rozan los grados de parentesco.

Sus ojos azules chispearon con una ironía benigna.

—Ahora que habéis confesado, ¿queréis que os imponga penitencia?

El corazón de Rosamund dio un brinco ante la posibilidad de alguna tarea que aligerara su culpa.

—Padre, cumpliré lo que dispongáis. Mandadme una buena penitencia, para que mi alma quede limpia antes de mi muerte.

Solo cuando habló advirtió lo que había revelado. La diversión del anciano se apagó.

—¿Vuestra muerte? —preguntó—. ¿Qué queréis decir?

Había la justa autoridad en su tono para doblegar su propósito de callar.

—Es mi señor esposo —susurró—. Cae con facilidad en la violencia por ofensas imaginadas. Cuando Simon me sacó de FitzGerald, lo hizo en sus brazos. Solo por ese acto estoy irremediablemente mancillada a los ojos de mi marido. Si se le niega

esta herencia, ya no me querrá. Temo que deba morir para que quede libre de volver a casarse.

La mandíbula del sacerdote se endureció y sus ojos se estrecharon, airados.

—La Iglesia de Dios no permite que un hombre asesine a su esposa —advirtió.

Rosamund negó otra vez, todo lo que le permitía la mano aún en su barbilla.

—Si sus pasiones le llevan a ello, llorará y se lamentará, de veras dolido por el mal que hizo. Si decide matar, mi señor no es necio, y su madre menos. Los accidentes ocurren —añadió con un encogimiento cansado—. Podéis protestar cuanto queráis ya que igual estaré muerta.

La preocupación sustituyó a la indignación en el rostro del anciano.

—De poco servirá pedirle juramento de protegeros. No es fiable la palabra de quien con tanta cobardía pretende robar la herencia ajena.

—Los accidentes ocurren —repitió en voz baja.

Su ceño se ahondó hasta formar surcos profundos.

—¿Estáis, pues, segura?

—Lo estoy —exhaló. Para su sorpresa, decir en voz alta su destino esperado la calmó: parecía hablar de otra, no de sí misma.

La mirada del sacerdote se nubló; su expresión se cerró, absorto en sus pensamientos. Al cabo, volvió a alzar las cejas.

—Hija, creo que será mejor que esté a vuestro lado cuando el obispo William dirima este asunto. Después, le diré que me hablasteis de vuestro deseo de entrar en un convento y servir al Señor. Así podríais quedar libres del matrimonio, y vuestro esposo, con el tiempo, libre para casarse de nuevo.

Una chispa de esperanza aleteó en Rosamund. Si la vida conventual no traía la dicha que habría hallado con Simon, era infinitamente mejor que Langley. Pero, al mismo tiempo que se aferraba a esa salida, la esperanza murió: Sebastian jamás la soltaría sin antes cobrarse venganza. El sacerdote no podía entenderlo. Para librarlo del peso de no poder evitar lo inevitable, le sonrió.

—Os doy las gracias de corazón, padre. Entraría gustosa en un convento antes que seguir casada con Langley. ¿Me daréis ahora la penitencia?

Él la estudió lo bastante como para que Rosamund se preguntara si había notado su intento de engaño y al fin, asintió.

—Sí, pero no os gustará. Os mando que os plantéis ante vuestro esposo y ante el obispo William y no digáis palabra hasta que sintáis que el Señor os guía en la dirección que Él elija para vos.

Tenía razón: no le gustó nada. ¿Cómo lavar así su pecado?

—Padre, ¿cómo distinguiré lo que nace de mí de lo que viene del cielo? Debe de haber algo mejor.

—No, lo dudo —repuso—. Y en cuanto a reconocer lo sagrado, creedme: no albergaréis duda cuando lo sintáis.

Dicho esto, le soltó la barbilla y pronunció las palabras de absolución y bendición. Antes de dejarla incorporarse, besó con rapidez su frente.

—Lo que os impongo es más duro de lo que la mayoría soporta —advirtió—, pero creo que estáis a su altura. Id con Dios.

—Gracias, padre —respondió como le habían enseñado, mientras lidiaba con aquella extraña penitencia. Su confianza en ella la desconcertaba. Y estaba mal puesta. No era más que un peón rodeado de torres, caballos, alfiles y una mujer que se creía condesa, si no reina.

Al volver hacia la puerta de la capilla, encontró a Anne en el fondo del recinto sagrado. Por su postura, debía de llevar allí un buen rato. Por un momento, Rosamund se preguntó si habría alcanzado a oír algo; enseguida descartó la idea: nadie fisgoneaba lo dicho entre sacerdote y penitente.

Se detuvo a su lado. Pese a su resolución de no volver a pecar, no pudo contener la pregunta:

—¿Y Simon? ¿Os permitirá hablarme de él?

La tristeza nubló la mirada de Anne mientras negaba con la cabeza.

—Dice que tenéis razón: mejor será que ninguno de los dos piense más en el otro. Sabed que le ha dolido en el alma decirlo. —La pena y la admiración se unieron en sus ojos—. Aquí en Beamont, todos apostábamos a que, cuando nuestro Simon perdiera el corazón, lo perdería por entero. Y así ha sido: os pertenece, bocado a bocado. ¡Quién nos diera no haber acertado!

Rosamund apartó la vista. Si el corazón de Simon era suyo, el suyo era de él. ¿Por cuánto tiempo? Si sobrevivía a esta prueba, sería sin él. Entonces, el amor de Simon no sería más que un

recuerdo antiguo, como los que su madre guardaba del hombre que la engendró.

—¿Habéis comido lo suficiente? —preguntó Anne con dulzura, tomándola del codo para sacarla de la capilla.

Como si el alimento pudiera llenar el vacío abierto en su interior.

—No tengo hambre —respondió Rosamund, y dejó que Anne la condujera de vuelta a los aposentos de las mujeres de Beamont.

Capítulo 8

En los aposentos de mujeres, las criadas de Aveline habían olvidado la agitación de la mañana mientras se perdían en sus faenas cotidianas. Las hilanderas hilaban, las costureras cosían, y quienes hacían cestas trabajaban con dedos ágiles y flexibles. Aun así, atrapada por la tristeza, Rosamund cruzó la estancia hasta las ventanas estrechas del muro del fondo. Se inclinó en una de ellas, estirándose casi por completo dentro del hueco mientras apoyaba la mejilla en la piedra fría y miraba a través de la abertura. A un soplo de su alcance, los cielos derramaban lágrimas finas, como si acompañaran su corazón. Nubes grises y delgadas deslizaban ante su mirador aéreo, llevadas por el viento lúgubre del día.

Aveline fue a colocarse detrás de ella y le acarició la espalda con una mano en un gesto callado.

—Si hubiera sospechado su reacción, le habría prohibido a nuestra madre que hablara contigo —dijo a modo de disculpa—. Ya tienes bastantes preocupaciones por tu marido. Creo que no necesitas más cargas que soportar.

Con un suspiro, Rosamund se irguió y se volvió hacia su hermana.

—No es culpa tuya que ella sea como es —dijo, tratando de aliviar la culpa de Aveline—. Temo que el amor de nuestra madre por mí esté tan irremediablemente enredado en su enorme orgullo que no ve el daño que nos hace a cualquiera de las dos. —Logró reír a medias—. Creo que me habría servido mejor si hubiera repartido su ambición entre nosotras, en vez de volcarla toda sobre mí.

Aveline dejó escapar un sonido leve que pudo ser una risa en respuesta.

—Me temo que te dejaré sus afectos para ti sola. Curioso: ya no guardo celos hacia ti por el amor que te mostró.

Bastó para asentar el ánimo de Rosamund. Esta vez su sonrisa salió más fácil.

—Te lo agradezco.

Pasando un brazo por la cintura de su hermana, Aveline miró por encima del hombro hacia su doncella. La anciana se movía de un pie al otro, vigilando a las dos damas. La señora de Beamont suspiró.

—Ilsa está danzando ahí atrás porque desearía que me sentara y descansara. ¿Te sientas conmigo? Anne te ha preparado un posset.

Mientras hablaba, Aveline condujo a Rosamund a un par de taburetes bien acolchados.

—Mientras bebes, podemos jugar. ¿Te gusta el ajedrez?

En la pregunta de su hermana, Rosamund volvió a encontrar el amparo y la paz de aquel lugar cerrándose a su alrededor. Se acomodó en el taburete y miró el tablero entre ambas.

—Me gustaba antes —dijo—, pero no he jugado desde que salí de Benfield. Si no te importa recordarme las reglas, jugaré contigo.

—No me importa en absoluto —aseguró Aveline, empezando a colocar las piezas. Rosamund observó, sorbiendo de la copa que le tendió Anne. Era vino caliente, especiado y rico en miel. Por la miel, tardó un momento en percatarse de lo fuerte que era la bebida. Aunque sabía que embriagarse no podía ayudarla ahora, casi fue un

alivio dejar que el vino se filtrara por su cuerpo y aflojara sus músculos tensos.

Aveline terminó de disponer las piezas y alzó la vista hacia su hermana.

—No alcanzo a imaginar cómo sigues sobreviviendo —dijo, con pena brillándole en los ojos.

Rosamund sonrió. Con la lengua suelta por el vino, las palabras se le escaparon antes de saber qué iba a decir.

—Claro que te lo preguntas, mi fiera leona de hermana. Para ti sería imposible. No sé quién habría sido destruido, tú o Sebastian, si se hubiera casado contigo en lugar de conmigo. Pero Sebastian jamás te habría querido. Buscó en mí la paloma quieta, creyendo que no tendría fuerzas para resistirle. Ah, pero no soy tan indefensa como él o su madre creen, ni tan desamparada como quisieran.

Apuró el posset hasta el fondo y devolvió la copa a Anne antes de continuar:

—Aquí las cosas son distintas —dijo, abarcándolo todo con el brazo—. Tú eres la señora y ellos te sirven; la línea que os separa está nítida. En Langley, quienes sirven me han hecho una de los

suyos, y yo los he hecho míos. El maltrato se comparte: una recibe los golpes por otra que no puede soportarlos en ese momento.

Sonrió.

—Claro que ayuda haber convencido a Matilda de que soy una idiota. Cree que no sé cocinar ni limpiar y que soy un zoquete para contar. La loza se me escurre de los dedos como si estuviera enmantecada. —Alzó las cejas con picardía—. ¿Tienes idea de lo difícil que es volcar un jarro de leche "por accidente" a propósito?

El estupor cruzó el rostro de Aveline.

—¡No lo haces!

La sonrisa de Rosamund fue satisfecha.

—Y tanto que lo hago. Y luego soporto el castigo con gran orgullo por la hazaña.

En los ojos de su hermana se mezclaron el orgullo y el dolor.

—Creo que me he quejado de lo que me ha pasado a mí sin justa causa.

Con un murmullo de asentimiento, Rosamund se inclinó sobre el tablero.

—Basta de eso. Prefiero olvidar todo mi pasado y mi futuro para saborear cada instante del presente. ¿Esta pieza no es la torre? Se mueve en línea recta, ¿verdad?

—Sí —dijo Aveline, y se lanzó a explicarle con empeño cada pieza y su función. Fue con alegría que Rosamund se sumergió en sus últimas horas de libertad.

La comida del mediodía vino y se fue, mucho menos elaborada que la del día anterior. Aveline dijo que era porque se esperaba el regreso del obispo y quería ofrecerle una buena cena en lugar de la habitual bandeja fría. Pese a su empeño en decir que estaba bien, a media tarde Aveline dormía en su catre. Cuando ninguna de las doncellas permitió a Rosamund ayudar en las faenas, ella vagó por la estancia sin saber qué hacer.

—Milady —preguntó Anne tras un breve cuchicheo con Ilsa—. Aún faltan horas para que llegue el obispo y hay tiempo que matar. ¿Querríais daros otro baño?

—¿Bañarme? —repitió Rosamund, sorprendida por la invitación, aunque el recuerdo del agua tibia hasta la barbilla seguía siendo maravilloso—. ¿Otra vez? ¿Tan pronto?

A Anne se le fue la sangre de la cara.

—Perdón, milady. Solo pensé que os gustaría —dijo—, que sería una forma agradable de pasar el rato.

—Oh, sería una forma deliciosa de pasarlo —dijo Rosamund, al notar la herida en el rostro de Anne—. Solo me sorprendió la propuesta.

—No veo por qué —terció la vieja Ilsa, acercándose—. Si queremos, aquí en Beamont nos bañamos todos los días.

—Sí, y de quererlo sería con agua fría —bromeó otra mujer desde el fondo.

La anciana fulminó a la bromista con la mirada y echó a Anne a andar.

—Anne, prepara un baño para lady Langley —ordenó.

Rosamund se remojó hasta quedar casi azul de frío. Cuando volvió a ponerse los elegantes prestados, dejó que Anne le arreglara el cabello. Fuera, lo que por la mañana había sido bruma se había espesado en niebla fría. Al descender las nubes y envolver Beamont en sus pliegues pesados, todos los sonidos se amortiguaron, incluso los que subían del patio, justo bajo las ventanas. Frente a la creciente penumbra, las doncellas encendieron candiles de sebo y llenaron un brasero con brasas para ahuyentar el relente.

Entre aquel ambiente lánguido y vaporoso y el largo, suave arrastre del peine por su melena, Rosamund cayó en una paz somnolienta. Mientras Anne trabajaba, ella y otra doncella discutían sobre las propiedades de ciertas tisanas. Su vehemencia hizo sonreír a Rosamund.

La distracción bastó para no reconocer el primer sonido del salón como un grito. No fue hasta el segundo, cuando el peine de Anne se detuvo, que Rosamund comprendió que algo iba mal. Lo comprendieron también todas las mujeres de la sala. Todas, al unísono, miraron a la puerta.

Resonaron pasos en la galería. La puerta de los aposentos de mujeres estalló hacia adentro; los goznes de cuero se quejaron al límite. Golpeó contra el muro, arrancando más de un chillido a las doncellas. Rosamund se puso en pie de un brinco, el cabello suelto alrededor.

Sebastian, con una áspera y mugrienta sobrevesta de caza bajo un chaleco sin mangas de cuero, estaba en el umbral. La frente ancha y los pómulos altos manchados de barro; el pelo rubio, revuelto por el viaje; la línea suave de la mandíbula, sombreada por varios días de barba. Sus cejas perfectas se fruncían sobre la nariz

larga y fina mientras su mirada azul, feroz, peinaba aquel mar de rostros femeninos.

El miedo, nacido de un centenar de agresiones, estalló en Rosamund. Dio un paso atrás buscando escapar, pero topó con la silla tras de sí. Con la salida bloqueada, se paralizó, incapaz siquiera de respirar. El padre Anselm se equivocaba. No tenía valor.

Su movimiento atrajo la atención de Sebastian. Sus labios llenos se torcieron en un rictus al reconocerla.

—Estúpida perra. ¿Qué mentiras has contado para que tu madre me ataque en el salón llamándome golpeador de esposas? —Su voz era cortante y fría.

El miedo de Rosamund empeoró. Ojalá hubiera gritado: aquella calma significaba que su furia era muy honda. Ante la idea de la brutalidad que venía, las rodillas le fallaron y cayó sentada. Clavó la vista en sus botas. El barro saltó de ellas cuando Sebastian dio un paso dentro, dispuesto a reclamar de nuevo lo que consideraba suyo.

—Detenedlo —dijo Aveline, en un mandato sereno desde su catre.

Antes de que Rosamund pudiera protestar, las mujeres de Beamont formaron un muro sólido entre ella y su esposo. Con Ilsa a su lado para sostenerla, Aveline se colocó al frente de las suyas.

—¿Cómo os atrevéis a entrar en esta estancia privada? Salid de inmediato.

Aveline cargó sus palabras con todo el poder e influencia de su rango. Rosamund la miró sorprendida. Y sí, era un poder real. Aveline no tenía la fuerza física de un hombre, pero su helada cólera había domado la furia de Simon. La esperanza de Rosamund se alzó… para estrellarse con la respuesta de Sebastian.

—Zorra mimada —espetó, volviendo su mirada de víbora hacia su anfitriona—. Os interponéis entre mí y lo que es mío.

Con su tono venenoso, toda la alegría que Rosamund había conocido desde su llegada a Beamont se marchitó. Encogió los hombros y se cruzó los brazos sobre el pecho para protegerse. Mientras aguardaba el primer golpe, su alma corrió a refugiarse muy adentro de sí.

—Si soy una zorra mimada, entonces tú eres un pedazo arrogante e insolente de estiércol de caballo —dijo Aveline como quien enuncia un hecho y no lanza un insulto.

Rosamund ahogó un grito ante la respuesta de Aveline, alzando de un tirón la cabeza para mirar a su hermana. Ni siquiera Matilda se atrevía a llevarle la contraria a Sebastian cuando estaba así. Tal como esperaba, el cutis claro de Sebastian se había encendido hasta un rojo vivo. Tenía los puños cerrados. ¡Oh, Señor! ¡Sebastian iba a atacar a su hermana!

—No, no debes, Aveline —gritó ella poniéndose en pie—. Yo iré con él.

—Desde luego que no —cortó Aveline sin mirar por encima del hombro—. Anne, mantén a mi hermana detrás de mí, aunque tengas que dejarla sin sentido para lograrlo.

—Sí, milady —respondió con firmeza la doncella, cerrando la mano en el brazo de Rosamund por arriba—. Se quedará con nosotras, milady.

El rojo del rostro de Sebastian se volvió escarlata.

—Me entregarás a mi esposa —bramó, avanzando otro paso.

Rosamund volvió a jadear, esta vez sorprendida. La voz de su marido había perdido la calma peligrosa. ¡Se estaba echando atrás! ¿Cómo podía ser?

—No lo haré —replicó Aveline, plantada en su sitio. Por extraño que pareciera, pese a su poca estatura, la señora de Beamont parecía alzarse por encima del hombre, mucho más alto—. Mi hermana no saldrá de esta estancia hasta que el obispo la llame.

—No tenéis derecho a interponeros entre un hombre y su esposa —se quejó Sebastian, casi gimoteando ya. Alzó un puño en amenaza.

—Quizá no —Aveline se encogió de hombros con la misma frialdad de su voz—. Si queréis, quejaos al obispo y decidle que la retengo. Acataré su mandato, pero os advierto… —su voz cobró aún más fuerza— ya he quemado los harapos con los que llegó y retiraré todo lo que le he dado. ¿Pasearéis a vuestra esposa desnuda por un salón lleno de eclesiásticos? Ni siquiera alguien tan grosero y maleducado como vos, o ese asno que decís haber engendrado, es tan mentecato. Ahora, sacad de inmediato vuestra pestilente piel de mis aposentos privados.

Rosamund contempló con asombro cómo su marido, con el rostro moteado de ira, titubeaba indeciso. Que Sebastian quería recuperarla no admitía duda. Pero era igual de claro que no tenía

idea de cómo hacerlo ahora que la intimidación no había surtido efecto.

Al fin, dio un paso atrás. Rosamund parpadeó. En ese instante, Sebastian se convirtió en Dickon, el muchacho al que Aveline atacó hacía tanto. El hijo del molinero y el noble no eran distintos: ambos pura fanfarronería y arrogancia, sostenidos solo por su tamaño y la fuerza de sus rabias para apuntalar su hinchada estima de sí mismos.

Sebastian alzó el puño.

—¡Arpía deslenguada! ¿Cómo tolera vuestro esposo a una mujer como vos? Si fuerais mi esposa, os enseñaría pronto a respetar a los hombres como corresponde.

Sus palabras resonaron en Rosamund. Desde muy hondo en su interior algo poderoso y apremiante subió a la superficie. Con ello, todo su miedo a Sebastian murió. La sensación era tan intensa que los dedos le temblaron. La empujó hacia delante, con la pobre Anne tropezando tras ella.

Atrapada en ese estado extraño, se detuvo al lado de Aveline y miró a su esposo. Él le devolvió un gesto feroz, tan amenazante como el del instante anterior. En lo más hondo de Rosamund prendió

un destello de júbilo. No había miedo. Sonrió, y una chispa de sorpresa cruzó la cara de Sebastian.

—Sebastian, no se gana respeto a golpes —le dijo—. Lo sé porque, en todas las veces que me has pegado, jamás nació en mí respeto alguno por ti. Debe de ser porque no hay nada en ti que respetar.

Su marido soltó casi un alarido y se abalanzó sobre ella con los brazos extendidos para agarrarla. Varias hilanderas le clavaron en el pecho las puntas afiladas de sus husos. Rebotó contra ellas y trastabilló hacia atrás.

—¡La has echado a perder! —gritó a Aveline—. ¡Has destruido todo el afecto que me tenía!

Rosamund solo rió, un sonido breve y helado, tan desconocido para su oído como la voz de un extraño.

—Sebastian, ¿cómo podías soñar que sentía algún afecto por ti? Si estoy "echada a perder" porque ahora espero trato amable y gentil de mi señor y de mi casa, entonces aciertas al creerme perdida. Vete. Vuelve a tu tienda; aún no estoy lista para dejar la compañía de mi hermana.

Si la voz le tembló, no fue por miedo, sino por una oleada de justa ira. Basta ya, exigía su alma. Basta.

—Sí —añadió Aveline—. Vete antes de que te echemos. Te dolerá el orgullo cuando corra la voz de que te expulsaron, a cortes y magulladuras, de los aposentos de las mujeres de Beamont.

—¡Malditas seáis! —bramó Sebastian, pero su tono ya era frenético. Tenía los ojos tan abiertos que Rosamund veía el cerco blanco alrededor del iris—. Soy tu marido. No puedes negarme.

La ira repuntó más allá de toda contención.

—Ven, entonces, amado —lo provocó Rosamund en un susurro suave y punzante—: arranca de sus manos lo que dices que es tuyo. Pero ¿qué tendrás cuando termines? Creo que preferiría estar muerta antes que ser tu esposa.

Estupefacto ante semejante desafío, Sebastian se quedó mirándola. El aire le salió en un tirón, casi como un sollozo. Odio, confusión y después herida se sucedieron sobre los hermosos planos de su rostro. Sin decir una palabra más, se volvió y salió a grandes zancadas a la galería.

Mientras una sirvienta se lanzaba a cerrar de golpe la puerta tras él, Aveline se volvió hacia Rosamund.

—¿Qué has hecho? —exclamó horrorizada.

Aún presa de aquel estado extraño, Rosamund se limitó a negar con la cabeza.

—Solo decir lo que había que decir —replicó, y frunció el ceño —. ¿Por qué no le temes a Sebastian?

Aveline parpadeó, sorprendida, y soltó un sonido molesto, despectivo.

—¿Por qué habría de temerle? Esta es mi casa, no la suya. Estaba groseramente en falta al abrir esa puerta, y él lo sabía. Pero lo que es verdad para mí no lo es para ti —añadió, con la preocupación llenándole los ojos—. Por el Señor, casi lo has desafiado a matarte. ¿Por qué lo has hecho si te dije que no podré protegerte después de que el obispo dicte sentencia?

Solo entonces las palabras de su hermana atravesaron por fin la entumecida rabia de Rosamund. Las rodillas le empezaron a temblar, tanto que estuvo a punto de caer. Anne le pasó un brazo por la espalda para sostenerla. El rostro de la doncella destilaba miedo por su señora.

—Madre de Dios —gimió Rosamund, horrorizada—, ¿qué he hecho? Dios me ayude, juro que no quise decir nada de eso. Era

como si cada moratón y cada cicatriz que me ha dejado gritasen venganza.

Agarró a Anne por el corpiño, casi llorando ya de pánico.

—¿Es todo culpa mía? ¿Por qué acepté venir con Simon? Si me hubiera quedado en casa, jamás habría sabido que todo esto existía.

—Te hemos cambiado —suspiró Aveline—, y no creo que a tu marido le complazca el cambio tanto como a mí.

La preocupación en el rostro de su hermana se templó con un respeto creciente.

Que Aveline pudiera pensar bien de ella le afianzó el corazón. Un calor nuevo siguió, desterrando el miedo. Tenía razón. Lo que había dicho hundía sus raíces en el primer golpe de Sebastian. Aunque Simon no hubiera ido a buscarla, habría llegado el día en que por fin le diría a Sebastian: basta.

Aveline suspiró, inquieta, y miró hacia la puerta de la estancia.

—Bien, si lord Langley está aquí, también lo está Robert —la boca se le torció en una mueca casi temerosa—. Debería ir a decirle que puse a Simon bajo guardia antes de que se entere por otro.

—Pero creí que dijiste que lord Beamont te tiene afecto —exclamó Rosamund, invadida por una nueva preocupación por su hermana.

—Y así es —repuso Ilsa—. Sin embargo, su afecto mutuo a menudo suena… bastante alto.

Varias mujeres rieron.

Aveline hizo una mueca y volvió a su silla.

—Creo que esperaré aquí a que venga a mí.

Mientras las mujeres del cuarto retornaban poco a poco a sus tareas, Anne posó una mano en el brazo de Rosamund. A la doncella le temblaba el labio inferior.

—Al orgullo de vuestro marido no le ha gustado lo que habéis hecho —susurró en inglés—. Me temo que hará falta un milagro para salvaros ahora. Me he encariñado con vos. ¿Puedo rezar por vos?

Aquel ruego inesperado despertó un frío en el corazón de Rosamund. La única respuesta que pudo darle fue un asentimiento.

Anne suspiró como si Rosamund le hubiera concedido su deseo más querido.

—Si no os importa, milady, creo que iré directamente a la capilla. Ilsa puede terminaros el peinado.

Dicho esto, se volvió y salió a toda prisa.

Aún atrapada en aquella frialdad rígida, Rosamund la vio marcharse. Iba a morir. No había escapatoria. Lo único que la mantenía entera era la promesa del padre Anselm de un refugio en un convento. Tenía que lograrlo, porque jamás podría volver a Langley.

Capítulo 9

Los pasos marcaban el ascenso de alguien por la escalera de la torre. Simon miró la puerta cerrada de la estancia. Unos momentos antes, el ruido de un nutrido grupo de jinetes había subido hasta su ventana desde el patio de Beamont. No podía ser sino el regreso de los cazadores. Lo cual significaba que quien subía las escaleras era, muy probablemente, su noble hermano, Robert.

A Simon se le endureció la boca y se le tensaron los hombros mientras se preparaba para la bronca que, seguro, estaba a punto de estallar. Robert querría que dejara la torre, algo a lo que el orgullo de Simon no le permitiría acceder. Si Aveline consideraba necesario confinarlo, confinado permanecería hasta que el obispo lo llamara.

La puerta se abrió. No era Robert, sino Anne. La decepción le atravesó. No se había dado cuenta de cuánto necesitaba que viniera Robert para poder volcar la bilis que le hervía dentro.

Su prima lo miró en silencio un momento y, de pronto, el rostro se le torció y los ojos se le llenaron de lágrimas. Todo pensamiento de sus propias necesidades se disolvió. Se puso en pie.

—Annette —dijo, usando el nombre de su niñez—, ¿qué ocurre?

—Va a morir —respondió Anne, con voz queda y triste—, igual que murió mi Petrona.

Petrona, la hija de Anne, había perecido durante una paliza "correctiva" propinada por su marido.

A Simon se le fue el aire de los pulmones. No necesitaba preguntar a quién creía Anne que moriría como Petrona. La sola idea de que Rosamund soportara tal dolor le desgarró el corazón en dos.

—He visto a lord Langley y es un hombre peligroso —siguió Anne—. Ha llegado casi a amenazar a su esposa con que, en cuanto vuelva con él, la molerá a golpes hasta que no exista más. Señor, no puedo verlo pasar otra vez. Es peor para nuestra pobre señora, porque ella sabe a qué se enfrenta, y Petrona no lo sabía. Oh,

Simon, lady Rosamund le dijo al padre Anselm que, si dice la verdad al obispo, su marido perderá la herencia que espera. Cuando eso ocurra, habrá terminado con ella. La matará para poder casarse de nuevo con una mujer que lleve dote.

Sus palabras lanzaron una oleada de furia por el cuerpo de Simon. En ese instante, la necesidad de ver a Langley retorcerse bajo su hoja devoró cualquier otro pensamiento. Empujó a su sorprendida prima al pasar.

—No, tú no —gritó Anne, girando para agarrarlo por la espalda de la capucha, intentando detenerlo.

Él se zafó de su sujeción y se precipitó escaleras abajo.

—¡Tú no, Simon! —le chilló—. ¡Si intervienes, te matarán por ello!

No le prestó atención. Al llegar al salón, corrió a la capilla, la cruzó y abrió de golpe la puerta de su cuartel. Al entrar en la sala grande, sus hombres se apartaron a toda prisa, veteranos curtidos huyendo hacia los rincones para no interponerse. Simon se plantó ante su jergón y abrió su arca de armas. Destripó el equipaje, desparramando camisas, ropas y calzado sobre la estrecha cama.

—Señor —se atrevió el más valiente—, no quisimos hacerle daño esta mañana. Le rogamos nos perdone.

—Estáis perdonados —ladró sin alzar la vista del arca.

El gran cofre estaba ya vacío hasta las dos parejas de mallas y calzas de anillas que guardaba en el fondo. No estaba.

—¡Jesucristo, ¿dónde está mi espada?! —bramó.

A su espalda, los hombres carraspearon y se removieron. Walter se acercó a arrodillarse a su lado. La espada desnuda de Simon descansaba atravesada en sus palmas abiertas.

—La estaba guardando a salvo para vos, señor.

—Mis gracias —gruñó Simon, poniéndose de un salto en pie. Arrancando el arma de manos de Walter, la envainó de nuevo.

El soldado siguió de rodillas, alzando la vista a su señor.

—¿Qué sucede, señor? ¿Nos atacan?

—No —escupió, girando sobre sí para barrer con la mirada los rostros de aquellos hombres que, más de una vez, le habían confiado sus vidas—. Quiero vuestra palabra, de todos. Pase lo que pase conmigo en las próximas horas, no moveréis un dedo para

detenerme. Cuando hayáis jurado, id a tomar juramento a los que están ahora en los muros.

Sin vacilar, todos los hombres de la estancia alzaron la voz para jurar. Bajo la furia de Simon se encendió un breve destello de satisfacción. Su lealtad para con él rivalizaba con la que debían a lord Beamont.

—Buenos muchachos —asintió—. Ahora, antes de que termine la noche, veré correr sangre… o moriré en el intento.

Con un rápido saludo, abandonó el cuartel y volvió al salón. No había rastro de lord Langley en la gran sala, lo que solo podía significar que el noble se había retirado a su tienda fuera de los muros de Beamont. Enfiló hacia la salida de la torre.

Lady Benfield estaba junto a los altos biombos que protegían las puertas macizas. Su rostro, que él en otro tiempo había creído tan parecido al de su hija, estaba ahora hinchado y deshecho por el llanto. Al verlo, se precipitó a su lado. Simon la ignoró, rumbo a la puerta.

Ella le agarró el brazo con un apretón desesperado. Él intentó sacudírsela. En lugar de soltarlo, ella se dejó caer como un peso muerto para frenarlo.

No tuvo más remedio que detenerse y forcejear con las manos que lo sujetaban.

—Soltad —ordenó.

—No, debéis ayudarme —replicó ella, y soltó un quejido de dolor cuando él le apartó los dedos. Le soltó el brazo solo para asirle el cinturón—. ¡No, no podéis negaros, sirviente! —chilló—. ¡Me ayudaréis!

Su arrogancia atravesó la furia de Simon como nada más podría haberlo hecho. Con un gruñido de irritación, la tomó del brazo y la arrastró hacia uno de los paños de lino pintado que cubrían la pared. Corriendo la cortina a un lado, empujó a la madre de Rosamund dentro del hueco de ventana que había detrás. El nicho era tan profundo y tan alto como un hombre, aunque la ventana no fuera más que una saetera. Cuando el paño volvió a caer en su sitio, quedaron a solas.

La sujetó por los hombros y le dio una breve sacudida.

—¿Ayudaros? ¿Por qué habría de ayudar a quien ha mentido, falsificado y, muy probablemente, asesinado para robarle a lady Beamont lo que le pertenece?

—¡Asesinar! —La palabra se le escapó a medias en sollozo, a medias en protesta. Edith negó con la cabeza bajo la cofia—. No, eso jamás. ¡Ojalá tuviera el cuajo para asesinar, pues de tenerlo, sería Langley quien sentiría la mordida de mi acero! —Exhaló un suspiro tembloroso—. Por favor —siguió, más suave—. Dicen aquí que os importa mi Rosamund. Os lo ruego: ayudadme a librarla de su marido.

El asombro sacudió a Simon. No había comprendido hasta qué punto se había vuelto pública su inclinación por Rosamund. Y se ahondó cuando cayó en la cuenta de que había estado a un pelo de asegurar la muerte de Rosamund. Si todo Beamont murmuraba sobre su afecto por lady Langley, no tardaría mucho en llegarle a su esposo y en acusar a ambos de adulterio. Eso dejaría a Oswald sin más remedio que admitir lo que vio en el claro. Y, encima, si Simon se atrevía a alzar la espada contra el noble en favor de su esposa, el obispo bien podría tomarlo como prueba de pecado. Era derecho de un marido castigar a su esposa adúltera con una paliza, incluso si esa paliza derivaba en su muerte.

Junto a él, lady Edith echó la cabeza atrás y tomó aire con amargura.

—Vos tampoco me ayudaréis —dijo con voz desolada—. No hay nada que pueda hacer para salvarla —clamó—. Langley y su madre me tienen en su asqueroso puño, sabiendo que no puedo soltar la verdad de lo que hemos hecho por miedo a lo que harán con mi Rosamund si lo hago.

Simon parpadeó, sacudiéndose el estupor, al penetrarle lo que decía.

—¿Y cuál es esa verdad que no os atrevéis a soltar, señora?

—¡Obispo William de Hereford, ¿dónde estáis?! —el berrido de Matilda FitzGerald sonó justo fuera de su cortina, el timbre grave de su voz envejecida situándola a pocos pies del nicho. Le siguieron un arrastre y un golpeteo cuando la anciana cojeó hacia el centro de la sala—. Ese ladrón de Beamont retiene lo que es propiedad de mi hijo. ¡Venid! ¡Haced lo que os incumbe! Proteged a la esposa de mi hijo de quienes pretenden volverla contra su marido.

—¡Perra! —gritó Edith, lanzándose fuera del nicho y a través de la cortina.

Simon saltó para detenerla, pero se le escurrió y se abalanzó sobre la viuda FitzGerald. Voló la muleta de Matilda cuando ambas cayeron al suelo enredadas. Edith cerró las manos alrededor del

cuello ajado de la vieja, y Matilda chilló, braceando. Toda actividad en la sala cesó; cada alma se volvió a mirar la refriega.

—¡Lo juraste! —vociferó Edith en el súbito silencio, apretando los dedos en la garganta colgante de la anciana—. ¡Juraste cuidarla como si fuera tuya! ¡Dijiste que te retirarías a un convento y le entregarías a ella las llaves FitzGerald! En vez de eso, la has maltratado y la has usado como a una simple sirvienta.

Temiendo que Edith dijera demasiado, Simon la sujetó por detrás y la arrancó de su pariente político. Matilda yacía en el suelo, con los ojos desorbitados y la boca abriéndose y cerrándose como un pez moribundo. Daba lástima y risa, con la toca torcida y el vestido manchado, el mismo que llevaba el día que Simon llegó a Langley.

—Soltadme —se debatió Edith contra su captor.

—No lo haré, milady —dijo Simon, acercando los labios al oído de ella—. No más. Esto solo empeorará las cosas para vuestra hija.

La lucha se le fue del cuerpo. Se desplomó en su abrazo y rompió a llorar.

—¿Por qué me has atacado, idiota? —toseó Matilda, esforzándose por ponerse en pie—. No hemos hecho más que

aplicar una disciplina cuidadosa, y con razón. Vosotras sois quienes nos habéis agraviado. Presentasteis esa pobre excusa de mujer como si fueran bienes de calidad. En cuanto a hacerla señora de nuestro solar, ¡jamás! Doy gracias a Dios personalmente de que sea estéril, o quizá estaríamos cargando con otra como ella de quien preocuparnos. Al menos nos quedará su herencia como compensación por todo lo que hemos sufrido y todo lo que nos ha costado.

Satisfecha, ahora que había despachado las acusaciones de Edith, la mirada de Matilda se deslizó hasta Simon.

—Ah, eres tú otra vez —y, al notar su mejilla amoratada y abierta, sonrió con deleite—. Bien. Ya llevas la primera marca. Pronto tomarás el resto. Presentaré mi queja al obispo al mismo tiempo que recupero a la mentecata que pertenece a mi hijo.

—¿¡Mentecata!? —protestó Edith, enderezándose en los brazos de Simon. Se enjugó las lágrimas con los puños—. No hablarás así de mi hija.

—¿Quién llama al obispo William? —la voz de Oswald resonó desde la galería que daba a los aposentos privados de Beamont. El noble primo de Simon iba acompañado por dos de los caballeros del

obispo. En el salón, el silencio se hizo aún más hondo. La única que se movió fue Anne, que dejó la escalera de la torre para encaminarse hacia Simon y la noble a la que él mantenía sujeta.

—Oswald, lady Langley tiene una queja contra mí —llamó Simon, soltando a Edith para dar un paso hacia la galería, asegurándose de que Oswald lo viera—. También desea que el obispo William ordene a lady Beamont que entregue la esposa de lord Sebastian a su marido.

Matilda cojeó unos pasos hacia el centro de la sala con la mirada fija en Oswald.

—No hablaré contigo, hombrecito —chasqueó—. Solo el obispo me sirve ahora.

La expresión de Oswald se heló. Detrás de él se abrió una puerta. Era el señor de Beamont quien salió a situarse junto al clérigo en el borde de la galería. Una buena mano más alto que su hermano bastardo, Robert de Beamont tenía el cabello oscuro, y los planos severos del rostro le daban un aire adusto. Aunque era seis meses menor que Simon, las cargas del señorío lo hacían parecer mayor que sus compartidos treinta y ocho años. En ese momento, sus ojos grises eran puro hielo mientras miraban a Matilda.

Simon lanzó una mirada a la anciana. Que Matilda hubiese llamado ladrón a Robert significaba que o bien ignoraba por completo el peligroso juego que estaba jugando, o era una necia por pensar que podía valerse de insultos contra el señor de Beamont. El buen nombre de Robert era una de sus posesiones más preciadas.

—Hermano —llamó Robert a Simon, enfatizando la palabra para que todos los presentes comprendieran que reconocía públicamente su parentesco—, ¿quién osa entrar en mi salón para atacar a mi deudo y luego se atreve a llamarme ladrón?

—Así que, por fin, aquí está el famoso lord de Beamont —replicó Matilda antes de que Simon pudiera responder—. ¿Pretendes que tu afirmación de parentesco con este plebeyo me aparte del castigo que es mi derecho? Te equivocas. Él me atacó, y de su pellejo me cobraré. Ahora añado otra queja a mi lista: vuestra señora, lady Aveline, se niega a entregar a mi hijo lo que es suyo, a su esposa.

El rostro de Robert permaneció absolutamente inexpresivo. En el salón, los criados se apartaron hasta las paredes; conocían demasiado bien qué clase de furia presagiaba esa calma.

—Vuestro hijo violó los aposentos privados de milady —respondió el señor de Beamont con voz pareja, tono casi conversacional. En la quietud de la estancia, cada palabra resonó tan clara como un grito—. Daos por satisfecha de que no le arranque la piel de los huesos por semejante audacia.

La anciana solo bufó.

—Mi hijo solo intentaba impedir que necedades y mentiras se vertieran en el débil seso de su esposa. ¡Demasiado tarde! Ya la habéis vuelto contra nosotros. Creo que tratáis de usarla contra los suyos, de robarle su herencia a quienes con derecho debería pertenecerles.

—¿Así que ahora soy más que un ladrón, eh? —preguntó Robert alzando una ceja—. ¿Oís el veneno que esta víbora destila en mi salón, primo? —añadió, volviéndose hacia Oswald.

—¿Primo? —exclamó Matilda, dando un traspié de pura sorpresa antes de girarse hacia Edith—. ¿Oswald de Hereford es primo de Beamont? ¿El testamento de vuestro esposo quedó en manos del primo de Beamont, que además es hombre del obispo? ¡Maldita seas! ¿Por qué no me advertiste antes de poner nuestras reclamaciones ante el obispo?

La satisfacción iluminó el rostro demacrado de Edith.

—Os dije desde el primer momento que no sabía quién tenía el testamento de mi señor —respondió a la anciana—. Pero no dejéis que esta revelación os impida asestar más golpes a vuestra ya maltrecha causa.

La sorpresa cruzó el rostro de Matilda.

—¿Qué queréis decir? —exigió.

—¿Queréis que enumere vuestras faltas? —rió Edith con dureza, levantando los dedos para contarlas—. Primero, despreciáis a lord Beamont; luego insultáis a su esposa, a su hermano y ahora a su primo. Al exigir que el obispo regresara a Beamont, habéis molestado a un hombre poderoso, pero no os conformasteis con eso. No, le asestáis otro golpe al desdeñar a su administrador, tratándolo como a un siervo indigno de vuestra atención. Con vuestras propias manos habéis cerrado todos los oídos que quizá estuvieran dispuestos a escucharos.

El pánico asomó en los ojos llorosos de Matilda al darse cuenta, por primera vez, de lo que había hecho. Mientras el color abandonaba su rostro, Edith rio con fría diversión.

—Sí, habéis mostrado a todos exactamente lo que sois: una rústica grosera, sin modales y sin decoro. Adelante, peste arrogante. No me atrevería a deteneros.

Sellando los labios, Matilda giró en redondo y se tambaleó hacia el hogar más cercano. Simon, al observarla, se preguntó por qué nunca se le había ocurrido que el poder que la vieja ejercía con puño de hierro en Langley no tendría el mismo alcance más allá de sus propios linderos.

—Tom —llamó lord Beamont a un criado—, aseguraos de que la madre FitzGerald tenga un banco donde sentarse. Informadle de que este asunto que tanto la atormenta se resolverá en el próximo cuarto de hora. Podéis añadirle también mi más sincero deseo de que, una vez que William haya dictado sentencia, halle el camino de regreso a su lugar, de modo que los que quedamos en Beamont podamos cenar en paz.

Junto al hogar, Matilda soltó un gruñido como si la ofensa la hubiese golpeado.

—Eso es —prosiguió Robert—, si es que cenamos esta noche. A juzgar por este salón, no habrá comida alguna.

Bastó aquella advertencia para que los criados volvieran corriendo a sus quehaceres. Desde cada rincón y pared, los hombres y mujeres saltaron a cumplir las órdenes de su señor. Mientras los hombres en el balcón se apartaban, Anne se deslizó hasta colocarse junto a Simon.

Edith lo ignoró para dirigirse a él.

—Habéis oído lo que ha dicho —murmuró, con el temor y la angustia reflejados en su mirada—. Si pierden la herencia, acabarán con mi Rosamund.

—Sí, lo he oído —respondió él con amargura.

—No podemos permitirlo —exclamó Anne, aferrando el brazo de Simon—. Tal vez el padre Anselm pueda hacer lo que… —se interrumpió con un jadeo, santiguándose—. Perdóname, Señor —imploró al cielo—. Sé que no debía escuchar lo que dijo, y que agravo mi falta repitiéndolo a otro.

Cuando volvió a mirarlos, ya no había vacilación en su rostro.

—El padre Anselm prometió a lady Rosamund que, si durante el interrogatorio del obispo llegaba a creer que lord Langley realmente intentaba hacerle daño, pediría al prelado que disolviera su matrimonio y así pudiera ella ingresar en un convento. Allí,

vuestra hija viviría en paz, mientras su marido quedaría libre de volver a casarse con una mujer dotada.

El alivio inundó el rostro de Edith.

—¡Gracias a Dios!

Simon frunció el ceño. Una vez entregada a Dios, Rosamund quedaría para siempre y de veras fuera de su alcance. Intentó consolarse con el hecho de que estaría a salvo, pero las siguientes palabras de Anne destrozaron su consuelo.

—Sé que el sacerdote obra con buena intención, pero lo que piensa hacer ocurrirá después de que el obispo dicte su fallo. Milady, he visto a su esposo, y está enfurecido, en verdad, por lo que considera una intromisión de lady Beamont en su matrimonio. No importa cuán pronto se mueva el padre Anselm; lord Langley será más rápido en arrancar a lady Rosamund de Beamont. Temo que será destruida pese a todos los hombres de Iglesia de Inglaterra y sus propósitos —concluyó Anne con tristeza.

Edith lanzó un gemido, llevándose una mano al pecho como si quisiera impedir que se le partiera el corazón. Simon sonrió. Donde Edith y Anne veían catástrofe, él vislumbraba una oportunidad.

—Entonces, debemos ser nosotros quienes compremos tiempo para lady Langley —les dijo—. Hemos de hallar la forma de impedir que lord Langley hiera a su esposa hasta que el obispo pueda ofrecerle amparo y protección.

—Me ayudaréis… —susurró Edith con tal fuerza en su emoción que sus ojos comenzaron a nublarse. Las rodillas se le doblaron y se dejó caer sobre el suelo cubierto de juncos.

—¡Ay, no os sentéis ahí, milady! —exclamó Anne de inmediato. Echando a Simon una mirada de gratitud, se inclinó para ayudar a la noble a incorporarse—. Venid —le dijo a Edith—, venid al hogar más apartado de esa… —su mirada se posó sobre la dama FitzGerald, y el labio se le torció con desprecio—… horrible persona.

Mientras ellas cruzaban el salón, Simon se apartó hasta apoyar la espalda contra las celosías del vestíbulo. Con la cabeza recostada en la madera, cerró los ojos. En la cálida penumbra de sus pensamientos, se recordó que el mayor regalo que podía darle a Rosamund era su vida, aun si eso significaba no llegar a conocer de ella más de lo que ya sabía.

Rosamund alzó la vista cuando la puerta de los aposentos femeninos se abrió, esta vez sin violencia. Quien se alzó en el umbral era un hombre alto, vestido con prendas de cuero salpicadas de barro semejantes a las de Sebastian. La niebla del día al fin se había disipado y, aunque poca luz del sol poniente alcanzaba aquella estancia, fue suficiente para que el cabello oscuro del recién llegado resplandeciera con un matiz rojizo y proyectara sombras sobre los duros planos de su rostro. En su lecho, al otro lado del cuarto, Aveline se incorporó. Un nuevo color tiñó sus mejillas.

—Bienvenido a casa, Robert —dijo, con una sonrisa en la voz —. ¿Cómo fue la cacería?

Lord Beamont se apoyó con desenfado en el marco de la puerta mientras miraba a su esposa. Una sonrisa de respuesta templó el frío gris de sus ojos. Esta vez, Rosamund lo observó con atención, buscando algún rasgo que compartiera con su hermano bastardo. Su única semejanza estaba en los pómulos altos y en la suave curva de la boca.

—Agradezco la pregunta, pero no me distrae —repuso el noble con una breve risa.

Las comisuras de los labios de Aveline se alzaron.

—Vaya… ¿quieres que lo intente de nuevo?

Atravesó la estancia y se abrazó a su esposo, alzándose de puntillas para rozar sus labios con los de él. Fue apenas un instante de carne contra carne, antes de apoyarse de nuevo en sus talones.

—¿He tenido éxito ya? —preguntó con un nuevo temblor en la voz.

—No —rió su esposo, alzando una mano para recorrer con los dedos la curva de la mejilla de su esposa—. ¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó, sin ira ni reproche—. Una vez más regreso a Beamont y hallo la casa puesta patas arriba. Gareth se queja de carros rotos, tu madre clama abusos y exige protección. Me dicen que incluso confinaste a Simon en la torre, aunque no debió durar mucho, pues lo vi hace un momento en el salón. —Suspiró, y la diversión se desvaneció de su rostro—. La verdad, Aveline, no tenías derecho a interponerte entre él y la madre FitzGerald.

El temor por Simon llenó a Rosamund.

—¡No! —exclamó sin poder contenerse—. No podéis permitir que Simon sufra la paliza que Matilda ansía darle. Sería un sacrificio en vano.

Con un brazo ceñido a su esposa, lord Beamont dirigió la mirada a su cuñada.

—Lady Langley, supongo. Acercaos —ordenó con tono casi áspero—. Quiero ver a la mujer que lleva a mi hermano a aceptar una flagelación.

El miedo de Rosamund se agudizó, esta vez por ella misma. Solo la serenidad con que Aveline permanecía en los brazos de su esposo le dio valor para acercarse a aquel hombre tan imponente. Al detenerse ante él, apenas logró esbozar un leve ademán de respeto antes de inclinar la cabeza, como correspondía a una dama.

En cambio, lord Beamont alzó un dedo bajo su barbilla para obligarla a mirarlo. Un instante después, rió, y la dureza de su semblante se suavizó con cierta bondad.

—Vaya, Aveline, sois como dos gotas de agua, salvo por el color.

—Así es —respondió Aveline, visiblemente complacida.

Animada por su intercambio, Rosamund reunió fuerzas y se atrevió a suplicar:

—Mi señor, os ruego que no permitáis que Matilda hiera a vuestro hermano. Él no atacó a la madre de mi esposo; solo le quitó

el bastón para evitar que me causara más daño.

La diversión murió en el rostro de Beamont, dejando al descubierto la severidad de sus facciones.

—Creo que vuestro marido no debería veros hablar así de mi hermano —advirtió en voz baja.

Rosamund retrocedió un paso, miró a su hermana y se encogió de hombros. ¿De veras esperaba lord Beamont una disculpa? Si era así, quedaría decepcionado. Invitada o no, jamás negaría lo que sentía por Simon.

—Entonces, ¿el obispo ha desistido de llevarse a nuestro cocinero cuando parta? —preguntó Aveline, rompiendo el silencio.

La gratitud hacia su hermana inundó a Rosamund. Sin importar lo que pensara sobre el afecto de Simon, Aveline intentaba desviar a su marido del asunto.

—En absoluto —respondió lord Robert—. Si acaso, las comidas frías que enviaste a la cabaña de caza han empeorado su empeño.

—¿Y ha mencionado ya qué nos ofrece a cambio, si le damos al hombre? —replicó Aveline con tono cortante, cruzándose de brazos.

—Sois peor que un mercader con vuestros regateos —protestó su esposo, aunque con aprobación en la voz—. No, no ha ofrecido más que su buena voluntad, según entiendo.

Aveline negó con firmeza.

—La buena voluntad la ganamos con Oswald. Si desea a nuestro cocinero, tendrá que ofrecernos algo de utilidad. Sí, eso y aceptar llevarse también a Anne, pues no la separaremos de su amor. Solo entonces lo consideraremos.

—¡Oh, cielos! —rió su esposo, estrechándola un poco más—. ¡Cómo te he echado de menos estos días, Aveline! Tanto, que agradecí este conflicto, pues me permitió regresar. Estoy cansado de dormir sin ti. ¿Qué te parece si negamos a los caballeros de William esa cámara de la torre y la reclamamos para nosotros?

Rosamund observó cómo lord Beamont acariciaba la mejilla de su hermana. Un rojo intenso tiñó el rostro de Aveline. Cuando su esposo inclinó la boca hacia ella, Aveline alzó los brazos para rodear su cuello.

—Como desees, Robert —susurró contra sus labios.

La felicidad por su hermana colmó a Rosamund al reconocer el amor que compartían. Saber que Aveline siempre sería dichosa hacía

más llevadero enfrentarse al destino que la aguardaba. Cuando el beso concluyó, el señor de Beamont se irguió con un suspiro y rozó de nuevo la mejilla de su esposa, con una tristeza repentina en la boca.

—Ahora, amor mío, despídete de tu hermana. El obispo la reclama, y sospecho que su esposo no permitirá que regrese a ti una vez resuelto el asunto.

—¿Tan pronto? —exclamó Aveline con dolor, volviéndose hacia su hermana en brazos de su marido.

El miedo en los ojos de Aveline atravesó a Rosamund. El momento que tanto había temido había llegado. Con esa certeza, una frialdad lacerante se alzó para cercar su corazón. Y junto a ella, la convicción de que el padre Anselm fracasaría. Todo había terminado. Tras la audiencia, moriría.

Como si hubiera leído su sentir, Aveline dejó escapar un leve gemido y rodeó los hombros de Rosamund con un brazo.

—No hay tiempo para esto ahora, no con la cena a punto de servirse. Habrá de esperar al alba.

Lord Beamont negó con la cabeza.

—Eso habría bastado antes de que la madre FitzGerald escupiera su veneno. William está que rechina los dientes con sus acusaciones.

—Entonces iré con ella —replicó Aveline con firmeza, estrechando a su hermana.

—No irás —respondió su esposo con suavidad, pero sin dejar lugar a dudas—. Aún estás demasiado débil para aparecer en el salón, Aveline.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Aveline. Sus labios se dispusieron a lanzar más protestas. El temor de que su hermana pusiera en riesgo su feliz matrimonio para salvarla arrancó a Rosamund de su estupor. Ante todo, debía parecer que acudía voluntaria a la audiencia del obispo. No quería que existiera la menor posibilidad de que Aveline culpase a su esposo del desenlace si las cosas salían mal y su vida terminaba. Sebastian no tendría ocasión de mancillar el amor que unía a su hermana y a su marido. Se acomodó en el abrazo hasta pasar de confortada a confortadora.

—Ahora, Aveline —dijo, apartando un mechón del cabello de su hermana para recogerlo de nuevo bajo el velo—, no te angusties tanto por mí. ¿Te alivia saber que hablé con tu sacerdote? Cree que

puede convencer al obispo de apartarme de Sebastian y permitirme profesar los votos.

—No —balbuceó su hermana con voz trémula—, pero supongo que habrá de bastar.

Rosamund sonrió. Rozó con sus labios la mejilla de Aveline y luego se volvió hacia su cuñado.

—Estoy lista.

Con un asentimiento aprobador, lord Robert le ofreció el brazo. Con la mano apoyada en el pliegue de su codo, Rosamund permitió que la condujera desde los aposentos femeninos hasta la galería del segundo piso. Mientras avanzaban hacia la escalera, echó una mirada al salón inferior. Ahora bullía de gentes: cazadores, caballeros y soldados jugaban en distintos rincones, entrelazando los gritos de victoria con los lamentos de los perdedores. Decenas de perros se mordían y gruñían entre sí, mientras un halcón encapuchado lanzaba un chillido desde su percha.

Ante tanto ruido y movimiento, Rosamund se detuvo, obligando a lord Beamont a frenar. Cuando él la miró con gesto interrogante, murmuró con inquietud:

—Demasiada gente.

—Sí, demasiada —respondió su cuñado con una risa seca—. William viaja con más séquito del necesario, solo para que los menos poderosos quedemos debidamente impresionados. ¡Cómo se queja vuestra hermana del gasto que nos supone su estancia!

Aunque sabía que intentaba reconfortarla, aquellas palabras la golpearon en lo más hondo.

—No os sería carga alguna si mi hermana recibiese toda la herencia que lord Benfield dispuso para ella.

—Es cierto —admitió lord Beamont, alzando las cejas con sorpresa—. Vamos, pues. El obispo no descenderá hasta que estemos en el salón. No quiere que parezca que me favorece si baja a mi lado. —No era una orden, sino una invitación.

Rosamund sonrió. Estaba en el tono de su voz. Si pedía quedarse un poco más, él lo permitiría. Parecía que el hermano de Simon era tan bondadoso como él. Una vez más, apoyó la mano en su brazo y asintió.

—Como deseéis, milord.

Capítulo 10

Simon observó a su hermano conducir a Rosamund por las escaleras hasta el salón. ¡Santo Dios, cómo resplandecía! Desde sus largas trenzas doradas hasta el cálido matiz de albaricoque de su piel. La visión lo llenó de furia. Langley moriría si osaba hacerle daño a su esposa, sin importar las consecuencias. Solo a fuerza de voluntad contuvo la cólera. Su mente debía permanecer clara hasta que llegara el momento de blandir la espada.

Cuando estuvo cerca del suelo del salón, Rosamund comenzó a escudriñar la estancia. Simon supo de inmediato que era a él a quien buscaba. Se apartó de los biombos y esperó a que ella lo encontrara. Cuando sus miradas se encontraron, ella apenas sonrió. Era una sonrisa íntima, destinada solo a él, y lo colmó de dicha.

En respuesta, le devolvió una sonrisa cargada de la promesa de mantenerla a salvo. El rubor tiñó las mejillas de Rosamund. Su

expresión se suavizó. La emoción desbordó a Simon. ¿Sería acaso un designio de sus nacimientos semejantes lo que los había dejado tan irremediablemente unidos en tan corto tiempo?

Aún absorto en aquella idea, Simon recorrió el salón con la vista, en busca de Anne. Encontró a su prima inglesa ya encaminándose hacia la puerta de la capilla. Pretendía traer al padre Anselm para que cumpliera lo que había prometido y salvara a Rosamund.

Robert y su protegida se detuvieron cerca del centro del salón. Como si fuera una señal, tras la barandilla del balcón se abrió la puerta del solar y apareció el obispo William. Toda actividad en el salón cesó al instante. El bullicio habitual se apagó en un silencio inmediato.

Hombre bajo, engrosado por los años y el peso de su rango, William descendió con paso firme las escaleras. Su túnica oscura, ricamente entretejida con hilos dorados, centelleaba con cada movimiento. Sobre su cabeza reposaba la cofia de su dignidad, mientras en la mano sostenía el báculo que representaba su derecho a regir a su grey terrenal.

Con Oswald a sus talones, el obispo bajó para ocupar la maciza silla de madera de Robert. Un chasquido de dedos bastó para que un criado acudiera presuroso, llevando consigo el halcón con todo y su percha. Otros sirvientes retiraron la mesa situada frente al prelado, de modo que todos en la estancia pudieran verlo con claridad.

—Acabemos de una vez —dijo William, su voz profunda resonando sin esfuerzo por todo el salón. No cabía duda de su irritación.

Oswald avanzó, escudriñando el salón hasta hallar a Simon. Le bastó una inclinación de cabeza para hacerle entender que pensaba tratar primero la queja de Matilda antes de ocuparse de la herencia. Simon se apartó de los biombos, abriéndose paso entre la muchedumbre. Mientras tanto, Oswald se volvió hacia quien había traído semejante asunto ridículo ante el obispo.

—Matilda FitzGerald, acercaos —llamó.

Mientras la anciana cojeaba hasta el centro del salón, Oswald se dirigió a su señor.

—Mi señor obispo, esta mujer trae una queja de su nuera FitzGerald.

La mandíbula del obispo se endureció al contemplar a aquella de maneras groseras que ya le había robado primero un día de descanso y después un baño y una comida apacibles.

—Bien, anciana, soltadlo.

Con nueva humildad en sus ademanes, Matilda se inclinó ante el prelado.

—Mi señor, ¿podría esperar a que mi hijo esté a mi lado?

El fastidio brilló en los oscuros ojos del obispo.

—¿Por qué no está aquí lord Langley? —exigió.

Matilda se retorció las manos y lanzó una mirada de preocupación hacia la puerta del salón.

—No lo sé, mi señor —casi gimió—. Envié a un hombre a buscarlo a su tienda, pero aún no ha llegado.

Un bufido retumbó en los labios del obispo.

—Entonces habrá que enviar a otro para que lo espolee en su camino.

Simon no necesitó más advertencia. Dirigió una mirada a un criado cercano a la puerta. El hombre salió corriendo en obediencia inmediata. Al volver a encaminarse hacia el obispo, Simon advirtió la

mirada de su hermano fija en él. Gratitud, preocupación, diversión e incluso irritación pugnaban en los ojos de Robert. Simon solo se encogió de hombros y continuó hasta detenerse no lejos de la silla episcopal.

Pasaron los minutos. Oswald se retiró a situarse tras su señor. La gente en la sala se removía e inspiraba con nerviosismo, mientras el obispo golpeaba impaciente el pie contra el suelo. Por su parte, Simon agradecía la demora, pues brindaba tiempo al padre Anselm para llegar junto a Robert.

Al fin apareció Langley, el hermoso rostro encendido y las ropas aún cubiertas del barro de la jornada, en la abertura de los biombos. Al ver el salón atestado, se detuvo, lo que dio a Simon la ocasión de evaluarlo ante la posibilidad de un combate. Aunque Sebastian FitzGerald le aventajaba casi media cabeza en altura, Simon desechó tal ventaja. Estaba acostumbrado a luchar contra hombres más grandes, habiendo crecido entre hermanos de mayor talla. También sabía que la delgadez no siempre implicaba debilidad, como el volumen no garantizaba lentitud. En realidad, él y aquel jovenzuelo estaban bastante igualados.

Cuando Sebastian aún vacilaba en el umbral, el obispo lo apremió con un brusco gesto de la mano.

—Bien, hombre, no arrastréis los espolones. Ya me habéis hecho esperar demasiado.

Al instante, lord Langley se irguió, como erizado por aquella reprensión pública. Simon sonrió con tal amplitud que la herida de su mejilla le dolió; se rascó con desgana la cicatriz. Sí, un temperamento corto… eso podía aprovecharse llegado el momento de un enfrentamiento. Satisfecho con lo aprendido, el maestre de armas de Beamont inspiró hondo y vació su mente de toda emoción. Con el hábito forjado en años de guerra, se dejó deslizar hacia la calma profunda que siempre buscaba antes de la batalla. Cuando llegara la ocasión, estaría listo.

Cuando Sebastian se detuvo junto a su madre frente al obispo, lanzó a Rosamund una mirada rápida y colérica. Ella se tensó, esperando sentir miedo o rabia. Para su sorpresa, no la embargó emoción alguna. Solo vivía en ella el deseo de que todo terminara. Lo único

que anhelaba era la promesa de la nueva vida que el padre Anselm le había ofrecido.

Rosamund alzó los ojos hacia el prelado. Sus oscuros ojos, la espesa barba y el rostro redondeado le daban un aire de bondad en el que no se atrevía a confiar, no cuando llevaba su poder como un manto. Este irradiaba de él en oleadas, más sobrecogedoras aún que su magnífico hábito o las perlas que adornaban su birrete.

—Ahora —pronunció el obispo. Aunque su voz no era fuerte, el murmullo en la sala se apagó de inmediato hasta quedar en silencio absoluto—. Lady Matilda, tengo entendido que traéis una queja contra uno de los hombres de Lord Beamont.

Apoyada con fuerza en su bastón, como si quisiera parecer débil o maltratada, Matilda respondió con voz temblorosa:

—Aye, mi señor. Simon es su nombre. Me ofendió al arrebatarme FitzGerald a mi nuera. Quiero que sea castigado por semejante afrenta.

El obispo alzó el cuello para mirar a Oswald por encima del hombro.

—¿La dama resultó herida?

El clérigo avanzó hasta situarse a su lado.

—No, mi señor, en absoluto. Es cierto que Simon le quitó el báculo, pero lo hizo únicamente para impedir que la dama descargara un nuevo golpe sobre Lady Rosamund. Temía que la joven quedase tan maltrecha que no pudiera hablar en vuestra presencia, como vos habíais ordenado.

—Lo hace sonar como si yo tratara mal a mi nuera, y no es así —chilló Matilda—. Mi señor, solo pretendía corregirla porque se dirigía a hombres a quienes consideraba extraños. No trajeron misiva ni prueba de que vinieran de vos. A este hombre no lo conocía —señaló a Oswald— y temí que, por la fortuna en juego, otros actuaran con engaño.

Junto a Rosamund, el señor de Beamont se irguió, la mandíbula tensa.

—Otra vez manchái mi honor, insinuando que soy un ladrón. ¿Qué motivo tenéis para tal acusación?

Rosamund lanzó una mirada furtiva a Matilda y ocultó una sonrisa. ¿Se daría cuenta la anciana de que su indignación delataba la farsa de debilidad que intentaba mostrar?

—¿Qué más pruebas necesito, si vuestra esposa rehúsa entregar a mi hijo la custodia de su esposa? —replicó Matilda con

furia—. Si no intentabais persuadirla en contra nuestra para vuestro provecho, ¿por qué la retenéis?

Para sorpresa de Rosamund, Sebastian se volvió contra su madre.

—¡Mordéos la lengua, anciana! —espetó con fiereza—. ¿No veis que no nos hacéis ningún bien con vuestra perorata? Si el hombre de Beamont no os dejó marca, dejad el asunto.

La sorpresa de Matilda fue aún mayor.

—Pero, Sebastian —balbuceó—, ¡ese Simon es un bastardo! Se atrevió a tocarme. Y también alzó en sus brazos a vuestra esposa cuando la llevó consigo.

La espalda de Sebastian se tensó. Giró hacia Rosamund, los ojos abiertos de par en par.

—¿La tocó? —murmuró con voz baja y venenosa, aunque sus ojos estaban clavados en su esposa. En aquella mirada, Rosamund vio la promesa de dolor futuro. Sintiendo el respaldo del brazo de Lord Beamont tras de sí, elevó en silencio un rosario de oraciones para que el plan del padre Anselm prosperara.

El obispo frunció el ceño.

—¿Qué razón tuvo el hombre para obrar así? —preguntó con brusquedad a Oswald.

El clérigo abrió las manos con serenidad.

—Milord, no le quedó alternativa. La dama FitzGerald se negó una y otra vez a reconocerme como vuestro enviado, aunque le mostré vuestro anillo y repetí las palabras que me disteis. Cuando mandó a sus hombres que nos expulsaran con violencia, Simon se vio forzado a intervenir. Tal vez actuó con premura, pero estoy convencido de que temía que Lady Matilda pretendiera usar a Lady Rosamund como moneda de cambio para obligaros a trasladar este juicio a Langley.

—¡No! —protestó Matilda de inmediato—. Me malinterpretáis. Solo temía por mi nuera, pues no conocía a este hombre. No hay nada que discutir aquí, salvo el ultraje de que un bastardo ose tocar a sus superiores.

Lord Beamont negó con la cabeza.

—Mi señor obispo, Simon Fenwick no es ningún bastardo cualquiera. Es mi hermano, el hijo natural reconocido por nuestro padre, criado en este salón y educado conmigo. Si permanece como

mi maestro de armas, rechazando caballería y tierras, es por decisión propia.

—Es cierto, mi señor —corroboró Oswald—. Toda la familia conoce el afecto que mi difunto tío profesaba a su hijo natural y su deseo de verlo armado caballero y señor de tierras.

El obispo arqueó una ceja, meditativo, y se volvió hacia Matilda.

—Por lo que he escuchado, declaro a Simon inocente de los cargos. Considero que con sus actos me ha hecho un favor.

El rostro de Matilda se contrajo de incredulidad.

—¡Pero me tocó! ¡Ese bastardo osó tocarme!

Sebastian la agarró por el brazo y la sacudió con furia.

—¿Ahora queréis discutir con vuestros superiores? —escupió—. Vieja estúpida, cerrad la boca o sentiréis mi puño.

El chillido de Matilda fue tan agudo que hasta el halcón lo replicó. Zafándose de su hijo, retrocedió un paso, mirándole con más sorpresa que ira.

—Con eso concluido —dictó el obispo William, volviendo la mirada hacia Sebastian—, pasemos ahora al asunto de los

testamentos, que quiero cenar. Sería pecado que los manjares preparados por el cocinero de Beamont se enfríen.

El obispo alzó un dedo y Sebastian dio un paso al frente. Cuando el noble obedeció, el prelado apoyó su gruesa mano en el muslo y se inclinó hacia él.

—Antes que nada —sentenció—, como vuestro señor feudal debo deciros que hallo vuestra manera de presentar esta reclamación poco honesta. ¿Por qué ocultasteis la muerte de Benfield, salvo por esa sola misiva que me enviasteis? De no haber sido por Oswald y su vínculo con Lord Beamont, quizá habría concedido la herencia sin conocer las demás reclamaciones. Veré con atención las pruebas que traéis, pero os advierto… —aquí bajó la voz, volviéndola un hilo acerado—: si lo que me mostréis no me convence, no ganaréis más que mi desprecio.

Giró en su asiento y buscó a Oswald.

—¿Dónde está la viuda?

—Aquí, mi señor —respondió Edith, levantándose del banco junto al hogar.

Rosamund la observó con una mezcla de dolor y orgullo. Su madre caminaba erguida, la cabeza alta y los hombros firmes.

Aunque su vestido estaba ajado y manchado, se movía con tal gracia que parecía envuelta en seda. La mujer abatida de hacía unas horas había desaparecido; en su lugar se alzaba la orgullosa hija de un gran señor.

Oswald esperó a que Edith se acercara antes de proclamar:

—El primer asunto es el derecho de Lady Edith de Benfield a heredar, contra las disposiciones del testamento de su padre.

Leyó entonces los pasajes pertinentes del documento. Cuando terminó, el obispo arqueó una ceja y fijó la vista en la viuda.

—Lady Benfield, hemos escuchado cómo vuestro padre os desheredó en favor de vuestros hijos legítimos. La ley le otorgaba ese derecho, siempre que no pretendiera legar sus bienes a quien no fuese de su sangre. De haber tenido vos un hijo pequeño o un matrimonio reciente, podríais reclamar las tierras como guardiana de herederos futuros. No es el caso. Así pues, como el resultado es el mismo que él dispuso —las tierras pasan a los hijos legítimos que ya habéis dado—, no veo razón alguna para concederos lo que vuestro padre os negó.

Edith dejó escapar un leve sonido y bajó la cabeza.

—Mi señor obispo —intervino Robert desde el otro extremo de la sala—, acogeré a esta viuda en mi casa como su tutor. Beamont la alimentará y vestirá por el resto de sus días.

—Por mí no habrá objeción —saltó Matilda con acritud—. No vale más que su hija, otra boca inútil que alimentar y otra espalda inútil que cubrir.

El obispo le lanzó una mirada dura.

—Sea. Algunos aquí conocen el significado de la caridad cristiana. Pasemos al segundo asunto. ¿Dónde está Lady Beamont?

—Perdonad, mi señor —repuso Robert—, aún se encuentra demasiado enferma por su pérdida para bajar. Si lo deseáis, haré que la traigan en andas.

—No es necesario —resolvió William con un ademán—. Podéis hablar en su nombre.

—¿Y por qué mi esposa ha de ser llamada y la suya no? —protestó Sebastian con tono agrio.

—Porque el derecho de Lady Beamont no se discute —le cortó el prelado—. El testamento de su padre la nombra con claridad. El de vuestra esposa, no

Rosamund vio formarse la protesta en el rostro de su marido, pero él tuvo el buen juicio de callar. Cuando miró al obispo, encontró sus ojos fijos en ella. Con apenas un movimiento de la barbilla, le ordenó avanzar.

A regañadientes, Rosamund abandonó el amparo de Lord Beamont y obedeció.

—Mi señor obispo —susurró, inclinándose ante él.

—Bienvenida, milady —replicó con frialdad—. Me alegra veros recuperada tan pronto de vuestra dolencia.

El comentario rezumaba sarcasmo. El corazón de Rosamund martilleó. ¿Qué debía responder? La verdad condenaba a Sebastian; la mentira, a ella misma. Entonces, Edith apareció a su lado y le ofreció un brazo firme. Rosamund le dedicó una mirada agradecida y se apoyó en ella.

—Refrescad mi memoria —ordenó William a Oswald, sin esperar respuesta de Rosamund.

El clérigo asintió y explicó:

—En enero del año de Nuestro Señor de 1194, Lord Benfield me entregó su testamento y un contrato de matrimonio entre Robert Fenwick, señor de Beamont, y la hija de su casa, Lady Aveline. Me

encargó guardarlos por temor a una muerte inesperada y a que se disputara su voluntad.

El obispo lo interrumpió con viveza, el asombro en el rostro.

—¿Queréis decir que temía ser asesinado?

—No, mi señor —precisó Oswald con cautela—. Nunca lo dijo. Solo temía que la muerte llegara antes de lo deseado. Quiso proteger a su única hija, Aveline, pues sabía que el marido de su esposa bastarda disputaría la herencia.

—Rosamund no es bastarda —gritó Edith con vehemencia.

William la contuvo con una mirada antes de hacer un gesto a su clérigo para que prosiguiera.

—Para evitar disputas —continuó Oswald—, Lord Benfield recabó testimonios de los siervos de su señor feudal… —mostró varios pergaminos sellados con cera—. En ellos se atestigua el nacimiento de Lady Langley. También dictó esta misiva —alzó otro pergamino lacrado—, donde afirma que Rosamund FitzGerald, a quien se tenía por primogénita, no es su hija, sino una bastarda concebida antes del matrimonio de Lady Benfield. No la aceptó ni reconoció cuando se desposaron. En ambos testamentos se niega herencia a cualquier hijo nacido fuera de ese enlace.

Un murmullo excitado recorrió la sala.

Rosamund contuvo el aliento. Para los criados, aquella maraña de mentiras resultaba un espectáculo.

—¡Mi esposo mintió! —clamó Edith, la urgencia en su voz acallando el bullicio—. Esos documentos no son más que burdas falsificaciones. Lord Benfield y yo nos casamos antes del nacimiento de Rosamund. Preguntad a Lady Matilda, que estuvo en la boda.

—Aye, así fue —admitió Matilda—. Los vi casarse y consumar la unión.

—¿Y no estaba encinta en ese momento? —indagó el obispo.

La anciana fingió inocencia.

—No que yo pudiera notar, mi señor.

El prelado frunció el ceño.

—¿Qué motivo tendría un hombre para mentir así contra su propia hija, cuando hay tierras de sobra para ambas?

—Odio, mi señor —contestó Edith con rapidez, con la justa dosis de vergüenza—. Mi esposo nunca ocultó el desprecio que sentía por mí. Miradnos… —acercó su rostro al de Rosamund—,

somos como gemelas. Creo que su odio se derramó sobre la hija que más se me parece.

—Mi señor, ved el documento que entregué a vuestro servidor —añadió con solemnidad—. Lo dictó Lord Benfield en su lecho de muerte y lleva su sello, además de la firma del sacerdote de Benfield. En él rescinde la acusación de bastardía y reconoce a Rosamund como suya.

William entrecerró los ojos, reflexivo.

—¿Lo hizo para limpiar su conciencia antes de morir?

—Aye, mi señor —aseguró Edith.

El obispo meditó un instante más.

—¿Y dónde está ese sacerdote, que no ha venido a dar testimonio?

Rosamund percibió la tensión en el cuerpo de su madre, aunque su rostro no delatara nada. La desilusión la atravesó. Otra mentira, otra condena.

—Está muerto, mi señor —afirmó Edith con voz firme—. La misma enfermedad que se llevó a mi esposo lo alcanzó a él.

Los ojos de William se estrecharon.

—Qué conveniente… —ironizó, provocando un nuevo oleaje de murmullos y risas contenidas en la sala.

—Los hombres enferman y mueren cada día —insistió Edith—. Todo está ahí, mi señor, debidamente firmado y sellado.

—Así parece —replicó el obispo—, lo que deja la cuestión turbia e incierta. Con tanta confusión, no me queda más que recurrir a lady Rosamund. ¿Qué decís, milady? ¿Sois la bastarda de vuestra madre o la hija de Benfield?

La pregunta tomó a Rosamund desprevenida. Mientras las palabras se le incrustaban en el corazón, una mezcla de miedo y una extraña exaltación la recorrieron. Miró al padre Anselm. La sonrisa alentadora del sacerdote le dio fuerzas. Entonces, la necesidad de decir la verdad estalló en su interior. Apenas tuvo tiempo de rogar que el sacerdote cumpliera lo prometido y la mantuviera a salvo antes de que las palabras se precipitaran de sus labios.

—No soy hija de lord Benfield. Lo sé porque él mismo me lo confesó en mi duodécimo año —exclamó, sorprendida por la firmeza de su voz. La cabeza le dio vueltas al comprender lo que acababa de declarar. La sensación que siguió fue como una ráfaga de aire limpio que disipaba años de oscuridad.

Junto a Matilda, Sebastian se tensó, los puños cerrados y el rostro encendido.

—¡Calla, estúpida! —bramó.

El obispo William se puso en pie de un salto.

—¡Silencio! —tronó, y la sala quedó en un silencio absoluto. Volvió la vista hacia Rosamund.

—Hablad, hija, contadlo todo.

Aún temblando por la fuerza de lo que sentía, Rosamund obedeció.

—Mi padrastro me confesó que había jurado guardar silencio, por mandato de mi abuelo, acerca de mi nacimiento. No lo hizo para protegerme a mí ni a mi madre de la mancha de lo ocurrido, sino porque mi señor abuelo no soportaba que nadie mencionara la deshonra de su hija, aun cuando él mismo nos cargaba con más vergüenza. Mi padrastro me dijo que se ofreció a reconocerme como suya, pero mi abuelo se negó. Yo debía permanecer bastarda para siempre, como castigo a mi madre por lo que había hecho.

Un gemido escapó de Sebastian. Sorprendida, Rosamund lo miró. Su marido la observaba con tristeza en el rostro.

—¿Por qué no pudiste callar o fingir que lo ignorabas? —suplicó casi en un lamento.

Rosamund negó despacio.—Nunca más —susurró—. Mi vida ha sido un enredo de mentiras y fingimientos ajenos. No me avergüenzo de lo que soy.

¿Cómo habría de avergonzarse, si Simon la había hecho sentir valiosa precisamente por su origen?

Edith la estrechó con fuerza y Rosamund alzó la mirada hacia su madre. El rostro de ella estaba horrorizado.

—¿Qué has hecho? —murmuró.

—Nada, salvo rescatar el nombre y la memoria de lord Benfield de vuestras falsedades. Fue un buen hombre, cuya bondad hacia mí no se vio afectada por la falta de lazo de sangre. Si hubierais tenido menos orgullo, lo habríais reconocido y os habríais hecho la vida más llevadera.

El obispo William soltó un suspiro hondo y volvió a sentarse.

—Parece que vuestra esposa os tilda de embustero, lord Langley —dijo a Sebastian con inusitada suavidad.

—¡Miente! —vociferó Matilda, agitando las manos como si intentara atrapar las monedas que se le escapaban—. Lord Beamont y su esposa la obligaron a decirlo. Se la arrebataron a la fuerza, la trajeron aquí y la retuvieron. ¡Mirad de nuevo ese escrito! Ningún hombre miente en su última confesión.

El obispo miró a Rosamund.

—¿Os han pedido que digáis esto? —preguntó en voz baja, con un matiz que revelaba que era la cuestión más importante de la noche—. ¿Os han influido Beamont o su esposa?

Rosamund se irguió, enderezando los hombros. Miró con audacia a William de Hereford. De nuevo sintió que lo que hacía era justo. Si esa era la guía divina que el padre Anselm le había prometido, estaba dispuesta a obedecerla.

—No, mi señor. Hasta que vuestro emisario, Oswald, me trajo a Beamont, nada sabía de esta herencia ni siquiera de la muerte de lord Benfield. Cuando mi hermana me habló de ello, creyendo que yo ya lo sabía, la obligué a explicarse. Una vez lo hizo, Aveline me ordenó, ante sus doncellas, que no volviera a hablar del asunto. Prefería no saber lo que yo pudiera declarar.

—¿Juráis esto? —inquirió el obispo.

Rosamund asintió. William ordenó:

—Traed el relicario.

El sacerdote del obispo avanzó con una pequeña arqueta adornada con filigranas doradas y diminutos rubíes.

—Pon vuestra mano sobre estos huesos sagrados —mandó William—, sabiendo que, si faltáis a la verdad, Dios os fulminará y condenará vuestra alma al infierno por la eternidad. Repetid ahora que cuanto habéis declarado es verdad.

Rosamund apoyó la mano sobre el cofrecillo sin vacilar. Sintió la fuerza de las reliquias recorrerla. Un cosquilleo le subió a la cabeza y el oído se le agudizó tanto que distinguió la respiración airada de Sebastian y el jadeo ansioso de Matilda entre el murmullo de los presentes.

—Juro ante Dios que lord Benfield me confesó no ser mi padre ni haberme reconocido cuando desposó a mi madre. Todo lo dicho es cierto y no lo he pronunciado por instigación de nadie.

Una sonrisa leve curvó sus labios al retirar la mano. Había terminado. Su conciencia quedaba limpia, su alma purificada. Si Dios lo disponía, ya podía tomar los votos en paz.

William se recostó en la silla.—No me queda más que honrar la voluntad de lord Benfield. Lady Beamont, como su única hija legítima, queda declarada heredera única de todas las tierras y posesiones descritas en su testamento. Y vos, Langley, largaos. Volved a vuestra casa y manteneos dentro de vuestras lindes, mientras medito sobre lo acontecido hoy.

Sebastian giró bruscamente y, apartando a Edith de un codazo, se apoderó con violencia del brazo de Rosamund.

—¡No! —gritó Edith, forcejeando por liberar a su hija. Sus lamentos se perdieron entre los gritos y risas de la gente de Beamont celebrando la victoria.

Mientras Sebastian arrastraba a Rosamund hacia la puerta, ella buscó con la mirada al padre Anselm. Pero el anciano sacerdote no acudió al obispo ni pidió amparo; permanecía inmóvil, desconcertado entre la multitud. Toda esperanza de salvación se apagó en ella. ¡Qué insensata había sido al pensar que un sacerdote podría librarla de su destino! Ni siquiera la Santa Iglesia podía salvarla ahora de la suerte que su verdad le había acarreado.

Apoyándose con dificultad en su bastón, Matilda se apresuró a situarse junto a su hijo. Con gesto despectivo, lanzó a Rosamund

una mirada cargada de veneno.

—¡Tres yugadas de tierra y ni siquiera las ruinas de Benfield! —vociferó—. ¡Tanto gasto para acabar con menos de lo que teníamos!

Con el corazón muerto en el pecho, Rosamund no intentó resistirse. Sebastian la llevó escaleras abajo, cruzó el patio y la arrastró hasta la poterna. Más allá se alzaba su tienda, levantada junto al recodo del río. Sus hombres, que merodeaban alrededor, se ocultaron al ver el ánimo de su señor.

Sebastian se detuvo ante la entrada y tiró de Rosamund con tal fuerza que casi la hizo caer. Ella apenas tuvo tiempo de enderezarse cuando él alzó el puño.

—¡No, Sebastian, detente! —clamó Matilda, interponiéndose—. ¡Primero quítale los vestidos, o se mancharán de sangre!

Sin responder, Sebastian se volvió contra su madre y descargó sobre ella el golpe destinado a su esposa. La cabeza de la anciana se echó hacia atrás con violencia y cayó despatarrada en el suelo. Gimiendo, parpadeó sin poder enfocar, mientras un hilo de sangre se deslizaba por la comisura de su boca.

—¡He terminado contigo, vieja bruja! —vociferó Sebastian—. Sal de mi vida.

Los gemidos de Matilda se transformaron en un grito desgarrado.

—¡No, hijo mío, no puedes decirlo en serio! —balbuceó, incorporándose a duras penas—. ¡Zorra miserable! —chilló a Rosamund—. ¡Has destruido su amor por mí!

Sebastian ya no la escuchaba. Volvió a encararse con su esposa.

—¡Respóndeme! ¿Por qué me rechazaste? —suplicó, con más llanto que furia en su voz.

Sabiendo que no le quedaba más que afrontar su violencia, Rosamund halló un extraño valor. Dejó que la lengua se le soltara.

—No me he vuelto contra ti. ¿Cómo hacerlo, si nunca me tuviste? Eres tú quien me abandonó. Yo podría haberte amado si hubieras mostrado un poco de bondad. Era tan joven y estaba asustada… ¿Cómo pudiste marcarme así?

Sebastian se estremeció como si lo hubiese golpeado.

—No pude evitarlo —murmuró—. Eras mía, solo mía. Después soporté mis castigos, cumplí mi penitencia. ¿Acaso no lo hice? —rogó, buscando un perdón imposible.

Al comprender que no lo obtendría, sus ojos azules se nublaron de vergüenza insoportable, para luego encenderse en la inevitable llamarada de ira.

—¡Por Dios que juré no volver a hacerlo y he mantenido ese juramento! —bramó—. ¡Has sido tú quien me ha deshonrado! ¿De qué me sirvió marcarte, ramera? ¡Has permitido que otro te toque y ahora no te quiero!

Sin atreverse a intervenir delante del obispo, Simon observó cómo Langley arrancaba a su esposa de los brazos de Edith.

—¡Ayudadme! —clamó la madre de Rosamund, desplomándose de rodillas—. ¡Mi hija se ha condenado!

Pero el padre Anselm permanecía inmóvil, perplejo, sin reaccionar. Sin rastro de Anne, Simon se abrió paso hacia el sacerdote, pues nada lograría sin la protección del prelado.

Agarró el brazo del anciano. El clérigo lo miró sorprendido.

—Ha llegado la hora de cumplir vuestra promesa a lady Langley —le apremió Simon.

Anselm asintió con gratitud y se encaminó hacia el obispo. Simon, entretanto, se volvió para abrirse paso entre la multitud y alcanzar a Rosamund, la mano ya sobre la empuñadura de su espada.

Robert lo sujetó por el brazo.

—¿Qué pretendes, Simon? —exigió.

—Déjame, hermano —advirtió con voz plana, arrancándose de su agarre antes de lanzarse de nuevo entre la gente.

—¡Detenedlo! —ordenó Robert, con la autoridad del señor de Beamont.

Pero ninguno de sus soldados se movió. Simon salió de la sala, cruzó el patio y llegó al foso. Langley y su esposa ya habían atravesado la poterna, con Matilda renqueando tras ellos. Desaparecieron de su vista. Simon apretó el paso hasta echar a correr.

Al llegar al portillo, divisó la tienda FitzGerald. El noble blandía el báculo de su madre como si fuera un garrote. Simon irrumpió por

la abertura, la mano firme sobre la empuñadura. El acero siseó al desenvainarse.

A unos metros, Sebastian descargó el golpe sobre la mujer que Simon amaba. Ella tambaleó y cayó. La boca de él se abrió en un grito ahogado por la emoción.

Alzó la espada. Sus hombros se tensaron y soltaron al descargarla contra la espalda FitzGerald.

El acero chocó contra otra hoja. En un instante, los hombres de Sebastian se abalanzaron sobre él.

Capítulo 11

Aun cuando Simon perdió pie y cayó, convencido de que su vida llegaba a su fin, escuchó gritos tras de sí. El acero chocaba contra el acero: sus atacantes eran ahora atacados. Los hombres de Beamont rechazaban a las fuerzas FitzGerald, apartándolas de su caído líder. Tras el muro de emociones congeladas, un destello de gratitud brilló en él.

Desde detrás de la tienda apareció Matilda. Se inclinó para asir del brazo a su ensangrentada nuera.

—¡Socorro! ¡Socorro, nos atacan! —clamó mientras trataba de arrastrar a Rosamund lejos del peligro.

Simon se incorporó con esfuerzo, alzó la espada. Langley surgía en la entrada de la tienda, forcejeando con la vaina para desenvainar la suya. Aprovechando la ventaja, Simon se lanzó sobre él. El noble giró y acudió a su encuentro, el golpe de su hoja

chocando con la del bastardo de Beamont. La embestida fue tan brutal que la empuñadura desgarró la palma desnuda de Simon. El dolor despejó la neblina de furia que lo cegaba, y comprendió que combatían en el centro de un círculo formado por ambos bandos. Sonrió. Así debía ser: solo ellos dos, caballero contra caballero. De nuevo su espada silbó en el aire, encontrando la contraria.

Langley enseñó los dientes al detener el golpe.

—¡Malditos bastardos! —vociferó a sus hombres—. ¡Romped el cerco! ¡Cobardes! Ganad vuestro sustento matando a este vil plebeyo.

La estocada fue descuidada. Simon sintió un placer feroz al ver cómo la punta de su espada se colaba en el hueco del jubón de caza de su enemigo. La sangre manchó la camisa de Sebastian.

—¡Maldito seas! —gritó Langley, lanzándose de nuevo contra él.

—¡Alto, he dicho! —retumbó la voz del obispo William por encima del choque de las armas.

Sobresaltado, Langley retrocedió. Fue la oportunidad que Simon había esperado, aunque llegaba tarde. Se arrojó sobre su

adversario, decidido a acabarlo antes de que Robert y el prelado lo detuviesen.

—¡Sujeten a su señor! —ordenó el obispo a los soldados de Beamont.

Ninguno se movió. La espada de Simon silbó en el aire, y Langley, apremiado, apenas alcanzó a alzar la suya para interceptar el tajo.

—¡Detenedlo! —tronó de nuevo William.

Esta vez fueron los caballeros del obispo quienes apresaron a Simon por los brazos, arrancándolo de su enemigo. Un gemido bajo, cargado de desesperanza, escapó de sus labios: el primer sonido desde que saliera del salón de Beamont. Había fracasado. Ahora moriría sin saber si su acción había salvado a Rosamund.

—¡Lo veis, mi señor obispo! —chilló Matilda, que reaparecía tras la tienda—. Este perro plebeyo merece castigo. ¡Mirad cómo ha atacado a mi hijo!

—¡Quiero su cabeza! —vociferó Sebastian, el rostro casi púrpura por la rabia.

El odio abrasó a Simon.

—¡Asesino! —bramó, forcejeando contra los que lo sujetaban.

Entonces Robert apareció junto a él. Simon miró el semblante adusto de su hermano y, atónito, reconoció la espada que portaba.

—¡Qué hacéis! —exclamó, presa del pánico.

—No queda otra salida —respondió Robert con voz áspera—. Me habéis obligado.

—¡No! —aulló Simon, en un estallido de furia y dolor, luchando contra las manos que lo inmovilizaban—. ¡No me lo haréis!

Su hermano lo ignoró y presentó espada y tahalí al obispo. El prelado hizo la señal de la cruz sobre ellos y asintió.

—No tiene elección, plebeyo —se burló Langley, aún sin comprender—. Morirás como el cerdo insolente que eres.

Robert cayó de rodillas, ciñó el cinturón a la cintura de su hermano. Simon forcejeó en vano, solo logró retrasar el cierre de la hebilla. Cuando estuvo asegurada, lord Beamont se irguió y dio un paso atrás.

—Hacedle hincar la rodilla —ordenó a los hombres del obispo.

—¡Maldito seáis, Robert! —rugió Simon cuando lo obligaron al suelo. Tres hombres necesitaron para doblegarlo. Sus rodillas

tocaron la tierra pedregosa—. ¡No tenéis derecho!

—¿Qué es esto? —chilló Langley, al fin comprendiendo que lo que sucedía no era lo que él creía.

Robert alzó el puño y golpeó con fuerza el hombro de su hermano.

—Richard de Beamont, os nombro caballero.

El corazón de Simon se detuvo al oír, por primera vez en diecinueve años, el nombre que había rechazado. Se desplomó entre sus captores.

—Maldito seáis, Robert —sollozó.

—¡Falso caballero! —aulló Langley, rompiendo las manos que lo retenían y alzando su espada.

El obispo, ágil pese a su edad, arrebató el arma a un soldado y detuvo el tajo. Con pericia lo empujó lejos de Simon.

—Acabadlo, Robert —ordenó, interponiéndose entre el nuevo caballero y su atacante.

Robert se colocó delante de su hermano.

—Poned vuestras manos entre las mías.

—¡No! —gritó Simon, desgarrado—. ¡Dejad que acabe conmigo! Mejor morir bajo su hoja que vivir con lo que me habéis hecho.

—No lo permitiré —replicó con dureza. Le tomó las manos por la fuerza—. Jurad ahora. Jurad por las tierras que nuestro padre os destinó. O, si no lo hacéis, os amordazaré y pronunciaré el juramento en vuestro nombre.

No quedaba resistencia posible ante tal amenaza.

—Soy vuestro hombre leal —pronunció Simon. Las palabras, que en otro tiempo habría anhelado, le salieron frías, huecas. Luego dejó caer las manos y se dejó hundir sobre el suelo, los ojos cerrados—. Hubiera sido mejor morir —susurró.

La risa del obispo fue sombría al resonar sobre los presentes.

—Bien hecho, Robert. Eficiente y sin coste alguno. Recordaré esto la próxima vez que deba armar a un muchacho.

—¡No! —bramó Sebastian, casi sollozando. Forcejeaba contra quienes lo retenían, los ojos encendidos de odio.

Un alarido surgió de la tienda FitzGerald. Edith salió tambaleante, la parte delantera de su vestido manchada de sangre. Matilda soltó un graznido indignado al verla.

—¡Intrusa! ¿Qué hacéis ahí?

Edith la ignoró y se lanzó hacia el obispo, cayendo de rodillas.

—¡Mi señor! —clamó, con lágrimas surcando sus mejillas—. Han apaleado a mi pobre hija hasta dejarla sin sentido. Por el amor de Dios, debéis ayudarla.

—Tranquilizaos, lady Benfield. Dios ha escuchado vuestra súplica —respondió William—. El sacerdote de Beamont me dice que vuestra hija desea tomar los votos. Después de lo presenciado, estoy convencido de que lo mejor será que se retire a un convento.

—¡No podéis hacernos esto! —jadeó Matilda—. Pasarán años antes de que pronuncie los votos finales, y entretanto Sebastian seguirá atado a ella. Tendrá que mantenerla sin obtener nada a cambio.

—Callad, vieja bruja —gruñó su hijo—. ¿No veis que todo es otra treta de Beamont para arrebatarme lo mío? Mi esposa me pertenece. No la entregaré, ni a un clérigo ni —volvió sus ojos enloquecidos hacia Simon— a otro hombre, ¡menos aún a él! Si creéis que escaparéis de mí con estas farsas, bastardo, os equivocáis. Vuestra vida es mía, aunque deba esperar una eternidad para arrebatárosla.

El insulto encendió de nuevo la cólera de Simon. El deseo de matar a Langley lo invadió con fuerza. Se puso en pie de un salto.

—Si queréis mi vida, venid y tomadla, muchacho —lo retó, los puños cerrados—. Pero esta vez, hacedlo sin azuzar a vuestros hombres a atacarme por la espalda.

—¡Miserable plebeyo! —rugió Sebastian—. Limpiaría la mancha de vuestras palabras con vuestra sangre, pero vuestra calaña no merece respuesta tan honrosa. Por mucho teatro que hayáis montado, jamás os reconoceré como otra cosa que lo que sois: un vil bastardo.

El insulto hizo tensarse tanto a Robert como al obispo. Simon casi sonrió. Podría empujar a Langley hasta que se viera obligado a negociar a Rosamund para salvarse.

—¿Me retáis? —lo incitó—. Entonces erráis al llamarme cobarde plebeyo, pues soy libre de rehusar. Vamos, muchacho —el vocablo lo llenó de veneno—, ofrecedme algo que valga la pena, algo que me persuada a enfrentaros. ¿Qué os es tan precioso como mi vida lo es para mí?

En los ojos de Sebastian brilló un destello de astucia salvaje.

—Si vencéis, enviaré a mi esposa a un convento. De cualquier modo, gano: mueres y ella sigue siendo mía; vives, y nunca la tendrás. Ya no me sirve.

La respiración de Simon se tornó un siseo de indignación.

—¿Os atrevéis a llamarme adúltero y falso caballero? ¿En qué pruebas sustentáis vuestra acusación?

—¡Aportad testigos! —intervino el obispo, su voz como un trueno—. Presentadlos, y nadie podrá protestar cuando reclaméis la vida de este hombre. Si carecéis de pruebas, retirad la acusación.

—¿Pruebas? —replicó Sebastian con un chillido—. ¿Qué más necesito que el hecho de que tomó a mi esposa en brazos y se interpuso cuando intenté corregirla? ¿Quién más que su amante haría tal cosa?

—¿Dónde está vuestro testigo? —bramó William.

El silencio cayó como un peso. Sebastian apretó la mandíbula, obstinado. El obispo asintió al cabo de un momento.

—Tal como pensaba. Carecéis de testigos. Si alguna dama precisa de un protector, esa es vuestra esposa. —Entonces se volvió hacia Simon—. Sir Richard.

Un escalofrío recorrió la espalda de Simon al escuchar su nombre verdadero unido al título recién impuesto. Era extraño y, a la vez, inevitable.

—Sí, mi señor.

—Juradme —ordenó William—. Jurad que no habéis cometido adulterio con la esposa de este hombre.

—Por mi honor y por la vida de mi hermano, lo juro —respondió Simon, cerrando a medias los ojos. En lo profundo de su alma, un susurro lo atravesó: si hubiera tenido más tiempo… ¿habría podido pronunciar estas palabras con la misma certeza?

El rostro de Sebastian era una máscara de odio.

—Retiro la acusación —escupió con voz sombría.

—Bien —resolvió el obispo—. Entonces, a mi mandato, os mediréis mañana, dos horas después del mediodía. Si Sir Richard prevalece, lady Langley será enviada al convento. Si vos vencéis, tendréis derecho a su vida.

—Como mandéis, mi señor —repuso Sebastian con una sonrisa torcida que se desvaneció al instante.

Simon contuvo la respiración. Había errado: Sebastian no aguardaría al duelo del día siguiente. Rosamund moriría esa misma noche de sus heridas, aunque hubiera de ser "ayudada" a abandonar este mundo. Desesperado por detenerlo, se volvió hacia el prelado.

—Mi señor, si la seguridad de lady Langley forma parte de este desafío, os ruego que volváis a otorgarle vuestra custodia. Permitid que sus heridas sean atendidas por un sanador de Beamont.

William lo miró y luego posó la vista en Langley. Un gesto de repulsión endureció su semblante.

—De esto os quejaréis, sin duda —dijo a su vasallo.

El rostro de Sebastian se endureció, despojado de emoción, al reconocer su derrota.

—No. Mandad a quien queráis para curarla, pero sin ayuda de su madre ni de los parientes de Beamont. No permitiré más injerencias ajenas.

—Si nuestra parentela no puede verla, tampoco vos ni los vuestros deberíais acercaros —retrucó Simon.

—Mientras permanezca a la vista de esta tienda y donde pueda alcanzarla, no me importa —replicó Langley—. No permitiré que

Beamont cierre sus puertas sobre ella mientras tú te desangras, perro.

—¡Por Dios, Langley! —rugió Robert—. Ya he tenido bastante de ti y de tu arrogancia. Amordaza esa lengua insultante o, por todo lo sagrado, ¡te la arrancaré de la boca!

—Hermano, lo haré por ti —ofreció Simon, la voz tensa de rabia contenida.

Langley les lanzó una mirada de odio.

—Podéis quedárosla en el patio—cedió—, y, acto seguido, se volvió sobre sus talones y se internó en la tienda.

Al instante reapareció arrastrando fuera del toldo el cuerpo inconsciente de su esposa. La dejó tirada en un hoyo de barro, desgarrado el vestido y hecha un ovillo, y regresó a la tienda.

Matilda lo siguió.

—¿Qué te pasa? —arremetió, lo bastante alto como para que las palabras se filtraran a través de la lona—. No desperdiciaré mi dinero en ningún convent… —la arenga se cortó con el chasquido de una bofetada. Después, silencio.

Al corazón de Simon le dolió aquella crueldad sin entrañas. Por Dios bendito, cómo deseaba tomar a Rosamund en sus propios brazos y alejarla para siempre de su marido. Pero, con la acusación de adulterio aún pendiendo sobre él, no se atrevía a mover ni un dedo hacia ella.

—Santo Jesús… —murmuró Robert, asqueado, cuando dos hombres de Beamont corrieron a levantar a la noble del barro—. Tú, Watt —ordenó, señalando al soldado—, adelántate al castillo y di a mi esposa que envíe a su sanadora más diestra para atender a su hermana. Y dile también a lady Beamont que le mando permanecer bajo techo. Vosotros, el resto, montad mi tienda en el extremo más alejado del patio y acondicionadla para que esta pobre criatura tenga un lugar decente donde reclinar la cabeza.

Mientras los hombres se dispersaban, Robert se volvió hacia su insigne huésped.

—William, os agradezco de corazón vuestra ayuda.

—Y yo la brindo con sumo gusto —concedió el obispo con un leve asentimiento—. Ahora, sugiero que regresemos al salón. Apostaría que la cena ya está servida… y que solo los perros la

disfrutan. Sería un desperdicio imperdonable. Vuestro cocinero es un prodigio, Robert.

Simon observó cómo su hermano se tensaba apenas. La insinuación del prelado sobre la "compensación" más adecuada no podía ser más clara.

Un latido después, Robert dejó escapar una breve risa.

—Se lo he propuesto y se siente halagado. Estoy seguro de que entrará a vuestro servicio en Hereford… si puede llevarse consigo a su mujer.

William mostró una gran sonrisa, francamente complacido.

—Por supuesto que traerá a su familia. Serán más que bienvenidos. Vamos, comamos.

Robert alzó la mano pidiendo un instante.

—Id delante y haced que empiecen a servir sin mí. Necesito unas palabras con mi hermano.

El prelado asintió y caminó hacia la poterna de Beamont. Robert despidió a los demás con un gesto de la barbilla, y en un momento Simon quedó a solas con él. Lo tomó del codo y lo apartó

de la tienda FitzGerald. A los pocos pasos, la hebilla mal ajustada del cinturón se abrió y la espada de su padre cayó entre ambos.

Simon amagó para recogerla, pero contuvo la mano y alzó la vista hacia su hermano.

—¿Cómo has podido ceñirme esta arma? —la voz se le quebró de dolor.

—Te pertenece por derecho —replicó Robert—. Eres el mayor.

—El bastardo —escupió Simon.

—Mi hermano. Richard…

—¡No! —bramó—. No me llames por ese nombre. Prefiero el que me dio mi madre: no es ni normando ni inglés, igual que yo.

La amargura ardía en él como una herida siempre abierta.

—¡Necio! —Robert le propinó un leve sacudón, se agachó y recogió la espada—. ¿Qué te llevó a esta locura? Sabías que me obligarías a armarte caballero para salvarte el cuello.

Simon le lanzó una mirada incandescente.

—Ojalá no lo hubieras hecho. Si Langley me hubiese parado el corazón, no tendría que imaginar mi futuro. O muero mañana y ella vive en su tormento con él, o venzo y vivo en el mío sin ella. ¡Por

Dios! Casi se quitó la vida ahí dentro, y feliz de hacerlo, solo para regalarte lo que no necesitas: ¡más tierras!

Robert hizo una mueca de dolor. La culpa atravesó a Simon.

—Perdóname, Robert. Me duele tanto que no sé lo que digo.

—La amas —concluyó su hermano, frunciendo el ceño, perplejo —. ¿Cómo es posible? Siempre has guardado tus afectos bajo llave.

Simon le ofreció una sonrisa torcida.

—Si los guardé, fue por buen motivo. ¿A quién había de dárselos? Si amaba a una villana, amaba por debajo de mí; si anhelaba a una noble, estaba fuera de mi alcance. —Se detuvo, suspiró—. No hay excusas. La semejanza de nuestros nacimientos fue el anzuelo, sí, pero la amo por lo que es.

El pasmo se dibujó en el rostro de Robert.

—No solo está casada, sino que es hermana de mi esposa.

El reproche, sumado al espectáculo de Rosamund magullada y rota, desató otra andanada en Simon.

—¿Qué pasa? ¿Que los nacidos fuera de matrimonio no pueden amar con la misma necedad que los demás?

—¡Santo Cristo, Simon! —bufó Robert—. Me cansa que lleves tu nacimiento como si fuera una insignia de honor.

—Soy lo que mi padre hizo de mí —replicó—. Si hubiera querido más que su hijo no reconocido, habría cumplido su promesa y me habría recordado en su testamento.

Los ojos de Robert se entrecerraron; la mandíbula, en piedra.

—Bien, ahora te he dado aquello que decías anhelar y que "padre olvidó". ¿Has cambiado de repente? ¿Ya no eres el hombre de hace una hora? ¿Tus promesas no valen nada?

—Te burlas de mí —gruñó Simon.

—Me burlo —admitió Robert—, y con razón. Siempre te has puesto por encima en tu sufrimiento, como si el tuyo fuera mayor que el de todos. No lo es. Cada uno carga lo suyo hasta hacer las paces con ello. Ya es hora de que tú también lo hagas. Te he consentido demasiado ese rencor contra el hombre que te dio la vida.

Las palabras le atravesaron como una cuchillada.

—No lo odiaba —protestó—. Lo amaba. Traicionó mi amor al olvidarme.

—Richard, no lo hizo —la voz de Robert se suavizó—. Padre solo murió demasiado pronto. Si necesitas odiar, odia a nuestra madrastra: se llevó su alma cuando falleció. En su duelo por ella nos olvidó a todos. Su muerte sin testamento no solo te traicionó a ti, también a Godwin. Nuestro hermano menor es legítimo y, aun así, quedó sin tierras ni honores, igual que tú. ¿Y yo? Su muerte me robó la juventud: con dieciocho años recaían sobre mí todo esto —alzó la mano hacia la fortaleza de Beamont— y la crianza de nuestros hermanos.

Le sujetó los brazos y lo obligó a mirarlo.

—No te olvidó, y no te permitiré repetirlo. Eras tan hijo suyo como lo somos Godwin, Nicholas y yo. Mañana, recobra tu vida. Y, cuando lo hayas hecho, junto con tu juramento me darás otra cosa: el reconocimiento del amor de nuestro padre por ti.

Le encajó la espada de su padre entre las manos y se alejó a grandes zancadas. Simon lo siguió con la mirada, abriendo y cerrando los dedos alrededor de la vaina. Cuando Robert desapareció por la poterna, volvió el rostro hacia el agua gris y rizada a sus pies.

La curva familiar del río arrancó de su memoria una escena remota. Se vio de niño, inclinado sobre la orilla para mirar la corriente. La tierra bajo manos y rodillas cedió; cayó, se hundió en el agua turbia. Aún le palpitaba en el pecho aquel pánico asfixiante… hasta que su padre lo alcanzó. El niño que aún vivía en Simon se acurrucó, otra vez, en la seguridad de aquellos brazos fuertes.

—Padre… —murmuró, cerrando los ojos contra el dolor—. ¿Por qué me olvidaste?

Capítulo 12

Rosamund se encogió, perdida y sola, rodeada por la oscuridad. Cuando creyó que ya no podría soportarla más, un resplandor pálido despertó a lo lejos. La luz creció, acercándose paso a paso, viniendo a por ella. Al envolverla, ahuyentó su miedo y soledad, prometiéndole seguridad eterna y libertad sin fin. Rosamund abrió su corazón a aquella claridad. Sí, eso era lo que ansiaba.

Una figura, apenas una silueta oscura, apareció en el centro de la luz. Rosamund exhaló un jadeo sin sonido. ¿Sería Dios?

El hombre extendió la mano. Sin dudar, ella posó la suya en la suya. Sus dedos se cerraron con fuerza, y un anillo pesado se le clavó en la piel. Rosamund frunció el ceño. ¿Acaso Dios llevaba anillo?

—No te vayas aún —la voz del hombre era profunda y reconfortante. Más que entrarle por los oídos, sus palabras la llenaban desde dentro—. Debes quedarte por Richard. Él te necesita.

La confusión la envolvió. ¿Quién era ese Richard y por qué debía permanecer por él? Y, sin embargo, si aquel era Dios, y debía de serlo, pues ¿de qué otro modo podía escuchar con el corazón y no con los oídos? entonces debía obedecer.

En el tiempo que tardó en pensarlo, la oscuridad volvió a cerrarse sobre ella. Esta vez, su abrazo era cálido y seguro. ¿Instantes? ¿Horas? ¿Días? Más tarde, suspiró y sintió el despertar. Voces revoloteaban a su alrededor, subiendo y bajando, aunque el sentido de las palabras se le escapaba.

Luchando por recuperar la conciencia, Rosamund intentó moverse, pero un dolor agudo le atravesó la cabeza. Un gemido se le escapó de los labios. La punzada se intensificó, haciéndole subir el estómago a la garganta. Tragó con esfuerzo, conteniendo las náuseas, y forzó los párpados a abrirse.

El miedo la desgarró. Santo Dios, ¿dónde estaba? En lugar del techo de cañas FitzGerald, lo que la cubría era lona, moviéndose al ritmo de cada soplo de aire. Estaba recostada bajo gruesas mantas,

sobre un jergón relleno de heno fresco cuyo aroma dulzón le llenaba la nariz.

—Mira aquí. Peniques de plata, ocho en total.

La voz femenina llegó desde la derecha. Con cautela, Rosamund giró la cabeza hacia ese lado. Vio a dos mujeres y a un muchacho junto a la abertura de la tienda. El esfuerzo por enfocar la vista le disparó el dolor hasta lo insoportable; trató de reconocerlos, pero era inútil. Cerró los ojos.

—Piensa lo que podrías hacer con tanta riqueza —prosiguió la primera mujer. En la mente de Rosamund surgió la imagen de una anciana avinagrada, aunque sin nombre.

—Como si viviera lo suficiente para gastarlos —replicó la segunda. Con ella no vino imagen alguna a la memoria—. No, creo que lo que tramas es un asesinato, y yo no quiero trato con eso por ningún precio.

—¿Asesinato? —se defendió la primera—. No, te equivocas. Solo quiero asegurarme de que vuelva a casa con nosotros. No es justo que un obispo busque separar a un hombre de su esposa.

—¿Y qué es lo que necesitas de mí? —preguntó la otra.

—Que tu chico la saque de aquí mientras mi hijo se enfrenta al bastardo. Mi gente la esperará un tramo más allá, en la encrucijada del camino norte. Tú solo tendrás que confirmar lo que yo declare mañana. Ah, y deberé dejarte algunos moretones, de lo contrario no darán crédito a tu testimonio.

—¿Ocho peniques por dejarme golpear y pronunciar unas palabras? ¿Y él solo ha de sacarla del castillo y la villa? Debe de haber algo más.

—No, en verdad, eso es todo lo que pido —insistió la primera, aunque había un matiz en su voz que hizo que Rosamund deseara advertir a la segunda de que estaba en lo cierto al desconfiar. El cansancio comenzó a devorarle la conciencia. Mientras luchaba por mantenerse despierta, la atracción de volver al refugio cálido y sin dolor de la inconsciencia tiraba de ella hacia abajo.

—Hmm… —meditó la segunda—. Lo pensaré.

—No, debes decidir ahora. Si no quieres estas monedas… —el tintinear metálico desgarró a Rosamund, atravesándole la cabeza como un cuchillo—… buscaré a otra persona y serás tú la que pierda.

—Lo haré, pero me pagarás los ocho solo por mi parte. Si quieres la ayuda del chico, págale lo que pida.

—¡Ladrona! —la palabra, aunque susurrada, sonó como una maldición.

—Nada de eso. Me necesitas. Solo con mi testimonio tu historia será creíble. ¿Y no vale eso el precio?

—Sí, así es —acabó cediendo con amargura. Otra vez sonaron las monedas.

El dolor que le provocó aquel tintineo fue tan atroz que Rosamund soltó su asidero a la conciencia y se dejó arrastrar a un lugar donde no había ni sonido ni dolor.

Dormir era imposible, sobre todo con el peso de tantas palabras atrapadas en el corazón de Simon aquella noche. La necesidad de volcar lo que lo consumía en un oído amigo acabó por arrancarlo de su jergón. Salió de los barracones y se encaminó a la capilla.

Al pasar por la nave, alzó la vista hacia el altar. Lady Edith seguía postrada ante él, como desde que se había refugiado en el castillo de Beamont tras ver a su hija llevada a la tienda de Robert, en el patio interior. Antes, había llorado junto a sus oraciones. Ahora, en el acompasado subir y bajar de su espalda se adivinaba el sueño.

La mirada de Simon se deslizó hacia la mesa del altar. Una sola vela iluminaba la superficie. Tras los ventanales, la noche suspiraba con ráfagas húmedas y frías. La llama vaciló, agitándose con fuerza, hasta volver a estabilizarse. Esta vez, nada hubo de extraño o siniestro en aquel movimiento.

Sintió un alivio que no quiso nombrar. La extraña visión de la noche anterior no había sido sino fruto del agotamiento. Sin embargo, en su interior percibió una presencia donde no debía haber ninguna. Se estremeció ante su imaginación desbocada y subió los peldaños de la capilla hasta situarse en el umbral del salón.

Ante él se extendía un mar informe de cuerpos humanos, arropados bajo mantas y capas. Las teas, muertas en sus apliques, dejaban sombras frías. En los hogares gemelos chisporroteaban brasas apagadas, esparciendo el olor a ceniza en un aire ya viciado por tantos durmientes.

Robert se había retirado a la cámara de la torre norte con su esposa. No era el temor de despertarlo lo que detenía a Simon; sabía que su hermano dejaría incluso a su amada mujer para escucharle. Era la necesidad de mantener sus pensamientos lejos de oídos indiscretos lo que lo retuvo en el lugar. Para alcanzar el refugio de su hermano tendría que atravesar entre aquella multitud, despertando al menos a una docena de personas.

Un roce en el brazo lo hizo sobresaltarse. El padre Anselm, con una sonrisa desdentada, alzó su lámpara de sebo, cuyo resplandor amarillento daba a su rostro avejentado un aspecto aún más marchito. Sus ojos, aún pesados de sueño, revelaban que acababa de despertarse.

—Deberías estar en tu lecho —lo reprendió suavemente el sacerdote—, buscando la paz y la fuerza para la batalla de mañana.

—Así debería —respondió Simon en el mismo tono bajo—. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

El anciano encogió los hombros.

—Alguien en quien confío me habló de tú necesidad.

Simon frunció el ceño ante aquella respuesta enigmática, y el clérigo ensanchó la sonrisa.

—Ven, comparte una copa de mi vino. La cosecha de este año supera a la pasada. Podemos hablar… ¿o has olvidado cuál es mi propósito aquí?

Simon sonrió.

—Bien sé que no eres nuestro vinatero.

El sacerdote deslizó su mano deformada por el brazo del caballero.

—En verdad te esperaba antes. ¿No pensabas confesarte y recibir la absolución antes de la lid? Aún no es tarde. Ven conmigo, pero en silencio. Lady Benfield sigue en oración.

Atravesaron juntos la capilla hasta el pequeño aposento del sacerdote. La estrecha estancia estaba iluminada por una sola lámpara, encendida sobre una repisa de piedra al pie del jergón.

—Aquí, Richard, toma la lámpara —dijo Anselm, entregándole la que llevaba— y encender algunas más para que podamos conversar. Después trae el taburete. Yo me ocuparé del vino.

Se adelantó y, sentado en el borde del catre, sacó de debajo un pequeño barril. Mientras llenaba dos copas de madera, Simon encendió los candiles y colocó el asiento frente a él. El sacerdote le tendió la suya.

—Toma, Richard.

Los hombros de Simon se tensaron al oír su verdadero nombre, pero Anselm solo mostró un gesto de sincero gozo.

—¡Que Dios me bendiga! Es bueno volver a llamarte Richard. Es un nombre digno de un verdadero hijo de Beamont.

—Robert no tenía derecho a imponérmelo de nuevo —replicó Simon, con la negativa aprendida de tantos años.

A la luz mortecina, el anciano dejó ver una sonrisa irónica. —¿Imponéroslo? Yo diría que fuisteis vos quien lo reclamó cuando os enfrentasteis a Langley.

—¿Cómo dices? —Simon lo miró sorprendido.

El sacerdote negó con la cabeza.

—No puedes tenerlo todo, hijo. Si actúas como un señor, lo eres y si lo haces como un siervo, también lo eres. Hoy has arrojado de ti la herencia común de tu madre al reclamar los derechos de tu padre noble, aunque niegues aún el nombre que él me encargó darte.

Simon abrió la boca para protestar, pero un suspiro de resignación escapó de sus labios. Tenía razón. Langley no había sido

su superior cuando lo atacó; al contrario, lo había considerado indigno. Eso era lo que ocurría al compartir Robert su poder con él: Simon se había acostumbrado al privilegio, aunque no a ejercerlo.

—Bebe, pues —le indicó Anselm señalando la copa—. Y cuando la hayas vaciado, derrama también tus penas.

Simon sorbió el vino dulce y se sintió en paz con aquel hombre al que había conocido toda su vida. Cuando las copas quedaron vacías, el sacerdote inclinó la cabeza en muda invitación.

—He entregado mi corazón a Lady Langley —confesó Simon.

—Lo lamento por ti —respondió Anselm con tristeza—. Debes perderla.

—Así será —admitió, contemplando los posos en el fondo de la copa.

—¿Y entonces? —apremió el clérigo.

—Madre de Dios… —las palabras se desgarraron en su garganta—, cuando me acusaste de adulterio, sentí que mentía al negarlo. Solo la he besado, pero en mis sueños y pensamientos he cometido cosas peores. Dime —suplicó, clavando los ojos en el rostro surcado del anciano—, dime que no he pecado.

—No lo has hecho —repuso Anselm—, pero lo que te desvela esta noche no es el cuidado de tu alma. Es otra pena más honda. Vamos, mírame, o no podré escuchar lo que dices.

Obligándose a sostener la mirada del sacerdote, Simon habló.

—Ya sabes qué es lo que me atormenta.

—Sí —asintió Anselm—. Ese dolor te roe desde hace demasiados años y no hallarás paz hasta pronunciarlo en voz alta. Me alegra que, aunque tarde, estés dispuesto al fin.

La tensión le crispó el cuerpo. Años de contener sus emociones le dificultaban dar paso a las palabras.

—Dios me perdone, pero he odiado a mi padre.

El eco de sus propias palabras lo estremeció. —No, no lo odio… aunque me traicionó. Juró amarme y prometerme herencia, solo para volverme la espalda.

—¿Estás tan seguro? —la tristeza en la voz del anciano lo hizo temblar.

—No… —susurró—. El otro día respondí de otra manera. Ahora me destruye pensar que me aferré a una mentira por un motivo

egoísta que ni comprendo. Pero ¿cómo equivocarme si en su testamento omitió mi nombre?

El sacerdote suspiró.

—De todos sus hijos eres el único que lee las palabras y pierde su sentido. La lástima no está en que juzgues mal a tu padre; todo hombre yerra en eso. El dolor está en que te has herido a ti mismo para probar una falta que nunca existió. —Y siguió con voz serena—: ¿Qué importa que un escribano trazara su pluma en el pergamino o que Henry hablara ante todos? Despierta a tu hermano y Escribe a Godwin y Nicholas. Pregúntales qué quiso vuestro padre para ti. Todos dirán que eres su hijo reconocido, destinado a recibir tierras y hogar. Ni siquiera Nicholas te lo negaría, aunque ahora te guarde rencor.

Lentamente, Simon inclinó la cabeza, como si al fin escuchara la verdad.

—Sí, hijo mío —prosiguió Anselm, dándole unas palmadas en la mano—, hay veces que eres más sordo que yo. Siempre has sido un niño atormentado, convencido de que tu cuna te hacía indigno. ¿Recuerdas cuando tu madre partió a Stanrudde? Tenías nueve años y ya estabais fuera de Beamont. La misiva que enviaste a tu padre

rezumaba dolor. Viste su marcha como prueba de que nunca te había querido. Y cuando tu padre murió fue igual: una partida aún más definitiva. Justo cuando más necesitabas su cariño, descubriste lo que te pareció su rechazo. No me asombra que hayas entregado el corazón a la única mujer incapaz de rechazarte por tu nacimiento.

Culpa y alivio se debatieron en el alma de Simon. No lo había olvidado su padre; había sido él quien lo había olvidado a él.

—Dios mío, ¿qué he hecho? Perdóname, padre.

Unos pasos resonaron en la escalera de la capilla. Simon se volvió de golpe. Anne pasó como un torbellino ante la puerta del aposento, rumbo a la guarnición. Simon se alzó de un salto y la llamó:

—¡Annette! ¿Por qué has dejado a Lady Langley?

Ella giró con un grito y corrió hacia él. Sus ojos desorbitados brillaban de agitación.

—¡Simon! No puedes consentir lo que ha sucedido. Esa vieja bruja me ofreció ocho peniques por inventar un cuento para el obispo mañana. ¡Quiere que Peter se lleve a la pobre muchacha al bosque para matarla!

Simon la miró atónito.

—¿Qué? ¿Quién os ofreció monedas? ¿Y qué hará Peter?

—¿Qué sucede? —preguntó Anselm, acercándose con una lámpara en la mano.

Anne lo ignoró.

—La madre FitzGerald. Peter me acompañaba mientras velaba a Lady Rosamund cuando esa arpía apareció con las monedas. Fingía que solo quería evitar que la Iglesia separara a un hombre de su esposa. ¡Ja! ¿Cree que puede comprar un asesinato tan barato? Apenas ofrece lo que cuesta una oveja gorda.

La esperanza estalló en Simon.

—¿Aceptaste?

—Sí, y animé a Peter a hacerlo también. —Lo asió del brazo—. Dime que podrás usar esto para descubrir su trama y salvar a esa pobre dama.

—Podría, sí —respondió, con la esperanza creciendo tras la euforia—. Primero, cuéntame qué ha planeado.

Anne explicó con rapidez:

—Peter debe robar a Lady Rosamund de la tienda y llevarla al bosque, donde los hombres FitzGerald la aguardan. Yo, por mi parte,

debo irrumpir en el campo tras tu justa con Langley y decir que la dama despertó y se libró de nosotros. Eso será creíble, pues las heridas en la cabeza provocan arrebatos. Supongo que la anciana pretende que sus hombres terminen lo que su hijo empezó. Cuando encuentren el cuerpo, dirán que murió a manos de las criaturas que ellos mismos inventan en esos parajes. Así, su esposo será viudo sin culpa.

Simon aspiró con fuerza. No solo podría evitar la muerte de Rosamund, sino quizá quedársela para sí.

—¿Qué dices? —bramó Anselm. Su voz retumbó bajo las bóvedas de la capilla.

—Padre —murmuró Edith, asomando junto al altar con un gesto somnoliento—. ¿Qué ocurre? —Se incorporó con un bostezo, frotándose los ojos hasta enfocar. Al ver a Anne, lanzó una exclamación y corrió hacia ellos—. ¿Cómo está mi hija?

—En un momento, milady —repuso Simon.

Anselm los recorrió con la mirada, irritado.

—¿No vas a decirme qué maquinas?

Simon apoyó un brazo en su hombro.

—Es mejor que no lo sepas.

—¿Tramas algo? —inquirió el sacerdote, preocupado—. Mejor sería que no. La verdad siempre se impone; en la intriga acecha la perdición.

—Una advertencia justa —asintió Simon—. Ahora, ve a tu lecho, buen amigo. Me confesaré mañana.

Las arrugas del rostro del sacerdote se hundieron más en frustración.

—Richard, juraría que oyes menos que yo.

Simon sonrió, aceptando ya aquel nombre. Si recobrar su identidad significaba tener a Rosamund en sus brazos, le daba la bienvenida.

—Tal vez tengas razón.

Ofreciendo una última mirada a Simon, Anselm se deslizó de vuelta a su celda. Simon hizo un gesto con la cabeza hacia el altar, invitando a las mujeres a reunirse allí, y tomó la delantera. Se agruparon sobre la mesa sagrada como los conspiradores que eran. Edith alternó la vista entre Simon y Anne.

—¿Qué sucede? —exigió—. ¿Mi hija aún vive?

—Por ahora —contestó Anne—, pero ya sé que traman asesinarla.

—¡No! —exclamó Edith—. Debemos impedirlo.

—¿Por qué habríamos de hacerlo? —replicó Simon con calma —. Si es evidente que prefieren verla muerta antes que en un convento, creo que deberíamos ayudarlos a conseguirlo.

—¡No! —protestaron a la vez las dos mujeres.

Simon se limitó a sonreír.

—Si el mundo la cree muerta, ¿no podrá seguir viviendo a salvo en otro lugar? Solo hemos de frustrar sus planes dando la impresión de que han tenido éxito.

La esperanza lavó en el rostro de Edith los estragos de las lágrimas.

—Sí, te entiendo. Pero ¿cómo los convenceremos sin un cuerpo que pruebe su muerte?

—Tiene razón —asintió Anne—. Querrán el cadáver.

—Aun sin eso, no puede funcionar —prosiguió Edith—. ¿Dónde vivirá sin ser reconocida? El mundo no es tan grande como para desaparecer sin más.

—Habláis como una verdadera normanda en Inglaterra —replicó Simon con una sonrisa—. Lo que decís solo es cierto mientras conserve su título y su nobleza. La llevaré a la casa de mi madre en Stanrudde, donde vivirá como parte del hogar de un comerciante de lanas. Incluso si la ven, ¿quién creerá que una dama traicionaría así a su clase?

Esta vez, el jadeo de Edith fue de orgullo herido.

—¿La convertirías en plebeya? —Casi tan pronto como soltó las palabras, alargó la mano como si quisiera recogerlas—. No me hagas caso. Llévala donde quieras. Me basta con entregártela después de haber visto cuánto la cuidas. Haz lo que yo no puedo. Mantenla a salvo de su esposo, con mi bendición.

El peso de la vida de Rosamund se asentó con naturalidad sobre los hombros de Simon. No importaba que, al tomarla como suya, tuviera que sacrificar todo cuanto apreciaba, incluso su honor.

—Milady, os doy mi juramento solemne. Guardad en el corazón que seré su protector por el resto de sus días.

—Gracias —susurró Edith, hermosa en su gratitud—. Ahora dime cómo obrarás este milagro y en qué puedo ayudar.

—Bien —asintió Simon—. Puede que Langley desee ver el cadáver de su esposa, pero no todos necesitan tal prueba. Pensadlo. La madre FitzGerald dirá que Rosamund escapó de Beamont presa de un delirio, pero ¿quién, aparte de Anne, atestiguará eso? Ni el obispo ni Robert se dejarán engañar tan fácil. Lady Benfield —alzó la mirada hacia la madre de Rosamund—, si criados y villanos salieran a declarar que no solo la vieron sino que hablaron con la desdichada, ¿no quedaría probado que hizo lo que Matilda afirma?

—Sí, sería suficiente —murmuró ella, con chispas de comprensión encendiendo su mirada al reconocer el papel que le tocaba.

Simon sonrió.

—Así, cuando los buscadores lleguen al lugar de la supuesta muerte de Rosamund y hallen sangre, mechones de cabello, sus vestidos rasgados y manchados, tendrán bastante para darse por satisfechos. Si no hay cuerpo, será porque quienes la atacaron se lo llevaron por sus propias y retorcidas razones.

—¿Y no pedirá Lord Langley que sigan buscando cuando desaparezcan sus propios hombres? —frunció el ceño Anne.

—¿De veras crees que se quejará cuando el obispo lo nombre viudo? —alzando las cejas, replicó Simon—. Abrir la boca sería delatar su maquinación.

Edith soltó una risa amarga, mezcla de odio y regocijo.

—Ya lo veo —dijo aún sonriendo—, y cómo encaja con mi destino. Es justo que yo, que la concebí en secreto, trame ahora en secreto la farsa de su muerte. Anne, tráeme sus vestidos. Déjame marcar mi frente y teñir mi cabello con sangre de cerdo. Mañana, mi hija saldrá por esas puertas y nadie dudará de su muerte. Lo juro.

—Annette —indicó Simon—, cuéntame otra vez lo que sucederá y colocaremos nuestras trampas.

Al cabo de una hora, todo lo que Simon necesitaba estaba planeado o ya en marcha. Anne había regresado a velar a Rosamund y Edith se había acostado en el salón. Simon se apoyó en el altar, repasando por enésima vez cada detalle. Frunció el ceño: le acosaba la certeza de haber pasado algo por alto, pero por más que cavilaba no lograba identificarlo.

Al final, lo desechó. Si no lo recordaba, era por puro agotamiento; ya acudiría a su mente al amanecer.

Bostezó, se pasó los dedos por el cabello y se estiró, con los músculos protestando. Aunque no había garantías de éxito para el día siguiente, tampoco quedaba nada que perder. Bajo la satisfacción, se alzó otra comezón de inquietud.

¿Y si Rosamund no aceptaba una vida de plebeya? Sacudió la cabeza. Tendría que hacerlo: vivir en casa de su madre era mejor que no vivir. ¿Y él? ¿Podría renunciar a todo para robar la esposa de otro y soportar la vida de su madre? Como Rosamund, no tenía elección. Si la farsa del día siguiente funcionaba, se quebrarían votos y se cometerían pecados. Le guiaba el corazón, no la razón, y deseaba a Rosamund por encima de cualquier cosa.

—Richard.

La palabra le recorrió la espalda con un escalofrío. Se volvió de golpe, con el corazón golpeándole en el pecho.

—¿Quién anda ahí? —susurró, sabiendo muy bien que no había nadie más dentro de la capilla.

—Richard. —El eco pareció brotar de las mismas piedras.

Simon cerró los ojos. Conocía aquella voz.

—No… no puede ser —murmuró, temiendo lo que verían sus ojos si los abría.

Igual que la noche anterior había sentido la mano de su padre, ahora reconoció el abrazo de Henry de Beamont. La primera reacción fue un latigazo de pavor, pero la sensación era tan familiar que el miedo se disolvió. Era su padre.

De pronto, una cascada de recuerdos lo atravesó. Escenas de su vida desfilaron ante su mente, una tras otra, pero contempladas desde otra mirada. ¿La de su padre?

Ahí estaba su caída inesperada al río, el aprendizaje a caballo, su primera espada, y cómo la usó para agujerear todas las cortinas del salón. Revivió la vez que superó a Robert en los quintain; el orgullo que le inundó no era suyo: incluso en la muerte, Henry se regocijaba en el triunfo de su primogénito.

Sin palabras, su padre siguió hablando. Esta vez, Simon sintió una punzada y vio a su madrastra en el lecho de muerte —algo que él no había presenciado—. El dolor que emanaba de Henry no era por la pérdida de una esposa adorada, sino por su propia incapacidad de sobreponerse al golpe. Era el llanto de un padre por sus hijos; había abandonado la vida cuando aún lo necesitaban.

Sobre todo uno, el que más dependía de él, quien requería más amor, más certezas y más atención que todos los demás. A Simon se le cortó el aliento en un casi sollozo. En su espíritu, Richard Fenwick, hijo de Beamont, apoyó la cabeza en el ancho hombro del padre ausente y le entregó el perdón que éste anhelaba

Capítulo 13

Simon despertó a la mañana siguiente con una ligereza extraña en el corazón. Con ese ánimo, buscó con impaciencia los viejos baúles de los almacenes de Beamont. En uno halló el tesoro que jamás creyó reclamar: la mejor cota de malla, aquella forjada para el día de su investidura como caballero. Puso a dos de sus hombres a limpiarla y revisar sus anillas en busca de mellas o roturas, tarea indispensable tras tantos años guardada. Luego se bañó y fue a ver al padre Anselm.

La confesión resultó ardua. ¿Qué sentido tenía admitir un pecado que tal vez nunca llegase a cometer si perdía la vida a manos de FitzGerald? Con humildad aceptó la penitencia y la absolución, y abandonó la capilla para cruzar el salón y salir al exterior.

En el porche, en lo alto de la escalinata del torreón, la niebla matinal se posaba suavemente sobre sus hombros. Sobre él, las

nubes corrían veloces, arrastrando tras de sí faldas grises y deshilachadas. Inspiró hondo, complacido con la humedad fresca del día, aun cuando significaba que la hierba estaría resbaladiza. El calor del sol nunca era un aliado para un hombre armado en combate.

Satisfecho, regresó al abrigo de las puertas macizas de Beamont para tomar el desayuno, sólo para descubrirse en el centro de todas las miradas. Gentes de cada rincón del castillo se acercaban a ofrecer plegarias, buenos augurios para su desafío y felicitaciones por el reciente nombramiento de caballero. No había hombre ni mujer que dudase de que podría despachar a Langley sin dificultad. Simon correspondió a su confianza con la suya, intercambiando bromas y recibiendo consejos con fingida seriedad.

Cuando terminó de comer, regresó a la guarnición para armarse. Ya llevaba el gambesón, la prenda acolchada de lana que protegía la piel del roce de la malla, cuando Peter apareció en el umbral. El más joven de sus hermanos comunes traía el rostro ensombrecido por un ceño hondo.

—¿Podemos hablar, Simon? —se contuvo al instante—. Perdón… quise decir Richard.

Simon sonrió.

—Richard, Simon… puedes llamarme como prefieras, me siento cómodo con ambos nombres.

Lo atrajo hacia un rincón apartado, lejos de oídos indiscretos.

—¿Sucede algo?

—No. Tan sólo vengo a decirte que todo está listo —susurró—. Los que enviaste ya partieron, el carro está de nuevo cargado y los bueyes uncidos. Mi asno también está preparado. Le di a Anne dos estómagos de cerdo llenos de sangre. Ella quiere hablar contigo; te espera en la puerta que baja al patio de armas. —Se inclinó aún más —. Pero… ¿qué haré si no sales con vida?

Simon bufó con sorna.

—Hablas como si fuese al cadalso. ¿Me crees tan débil o mal entrenado? Ese señorito engreído lo tendrá bien difícil para alcanzarme. Sin embargo —bajó la voz—, si lo peor ocurriera, ruega a nuestra madre en mi nombre que cuide de Rosamund como de una hermana tuya.

Le dio una palmada en la mejilla.

—Anda, no pongas esa cara tan fúnebre. Ganaré, aunque me cueste un buen esfuerzo.

—Ven —añadió—. Hazme el favor de ayudarme con la armadura. He de ir al patio a soltar los músculos.

Con la ayuda de Peter, se enfundó la cota de malla sobre el acolchado. Después vinieron las calzas de metal, ceñidas con ligaduras de cuero sobre sus chausses. Calzó las botas, se colocó la cofia de cuero y, sobre ella, la capucha de hierro. La última prenda fue el sobreveste, una túnica sin mangas para lucir los colores de la casa. Aquel día, por primera vez, Simon vistió de azul, como todos los caballeros de Beamont. Encima se ciñó la espada y el tahalí de su padre. Igual que el sobreveste, lo llevaba en honor a él, tal como Robert le había pedido. Cuando llegase el momento de enfrentar a Langley, lo cambiaría por su arma de siempre.

Con el yelmo y los guanteletes en la mano, descendió al patio. Tras desearle suerte, Peter se apartó hacia el carro, mientras Simon seguía hasta la puerta interior. Allí, tal como su hermano le había dicho, Anne lo aguardaba en la penumbra del arco, a resguardo de miradas curiosas.

Simon se detuvo junto a ella.

—¿Está tu paciente lo bastante fuerte para lo que viene? —preguntó en voz baja, aguardando la respuesta con ansiedad.

—Sí, gracias a Dios —sonrió Anne—. No hace mucho incluso me habló, aunque no recuerda quién soy.

La noticia que alegraba a Anne heló el corazón de Simon.

—¿Lo ha olvidado todo? ¿Incluso a mí?

—¿Tan preocupado estás? —le guiñó un ojo—. No temas. Si te ha olvidado, será sólo por un tiempo. Una herida en la cabeza sacude la memoria, pero con el tiempo todo vuelve a su lugar. Concéntrate en tu duelo.

—Es un buen consejo —concedió, apoyando la mano en su hombro—. Ahora el mío: temo por tu seguridad. Puede que los hombres FitzGerald te busquen tras tu declaración ante el obispo. No querrá dejar vivo a un testigo que algún día pueda delatarlo. Prométeme que correrás a refugiarte en Beamont cuando hayas cumplido tu parte.

—Ya lo había previsto —asintió—. Y, si he de ocultarme, no será por mucho. Otto —el cocinero— me dijo esta mañana que el obispo partirá hoy. Donde vaya él, iré yo, con Otto a mi lado.

—¿Y eso te complace?

—Extrañaré Beamont, pero extrañaría más a Otto —admitió con dulzura—. Estoy en paz. Prométeme que me escribirás a

Hereford. Me consumiré de preocupación hasta saber que nuestra dama está a salvo.

—Así lo haré —juró, llevando la mano al puño de la espada—. Buena fortuna en tu nueva vida.

—Y tú en la tuya.

Ella se escurrió bajo la puerta y cruzó el patio. Simon la siguió con la mirada hasta que entró en la tienda de Robert. Después aguardó un momento y encaminó sus pasos al extremo opuesto, hacia el patio de armas. La llovizna mojaba su rostro con frescura limpia. En la hierba ya se batían dos caballeros; el choque constante de sus aceros rompía el silencio gris del día. Aunque Robert tenía la espalda vuelta, Simon lo reconoció al instante; el otro combatiente llevaba los colores de Hereford.

Se detuvo al borde del campo para observar. Vio a su hermano acosar sin descanso al rival hasta que este resbaló y cayó de rodillas. Robert lo ayudó a incorporarse; aun sin oír las palabras, Simon adivinó que le proponía otro asalto. El caballero del obispo declinó con una reverencia antes de marcharse. Entonces, el señor de Beamont lanzó una rápida mirada sobre el hombro, lo justo para advertir la presencia de un hombre tras él.

—Arnult, ven a medirte conmigo —resolló—. Necesito desahogar mi rabia antes de lo que nos espera.

Simon sonrió. Vestido como estaba, apenas se distinguía un círculo de su rostro; no extrañaba que su hermano lo confundiese con su castellano.

—¿Arnult, dices? —ironizó—. Anoche me llamabas Richard, anteayer Simon. Vamos, Robert, decídete de una vez.

—¡Simon! —se arrancó el yelmo—. Santo Dios, no te reconocí. Llevas la malla y… —la emoción le oscureció la voz—, la espada de nuestro padre.

—¿Y por qué no? —replicó—. Es mía. ¿No me la legó con sus palabras?

La sonrisa de Robert resplandeció.

—Así fue. Entonces… ¿has aceptado lo que hice ayer?

—Sí, aunque me costó buena parte de la noche —admitió Simon—. ¿Sabías que los muertos pueden hablar?

—Bromeas —se le heló el gesto.

—Hablan en nuestros recuerdos, en nuestros pensamientos —zanjó Simon—. Tenías razón. Acusé a nuestro padre de lo que nunca

hizo. Enrique de Beamont me amaba, y aún me ama. Pase lo que pase, acepto esta caballería como mi derecho de nacimiento.

Se detuvo un instante; lo que iba a decir llevaba un doble sentido.

—Espero que entiendas por qué debo rechazar las tierras que me ofreces. La promesa hecha a mi madre pesa más. Por eso, partiré a Stanrudde apenas termine con Langley. No esperes mi pronto regreso. Necesito tiempo para aceptar este cambio, por lo que te ruego que no vengas a buscarme.

Robert frunció el ceño; luego, lentamente, alzó las cejas hasta que la desazón oscureció sus ojos claros.

—¿Dejarás a esa pobre muchacha atrás, sin pensar más en ella?

—¿Qué otra elección tengo? —la voz sonó resignada—. Es la esposa de otro.

El señor de Beamont endureció el gesto; después encogió los hombros.

—No te preguntaré cómo piensas lograr lo que planeas.

—Será lo mejor.

—Cabeza loca —masculló—. Vamos, desenvaina. Quiero oír cómo canta esa hoja tras tantos años guardada. Necesito el ejercicio, ya que mi espalda aún se resiente de la caída en Lacy.

—¿Y ese es el motivo de desafiar al hombre del obispo, en vez de quedarte en la cama con tu esposa? —se permitió bromear Simon.

—Claro, ¿qué otro motivo podría haber?

—Eso mismo me pregunto.

Simon desnudó la espada de su padre. Se encontraron en el centro del campo, marcando con los aceros un compás aprendido en largos años de práctica. Disfrutó del estiramiento de los músculos al medirse con su hermano. De pronto, Robert se deslizó hacia la derecha con un movimiento sinuoso. Simon, sorprendido, lo siguió instintivamente, sólo para sentir la punta de la espada contra el pecho. Jadeó y retrocedió de golpe.

—Ralph, el hombre del obispo, tuvo el placer de enfrentarse a Langley en una melé —rió Robert—. Anoche me enseñó que el lord Sebastian tiene un movimiento poco común. Le pedí que me lo mostrara. Vamos, vuelve al ataque y te lo enseño.

La multitud de sirvientes y aldeanos estalló en un rugido de consternación cuando Simon cayó. Jadeante, quedó tendido sobre la hierba mojada, el escudo encima. De soslayo alcanzó a ver su espada, apenas fuera de su alcance. No tuvo tiempo de asirla antes de que Langley descargara su hoja sobre el escudo con tanta fuerza que le hicieron castañetear los dientes.

Mientras el enemigo alzaba de nuevo el brazo para un segundo golpe, Simon rodó de lado y atrapó el pomo de su arma. Aún alcanzó a replegar el brazo bajo la protección del escudo y bracear contra el impacto de la espada rival. Otra sacudida le estremeció la mandíbula, y otra vez Langley preparó la estocada.

Aprovechando la humedad del césped, Simon giró y lanzó el plano de su hoja contra las piernas de lord Sebastian. Lo alcanzó a media pantorrilla. El noble perdió pie y cayó con un bramido de dolor, gimiendo después entre jadeos.

Sabiendo que ninguno de los dos podría levantarse al instante, Simon se dejó reposar sobre la hierba. ¡Vaya afrenta a su dignidad! Mejor hubiese sido que Langley lo derribase a que pareciera que

resbalaba por torpeza. Con lo del vino derramado días atrás, bien podrían tomarlo por un patoso.

Aquella tontería bastó para arrancarle una sonrisa, aunque el gesto le doliera en la mejilla herida. Así se comportaban los mozos recién armados caballeros… Pero él no era un imberbe que fingiera destreza. Aún sonreía cuando se incorporó y sacudió la rigidez de sus piernas.

Langley se alzó de manera torpe, resbalando en su prisa. Vulnerable, lanzó un tajo sin convicción. Simon lo desvió con facilidad y lo empujó al centro del campo. Mientras avanzaba tras él, alcanzó a ver a Walter en primera fila, que se abría paso hacia delante.

Sus miradas se encontraron. El soldado de Beamont le hizo una leve seña con la barbilla. Ante aquella señal convenida, un suspiro de júbilo escapó de Simon. ¡Lo había logrado! Rosamund era suya.

Reforzado por esa certeza, volvió hacia Langley con férrea determinación. Hasta entonces había contenido sus fuerzas, prolongando el duelo para dar tiempo a su plan. Ahora había llegado la hora de concluirlo.

Choque tras choque se encontraron. Una, dos, tres veces el terrateniente intentó su treta, pero Simon no mordió el anzuelo. Como él esperaba, la ira de lord Sebastian crecía con cada fracaso. Se notaba en el jadeo y en la rigidez de su boca. Para azuzarlo aún más, Simon le regaló una sonrisa amplia y confiada. Funcionó.

Con un rugido de furia, Langley se lanzó en un ataque frontal.

—¡Abajo, maldito seas! —bramó.

Simon amagó a la derecha, imitando la propia estratagema del adversario. Sólo pretendía provocarlo, mas para su sorpresa Langley lo siguió. Aprovechando la ocasión, Simon descargó la espada por encima del escudo contrario y le abrió el hombro izquierdo. No fue un golpe de muerte —no buscaba eso—, pero sintió cómo cedían los aros de la malla y supo que había hecho sangrar al noble.

El grito de dolor de lord Sebastian resonó cuando retrocedió tambaleante. El brazo izquierdo colgó inerte y el escudo se le hundió. Bastó una hábil estocada para que Simon desarmara al enemigo, enviando la espada a volar de sus manos.

—¡Ríndete! —exigió.

—¡Jamás! —sollozó lord Sebastian con rabia, abalanzándose sobre su arma caída.

—Debes rendirte —insistió Simon con calma—. Tienes el brazo escudo inútil, no podrás defenderte de mí.

Con la espada de nuevo en mano, Langley giró con una mueca de odio.

—No me concedas favores, bastardo. Antes iré al infierno que rendirme.

Simon se apartó unos pasos y volvió la vista hacia el estrado: apenas unas tablas elevadas sobre andamios. Allí aguardaba el obispo en la silla de Robert, con su azor en la mano; junto a él estaban Robert y Oswald. Sólo cuando William de Hereford asintió, Simon encaró de nuevo a su rival.

Ya no era combate, sino espectáculo. El dolor hacía errático a Langley; sus golpes carecían de tino. Simon, presto a cerrar la lid, le asestó un tajo sonoro al escudo. Lord Sebastian hincó rodilla en tierra, sollozando, con el brazo muerto y el escudo resbalando al suelo.

—¡Sebastian! —chilló Matilda, corriendo hacia su hijo con el velo torcido y el vestido lleno de barro.

—¡Déjame en paz, vieja! —gruñó él, apartándola de un empujón.

En el estrado, el obispo alzó la mano.

—Declaro terminado este duelo y satisfecho todo honor. El vencedor, sir Richard de Beamont, conserva su vida, y lord Langley cumplirá su voto de entregar a su esposa a la Santa Iglesia de Dios.

Ante esas palabras, Matilda se volvió hacia el estrado.

—¡Milord obispo, lady Rosamund ha desaparecido!

El clamor del gentío retumbó en los muros del patio. Simon se quitó el yelmo con calma: había ganado, y pensaba disfrutar de la farsa urdida.

—¿Cómo es posible? —tronó el obispo—. Creí que aún no había recobrado el sentido.

—Se despertó hace poco —replicó la anciana—, y desde entonces se nos ha escapado. ¡Eh, vos! —llamó a Anne con ademán brusco—. Venid a sostener mi palabra.

Anne salió de entre la multitud con el velo desgarrado y dos arañazos en el rostro. Tras inclinarse ante el prelado, fingió desconsuelo:

—¡Señores, de haberlo sabido la habría atado al lecho! —exclamó entre lágrimas verdaderas—. Despertó sin reconocerme ni a

su suegra. Nos acometió a ambas y se libró de nosotras.

—¡Increíble! —se burló Oswald—. ¿Cómo pudieron dos mujeres no dominar a una dama tan frágil?

—Milord, a veces los heridos en la cabeza caen en especie de locura —explicó Anne con seriedad—. En tal estado, la fuerza se multiplica.

Simon agradeció en silencio la destreza de su prima. Su relato, unido a la lealtad conocida hacia Beamont, era irrebatible. Salvo para Robert, que lo observaba con ceño inquisitivo. Simon se contuvo de sonreír: su hermano se preguntaba cómo lo había logrado.

En el campo, Matilda gimió y se retorció las manos.

—¡Pobre criatura! —clamó—. Pese a todas mis palabras duras, nunca quise verla herida. Milord, ayudadnos a hallarla, os lo ruego.

—No puede haber ido lejos —resolvió el obispo, poniéndose en pie—. ¡Dad la voz de alarma! —ordenó a los villanos—. Buscadla en villa y campos. Y vos —dijo a sus hombres—, partid ya; os seguiré en cuanto esté dispuesto a cabalgar.

Con Oswald a su lado, el obispo se encaminó al salón, sin notar que Anne se pegaba a sus pasos. La muchedumbre salió por la

puerta mayor; los soldados de Beamont marcharon hacia el portillo y el río. Los FitzGerald, en cambio, acudieron a socorrer a su señor y lo escoltaron a su tienda. En el campo sólo quedaron Robert y Simon.

Robert bufó mientras descendía del estrado. Tomó una toalla de los pertrechos y se la tendió a su hermano.

—¿No deberías estar huyendo?

—¿Por qué? —replicó Simon, limpiando la espada antes de envainarla—. Lo que hallarán al final de la búsqueda bastará para todos: tanto para quienes ansiaban verla muerta como para quienes deseaban salvarla. No fue asesinato, sino justicia lo que se cumplió.

Una chispa de inquietud cruzó los ojos de Robert, aunque pronto suspiró.

—¿Cómo explicaré esto a mi esposa? —murmuró.

—¿Y cómo ibas a contarle nada, si yo no te he dicho cosa alguna? —retrucó Simon—. Las conclusiones que saques son tuyas, no mías.

—¿Y me niegas lo evidente, cuando vas dejando un reguero de indicios?

—Así podrás negarlo todo si me descubren —respondió, y la tristeza lo anegó—. Cierto, debería marchar ya, pero no podía irme sin hablar contigo.

El rostro de Robert se vació de emociones al comprender.

—No volverás.

—¿Quién lo sabe? —Simon alzó comisura en una media sonrisa —. Pero creo que es hora de que sigamos sendas distintas. Demasiado tiempo hemos sido como dos manos del mismo cuerpo. Tú tienes ahora a tu esposa; dudo que notes mi ausencia.

—Lo admito —asintió Robert con leve sonrisa—. Ocupa mis pensamientos más de lo debido.

La ocurrencia fue tan sobria que Simon rompió a reír. El tirón en la mejilla le arrancó un gesto de dolor; se rascó la sangre seca de la herida.

—Cuida no volverte perezoso de tanto yacer en el lecho —le picó.

—¿Y qué mal hay en ello? —rió su hermano, antes de suavizar la expresión—. Me alegra verte reír. Había olvidado que supieras hacerlo.

—Yo también —confesó Simon—. Robert, la próxima vez que me creas encumbrado en mis penas, no aguardes veinte años para decírmelo.

—Lo juro.

Un silencio denso se interpuso entre ambos. Simon tragó el «adiós» que quería pronunciar.

—Y si regreso… ¿me hallarás aún bienvenido?

—Este siempre será tu hogar, pese a cualquier desvarío —aseguró Robert con calidez—. Ahora, márchate. ¡Por Cristo, Simon, que lo dejas todo para ser mercader de lana!

—Peor destino habría —rió, y lo abrazó con fuerza.

Al separarse, Robert le dio una palmada en la mejilla herida.

—Será una cicatriz interesante.

Simon volvió a reír, lo saludó con ademán jovial y, sin volver la vista, cruzó el patio hasta donde lo aguardaba su caballo ensillado. Montó, espoleó al corcel y salió por la puerta, abandonando la vida que había conocido.

Simon detuvo su caballo junto al carro que transportaba a Rosamund y sus pertenencias, y desmontó. Lady Benfield se hallaba de pie junto al lecho del pequeño vehículo. La dama vestía las túnicas prestadas de Rosamund, en tonos aguamarina y verde. De un hombro al pecho, la tela estaba endurecida por la sangre reseca, mientras las faldas, empapadas por la llovizna persistente, colgaban pesadas y enlodadas. El rostro de Edith era un espectáculo: la sien y la mejilla manchadas con sangre de cerdo, los cabellos deshechos de sus trenzas en fingida locura. Mas, de haberla visto alguien en aquel instante, habría advertido la verdad: era una farsante. Sus facciones, sin embargo, se suavizaban con ternura mientras contemplaba a su hija herida en el interior del carro.

Apenas dedicó Simon una mirada fugaz a los hombres que aguardaban en el claro vecino antes de unirse a ella. Envuelta en mantas, Rosamund reposaba junto al cofre de su armadura. Anne la había colocado de manera que el lado maltrecho de su rostro quedase hacia arriba, para evitar mayor daño durante el traqueteo hacia Stanrudde. La mejilla estaba hinchada, amoratada en tonos amarillo y verde, el ojo rodeado de un anillo púrpura. Anne había

cosido con destreza la piel desgarrada; apenas una leve cicatriz quedaría cuando sanara.

Aun sabiendo que sanaría, el corazón de Simon se encogió de dolor. Extendió la mano para rozar con los dedos la delicada curva de su mandíbula. Nunca más, le juró en silencio, conocería ella semejante tormento ni abuso.

Con ese voto sellado en su interior, alzó la vista hacia el claro y se quedó sorprendido. Los troncos blanquecinos de los abedules que lo rodeaban estaban manchados de sangre, mientras el suelo cubierto de musgo se había convertido en un lodazal oscuro. En un extremo, un macizo de lirios yacía aplastado, derramando su fragancia mientras morían.

En el centro aguardaba Hobb atte Lea, maestro de los bosques de Beamont, vestido con el verde de su oficio. A su lado se erguía Peter, con la túnica rasgada y sucia, los brazos cruzados con rigidez sobre el vientre. Las rodillas del muchacho temblaban visiblemente, y el rostro, lívido, delataba el malestar de quien había probado por vez primera la sangre. Simon reconoció al instante los síntomas: la enfermedad del primer combate.

—Siéntate, Peter —lo llamó al avanzar hacia él—. Pronto pasará lo que sientes.

El joven negó con la cabeza, aturdido.

—Simon, no sabía cuánto lucha un hombre cuando ansía vivir —balbuceó. Con los ojos desorbitados, se volvió de pronto y corrió hasta el arroyuelo tras un montículo. El sonido de sus arcadas vacías resonó en el claro.

Hobb dirigió una mirada en aquella dirección y luego volvió sus ojos al hermano de su señor. La satisfacción se dibujaba en su rostro ajado.

—Sabía yo que Alwyna no criaría cobardes. Peter quiso obedecerte y mantenerse al margen de la pelea, pero uno de los hombres FitzGerald intentó usarlo de escudo. Aunque no llevaba más que un cuchillo, el mozo se zafó. Lo que dice es verdad: aquellos no tenían gran deseo de entregar sus vidas, pero no tardaron en mostrar sus armas cuando Walter y yo los descubrimos y los acusamos de intrusos. Ahora son pasto de gusanos, bien enterrados en el bosque de milord de Beamont.

Simon respiró con alivio. Podía sostener ante Robert que ningún asesinato había tenido lugar. Al haber respondido con

violencia al ser descubiertos, los hombres FitzGerald habían convertido el encuentro en un combate honorable.

—Bien estuvo que descubrierais esta trama suya —prosiguió Hobb—. Pensaban dar muerte a Anne y a Peter, y a esa dama —su mano indicó el carro y a Rosamund—. Mientras Walter arrastraba al primero, el otro confesó una historia aún peor. Langley le había pagado para matar a su propio compañero. Apuesto a que el otro había recibido igual encargo, pues ese noble no querría dejar a nadie vivo que delatara sus designios.

—No me sorprende que lo intentaran —repuso Simon—. Os agradezco lo que habéis hecho. Transmitid mis gracias también a Walter cuando tornéis a Beamont. Decidle que ojalá pudiera hacer más por él que perdonarle su encierro en la torre.

—Vuestra merced lo perdona, y él lo acepta gustoso. No querrá más. Ni yo tampoco deseo recompensa alguna, salvo vuestra estima, mi señor.

A Simon le sorprendió escuchar tal título aplicado a él, algo que no oía desde la muerte de su padre. Y, sin embargo, le resultó tan natural... Lástima que fuera la última vez. Si quería conservar a Rosamund, jamás volvería a oír un título junto a su nombre.

—Buen viaje —despidióse Hobb con un ademán—. El dueño de esos bueyes os espera a media milla de aquí. No hará preguntas mientras os lleve a Stanrudde. Cuando lleguéis, dad recuerdos a vuestra madre. —Y se internó en el bosque hasta desaparecer.

Pasado un momento, Simon regresó al carro junto a la madre de Rosamund.

—Así pues, milady, nos despedimos aquí. ¿Tenéis otra túnica en el carro? Esta ha de quedarse.

Solo entonces Edith alzó la mirada de su hija para posarla en él.

—¡Cuánto daño causaron mi orgullo y mi soberbia a la hija que amaba! —dijo, apartando las mantas que cubrían a la joven—. Mirad lo que le hizo.

Simon se quedó sin aliento. Rosamund yacía desnuda bajo las mantas. No fue la visión de sus formas lo que lo sobrecogió, sino las cicatrices que brillaban en su vientre bajo la luz.

—¡Dios santo! —murmuró.

Una oleada de emociones lo recorrió: horror, compasión, y luego un odio feroz hacia el hombre que había infligido semejante

tormento. De haber visto aquello antes del combate, Sebastian FitzGerald habría muerto en el campo, consecuencias aparte.

—Pagará por esto, milady —susurró con fiereza, arrebatándole las mantas a Edith para arropar de nuevo a la mujer amada—. Os doy mi palabra.

—Sí, la merece —asintió Edith con calma.

De la carreta sacó una daga envainada. Arrojando la vaina a un lado, levantó el dobladillo de su túnica y rasgó el brocado del borde con el filo. Tan bien templada estaba la hoja que cortó la tela como manteca.

Simon frunció el ceño. No había tiempo que perder.

—¿Qué hacéis?

Edith soltó una risa amarga.

—¿Tan honrado sois? Si unos ladrones hubiesen dado muerte a mi hija, ¿acaso dejarían las joyas intactas?

No hubo réplica posible. Simon, inquieto, la observó mientras arrancaba también ambas mangas. Cuando terminó, le tendió los adornos recortados. Él dio un paso atrás, sorprendido.

—No, tomadlos —insistió ella—. Así podré decir que os entregué dote por mi hija.

Encogiéndose de hombros, Simon tendió las manos para recibirlos. Guardó las tiras en su bolsa de cuero junto a sus monedas. Cuando volvió la vista al claro, Edith se hallaba en el centro. Se había despojado del cinturón y con la daga rasgaba el escote. Tirando de los bordes, abrió la túnica hasta el vientre. Dejó que el vestido cayera a sus pies y repitió el gesto con la saya verde. En un instante quedó en pie, apenas cubierta por una simple camisa blanca. Lo miraba con una tristeza honda.

—¿Qué os preocupa, milady? —preguntó Simon—. Si teméis por vuestra hija, no lo hagáis. Tenéis mi palabra: cuidaré de ella y la amaré con todo mi ser.

—De vos nada dudo —negó Edith suavemente—. De mí es de quien temo. Pienso en lo que el sacerdote de Beamont me impuso: peregrinar para restaurar mi alma. Cuando hablé con Aveline, también me lo aconsejó. —Una nueva emoción cruzó su rostro—. ¿Sabéis? Me arrodillé ante ella y le rogué perdón por cuanto mal le hice… y me lo concedió.

Simon sintió un calor en el pecho. La reconciliación entre su cuñada y la madre de ella no podía sino significar que Dios bendecía sus planes.

—Antes de partir en mi camino —prosiguió Edith—, concededme un favor.

—Cualquier cosa.

—Prometedme que diréis a Rosamund que reconocí mi error. Que me equivoqué al entregarla a Langley. Decidle que ahora os la confío a vos, no sin antes asegurarme del hombre que sois. Que pregunté en Beamont y todos dijeron que erais justo, compasivo y que valorabais tanto a vuestra familia común como a la noble. Decidle que lo que olvidé hacer la primera vez, lo cumplí la segunda.

Simon se movía con impaciencia.

—Todo eso le repetiré —aseguró—. Pero, por favor, vestíos y marchaos.

—Me temo que no puedo —susurró ella.

En lugar de volver al carro, colocó la punta de la daga bajo sus costillas. Simon se estremeció, atónito.

—¿Qué hacéis, Edith? —preguntó con voz calma, avanzando con cautela—. No es necesario.

—Sí lo es —replicó con la misma serenidad—. Sebastian no descansará hasta ver un cuerpo. Por el bien de mi alma, empujad vos la hoja.

El horror atenazó a Simon.

—¡No! —exclamó, acercándose lentamente, temeroso de que un movimiento brusco precipitara la tragedia—. ¿Qué pensaría Rosamund si yo asesinara a su madre? Dadme el arma y emprended vuestra peregrinación. El obispo lo nombrará viudo y con eso le bastará.

—Debe creerla muerta o nunca estará a salvo —gimió, la voz quebrada.

Simon estaba ya a un paso de ella cuando Edith se hundió la daga en el pecho. Él la sostuvo mientras se desplomaba. El manar de su sangre anunciaba una muerte pronta.

—¿Qué habéis hecho? —clamó en angustia—. ¡Rosamund quedará destrozada al saber que os condenasteis por ella!

Edith movió la cabeza con un hilo de voz.

—¿Qué me importa mi alma si con ello salvo la suya?… Prometedme, mientras aún escucho, que me pondréis al fuego cuando muera. Hay aceite en el carro.

Simon casi la dejó caer de la impresión.

—¿Qué decís? ¡Jamás! No es cristiano.

—Debéis hacerlo —insistió con una risa rota y cruel—. Esas marcas que Sebastian grabó en ella… nos parecemos mucho, mi hija y yo, pero nadie dejaría de reconocerlas. ¿Cristiano, decís? ¿Qué importa ya? Estoy condenada.

Su última palabra se apagó en un estertor, y el silencio se abatió. Simon la sostuvo un instante más antes de tenderla sobre el musgo.

—¿Simon? —la voz de Peter llegó desde lo alto del montículo.

Al alzar la vista, vio a su hermano empapado, con el rostro lívido. La leve firmeza que el agua le había dado desapareció al contemplar aquel tercer cadáver del día.

—¿Qué ocurrió? —preguntó con un tono infantil, aterrado.

Simon soltó un suspiro áspero.

—Se ha quitado la vida.

Los ojos de Peter se llenaron de lágrimas.

—Dios nos perdone —murmuró.

—Lo peor aún está por venir. No me queda otra que hacer lo que pidió: quemar sus restos.

El muchacho se dobló, conteniendo náuseas, hasta correr de nuevo al arroyo. No era distinto de lo que Simon mismo sentía. Dios no le perdonaría pronto… ni él a sí mismo.

Se volvió al carro y halló la cuba de aceite junto a los pies de Rosamund. Aunque la humedad del día dificultaría la combustión, recogió leña suficiente para una pira. Allí colocó a Edith de Benfield. La roció con aceite, pero antes de prenderla dudó, buscando alguna oración. Ninguna palabra le acudió.

En un instante, las llamas alzaron su humo acre. Tras el montículo, Peter seguía vomitando lo poco que quedaba en su estómago.

—¡Ea, mozo! —gritó Simon—. Cuanto antes nos alejemos, mejor.

Con los ojos apartados del cuerpo ardiente, Peter echó a correr hacia el carro y guió los bueyes hasta el camino. Simon montó su

corcel y lo siguió, sintiendo que también él, de haber cedido, habría vaciado el vientre.

Capítulo 14

El dolor atravesó a Rosamund con una intensidad abrasadora. Se irguió con rigidez y lanzó un grito contra aquel tormento.

—Calla, pequeña —murmuró un hombre—. Ya no falta mucho.

Sus palabras la confundieron. ¿Qué era lo que no estaba lejos? ¿A dónde la llevaban? Trató de abrir los ojos, pero la luz le devolvió otra punzada de dolor.

—Me duele —gimió entre dientes apretados.

—Claro que sí. Fue un golpe terrible el que sufriste —respondió él con voz suave y tranquilizadora. Algo rozó su rostro: una mano, unos dedos cálidos acariciándole la mejilla—. Ahora duerme.

Aquellas últimas palabras despertaron en su mente una imagen: un hombre de nariz torcida, barba recortada con esmero, cabello oscuro y unos ojos que brillaban dorados al mirarla. Suspiró.

El sentimiento que acompañaba aquella visión era confianza. Si podía confiar en él, significaba que lo conocía, aunque ningún nombre acudía con su imagen.

De nuevo, una sacudida de dolor la estremeció. Era más de lo que podía soportar. Abrumada, volvió a caer en la nada indolora.

Simon contempló sombrío cómo la mujer a la que amaba regresaba a la inconsciencia. La llovizna comenzaba a empapar las mantas que la cubrían. Solo esperaba que aquella humedad no le trajera otra enfermedad. Gracias a Dios y a Sus santos estaban ya a un tiro de piedra de su destino.

Alzó la vista hacia las murallas de Stanrudde, examinándolas con la costumbre adquirida en años de guerra. Una zanja seca protegía los muros de la ciudad. A ambos lados de la puerta principal se alzaban sendas torres rectangulares, con cimientos inclinados hacia afuera para dificultar el trabajo de los zapadores. En sus fachadas se abrían saeteras a intervalos regulares, ofreciendo a los defensores blancos claros a lo largo del foso.

Del otro lado de las murallas llegaba el tañido de campanas: las seis iglesias de Stanrudde advertían a los habitantes que solo restaba un cuarto de hora para el rezo de Completas. Simon dio

gracias por haber llegado a tiempo. Una vez comenzado el oficio, las enormes puertas de madera del portón se cerrarían hasta la mañana.

El pánico lo asaltó en el instante en que Peter guio a los bueyes por la pasarela de madera que cruzaba el foso seco. ¡Dios lo salvara! Una vez dentro de aquellas murallas, quedaría atrapado para siempre, dejando a sus legítimas tierras sin su señor. Nada en su vida le había parecido tan errado como lo que estaba a punto de hacer. Pero al mirar a Rosamund, su corazón se apaciguó. Había cosas más importantes que feudos y castillos. Ante la perspectiva de una vida con ella, las preocupaciones se desvanecían. Con el tiempo, sin duda, se acostumbraría a llevar la existencia de un hombre común.

El carro se detuvo delante. Peter bajó por la parte trasera y avanzó hacia la puerta. El estupor del muchacho había quedado atrás horas antes; durante el resto del camino había permanecido sobrio y silencioso, lo cual era de agradecer. Simon dudaba de poder soportar una conversación trivial aquel día.

De las sombras de la entrada surgió un hombre. El rojo vivo de su capucha resaltaba contra la negrura de la muralla. Clavó la vista

en el campesino que guiaba la yunta.

—¿Qué negocio os trae? —ladró.

—Timothy, soy yo, Peter, hijo de Peter el mercader de lana —respondió el muchacho con voz clara y firme desde el otro lado de los animales—. Conmigo viaja Richard Fenwick de Beamont, mi medio hermano y primogénito de mi madre. Traemos a la esposa de Richard, para que pueda morar junto a mi madre mientras se recupera de una grave herida.

Su esposa. Extraño resultaba oír a Peter pronunciar en voz alta lo que habitaba en el corazón de Simon. Sí, había cosas mucho más valiosas que extensiones de tierra.

El portero le dedicó a Peter una amplia sonrisa.

—¡Eh, rapaz! Apenas te reconocí. Me atrevería a decir que creces un poco más cada mes. Dile a la señora Alwyna que todos rezamos por la pronta recuperación de Henry.

—Así lo haré —asintió Peter con cordialidad—. Te agradecemos las oraciones. Nos trae a todos de cabeza. Creo que considera la vida de inválido intolerable.

—Como yo lo hallaría —repuso el hombre con una mueca torcida—. Podéis pasar.

Con Peter guiando a la cabeza de la carreta, el campesino dio un leve chasquido con el aguijón y el carro avanzó por la abertura hasta internarse en la calle de los bataneros. Simon espoleó su caballo hasta situarse junto a su hermano menor.

—¿Por qué llamaste esposa a Rosamund? —preguntó al muchacho.

El joven le devolvió una mirada extraña.

—Porque sois incapaz de ocultar el afecto que le profesáis. Me parece mejor presentarla como vuestra esposa que como vuestra querida. No creo que deseéis que se murmure por la ciudad que habéis raptado a la esposa de otro hombre, quien además resulta ser vuestra cuñada.

La magnitud de lo que intentaba se alzó ante Simon como un muro de piedra. Suspiró y volvió a colocarse junto a Rosamund. Dicho así, se preguntaba si su madre recibiría a la joven con aprobación o con condena. Y, en caso de que se mostrara reacia a darles cobijo, tal vez convenía que nadie, ni siquiera ella, supiera la verdad. ¿Qué historia podría contarle que no descubriera al instante como mentira? Mientras sopesaba las pocas posibilidades, recorrió con la mirada la ciudad que no veía desde hacía más de seis años.

Por la calle de los bataneros corría el río que partía en dos Stanrudde, su curso rápido y espumoso junto a la calzada. Cuanto más se acercaban al centro, de calle en calle, más lenta y oscura se tornaba el agua, hasta volverse inmunda.

Una sonrisa irónica torció los labios de Simon. Poco había cambiado: el concejo seguía descuidando la limpieza del canal.

Las casas, vencidas por años de humedad inglesa hasta quedar torcidas como ancianos decrépitos, se alineaban en la estrecha vía. Estaban tan juntas que los segundos pisos se extendían sobre la calzada, algunos inclinándose tanto que sus muros exteriores se encontraban con los de la acera opuesta, transformando la calle en un túnel más que en una vía. Simon frunció el ceño ante los muros enjalbegados y manchados de moho. En su memoria, los colores habían sido más vivos y festivos.

Fragmentos de sonidos llenaban el aire: el llanto de un bebé, obreros voceándose unos a otros, la voz aguda de una muchacha entonando una canción. En algún lugar, un hombre y una mujer se enzarzaban en una agria disputa. Era un contraste extraño con el olor hogareño del estofado que salía de un figón, cuyas paredes delanteras se habían abierto para tentar a los transeúntes.

Peter condujo el carro más allá de la abadía y su explanada verde donde se celebraba la feria de caballos. Tres monjes, con la capucha echada sobre el rostro, pasaron a prisa camino de Completas. En la zona sur de Stanrudde, el bullicio del centro se transformó en viviendas más suntuosas. Aunque construidas también en madera como las humildes casas del casco urbano, estas eran más altas, algunas de hasta cuatro pisos, la mayoría techadas con pizarra en lugar de paja barata. Y, al igual que en el centro, las plantas bajas se destinaban al negocio, aunque aquí eran más bien almacenes con salas de cuentas que talleres de artesanos.

Simon no reconoció la casa de su madre hasta que Peter abrió la cancela y dejó ver el amplio patio empedrado que se ocultaba tras la fachada. No recordaba aquella plazuela de adoquines ni los dos almacenes que flanqueaban los lados más alejados. Frente a uno de ellos se extendía un toldo de lona engrasada, bajo el cual los aprendices de Alwyna rascaban pieles de oveja para fabricar pergamino. Los muchachos alzaron la cabeza al paso del carro. Uno saludó a Peter con la mano; el otro corrió a la casa, espantando gallinas y un cerdito chillón.

Simon desmontó y aguardó, sabiendo que no tardaría.

—¡Simon! —gritó su madre con júbilo al salir disparada por la puerta trasera de la vivienda.

Se arrojó a sus brazos, rodeándole el cuello. Simon la estrechó y, al apartarla un instante, chasqueó la lengua con desagrado. Los vestidos le colgaban holgados. Al mirarla mejor, la preocupación se le agudizó: su rostro, antaño redondeado, estaba enjuto; sus ojos, hundidos en sombras; y su cabello, tan oscuro como el suyo, aparecía ya surcado de plata.

—Mamá, no eres más que piel y huesos —la reprendió con inquietud—. ¿Estás enferma?

—No —respondió ella con una sonrisa luminosa—. Solo estoy cansada y triste. Ahora que estás aquí, descansaré mejor. —Fue entonces ella quien chasqueó la lengua al tocar la piel abierta en la mejilla de su hijo—. Esto parece la marca de un látigo. ¿Qué te sucedió?

—Una vieja bruja me tomó ojeriza —repuso él, inclinándose para besarle la cara.

—¿Y Robert permitió que te hiriera? —exclamó Alwyna—. Pensé haberle enseñado mejor.

Simon soltó una carcajada y se apartó un poco, aunque ella le aferró la mano.

—Así lo hiciste. Robert nada tuvo que ver. Mamá, he traído a alguien conmigo.

—¿A quién? —preguntó con viveza.

—Ven a ver —respondió él, conduciéndola hasta el carro.

Rosamund seguía atrapada en su oscuridad personal. Simon la alzó con sumo cuidado, procurando no causarle más dolor. Con enorme satisfacción, notó cómo ella se acurrucaba contra su pecho, apoyando la cabeza en su hombro cubierto por la capa. Por Dios, era tan natural tenerla entre sus brazos.

Al volverse hacia su madre, la vio quedarse pasmada.

—¡Jesús, María y José! ¿Qué le ha pasado? —exclamó ella, rozando con los dedos la mejilla amoratada de la joven. Rosamund se estremeció bajo aquel contacto.

—La salvé de quienes habrían querido verla muerta —explicó Simon, dando un primer paso en el engaño que debía sostener.

La mirada de Alwyna se clavó en la mujer herida y luego en su hijo. La misma sagacidad que le había servido como esposa de

mercader ahora lo escrutaba a él.

—Aquí hay más de lo que dices. Lo leo en tu rostro. —Hizo una pausa, aguardando. Como Simon no añadió nada, asintió—. Así debe ser, entonces. En fin, traela adentro. —Lo dijo en broma, pero un nudo se le quebró en la voz.

Atravesaron juntos el patio y entraron por una pequeña antesala que antecedía la sala de cuentas. Una empinada escalera ascendía por el muro opuesto. Alwyna subió primero y Simon la siguió. Al alcanzar el segundo piso, ella le indicó que esperara.

—Quédate aquí un momento. Llamaré a Marta y Els para que cuiden de tu pobre muchacha y así podamos conversar con tranquilidad.

Se dirigió hacia el tabique que dividía la gran estancia en dos y la cocina que quedaba tras él. Mientras aguardaba, Simon observó el lugar. Los ventanales del muro sur seguían cubiertos de pergamino, y le parecieron reconocer los paños pintados que adornaban una pared. Todo lo demás le resultaba ajeno: un aparador alto pintado de rojo y amarillo mostrando la vajilla, un nuevo salero de plata, una bandeja de madera con incrustaciones de bronce.

Cuando estuvo allí por última vez, no había chimenea. Ahora, en una esquina, un ingenio de ladrillos conducía el humo del fuego hacia un hueco abierto en lo alto del muro. Cuatro sillones de madera se agrupaban frente al hogar, de espaldas a la puerta. Tras uno de ellos, asomaba el rostro de su medio hermano.

—Henry —saludó Simon con frialdad.

—El hijo pródigo regresa —replicó el otro con una risita sarcástica—. ¿Vienes a regodearte de mi desgracia?

Por Rosamund contuvo Simon el desprecio que sentía hacia lo que su hermano se había vuelto. Desde que Henry había comprendido que Alwyna había sido amante de un normando, había odiado al fruto de aquella unión.

—Basta, Henry —pidió con voz neutra—. He tenido un día lo bastante difícil sin tus rencores.

Los puños de Henry se crisparon en el respaldo de la silla, el rostro contorsionado por la ira.

—Ya he alcanzado la mayoría de edad, normando. Esta es mi casa, no la tuya. Haré lo que me plazca.

—¡Henry! —cortó Alwyna al regresar a la sala, seguida por dos muchachas: una con un cubo de agua humeante, la otra con paños

de aseo—. Esta casa no es tuya, sino mía hasta que yo te la ceda.

—Perdón, madre —contestó Henry con fingida humildad—, pero me asombra que confíes tanto en él. No es distinto a cualquier normando: desprecia nuestro modo de vida. Si no hubieras enviado a Peter a buscarlo, dudo que hubiera venido. Nada le importan las cuitas de gentes como nosotros.

Alwyna le fulminó con la mirada.

—No le prestes atención, Simon —le dijo, sin apartar los ojos de su hijo—. Ladra porque está herido, y su herida no sanará mientras su bilis siga tan encendida.

—Tiene derecho a tener su opinión, madre —repuso Simon.

—No me hagas favores, normando —espetó Henry—. ¿Quién es esa que traes contigo? ¿Una ramera para calentar tu lecho?

La cólera estalló en Simon.

—¡Cierra la boca, insolente!

—Vaya, parece que te ha dolido —sonrió Henry, saboreando su triunfo—. Jamás imaginé que fueras capaz de tal pasión.

De pronto, la cabeza de Simon palpitó con violencia. ¡Necio! ¿Cómo permitía que las provocaciones de Henry le hicieran perder el

dominio?

—Perdóname, madre —musitó con pesar—. He quebrantado la paz de tu casa.

—No lo has hecho —replicó Alwyna, girándolo hacia una segunda escalera que reptaba por el muro del corredor—. Llévala arriba y vuelve. Para cuando regreses, los muchachos habrán traído tu arcón, de modo que puedas desarmarte y comer con sosiego. Anda —concluyó, dándole un leve empujón para ponerlo en marcha.

—Será mejor que no la metas en el lecho nuevo —le gritó Henry mientras él subía hacia el tercer piso de la casa—. Ese será para mí y para Clarice cuando nos casemos.

—En mi casa coloco a mis huéspedes donde me place —la voz de Alwyna venía cargada de ira.

Como la casa de Alwyna tenía solo tres plantas, la estancia superior quedaba a la vista de las cerchas. Aunque era una única sala que ocupaba el largo y el ancho de la vivienda, de muros y vigas colgaba una red de sogas. De ellas pendían cortinajes de lino que formaban varios aposentos privados para dormir.

La menor de las muchachas apartó uno de aquellos paños y dejó a la vista un lecho sencillo. Aunque el armazón era sobrio, no lo

eran sus colgaduras ni su ropa: damasco importado tendía un cielo de tela entre los postes, y cortinas del mismo tejido colgaban por los cuatro costados. La criada las echó a un lado y volvió gruesas mantas de lana y un cobertor hecho de pieles de ardilla. Cuando depositó a Rosamund sobre el colchón, la mano de Simon se hundió en un almohadón relleno de plumón. No cabía duda: era el lecho nupcial del que hablara Henry.

Se apartó un paso. Un instante después, Rosamund soltó un leve gemido e intentó alzar la cabeza de aquellas almohadas tan blandas. Cuando él se movió hacia ella, la mayor de las criadas, Marta, le tocó el brazo.

—Aún duerme, señor —dijo—. Id. Milady precisa un rato con vos. —Como él todavía vacilaba, le sonrió—. Estad en paz. Os llamaremos si fuere menester.

—Como digas —murmuró a regañadientes, y salió de la celda para volver al corredor.

Antes de una hora ya se había desarmado, lavado la suciedad del día y vestido con camisa limpia, un sayo pardo y zapatos blandos, todo de su arcón. Mientras él y Peter compartían unas empanadas de carne frías y quesos, regados con cerveza fresca, Henry miraba hosco las llamas del hogar. Cuando Simon dejó la bandeja y la copa, Alwyna acercó un taburete y se sentó junto al brazo de su silla. Simon se recostó. No había modo de eludir lo que venía.

—Y bien, ¿qué historia trae consigo esa pobre muchacha maltrecha? —preguntó su madre.

—He de protegerla de quienes pretenden destruirla —respondió en voz baja, esperando que Henry no le oyera.

Los ojos de Alwyna se entornaron.

—¿Y por qué tendrían que venir a buscarla aquí?

No le gustaba mentir y tampoco era hábil en ello, pero no tenía otro remedio.

—Es mi esposa.

Las cejas de su madre se alzaron, al tiempo que los labios se le apretaban en una línea angosta.

—¿Esposa, dices? Supongo que no debería preguntarte por qué no fui convidada a la boda.

Simon le ofreció una sonrisa de disculpa.

—Será lo mejor.

—Maravilloso —la voz de Henry rezumó sarcasmo—. Le ruegas ayuda y viene a valerse de nosotros para sus fines. Dime, madre, ¿cuánto más habremos de soportar? Primero, ese maldito rescate que debemos pagar para librar a nuestro gran y glorioso rey de su cautiverio. Luego, la muerte de mi padre nos cuesta tratos perdidos e impuestos añadidos. Ahora, he caído y me he vuelto un lisiado. —Su voz subía peldaño a peldaño, rozando la histeria—. ¡Y ahora él regresa, trayéndonos toda una nueva caterva de enemigos que intentarán destruirnos!

—Muerde esa lengua, Henry —cortó Alwyna—. No habrá enemigos nuevos. Simon no habría traído a esa mujer si su necesidad no fuese grande. Por eso, de buen grado ofrezco mi casa como su amparo. Y en cuanto a ti, de indefenso tienes poco. —Hubo un filo quebradizo en su voz.

—¡Que no estoy indefenso! —rugió Henry—. Es peor que eso. Soy un inútil, ya que mis piernas no me sostienen. ¡No soy nada!

Gerard hace bien en reconsiderar mis esponsales con Clarice. ¿Quién quiere su hija atada a alguien como yo? Y ahora te miro humillarte ante él —clavó un dedo airado en dirección a Simon—. ¿De veras creíste que se rebajaría a nuestro nivel o que sus vínculos nobles te servirían de ayuda? Mira cuán errada estabas. Mientras urdes y tramas para ponerle en mi lugar, ¡tu precioso bastardo viene a servirse de ti!

Aún resonaban sus últimas palabras cuando Alwyna saltó poniéndose en pie. Giró sobre sí misma y su mano encontró la mejilla de Henry con un seco restallido de piel contra piel.

—Cómo te atreves —bramó, con la voz trémula de emoción.

—Rob, Tom —gritó, volviéndose hacia la puerta de la cocina—. ¡Venir rápido! Es hora de llevar al señor a su cama.

—Lo siento, madre —lloriqueó Henry, con voz de niño lastimero —. No quería herirte, solo a él. No le necesitamos aquí.

Alwyna no respondió. Con la espalda vuelta a su hijo mediano, aguardó a que los criados entrasen a la sala. Entre ambos lo alzaron de la silla y se lo llevaron escaleras arriba. Solo cuando desapareció, volvió a mirar hacia el hogar. Al ver vacío su asiento, exhaló con furia contenida.

—Cómo osa hablarme así de mi propia sangre —le dijo a la silla desocupada.

Simon le tomó la mano.

—No le des más vueltas. Sin duda su herida le hace obrar de este modo.

Alwyna lo miró, el rostro marcado por el dolor y la ira.

—No, no es verdad; y tú, menos que nadie, deberías defenderlo ante mí. Ya lo hago yo por todos. ¡Por Dios, siempre ha tenido celos del afecto que te doy, queriéndolo para sí además de lo que le doy a él! Y ahora, cuando más lo necesito, me traiciona. Te juro que a veces pienso que se dejó caer a propósito, solo porque yo esperaba que se alzara y tomara el lugar de su padre tras la muerte de este.

Se llevó una mano a la boca por lo dicho y, en seguida, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ay, Peter —se lamentó en alta voz a su difunto esposo—, no estaba lista para dejarte partir. ¿Qué he de hacer ahora?

Con el corazón encogido por su madre, Simon se alzó y la estrechó. Alwyna apoyó la frente en su hombro y dejó que aquello que la hería empapara la tela de su túnica. La borrasca amainó al

poco; tomó aire en un sollozo entrecortado y se apartó para enjugárselos en la manga.

—Perdóname —acertó a decir—. Estoy demasiado sensible estos días.

Desde la otra butaca, al otro lado del hogar, el joven Peter dejó escapar un sonido ahogado. Con el rostro demudado, se puso en pie y fingió un gran bostezo.

—Estoy rendido, madre —mintió—. Os veré mañana. —Depositó un beso en la frente de Alwyna y salió de la sala, subiendo los peldaños de dos en dos.

Alwyna suspiró al verlo marchar.

—Estamos todos descompuestos; echamos en falta a tu padrastro con desespero.

—Lo imagino —dijo Simon—. Fue un buen hombre. Ven, siéntate —la condujo de nuevo a su silla— y cuéntamelo todo.

Con una risa temblorosa, su madre se dejó caer, secándose otra vez los ojos. Para cuando Simon ocupó el asiento contiguo, ella ya había dibujado una sonrisa torcida.

—Hay tanto que apenas sé por dónde empezar. Funcionen o no sus piernas, Henry tiene un caudal de saber encerrado en la cabeza. Pero como no puede, o no quiere, ponerse en el lugar de su padre, estamos a punto de perder cuanto él y yo nos afanamos por ganar. Debería volver a casarme, como me instan los del gremio. Si lo hiciera, tendría un compañero que ocupara el puesto de Peter y de Henry. Resulta fácil decirlo —añadió, con un deje de llanto—, pero la partida de mi esposo me ha dejado tal oquedad en el pecho que no puedo decidirme a tomar otro, ni siquiera por el bien del negocio.

—Así pues, es tu corazón el que te detiene —murmuró Simon, más para animarla a seguir que por otra cosa.

—Sí —asintió Alwyna, y enseguida negó con la cabeza—. No, no es toda la verdad. Vacilo por Henry. Le has oído: le resulta intolerable incluso tu ayuda. ¿Cómo me aborrecerá si pongo un nuevo maestro en la silla con la que soñó? ¡Ay!, no se esfuerza en conservar su lugar ni cede en dejarlo, y yo no puedo soportar su odio.

Otra vez se le nublaron los ojos. Se enjugó las lágrimas con brusquedad.

—Maldición, si pudiera poner fin a este llorar sin término…

Cuando volvió a alzar el rostro, en la hondura de sus ojos había súplica.

—En enero, cuando te pedí que vinieras, solo deseaba tenerte a mi lado un tiempo para consolarme. Ahora, te imploro ayuda. Necesito que ocupes el lugar de Henry, aunque sea por un corto plazo. Dame tiempo para que él se recupere.

—Me tendrás cuanto te haga falta —replicó Simon con prontitud y alivio. En la necesidad de su madre estaba la posibilidad de forjar allí, junto a Rosamund, una vida sin imponerse sobre su familia común. Le punzó la culpa al comprender que no era del todo cierto—. Sin embargo, no sé qué puedo hacer por ti. Nada entiendo de tu oficio.

Esta vez, los labios de su madre se curvaron en una sonrisa verdadera.

—¿Acaso no eres hijo mío? Yo nada sabía fuera de la vida de castillo cuando vine aquí, y aprendí.

Simon soltó una risa breve.

—Supongo que tienes razón. Cuanto sé me fue enseñado. Si aprendí una vez, no he de ser tan mentecato como para no aprender algo nuevo. Dime qué precisas.

El suspiro de su madre fue hondo, de puro alivio.

—Necesito que viajes en nombre de Henry a las aldeas con las que tenemos acuerdos de compra.

Simon frunció el ceño.

—¿No es eso como arrojarme al fuego? Nada sé de comprar lana. Creo que sería mejor que yo quedara aquí a manejar el almacén y a los tejedores, y que seas tú quien viaje.

—¡Ojalá pudiera! —repuso Alwyna—. No: para tratar con alcaldes y mayordomos necesito un hombre de edad respetable y ligado a mi casa. Enviaré contigo a Tom; fue criado de Peter durante años. Creo que sabe más de lana que yo.

Aquello solo ahondó el ceño de Simon.

—¿Están tan apurados aquí que debas confiarme empresa semejante a mí, que soy un forastero?

El rostro de su madre se tensó, hasta quedar hecho líneas enjutas.

—Sí. Son los franceses: andan cada vez más atrevidos y ya no se contentan con comprarnos cuando pueden ir a la fuente sin intermediarios. Temo que, si no aparece un hombre de mi casa en

las aldeas el día concertado, nos compren el vellón delante de las narices. No podía ocurrir en peor momento. Ahora mismo, con perder uno solo de los contratos, no resistiremos el golpe. Contaba con la dote de la novia de Henry para sostenernos, y también con su ayuda para asumir las tareas que ya no alcanzo, cargada como estoy con lo que hacían Henry y Peter. Debes ir por mí y partir mañana.

—¿Mañana? —la protesta de Simon se alzó y rebotó en la quietud de la sala—. ¿Y si Rosamund aún no ha despertado? No puedo dejarla sin despedirme.

Las cejas de Alwyna se arqueaban mientras un brillo travieso le bailaba en los ojos.

—¿Rosamund, eh? Al menos te he arrancado eso. —Se le ensombreció el gesto—. Has de partir mañana, ya que preciso que alcances la primera aldea pasado mañana.

Tocó a Simon suspirar. Si quería asegurar a Rosamund una vida allí, debía hacer lo que su madre pedía.

—Que así sea, entonces. Y sí, dame a Tom y, de algún modo, nos las apañaremos. No dudo que, para cuando regrese, seré mercader de los pies a la cabeza, listo para tomar el lugar de tu esposo en el gremio.

Alwyna se irguió, sorprendida, y lo miró fijo. Aunque Simon mantuvo el gesto impasible, a ella se le estrecharon los ojos.

—No puede ser cierto lo que leo en tu cara. No estarás pensando en unirte a mí en el oficio. No: tu ayuda la imploro, pero mi necesidad es solo temporal. Henry mejorará y tomará su papel, o me volveré a casar. —La mandíbula se le endureció cuando un relámpago de ira le cruzó la mirada—. Dime que esto no es más de tu amargura contra tu padre.

Aquí, por fin, Simon pudo dejarse guiar por la verdad.

—No, madre. Ya no guardo rencor alguno hacia mi padre. He aceptado que su afecto por mí jamás flaqueó, pese a lo que antaño creí ausente en su testamento.

—¡Richard! —exclamó su madre, alzándose para tomarle el rostro entre las manos. Lo escudriñó un instante, y la dicha le fue llenando los ojos—. ¡Alabado sea Dios, le has aceptado!

En el instante siguiente, la dicha se tornó confusión.

—Pero si eso es verdad, ¿por qué no has tomado las tierras que Robert te prometió? ¿Cómo vuelves la espalda a lo que debería ser tuyo?

De nuevo, la necesidad de mantener a salvo a Rosamund pugnó con el deseo de contarlo todo. Sin hallar respuesta que hiciera justicia a una cosa u otra, al cabo se limitó a encogerse de hombros.

Alwyna lo soltó y dio un paso atrás.

—Es por esa muchacha de arriba. ¿Qué has hecho, muchacho? ¿La has robado a su familia?

Él se estremeció, temiendo que le hubiese leído la verdad en el semblante.

—No exactamente. —Las palabras se le escaparon antes de poder detenerlas.

—Insensato —exhaló Alwyna, y se le asentó la quijada en su ángulo más terco—. Fracasarás, lo sabes. Nuestra casa tal vez sea buen escondite para ella, mas no para ti. Jamás aceptarás nuestra manera de vivir. Richard, no tienes el temperamento de un mercader.

Simon notó que su propia mandíbula se tensaba en negativa.

—¿A qué viene esta disputa? Me necesitas y estoy disponible. —Se puso en pie y estiró los músculos doloridos por la refriega de la

mañana y la larga cabalgada del día—. Perdona, madre, pero he pasado una jornada que no creerías. Me retiro a dormir.

Alwyna cruzó los brazos; la punta de su pie, impaciente, hacía danzar los bajos de sus sayas.

—Sí, ocúltame tu historia, como ocultas a esa muchacha de quienquiera que la busque —rezongó—. No podrás esconderte de ti mismo. Viajar da tiempo de sobra para considerar el yerro de tus pasos. Te despediré mañana y, cuando regreses, te despedirás de mí y de mi vida.

—El tiempo lo dirá —repuso él, inclinándose para besarle la mejilla—. Buenas noches.

—¡Señor! —exclamó su madre, girando hacia la escalera—. ¿Dónde vas a dormir? He puesto a esa muchacha en el lecho que te reservaba.

Simon la sujetó del brazo y la atrajo de nuevo a su lado.

—Madre —dijo quedo—, dormiré con Rosamund.

—Richard —protestó ella—, ¿cómo puedes, si poco menos me has dicho que pertenece a otro?

—No, te dije que es mi esposa —replicó—. Reza por mi alma, si te place, pero yo duermo con mi esposa.

Dejando a su madre boquiabierta, subió la escalera y apartó las cortinas cerradas que resguardaban su lecho y el de Rosamund.

La doncella menor dormitaba en su banquillo, con la cabeza rendida sobre el colchón. Simon le tocó el hombro.

—Despierta, niña; ve a tu jergón —susurró.

La muchacha despertó con un gritito.

—¡Oh, señor! Soñaba. Pensé…

En el lecho, Rosamund lanzó un gemido bajo. Simon posó la mano en su hombro.

—Calla, pequeña —arrulló para calmarla.

Para su sorpresa, Rosamund se apartó de su contacto y se incorporó de golpe. Tenía los ojos abiertos, lúcidos al parecer. Echó una ojeada veloz al recinto en cortinas.

—¿Dónde estoy? —clamó; luego llevó la mano al costado de la cabeza—. Me duele —sollozó.

Despachando a la doncella con un gesto, Simon se sentó junto a su esposa. Se le encogió el corazón cuando ella se pegó al

cabecero de madera, tratando de huir de él.

—Esta no es mi casa —murmuró con voz queda—. Por favor, tengo miedo. Dejadme ir a casa. Esto es terrible. Los pensamientos me dan vueltas, no puedo ordenarlos. ¿Quién sois?

El dolor atravesó a Simon: lo había olvidado.

—Soy Simon —respondió muy bajo.

—Simon —repitió ella, con un matiz de callada sorpresa. Alzando la mano, le trazó con un dedo el puente de la nariz y tocó su mejilla herida. Cuando alisó los dedos sobre su barba, él cerró los ojos ante el deseo súbito que le despertó ese roce.

—Sí te recuerdo —dijo, con un alivio innegable en la voz—. Eres Simon. Tú me protegerás.

Por hondo que fuera el alivio que sonaba en ella, mayor fue el suyo. La dicha le subió en oleada hasta ser gozo. A todos los demás los había olvidado, pero a él no. Sonrió.

—Así será. Ahora, recuéstate y duerme, amor. Precisas descanso para reponerte.

Cogiéndola por los hombros, la ayudó a tenderse. Cuando volvió a posar la cabeza en los almohadones, los párpados le

pesaron; aun así, peleó por mantenerse despierta.

—No me dejes —le rogó—. Dormiré mejor si sé que estás aquí.

—Me quedaré —la aseguró. Antes de acabar la frase, los párpados de Rosamund cayeron; al instante, volvió a quedar a la deriva dentro de sí.

Con premura, Simon se desvistió y echó atrás las mantas. La luz aceitosa de la lámpara bañó el vientre de ella. Con la yema, Simon rozó una de las cicatrices curvas que allí la marcaban: fina, a ras de piel, hecha muchos años atrás por la punta de una daga afilada.

El estómago se le revolvió de odio. Un hombre como Langley no merecía vivir. Peor aún: al verlas, comprendió el miedo de Rosamund cuando la besó por vez primera en aquel claro lejano. Con un suspiro, admitió la posibilidad de que lo hecho por su marido la hubiese dejado incapaz de compartir su cuerpo con él. Mas esa preocupación era para más adelante. Por ahora, se deslizó a su lado en el colchón.

La ropa de lino estaba suave, templada por el calor de su cuerpo. Ella dormía de espaldas a él. Seguro de no perturbarla, se acercó, ajustando sus piernas a las de ella, curvando el pecho contra

su espalda. Las sirvientas de Alwyna la habían bañado en agua caliente con flores; su piel aún guardaba aquel leve aroma. Posó los labios en su hombro. Era suya ya: suya para sostenerla y mantenerla a salvo, para cuidarla y amarla.

—Rosamund de Stanrudde, eres la entraña de mi corazón —le susurró—, y seré tuyo cuando te halles lista para recibirme.

Capítulo 15

Rosamund abrió los ojos de golpe. A lo lejos rebuznaban las bestias de carga. Una campana repicaba, honda y clara. Bajo la cabeza tenía almohadas blandas, y las mantas que la cubrían eran cálidas.

Parpadeó. La luz del día se colaba por una abertura amplia en la penumbra que la rodeaba. Tardó un momento en reconocer lo cercano como cortinajes de cama, mucho más hermosos que los del lecho de Sebastian. Eso la hizo parpadear de nuevo, esta vez con sorpresa. Aquel lecho no tenía nada de familiar.

Inquieta, miró a través de la abertura de las cortinas, con la esperanza de hallar algo conocido. Junto al lecho había un gran arcón pintado de un rojo vivo. Fuese lo que fuese lo que guardaba, pesaba lo suyo, pues había arañado el suelo al empujarlo hasta su sitio. Más allá se alzaba otro juego de cortinajes: simples paños de tela colgados de las vigas del techo y que caían hasta un suelo de

madera desnuda. El efecto la hacía sentirse dentro de un aposento cercado por paredes de tela.

Luchando contra el dolor que aquello le causaba, Rosamund hurgó en su mente en busca de una pista sobre su paradero. Imágenes flotaron en su interior: Matilda con el bastón en alto, una mujer bondadosa de cabellos y ojos oscuros. Un bienestar la bañó. Había habido un reencuentro con su madre y su hermana; su familia la había recobrado como una de los suyos.

Alguien más la había reclamado también. Se le alzó la comisura de la boca. Simon. Desde el fondo de su mente despertó otra figura masculina, esta sin rostro, oscura contra un halo de luz brillante. Cuando aquel hablaba, las palabras le resonaban de dentro afuera, en lugar de entrarle por los oídos. ¿Dios? Fuese quien fuese, le había dicho que aguardase a Richard, pero ¿quién era Richard?

Por fin, sus recuerdos giratorios cuajaron. Había habido una lid entre lord Beamont y Sebastian ante el obispo. Con ese pensamiento vino el recuerdo del voto del padre Anselm de verla encaminarse al convento. Rosamund suspiró y volvió a mirar en torno. Un convento, claro está. Ahí estaba.

Apartó las cortinas del lecho para echar un buen vistazo a su nuevo hogar, pero entrecerró los ojos cuando el fulgor del día avivó el latido doloroso de su cabeza. Posó con cuidado los dedos en las sienes para aplacar la punzada, entornó la vista y aguardó a que se despejara. Cuando lo hizo, se le escapó el aliento.

Un hombre se hallaba junto a la ventana de arco, echándose por la cabeza una túnica sobre la camisa y las calzas. Si él estaba allí, aquello no era un convento. La cabeza del hombre asomó por la abertura del cuello. Rosamund volvió a jadear.

¿Simon? ¿Qué hacía él allí? Y, más aún, ¿qué hacía ella con él?

Intentó incorporarse, pero la cabeza le dio vueltas. La náusea la arrolló. Con un gemido, se dejó caer de nuevo contra el cabezal del lecho. Con los ojos cerrados, se cubrió las mejillas con las manos, tratando de aquietar los pensamientos. Cuando por fin volvió a abrirlos, Simon estaba sentado a su vera, sonriendo.

—Buenos días —saludó, en lengua del vulgo—. ¿Cómo estás?

Rosamund lo miró incrédula. Tenía que ser un sueño. Y, si lo era, nada había de malo en responderle.

—Terrible —repuso, para descubrir que su voz sonaba demasiado alta. El dolor le atravesó de nuevo de arriba abajo—. Me

duele —añadió en un susurro.

—Era de esperar —respondió con una risa queda.

Lo escrutó por entre los párpados. Aquello era demasiado real para ser sueño. Alargó la mano y la posó en su pecho. Estaba cálido y firme bajo sus dedos.

—¿Estoy soñando? —preguntó, confusa.

Él alzó las cejas y volvió a sonreír.

—Espero que no.

Su perplejidad se agudizó.

—Mas si no sueño, ¿cómo es que estoy contigo? ¿El obispo me ha entregado a ti? —Incluso al decirlo supo que era imposible, no estando su hermana casada con su hermano.

Una sombra de culpa cruzó los ojos de Simon.

—No exactamente —repuso, apartando el rostro mientras acomodaba los almohadones tras ella—. Si te empeñas en sentarte, recuéstate en estos almohadones.

Cuando hubo terminado, se inclinó a tomar algo junto al lecho: una copa de madera.

—Aquí —dijo, guiándole el vaso a las manos—. Es vino aguado. Imagino que tienes la boca seca como el polvo.

Y la tenía. Sin dejar de preguntarse por qué él estaba allí, Rosamund apuró la copa y se la devolvió. Él la dejó en el suelo y, acto seguido, le tomó las manos.

—Ahora, recuéstate, pequeña. Pasarán uno o dos días antes de que puedas tolerar estar sentada. —Le regaló una sonrisa rápida—. Así fue conmigo, al menos. Algún que otro golpe en la cabeza me he llevado.

La respuesta al enigma le llegó con otro fogonazo de dolor.

—Me robaste de Sebastian —murmuró, mientras el pánico se le enroscaba en las entrañas.

La mirada de Simon se veló.

—No tuve elección.

El pánico estalló en miedo.

—No sabes lo que has hecho. Vendrá a por mí, y esta vez buscará de veras mi muerte —clamó, ganándose otra punzada por el esfuerzo. La imagen del modo brutal en que Sebastian había

blandido el bastón de su madre volvió a perseguirla. Hundió el rostro en las manos—. Dios me ampare, no puedo volver a enfrentarle.

—Ni habrás de hacerlo —repuso Simon. Aunque la voz le salió baja y dura, la mano fue suave al acariciarle el cabello—. Mírame, amor. Te guardaré de él, te lo juro —le dijo con ternura—. Dudo que nos encuentre aquí, en casa de mi madre, en Stanrudde.

Por mucho que deseaba creerle, no pudo.

—Cuéntamelo todo, y por qué crees que mi marido no me hallará aquí —suplicó.

Vaciló lo bastante para entrelazar sus dedos con los de ella.

—Langley te había molido a golpes hasta dejarte sin sentido antes de que el obispo se viese movido a ofrecerte amparo de la Iglesia. Tu marido le desafió, negándose a soltarte. Yo le reté por ello y nos medimos, espada con espada. Él batalló por su derecho a retenerte y por mi vida, por haberme atrevido a desafiarlo; yo combatí por tu derecho a entrar en un convento.

Rosamund lo miró atónita.

—¿Luchaste por mí? —Era un alto homenaje el que le brindaba.

Él alzó su mano y posó un beso en el dorso de los dedos.

—¿Cómo habría de hacer otra cosa? —murmuró contra sus nudillos—. Eres la luz de mi corazón.

La alegría se le disparó. Contra toda cordura, creció su deseo de creer que podrían estar juntos.

—Si estás vivo, debes de haber vencido —dijo en voz baja, animándole a proseguir.

Simon asintió.

—Así es. —Se le tensó el timbre.

La dicha se le empañó.

—Entonces, ¿por qué no estoy en un convento?

La estudió un instante, el rostro tirante, los ojos en un pardo mate.

—Porque la noche antes de batirnos supe que Langley temía perder y urdía tu muerte para apartarte de la Iglesia. Su plan era fingir que habías huido sin juicio de Beamont y que habías muerto a manos de malhechores cualesquiera, como narrarían sus propios hombres. Por eso no te buscará. Intervine: mi tramoya le persuadió de que había triunfado cuando no era así. —Bajó la vista a sus

manos enlazadas—. Para el mundo entero, Rosamund FitzGerald ha muerto.

El temor y el dolor le bulleron a Rosamund.

—No —negó con la cabeza—. Hicieras lo que hicieras, no podrá cuajar. Conozco a Sebastian: si no ve mi cuerpo puesto en la tumba, jamás aceptará que me he ido.

Simon alzó la cabeza para mirarla. Traía los ojos huecos, como atormentados por algo terrible.

—Tiene los huesos que ansía —dijo con voz baja y dura.

El horror la recorrió.

—Dime que no has cometido un homicidio por mi causa —suplicó.

—No hice asesinato alguno —respondió, y el tono hizo voto de sus palabras. Le apretó la mano. El dolor le retorció la boca—. Llegué tarde para detenerla —exhaló.

El corazón de Rosamund se quebró en la comprensión.

—Madre —gemió; y se le quebró de nuevo cuando cayó en todo lo dicho por Simon—. ¡No! ¡No por su propia mano!

La pena en la mirada de él se ahondó más.

—Intenté detenerla —repitió, y la voz se le fue apagando.

Las lágrimas le anegaron los ojos y corrieron por las mejillas. Simon abrió los brazos invitándola. Rosamund aceptó, posando la mejilla sana en su hombro mientras él la ceñía.

—¿Cómo pudo? —susurró contra la tela blanda de su sayo—. Me ha dejado sola y se ha condenado por toda la eternidad por mi causa.

—Ay, amor, no le guardes rencor —la arrulló Simon, meciéndola con suavidad—. Buscó comprar tu vida con el fin de la suya. Al hacerlo, te puso en mis manos, para que te guardase como propia.

Rosamund se apartó de golpe, pasmada.

—¿Hizo eso? ¿Aun sabiendo que naciste fuera del matrimonio, me dejó a tu cuidado?

Sonrió, con una tristeza leve en el gesto.

—Sí. Dijo que indagó sobre mí en Beamont, sobre mis hábitos y mi carácter. Dijo que lo que no logró a la primera, lo hizo a la segunda.

Con aquellas palabras, el duelo de Rosamund menguó. Edith no solo había querido comprarle una nueva vida: había puesto la

dicha de su hija por encima de su propio orgullo. Era, en verdad, un don precioso.

—Espero que no te desagrade el hombre que escogió para ti —dijo Simon, de pronto ronco—. Poco tengo que ofrecer, salvo la vida de un mercader de lana. Para aceptarla, habrás de desechar tu nobleza: desde ahora serás solo Rosamund de Stanrudde, huérfana sin noticia de madre ni de padre.

Mientras hablaba, las líneas del rostro de Simon se ahondaron, como si cada palabra le doliese. Rosamund suspiró en comprensión. Si a ella le tocaba mudar de identidad, a él también. Él sacrificaba mucho por salvarla. ¡Señor!, era una apuesta terrible. Si su embuste salía a la luz, nadie, ni su poderoso hermano ni su primo influyente, podrían librarlos. Ambos perderían la vida, si no fuese más que por el adulterio cometido.

—Hay más —prosiguió—. No puedes decir nada de tu vida anterior a los míos. Cuantos menos sepan quién eres, más seguros estaremos tú y yo en esta vida nueva. Y ellos también, a salvo de represalias.

—Entonces, guardaré la lengua —asintió Rosamund; y se le escapó una risita—. ¡Oh, Señor, no puedo creer lo que hacemos! Nos

ganamos el infierno. En fin, sea. Al menos sé que allí me aguardará mi madre.

Con esas palabras, el rostro de Simon se relajó y en sus ojos volvió a encenderse el oro.

—Rosamund de Stanrudde, te juro que no andarás sola ni en esta vida ni en la otra. A donde vayas, te seguiré. —Titubeó un momento—. ¿Puedes llamarme esposo sabiendo el engaño que sostenemos? —preguntó sin rodeos.

Sobresaltada, Rosamund halló miedo de rechazo en sus ojos. Después de cuanto él había hecho para salvarla, ¿qué otra respuesta podía dar? No, no había otra que quisiera dar. Sonrió. Era ilícito, maravillosamente, gloriosamente ilícito.

—Sí, con sumo gusto —dijo; y añadió, tímida—: pero no puedo ponerme ante Dios en su iglesia y pronunciar votos de matrimonio contigo sabiendo que ya estoy casada. Ahí la mentira se hace demasiado grande para mi alma.

El placer devolvió el oro a los ojos de Simon.

—No te pediría tal cosa —replicó, abrazándola de nuevo—. ¿Cambiarás conmigo un voto privado? En algún paraje fuera del

alcance de toda iglesia, te daría corazón y alma y oiría de tus labios palabras que aten los tuyos a los míos.

¡Oh, poseer el corazón de aquel hombre! Rosamund se dejó caer contra él, casi lánguida de felicidad.

—Me agradaría —susurró.

Simon rió. Era la primera vez que ella lo oía reír. El sonido venía henchido del amor que él le profesaba. Cuando posó los labios en la hendidura del cuello, ella suspiró con tibia respuesta. Sí, se ceñiría a él ahora y dejaría para más tarde la inquietud por su alma.

Al fin, él se apartó a la distancia de un brazo y la examinó. El humor aún chispeaba en su mirada.

—Vaya, sí que eres confiada. ¿Cómo sabes que un día no te demandaré por bigamia? —la provocó.

Rosamund alzó el mentón.

—Será mejor que no lo intentes, o me veré forzada a nombrarte mi raptor.

Él alzó las manos en fingido espanto y se puso a temblar de broma.

—Me rindo ante tu amenaza mayor.

A ella le bastó para echarse a reír. La risa se le apagó en un jadeo de dolor.

—¡Oh, Señor, cómo duele! —se quejó. Alzó la mano y palpó con cuidado la mejilla y la sien, con una mueca en cada toque—. ¿Se ve tan mal como se siente?

El hombre al que amaba entornó los ojos como si sopesara con ojo crítico el mérito de sus magulladuras frente a otras que hubiera contemplado.

—Creo no haber visto jamás un ojo tan amoratado como el tuyo —falló al fin—. Es, en verdad, un matiz soberbio de púrpura.

—Así se siente —replicó con una mueca. Deseosa de saberlo para calcular mejor cuánto tardaría en sanar, preguntó—: ¿Hasta dónde llega el cardenal?

Con la yema, Simon trazó el contorno de la marca por su rostro: bajó por la mejilla hasta más allá del mentón, rodeó la oreja, subió por la ceja y se perdió en el cabello. Cuando retiró la mano, se inclinó y posó los labios suavemente sobre los suyos. Fue una caricia fugaz.

—Cúrate aprisa —dijo al incorporarse. Retrocediendo hacia la ventana, recogió sus botas—. Cuando vuelva, pienso besarte mejor

que eso.

—¿Volver? —preguntó ella, con un miedo nuevo arremolinándose en su interior al verlo calzarse—. ¿Adónde vas?

Sentado en el alfeizar, comenzó a atarse las botas a las piernas.

—He de pediros paciencia y comprensión —explicó mientras trabajaba—. Esta mañana parto a hacer negocios en nombre de mi madre, recién viuda. Mi medio hermano debía emprender este viaje, pero una caída le ha dejado lisiado. Sin mi ayuda, perderán el trato. Si eso acontece, perderemos esta vida nueva nuestra.

Toda la dicha de Rosamund se apagó. Simon la abandonaba allí, sola y desamparada entre extraños. No era distinto de lo que hiciera su madre cuando entregó a su hija predilecta a Sebastian.

—No te vayas —suplicó, asustada.

—Ojalá no tuviese que ir —negó con la cabeza—. Estate tranquila. Mi madre te cuidará…

—¿Como Matilda? —lo cortó, creciendo su terror.

—No, amor. Eso jamás —volvió de inmediato al lecho y le tomó la mano—. Mi madre te amará y respetará, porque yo lo hago.

—No te vayas —insistió, incapaz de creer en su promesa.

Él hincó una rodilla junto a la cama y volvió a alisarle el cabello. El gesto le salió tierno; los ojos, suaves.

—Sé que tienes miedo, pero has de confiar en mí. Alégrate: Peter está aquí. ¿Le recuerdas?

La imagen de un mozo espigado, de fino cabello oscuro, le acudió a la mente.

—Sí —concedió, vacilante.

—Entonces no estarás sola, ¿verdad? —le sonrió con los ojos, aunque no con la boca—. Coraje, amor. Volveré en tres semanas, acaso cuatro.

Con todo su corazón, Rosamund intentó creer que podría sobrevivir tanto tiempo en aquel lugar extraño sin él. No lo logró. Al cabo, solo habían pasado tres semanas desde su boda con Sebastian cuando él le dejó aquellas cicatrices. Armada con la obediencia cautelosa que la había mantenido viva en Langley, tal vez resistiría ese lapso.

—Júrame que no morirás en el camino y no me dejarás sola —clamó de pronto, presa de un pánico distinto.

Simon rió.

—Lo juro.

—¿Sobre qué? —apretó—. Aquí no hay nada sobre lo que jurar.

De nuevo se inclinó y rozó su boca.

—Lo juro por el amor que te tengo —murmuró contra sus labios—. Y ahora, tranquilízate, pequeña. Estarás bien pese a mi ausencia y, a mi regreso, haremos nuestros votos.

Con eso, se alzó del suelo y cogió una sobreveste de cuero, le dedicó una última sonrisa, apartó las cortinas que cercaban aquella porción de la estancia y desapareció.

Rosamund lo siguió con la mirada, desesperada, y se dejó caer contra el cabezal. ¿Cómo podía dejarla así, sin familia ni amparo? Ni siquiera sabía dónde estaba la bacinilla.

Tras el espanto se sintió cansada y, pese a su empeño por mantenerse despierta y alerta, se deslizó hasta tenderse de nuevo. Al instante, el sueño la tomó otra vez, arrastrándola a sueños turbios.

Cuando volvió a despertar, había una muchacha de no más de trece años sentada junto al lecho. Menuda y rubia, tenía la cabeza inclinada sobre el zurcido. Tarareaba mientras trabajaba. Como era necio temer a alguien de apariencia tan inofensiva, Rosamund se atrevió a estirarse. Al verla moverse, la niña alzó la vista y sonrió.

—Señora, estáis despierta —se alegró—. El señor Simon dijo que ya habíais recobrado el seso. ¿Creéis que podríais tolerar un caldo y un poco de pan?

—Preferiría la bacinilla —repuso Rosamund en inglés. Esta vez, se cuidó de moverse despacio para incorporarse.

La risa de la niña fue una risita aguda.

—¡Qué tonta soy! —exclamó, dejando la labor en un cesto a sus pies para ir a traer lo necesario—. Aquí, dejad que os ayude —dijo cuando Rosamund intentó alzarse.

Cumplido el trámite y de vuelta bajo las ropas, la criatura le dio una palmadita en el hombro.

—Ahora, si gustáis, iré a por ese caldo y la bebida.

—Si eres tan amable —murmuró Rosamund y el estómago le respondió con un gruñido al simple pensamiento de comida.

—No tardo nada —prometió la niña, y se volvió sin cerrar los cortinajes. Las anillas de madera tintinearon al apartar los paños que cercaban el lecho.

Aún peleando con sus temores, Rosamund la siguió con la mirada mientras cruzaba el suelo de tablas hacia una abertura que solo podía ser la escalera. La luz en la sala era difusa ya, lo que sugería que el sol estaba alto sobre la casa. Aun así, brillaba lo bastante como para permitirle ver, al otro lado, tras otro juego de cortinas echadas a un lado. Allí había otro lecho, con un hombre de cabello oscuro recostado en él. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo, como si estudiase el cielo de tela de su cama.

Un estremecimiento de miedo le recorrió el cuerpo. El hombre aún no la había visto, pero no tardaría en reparar en sus cortinas abiertas. subió las mantas hasta la barbilla. Estaba desnuda bajo ellas. Cierto, Simon no era Sebastian, pero dudaba que a ningún hombre le agradase que otro posase los ojos en su mujer.

Alargó una mano por detrás, tanteando bajo los almohadones. No había camisa escondida. Escudriñó los postes del lecho. No

colgaba de ellos ni sayo ni saya. Solo entonces comprendió que Simon la había dejado allí atrapada sin una sola prenda que llamara suya.

—Así que la querida de Simon despierta por fin —comentó el hombre de enfrente con sorna, sin alzar la cabeza.

Rosamund chilló, alarmada por el tono. ¿Esperaban los de Simon que ya estuviese en pie? ¿Y si la tenían por perezosa y la echaban a valerse sola mientras él estaba ausente?

—No quise dormir tanto —se apresuró a decir, conciliadora—. Estoy cierta de que mañana estaré mejor.

Él emitió un sonido grosero, alzó la cabeza y la clavó con la mirada. Donde el rostro de Simon era todo planos firmes y ángulos duros, acordes con un hombre en la plenitud de su vida, en aquel aún lingeraban blanduras juveniles.

—¿Qué me importa a mí cómo estarás mañana? Yo no lo estaré —escupió.

Rosamund lo miró, atónita, sin entender.

—Henry, guarda esa lengua ponzoñosa —se oyó la voz de una mujer desde lo alto de la sala. En el siguiente instante, apareció una mujer no más alta que Rosamund, emergiendo de lo que debía de

ser la escalera. Vestía en azules y grises, y se encaminó hacia Rosamund—. Serás amable con la mujer que mi hijo me ha traído.

Los dedos de Rosamund se aferraron a las ropas. ¡La madre de Simon! Lo poco de valor que pudiera quedarle se desvaneció, dejando solo el miedo. Cuanto más se acercaba la mujer, más se encogía ella entre los almohadones. Cuando la recién llegada se inclinó sobre el lecho para verla, Rosamund estaba hecha un ovillo contra los cabezales, como el ratoncillo que era.

La madre de Simon se detuvo a su vera. Como Matilda, el cabello se le había plateado con los años. Si la piel se le mantenía lisa pese al tiempo, el rostro estaba demasiado enjuto, y el dolor se le prendía en el ceño oscuro. Ya de cerca, Rosamund vio que las túnicas le venían grandes y las llevaba ceñidas como podía a la cintura. Ni una chispa de emoción había en sus ojos oscuros mientras sopesaba a su huésped postrada.

El terror le subió a la boca en palabras.

—Perdonad que haya yacido tanto —balbuceó—. Os prometo que mañana no lo haré.

Los ojos de la mujer se abrieron de asombro.

—Por supuesto que seguirás en cama —replicó—. Quien ha sido herida como tú ha de dar tiempo a que el seso halle su lugar en el cráneo. Te quedarás donde estás al menos una semana.

El alivio de Rosamund fue tal que se dejó ir contra el colchón. Lágrimas de vergüenza le nublaron la vista. ¿Por qué no había confiado en Simon cuando le juró que esto no sería como en Langley?

La compasión le suavizó la mirada a la mujer.

—Santa María, cómo te han tratado —dijo, con la misma ternura que enseñó a su hijo. Se le suavizó el rostro mientras apartaba mechones del de Rosamund—. ¿Has estado aquí con pavor de nosotros todo este tiempo? ¡Qué vergüenza por no haber venido antes! Cómo se te habrá antojado, pobre polluela, atrapada sin siquiera un harapo con que cubrirte.

El apelativo le sonó dulce a Rosamund.

—Anne de Beamont dice eso —murmuró, demasiado sobrecogida para alzar más la voz.

La madre de Simon sonrió.

—No me extraña, siendo mi sobrina. Mi hermana y yo abusamos del dicho. Sé que te llamas Rosamund, ¿sabes tú que yo

soy Alwyna?

—La madre de Simon —asintió Rosamund, más para convencerse de que aquello le estaba ocurriendo de veras que por necesidad de confirmarlo.

La sonrisa de Alwyna se ensanchó.

—No —negó, con un brillo pardo en los ojos—. Yo no parí a ningún Simon. Al hijo que traje al mundo lo bautizaron Richard, Richard de Beamont. Simon es lo que me sale cuando tartamudeo de rabia y no debería ni intentar hablar. —Su risa tuvo un filo de ironía—. Una vez dicho, él lo aceptó con tozudo orgullo y no lo soltó.

Rosamund solo pudo mirarla, pasmada. ¿Simon era el Richard de su visión misteriosa? La sensación de asombro creció hasta jurar que el corazón se le detenía en el pecho. Cerró los ojos. Simon era aquel por quien se le había ordenado vivir. Eso significaba que Dios sonreía sobre su unión y que podía llamar esposo a Simon sin temor. Significaba que el sacrificio de su madre no había sido en vano.

Una nueva y apacible vacuidad se adueñó de ella. Tardó un momento en reconocerla. Era libre. Sebastian no volvería a hallarla, porque el mismo Dios lo había dispuesto.

La sensación era tan pasmosa, la liberación tan absoluta, que no pudo soportarla. Cuando la negrura se alzó de nuevo, se dejó caer en su abrazo suave. Por primera vez en doce años, Rosamund durmió en paz.

Capítulo 16

Cuando volvió a despertar, el vientre de Rosamund gruñó con estrépito en protesta. Salvo por un débil hilo de luz que se colaba por la juntura de los cortinajes, una oscuridad de terciopelo la envolvía por completo. Permaneció quieta un instante. El único rumor que alcanzaba era el de la casa en reposo.

Rodó sobre un costado y abrió la cortina. Sobre un banquillo, junto al lecho, ardía una pequeña lámpara de aceite, su lumbre menuda danzando alegre mientras consumía la mecha. A su lado habían dejado una copa y un cuenco, con una cuchara apoyada junto a este.

Incorporándose, Rosamund tomó el cuenco. En lugar de un caldo ralo de enferma, era un estofado espeso, cuajado de trozos de cordero. Comió con avidez, y hasta bebió los últimos posos del caldo del propio cuenco; luego alzó la copa. Era vino aguado. Solo cuando

la apuró se percató de que sus movimientos no le causaban molestia alguna. En verdad, la vista le quedaba firme, sin rastro de vahído. Sí, para mañana bien podría estar bastante entera como para alzarse.

Satisfechas sus necesidades, miró más allá y distinguió un bulto a los pies de la cama. Atrajo el montón hacia sí y se le escapó el aliento. Ropa. Al hurgar en ella, descubrió, sorprendida, que no era solo una camisa y un ropón de cama: había dos sayas interiores sencillas y, además, una saya superior.

La maravilla creció cuando alzó la saya a la luz. Era de lino y bien hecha, con trama apretada al tacto. Teñida de un azul pálido, llevaba al bajo y en las bocamangas una recatada trenza en rosa y verde que cantaba a primavera. La alzó. Tenía una simplicidad de corte que le era mucho más grata que la gran vestidura que llevara en Beamont.

Al extender un brazo para medir el largo de la manga, sonrió. La madre de Simon se había tomado el trabajo de buscarle una prenda de su talla para que la tomase prestada. Un afecto cálido se encendió en ella. Nadie en aquella casa tendría nunca motivo para lamentar la generosidad mostrada a la mendiga herida que Simon

había descargado en su puerta. De algún modo, se prometió a sí misma, hallaría forma de pagarles a todos.

Al instante siguiente, la gratitud se le enturbió en culpa. Dejó la saya superior sobre el montón, alisando con las manos los pliegues. ¿Con qué derecho vivía allí como huésped cuando ella y Simon pensaban cometer adulterio e incesto bajo aquel techo? No halló respuesta. Inquieta, se recogió de nuevo bajo las ropas para aguardar la venida del alba.

Horas después, la despertaron las arrogantes exclamaciones de los gallos de Stanrudde. Con los cortinajes abiertos, vio cómo el amanecer trepaba por los paños divisorios, mudando de gris a rosa hasta el pleno dorado del sol. Una brisa jugueteó con las telas y trajo consigo el punzante olor de lana sin lavar.

A su alrededor, Rosamund oyó cómo despertaba la casa. Crujieron cuerdas de lechos. Alguien bostezó con gemido. Un juego de anillas corrió por su vara, anunciando a un madrugador.

Que los otros se movieran llevó a Rosamund a arrodillarse sobre el colchón. Alargando la mano hacia el pie de la cama, rebuscó en el montón hasta hallar la camisa. El cuello ancho se prestaba a vestirla sin levantarse. Siguió la saya interior, cuyo dobladillo más

largo se encharcó en torno a sus rodillas. Dejando sin atar las mangas ajustadas, alcanzó la saya superior.

Sonrió al mirarla de nuevo. A la luz del día era aún más hermosa. Cuando la culpa volvió a mordisquearle, la aplastó, renovando el voto de las horas previas. Cualquier yerro que ella y Simon cometiesen debía seguir siendo secreto si Sebastian no había de hallarla. Puesto que no podía compartir la verdad, trabajaría más duro para pagar las mercedes que esta casa derramaba sobre ella.

Tomó la saya y resbaló fuera del lecho. Por un instante el mundo osciló. Se aferró a un poste hasta que la vista se le asentó, y se enfundó la prenda. Alisándola sobre el cuerpo, arregló y reordenó las faldas en pliegues parejos.

Con estrépito, las anillas de los cortinajes del tabique se apartaron. Rosamund alzó la vista y vio a Alwyna. La madre de Simon le sonrió mientras entraba en el cubículo de telas, los dedos volanderos trenzándose el cabello. Del ceñidor le colgaban cintas y un par de medias.

—Vaya, no esperaba de veras veros en pie esta mañana —dijo, y luego evaluó la prenda que llevaba Rosamund—. Ajá, tengo mejor ojo para las tallas de lo que pensaba. El bajo os queda largo para

andar con desahogo, pero Els lo arreglará en un decir. Espero que no os pese llevar estas cosas. Os llevaría al sastre por algo mejor, pero pensé que convendría aguardar a que se os quitasen los moratones. No hay por qué darles harina a los molineros del chisme, ¿eh? —añadió con un guiño cómplice.

—¿Pesarme? —se extrañó Rosamund, confusa ante sus palabras y el guiño—. ¿Qué habría de pesarme? En verdad, no esperaba que me dejaseis tomar prestada una saya tan buena.

—¿Tomar prestada? —la sonrisa de Alwyna se veló—. Son vuestras, solo vuestras. Si es que las queréis, claro. No son más que ropa usada del ropavejero. Aun así, la tela es buena, aunque no sea de mis tejedores, y el tinte solo está un poco desvaído.

Segura de haber entendido mal, Rosamund la miró fija.

—¿Las habéis comprado para mí? ¿Son mías?

—Desde luego —repuso Alwyna, reflejando la perplejidad de Rosamund—. Viniste sin nada y dudé que quisieras andar desnuda. Toma —descolgó las medias, las cintas para ligarlas y una tira trenzada para ceñirse, y se las puso en las manos—. Hay un par de zuecos bajo el lecho —prosiguió—. Nuestro zapatero tiene la lengua guardada, de modo que le pedí que viniera esta tarde a tomaros la

horma. Aun con eso, tardaréis días en tener un par decente. Ahora, volveos y os ataré las lazadas.

Esta vez, el vértigo que sintió Rosamund se debió al asombro y no a la herida. Obedeció. Mientras Alwyna ajustaba las cintas de la espalda y de las mangas, Rosamund sonrió para sí. ¡Aquellas prendas eran suyas, suyas de veras! Cambiando con tiento de un pie al otro, contempló, regocijada, cómo la falda le arremolinaba en torno a las piernas. ¡Suyas!

Cuando Alwyna terminó, Rosamund se volvió, le tomó la mano y le estampó un beso rápido en el dorso.

—Oh, señora, gracias. Son prendas hermosas. Sabed que las cuidaré con especial esmero.

—Tonta —rió Alwyna, y la burla venía dulcificada por su buen humor—. Hay quien se contenta con muy poco. Y ahora, mejor llámame Alwyna, que yo también te tutearé desde este momento. No quiero que digan que trato como a una sierva a la esposa de mi hijo en su propia casa.

Las palabras golpearon a Rosamund como un mazazo. En una sola frase, Alwyna demostró que jamás sería como Matilda y,

además, le reveló que Simon había mentido a su madre sobre la identidad de la huéspeda. La culpa creció hasta ahogarle el júbilo.

—Como desees, Alwyna.

—Muy bien, muchacha —sonrió ella—. Y ahora que por fin nos hemos presentado como es debido, dime: ¿Te sientes con brío para bajar a comer, o quieres que Els te suba algo?

—¿Vas a sentarla a nuestra mesa? —el grito vino del otro extremo de la estancia.

Con él, la vida pareció escapar del rostro de Alwyna. La boca se le venció, y las ojeras se le ahondaron. Miró a Rosamund.

—Es mi hijo Henry quien habla —dijo con voz apagada y sin tono—. Te ruego perdón por él antes de que suelte otra palabra. Va a ofenderte. Sabe, antes de que lo haga, que ofende a cualquiera. Te lo suplico: no le prestes atención.

—¿Qué dices, madre? —bramó el hombre escondido—. ¿Qué patrañas le cuentas de mí?

Rosamund reconoció la voz del encuentro de la víspera. Delante de ella, Alwyna descorrió de un tirón los paños cercadores. Aquella línea de tela era lo único que las separaba del inválido en el rincón opuesto. En su cama, Henry respiraba con lo que parecían

sollozos. Madre e hijo se miraron un instante; luego Alwyna le dio la espalda y fijó la vista en la supuesta esposa de su primogénito.

—Entonces, ¿bajarás a quebrar el ayuno? —preguntó, en voz deliberadamente alta, como para asegurarse de que su hijo la oyera.

—Me agradará mucho —repuso Rosamund—. Es bondadoso por tu parte invitar a esta forastera a tu mesa.

—¿Bondadoso? —bufó Henry—. En absoluto. Mira cómo me ignora, mientras te miman por pertenecer al bastardo que ella adora. Cuando de su verdadero hijo se trata, su corazón es más duro que una muela de molino.

Los ojos de Alwyna se enturbiaron a pardo lodoso.

—Un poco de paz, Henry —pidió, sin volver la cabeza—. Solo eso pido. El día apenas empieza.

—¿Qué me importan días o faenas si lo único que me aguarda es otra jornada atrapado aquí arriba? —replicó.

El gesto de Alwyna se deshizo, apareciéndole surcos dolidos en las mejillas. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Volviéndose hacia él, abrió los brazos.

—Te lo ruego, Henry. Bien sabes que te daría mis propias piernas si hubiera modo.

Rosamund le lanzó una mirada a Henry y apretó la boca en una línea, reconociendo la táctica. Era un juego que había visto y sufrido en Langley mil veces. Henry había convertido el amor de Alwyna en el arma con que la hería; y la hería porque él mismo estaba herido. Tras el reconocimiento, llegó una indignación que no se dejó domar.

—¡Cómo se atreve! —le soltó al tullido, adelantando el paso para ponerse entre Alwyna y su hijo—. Debería sentir vergüenza por fustigar así a su madre.

Henry se irguió, ceño negro y ojos reluciendo de aversión.

—No me sermoneará la ramera de un bastardo —aulló.

A Rosamund, a quien Matilda le había curtido el pellejo hasta hacerlo armadura, no la lastimaron aquellas palabras; a fin de cuentas, ramera de un bastardo era exactamente lo que pensaba ser. No así a Alwyna. La madre de Simon soltó una exclamación de horror.

—Henry, no hablarás así a la esposa de Richard. En mi casa la tratarás con el respeto debido.

Rosamund se encogió ante el doble filo de esa frase. Henry arqueó las cejas al captar su reacción. Midiéndola con la mirada, se recostó de nuevo contra el cabezal, con una sonrisilla cruel en los labios.

Rosamund no le ofreció más que el alza del mentón. No tenía poder allí; el trato que Alwyna le dispensaba lo decía a las claras. Por tanto, nada había que temer de él. En cambio, tomó del brazo a Alwyna y la condujo hacia la escalera.

—¿Cómo osa hablarte así —le siseó a la madre de Simon mientras andaban—, cuando incluso yo, recién llegada, veo cuánto lo quieres?

Fue solo cuando Alwyna se le puso delante para empezar a bajar cuando Rosamund advirtió lo que había hecho. Sobresaltada y no poco turbada, tocó el hombro de su anfitriona.

—¡Oh, Alwyna! Perdona. No quise entrometerme.

Alwyna solo suspiró y le posó la palma en la mejilla sana.

—No; soy yo quien debe pedirte perdón. Me avergüenzan sus maneras, y doy gracias por tu cuidado de mí. —Lanzó una mirada hacia el lecho de Henry—. Sé que ahora cuesta creerlo, pero fue un muchacho alegre. Lo que yace ahí es alguien a quien no reconozco.

Si no estuviera tan desolada por su padre, y tan rendida, lo llevaría mejor.

El dolor le cruzó el rostro mientras hablaba.

A Rosamund se le partió el corazón por la madre de Simon. No solo cargaba con el peso de Henry, sino con el de toda la casa sobre sus hombros. En ese instante, Rosamund perdonó la partida de Simon. Había dicho verdad al afirmar que las necesidades de su madre eran apremiantes.

—Y aquí estoy yo, otra carga para atormentarte —murmuró, y añadió con más firmeza—: Mas no por mucho. Te lo juro, Alwyna: cada día estaré más fuerte. Dime ahora qué puedo hacer por ti —suplicó, alargando la mano para tomar la de ella.

La madre de Simon la estrechó en un abrazo rápido.

—Hija, que siquiera lo ofrezcas es un cielo —rió la mujer—. Por ahora, creo que exageras tus bríos. Todo cuanto preciso de ti hoy es tu compañía mientras quebramos el ayuno.

Rosamund sonrió.

—Como mandes, madre —repuso, tímida.

Alwyna le devolvió la sonrisa.

—Así mando. Ahora, pon la mano en mi hombro al bajar —dijo al iniciar la bajada—, para afianzarte si las piernas aún no te obedecen.

Obedeciendo a Alwyna, Rosamund la siguió, forzando a sosegarse la cabeza cuando el vahído volvió. Cuando Alwyna insistió en detenerse un momento, Rosamund alzó la vista por encima de la escalera. Con piernas o sin ellas, Henry, hijo de Alwyna, no volvería a ultrajar a la mujer que le dio la vida: así se lo prometió a sí misma.

Pasó la fiesta de San Juan, y con ella los bulliciosos festejos concluyeron en un sueño rendido para toda la casa. Para todos salvo Rosamund. Seis días no bastaban para curar sus cardenales, aunque ya se habían apagado en arco iris de colores. Peor aún: una jornada entera sola en la cámara alta, sin nada que hacer, la dejó desvelada y nerviosa. Por eso estaba sentada en un banquillo ante el hogar de la cocina, trenzando cebollas en una ristra larga, con nada más que los tizones al rojo y dos lámparas de sebo por luz.

Acabada otra ristra, la dejó caer sobre las demás y suspiró. Los pulmones se le llenaron de aromas picantes. El verano ofrecía su generosidad: albahaca, romero, menta, mejorana, salvia, díctamo y un tomillo punzante colgaban a secar de las grandes vigas del techo, soltando sus fragancias al aire. Pronto las ristras de cebollas se unirían a ellas.

Rosamund miró el bulbo en su mano y lo dejó rodar de nuevo al cesto donde yacían sus hermanos. ¡Señor!, vivir una mentira era mucho más arduo de lo que había imaginado. En lugar de alegrarse porque Alwyna no le había hecho ni una pregunta sobre aquella supuesta nuera, ni siquiera acerca de la paliza que tenía a su huéspeda tan amoratada, los secretos que llevaba dentro le bullían hasta la boca, reclamando ser contados. Rosamund inclinó la cabeza. Por mucho que desease huir de Sebastian, no soportaba vivir esta vida prestada.

—Oh, madre —exhaló para sí—, ¿para esto entregaste la tuya? Avergüenzo tu sacrificio siendo nada más que una farsa y una tramposa.

El pensar en la muerte de su madre le ahondó la punzada del pecho. Rodeándose el cuerpo con los brazos, Rosamund se meció en

el banquillo para no echar a llorar. Una tonada le acudió a los labios, una que su madre le cantaba de niña. La entonó muy quedo, tratando de espantar la amargura de la pérdida con los dulces recuerdos que las palabras despertaban. Al terminar, susurró una oración por el alma de su madre.

—¿Por qué no estás en cama?

Con un grito, Rosamund se volvió en el banquillo hacia la puerta de la cocina. Alwyna estaba allí, vestida solo con su ropón de cama.

—¡No os oí llegar! —Las necias palabras se le escaparon antes de poder morderlas.

—Soy de andar a escondidas —repuso Alwyna con una sonrisa breve—. Viene de perseguir a pequeños señoritos siempre en travesuras. Con la prenda flotándole en torno a su cuerpo demasiado delgado, Alwyna dio una patada para sacar otro banquillo de debajo del tajo de la cocina. Arrastrándolo hasta el escalón del hogar, se sentó junto a Rosamund.

Temiendo lo que Alwyna pudiera leerle en la mirada, Rosamund se echó al regazo un buen montón de cebollas y empezó otra trenza. Trenzó largo rato. Como Alwyna no decía nada, Rosamund se atrevió

a mirarla, y se le encogió el corazón. Alwyna la observaba. Había luz bastante para delatar los hondos anillos que se le aferraban obstinados bajo los ojos.

—Ah —dijo la madre de Simon—, ya lo barruntaba. Yo también busco faenas menudas cuando me aqueja el ánimo. Solo con las manos ocupadas soy capaz de ir desbrozando mis cuitas.

La sonrisa de Rosamund fue mustia.

—¿Y hallas respuestas mientras trabajas? —preguntó—. Si así fuese, enséñame el modo, que a mí no me ha valido.

Con una risa viva, Alwyna le tomó una mano y la volvió palma arriba y palma abajo, examinándola; luego negó con la cabeza.

—Mi hijo fue sabio al ocultarte aquí —dijo, volviendo a mirarla —. Los que te tuvieron antes no soñarían buscarte en una casa de gente llana. ¿Cómo es que no hay nada en ti que te delate como la dama que eres? Ni siquiera tu inglés suena ajeno.

El miedo le desgarró a Rosamund. Le bulló la mente al tratar de pergeñar una réplica, inútil empeño: era mentirosa sin remedio. Los hombros se le rindieron.

—Será porque no he llevado una vida tan fina como esta — acertó a decir.

La sonrisa de Alwyna fue rápida y amplia.

—¿No niegas mi afirmación de que eras una dama? ¿Ni siquiera te tienta saber cómo desmadejé el enredo? —El brillo jovial de sus ojos pardos le recordó a Anne—. En tu lugar, yo me moriría por saber qué me delató. Y que sepas que Peter no habló —añadió con otra sonrisa—, aunque bien lo intenté. Ese mozo será un eclesiástico de provecho algún día, pero ¡ni se te ocurra decirle que yo lo dije!

Rosamund solo pudo mirarla, con el corazón apretado de desesperanza y remordimiento. Le agradaba Alwyna. Si la madre de Simon llegaba a aborrecerla por la comedia que le representaban, sufriría de veras.

Tras un momento, Alwyna alzó una ceja.

—Bien, si no me lo preguntas, te lo diré igualmente —y, con eso, se deslizó a un francés normando fluido—: Solo sospechaba hasta que te oí cantar hace un instante. Esa canción me la enseñó Henry, el padre de Richard. Su madre se la cantaba a él, y complacía a Henry que yo, nodriza de Robert y madre de Richard, se la enseñase a sus hijos.

A Rosamund se le aguaron los ojos.

—Mi madre me la cantaba —repuso en la misma lengua—. Los cuentos y las canciones que me enseñó son ahora cuanto me queda de ella —la voz se le quebró en un sollozo.

—Ah, ma petite —dijo con tristeza Alwyna, abriendo los brazos en invitación—. Llora conmigo, que conozco tu pena.

El apelativo, familiar y en su propia lengua, le arrancó a Rosamund la última vacilación. Se dejó caer en el abrazo de Alwyna y dejó correr las lágrimas. La madre de Simon la acunó hasta que los sollozos amainaron; luego, deslizándole una mano suave por la espalda, le canturreó quedo:

—Háblame, ma petite. Veo cómo contienes lo que pugna por escapar. Dímelo todo y halla la paz.

Un gemido áspero se le escapó a Rosamund al zafarse del abrazo. Con el dorso de las manos se secó las lágrimas.

—No puedo —clamó—, si temo que me desprecies cuando termine.

—¿Qué podría haber hecho una criatura dulce como tú para merecer mi desdén? —repuso Alwyna—. Mi hijo no te habría elegido con el corazón si no fueras digna de su afecto.

—Eso dirías —saltó Rosamund, y la necesidad de verdad creció hasta derramarse—. Pero no sabes que estoy casada con otro. Aun así, Simon y yo viviremos aquí como marido y mujer. No es solo adulterio lo que cometemos, también incesto. Mi hermanastra está casada con lord Beamont.

Alwyna la miró un buen rato, pasmada, y luego rió. Fue una risa breve, llena de regocijo.

—Que estabas unida a otro lo sospechaba —dijo sin un reproche—. ¿Pero incesto también? Se ha enredado bien Richard, ¿eh? ¿Hay algo más? —preguntó con la misma llaneza.

—No —repuso Rosamund, confusa—. ¿No tienes nada que decirme?

Con los ojos brillantes, Alwyna le sonrió.

—Pues sí: bienvenida a mi casa, Rosamund de Stanrudde. Nunca tuve hija propia y me gusta compartir este techo con una mujer. La verdad, me alegra saber que hay alguien capaz de despertar la pasión de Richard. —Alwyna le guiñó un ojo—. Siempre fue, ya sabes, tan comedido y recto.

Aturdida por la facilidad con que Alwyna aceptaba lo que oía, Rosamund negó despacio.

—Pero él me tratará como a una esposa —musitó—. ¿No te duele que, en realidad, no sea más que su querida?

Inclinándose, la madre de Simon le posó una mano fresca en la mejilla.

—Dulzura, no dejaré que te llames así. Si lo haces, también me hieres a mí. Yo misma estuve con un hombre sin ser su esposa —dijo, aludiendo a su propio caso y al nacimiento bastardo de Simon.

—Perdón —se ahogó Rosamund—. Qué necia. Ese baldón pesa también sobre mi madre, pues yo también nací fuera del matrimonio.

A Alwyna se le agrandaron los ojos y se le abrió la boca.

—¿Hablas en serio? —casi exigió.

—Sí —repuso Rosamund, sorprendida por esa reacción.

Entonces, la alegría volvió al rostro de Alwyna. En un instante, la mujer cansada se desvaneció, y ante Rosamund apareció una moza alegre, de ojos chispeantes y sonrisa contagiosa. Esta vez, cuando rió, no hubo en el sonido la menor señal de fatiga ni pena. Solo esa risa fresca con la que, antaño, atrapó la mirada de su noble normando.

—Ah, Richard —llamó Alwyna a su hijo ausente—, ahora te entiendo mejor. Y no me extraña. —Posó los ojos en la mujer que un día compartiría el lecho de su hijo—. Rosamund, déjame llamarte hija. Entra en mi familia y déjame protegerte de quienes quieran hacerte daño, porque para mi hijo eres más preciosa que cualquier mujer sobre la tierra. Y por eso mismo te hallo más querida de lo que nunca hubiera imaginado.

Esta vez, cuando Alwyna abrió los brazos en invitación, Rosamund se arrojó a ellos, aceptando el milagro de su vida nueva. Bajo la dicha le prendió la determinación. Pasare lo que pasare, nadie volvería a arrancarle la alegría.

Capítulo 17

En cuatro semanas la determinación de Rosamund por aferrarse a su dicha no había flaqueado lo más mínimo. En verdad, no había sino crecido. Abanicándose contra el bochorno de una tarde de agosto, Rosamund estaba junto a Marta, al borde del arroyo que corría tras la propiedad de Alwyna. Desplegado sobre la hierba, ante ellas, yacía el mantel bueno de la casa. La grasa de un plato volcado aún marcaba el centro de la tela.

—Sigue ahí —amonestó Rosamund, lanzándole a Marta una mirada de reproche.

Marta se encogió de hombros; el amago de sonrisa se le apagó.

—¿No es hoy *Dies Mala*, de mala suerte? —aventuró, con la esperanza de justificar la persistencia de la mancha.

—Sabes bien que no —replicó Rosamund, conteniéndose de cruzar los brazos. Era su primer día con la saya superior color leonado y la saya interior amarilla que Alwyna le había comprado, y no quería arrugarlas—. No hay más días egipcios tras Lammas hasta fin de mes. Me parece más probable que ibas de prisa, queriendo ganarte una hora o dos con el aprendiz del panadero. No lo restregaste como te indiqué.

Un rubor que nada debía al calor del día prendió en las mejillas de Marta. La moza inclinó la cabeza.

—Lo intentaré de nuevo, señora —murmuró, lo que equivalía a admitir que Rosamund tenía razón.

Ocultando la sonrisa, Rosamund volvió hacia la casa por la ladera. «Señora». Cuánto le complacía que la llamaran así.

El placer le fue creciendo en satisfacción. En aquellas semanas, con pasos lentos y seguros, Rosamund había asumido el papel de la dueña de la casa, echando mano de todas las artes y tretas que Matilda estaba convencida de que su antigua nuera jamás aprendería. Alwyna quiso protestar que Rosamund hacía demasiado y demasiado pronto. Lo que Alwyna no sabía era que los primeros días bajo aquel techo habían curado el alma de su huésped y donde

el alma de Rosamund florecía, el cuerpo no podía menos que seguirla.

Al doblar la esquina del almacén, Rosamund pasó junto a los dos aprendices, afanados en sus quehaceres, y entró en la casa de Alwyna por la puerta trasera. Mientras aguardaba en la antecámara a que los ojos se le adaptaran a la penumbra del interior, oyó la voz de Peter fluir desde la sala de cuentas junto a ella.

—Hazlo por madre —rogaba casi el benjamín de Alwyna—. Es sencillo, ¿no ves? Esta raya significa veinte chelines.

—Esto es labor de escribano, no del señor de la casa —saltó Henry, con el filo amargo de la ira en la voz—. Madre no hace sino intentar encerrarme aquí. Bien, podrá tenerme preso, pero no puede obligarme a aprender lo que no deseo.

A Rosamund se le encendió una llama de justa cólera al oírlo atacar a Alwyna. Se asomó al quicio de la sala de cuentas y escrutó el pequeño aposento. Henry estaba ante la mesa de cuentas, el cuerpo ladeado en el escaño para fingir desinterés. Peter, con su propio asiento a medio caer, se apoyaba en la tabla, el dedo puesto sobre una de las líneas pintadas en la superficie. A su lado, el arca

de hierro de la casa aguardaba con la tapa cinchada de bronce alzada, lista para el cómputo que Henry debía hacer.

—Peter, malgastas tu tiempo —llamó Rosamund, con una sonrisa provocadora—. No creo que nuestro Henry tenga luces para entenderlo. ¿Quieres que te ayude, Henry? Solo has de recordar que hay doce peniques en un chelín y que veinte chelines pesan una libra. Ah, y mira siempre los peniques.

El rostro de Henry se oscureció, ceño hundido.

—¡Advenediza! ¡Muérdete la lengua o haré que te arrojen a la calle!

Rosamund se encogió de hombros ante la amenaza y alzó una ceja insolente.

—Ya lo habrías hecho semanas antes, si estuviera en tu mano.

—Rosamund —advirtió Peter—, solo empeoras esto. Vete ahora, o no acabaré con él antes de que suenen a Completas.

A Peter no le gustaba perder la última misa del día.

—¿Qué me importa lo que diga? —rechistó Henry a su hermano—. No es más estorbo que una pulga para un león.

Eso hizo reír a Rosamund.

—¿Soy una pulga? Entonces no olvides que, cuando la pulga pica, hasta el león se rasca.

La ira le torció la boca a Henry y ella sonrió con malicia.

—Mira qué alfiler luce en el pecho como si fuese una joya preciosa. ¡Pobrecilla! ¿No sabe que tales alfileres los hay por docenas? Si el bastardo la estimara de veras, le habría enviado algo mejor.

Antes de pensarlo, la mano de Rosamund voló al alfiler de plata del pecho. Se lo había enviado Simon por mano de un mercader de paso hacia su hogar. En el frente llevaba una inscripción francesa que ya sabía de memoria: «Mi corazón es tuyo por el tiempo de mi vida». Era cierto que no era un adorno propio de mujeres, pero Rosamund no podía desprenderse de él.

Segura como estaba del aprecio que Simon le guardaba, dedicó a Henry otro desdén de hombros.

—Si pretendes herirme, tendrás que afinar más. Recuerda que soy de gustos sencillos, la «fácil de contentar», o eso dice tu madre. Hablando de Alwyna —añadió, volviéndose a Peter—, ¿dónde está?

—Fue a visitar a una tejedora que tiene a su hijo malo. De allí pensaba ir a Vísperas y verse con Alfred.

—¡Él no! —gimió Henry—. ¡Por Dios!, cómo jadea ese batanero tras nuestro negocio. Casarse con madre no le significa sino tener paño continuo que batir. ¡Y tiene casi quince años menos que ella! Llamarle padrastro me revolvería las entrañas.

—Entonces, cásate con Clarice —saltó Peter, al borde ya de la paciencia—. Con su dote, madre no tendría que pensar en desposar a Alfred.

Un dolor cruzó fugaz los ojos de Henry; luego se le endureció la quijada.

—Sí… como si el padre de Clarice me la diera ahora. Nadie quiere un lisiado por yerno.

A espaldas de Rosamund, la puerta exterior se abrió de golpe y el mozo Will irrumpió en la antecámara.

—¡Vienen! —anunció el aprendiz, la cara encendida de alegría —. ¡Tom y el señor Richard han vuelto!

La emoción desgarró a Rosamund. Se abrió paso junto al aprendiz y corrió al patio. Una recua cargada de canastos iba entrando en fila. A la cabeza venían dos palafreneros. En uno montaba un hombre alto y enjuto; la otra silla venía vacía.

Olvidando todo lo demás, Rosamund saltó junto al jinete.

—¿Dónde está el señor Richard?

El hombre le ofreció un gesto y una sonrisa rápidos.

—Vos debéis de ser la señora Rosamund —dijo, deteniendo el caballo y desmontando. Entregó las riendas a un zagal de cuadra y se acercó—. El señor me mandó deciros que os aguardará en el establo exterior de la señora Alwyna —añadió en voz baja, como mensaje privado—. Y que, si preferís no ir, vendrá él mañana acá, sin tomar en su pecho ofensa alguna por vuestra ausencia.

Rosamund parpadeó, comprendiendo. Simon quería que canjearan votos ese mismo día, para empezar su vida juntos como marido y mujer. Un afáncillo de zozobra le royó por dentro. Por mucho que su corazón creyera conocer a Simon, apenas se habían tratado unos pocos días. Un nuevo miedo alzó la cabeza. Tras los votos, Simon querría yacer con ella, ansioso del alivio varonil que su cuerpo pudiera darle. ¡Santa María, cuánto dolía tal comunión!

A punto de hundirse en el espanto, la mano se le fue al alfiler. ¡Qué necedad la suya! Era Simon; su Simon, el que había combatido por ella, arriesgando vida y honra por comprarle dicha. Si un poco de dolor era el precio por darle cuanto él necesitaba, sea.

Se volvió y echó a correr fuera del patio, como si llevara alas en los pies. Esquivando transeúntes y parroquianos de taberna, voló por calles y callejas ya bien sabidas, alzando la mano para saludar al panadero. Bajó por la calle del tonelero, cruzó el callejón del zapatero y torció a la diestra, dejando atrás a los tintoreros. Buscaba la Puerta del Priorato, la puerta oriental de Stanrudde, llamada así por el convento cercano. Al cruzarla, la voz del portero, avisando que pronto cerrarían, le quedó flotando a la espalda en la brisa. Todas las puertas de Stanrudde se echaban al ponerse el sol y a Completas.

Acogida por la dulzura callada del Camino de Bristol, ya fuera de la ciudad, pasó junto a los huertos y árboles de los vecinos y avanzó sin titubeo. Nada más recobrar la salud, una de sus primeras ocupaciones había sido encargarse de la huerta de Alwyna, la que abastecía la casa de puerros y ajos. Aquel trozo de tierra se había vuelto su refugio. Aun un mes después, el incesante ruido y trajín de Stanrudde le dejaban los oídos y el ánimo deseosos de la mansa quietud del campo.

Como los mercaderes de lana precisaban acémilas, la mayor parte del cercado de Alwyna se daba a praderas, verdes y lozanas por un arroyo centelleante. Nogales escoltaban las riberas;

manzanos, los linderos. Como desde la partida de Simon, su montura poderosa pastaba entre las pocas ovejas de Alwyna. La mirada de Rosamund barrió del prado al establo en mitad de la heredad. De piedra blanquecina, sus paredes encaladas refulgían contra el pardo del techado de paja. No había señal de Simon.

Abandonó el camino y se encaminó hacia el establo, oteando tras sus muros hacia la huerta del fondo. Allí, el seto de grosellas y frambuesas que ceñía el cuadro ya no estaba tan enmarañado como cuando llegó a Stanrudde. Entre sus brazos se guardaba un cuadro amplio de hileras ordenadas: guisantes, nabos y remolachas. Hierbas, tanto de cura como de aliño, ondeaban sus frondes en la brisa fresca de la mañana. Desparramadas por el cuadro, en antojadiza hermosura, lucían las flores: caléndulas, violetas, peonías y rosas. Aquellas flores, destinadas al puchero, se reservaban para las comidas de compromiso con los pares de Alwyna, cuando hacía falta «ese algo más».

Con la cabeza gacha, en solo calzas y botas, Simon dobló la esquina del establo desde la parte de atrás. Un reciente remojón le dejaba la piel desnuda reluciente. El cabello, pegado hacia atrás.

La emoción volvió a prender en Rosamund.

—¡Simon! —lo llamó.

Él se detuvo. Al alzar la cabeza y mirarla, una sonrisa le tocó la boca. Fue bastante para hacerle a Rosamund remontar el ánimo. Corrió el trecho que faltaba hasta plantarse ante él, solo para que una timidez súbita echara raíces.

Era más alto de lo que recordaba. Sin camisa, los planos firmes del pecho y los duros contornos de hombros y brazos imponían. Un mes en casa de Alwyna le había revelado el parecido con Henry y Peter, pero en el rostro de Simon había una finura que faltaba en los otros. La piel, tostada por el verano, mostraba la marca del látigo de Matilda como una línea fina de sien a quijada.

—Has venido —dijo quedo, y en sus ojos pardos encendieron las motas doradas que ella recordaba—. No estaba seguro de que lo hicieras.

Mil cosas pugnaron por subirle a la lengua. Quiso contarle la felicidad hallada en la casa de su madre, cómo la aceptación de esta la había mudado. Quiso decirle el amor que le guardaba, porque él la había traído a esta vida nueva. En cambio, la timidez le ató los nudos de la voz. ¿Cómo podía conocerle tanto y, a la vez, no

conocerle nada? Al cabo, solo alzó los hombros. Tan pobre respuesta no pareció contrariarle; su sonrisa se ensanchó.

—Mírate —dijo, indicando con un gesto sus vestidos nuevos—. Te juro que ahora estás aún más hermosa que cuando llevabas la riqueza de Beamont.

Fue su aprecio por las sayas, y el orgullo que representaban, lo que le soltó la lengua.

—Son mías —dijo, tomando las faldas para girar ante él—. Tu madre las pagó, pero dice que me las gané con mi propio trabajo a su servicio.

—¿Ah, sí? —repuso, y en esas palabras cabían satisfacción, alivio, gratitud y más; entonces alargó la mano.

Rosamund se puso tensa, aguardando que la atrajera a su pecho. En lugar de ello, Simon rozó con los dedos el alfiler que él mismo le enviara. Avergonzada de su sobresalto, disimuló cambiando el peso de un pie al otro.

—Eh, eh; esto era para un manto, no para una saya —la reprendió entre risas—. Si hubiera sabido que querías una bonita pieza de oro y piedra para lucir, te habría mandado eso y no esto.

—No —saltó Rosamund, casi áspera, llevándose la mano para resguardar el prendedor. Él la miró sorprendido—. No —repitió más suave, y sonrió—. Las palabras de este alfiler valen más que cualquier oro o piedra.

El gesto de Simon mudó: la sonrisa se le volvió secreta y cálida, y los ojos, oro puro.

—¿Sí? —preguntó, con voz honda de emoción—. Pues las añadiré a mi juramento cuando te lo dé.

Esta vez, tendió la mano, invitándola a tomarla. Como en el claro, Rosamund volvió a contemplar aquella mano: dedos largos y afilados, fuerza que irradiaba de la palma encallecida. Era su propia salvaguarda y su dicha lo que veía allí.

Suspirando, contenta, puso la suya en la de él. Cuando los dedos la envolvieron, el pulso le brincó a otro compás. Al atraerla a su abrazo, se le cortó el aliento en el pecho. Bajo su guía sutil, apoyó la frente en su hombro, mientras él le alisaba la espalda en una caricia larga y pareja.

Al cabo de un momento, él se apartó para estudiar de nuevo su rostro. Con el índice rozó la fina cicatriz que ascendía desde el pómulo hasta perderse bajo el amparo de la toca.

—Me regocija verte restablecida —dijo, con un calor nuevo encendiéndole la mirada. Acarició la toca un instante—. ¿Te la quitarías y soltarías las trenzas para mí?

Era una petición de gran intimidad, pues solo un marido contemplaba el cabello suelto de su esposa. Para asombro de Rosamund, bajo el brinco nervioso del estómago despertó un calor naciente. Deshaciéndose de su abrazo, se quitó el tocado. Dejó el lienzo de lino y la correa de cuero que lo sujetaba sobre un claro de tierra limpia junto a sus pies; luego liberó una trenza y después la otra. Ondulado por el trenzado, el cabello le cayó a la espalda, más abajo de las caderas.

Simon alargó la mano y alzó un mechón.

—Es como oro hilado —murmuró—. Rosamund, eres tan hermosa… ¿De veras estás dispuesta a entregarte a un hombre como yo?

Sobresaltada por el tono casi temeroso, le alzó la vista. No se le había ocurrido que él también albergara dudas sobre lo que pretendían hacer, y sin embargo allí estaban, en la tensión de sus ojos, mal ocultas tras el gesto medido. Solo dos veces antes le había visto el miedo: la primera, en la torre de Beamont, cuando temía

que ella rechazase su afecto; la segunda, aquí en Stanrudde, justo antes de su partida, cuando temía que ella despreciase la vida que le ofrecía.

Que él pensara que ella no querría estar con él alivió mucho la aprensión de Rosamund por lo que debía venir. Pero, si sus propios temores tenían fundamento, los de él serían más fáciles de apaciguar. Simon era un hombre atado por su fe en juramentos y votos. Una vez que le oyera jurar su amor, no volvería a dudar de sus afectos.

—¿Cómo puedes siquiera soñar que te rehusaría? —preguntó con una sonrisa—. Mi corazón es tuyo desde aquel primer día en el claro, cuando dijiste que debí haber sido tuya. —Le tomó las manos —. Richard Fenwick de Beamont, te entrego mi amor, mi corazón y mi alma, sabiendo bien el precio que pueda costarme. Toma el afecto perdurable que te profeso y dame el tuyo.

Simon sonrió; sus ojos se hicieron ámbar. Esta vez la atrapó contra sí, alzándola del suelo en su abrazo. Aunque no la besó, la sostuvo de modo que pudiera mirarla de frente.

—¡Ay, amor! No sabes cuánto me atormentó pensar que volvería para hallarte odiándome por lo que te hice.

—¿Lo que me hiciste? —replicó Rosamund, sorprendida. No toda la sorpresa venía de sus palabras; mucho nacía del gozo que le daba estar sostenida por él—. ¿Qué me has hecho sino darme la libertad? Ten por cierto que tengo por precioso y querido este vivir que tú y mi madre me comprasteis.

Su sonrisa la deslumbró; su risa sonó libre y clara.

—Por ello doy gracias a Dios —murmuró, y posó la boca sobre la de ella.

A Rosamund se le cortó el aliento ante la caricia leve. ¿Cómo pudo olvidar el gozo maravilloso de sus labios? Frente a eso, casi parecía imposible pensar que no habría, al menos, algo de lo mismo cuando llegara la hora de consumar sus votos.

Al instante siguiente la bajó hasta que sus pies tocaron de nuevo la tierra. Cuando la soltó, a ella casi se le escapó un suspiro de pena. Le tomó las manos, entrelazó sus dedos y dio un paso atrás, aún sonriendo.

—Veo que alguien te dijo mi verdadero nombre.

El recuerdo de su encuentro con el Altísimo le recorrió la espalda en un estremecimiento.

—Sí, y no me creerías si te contara quién —murmuró; luego frunció el ceño—. Si te llamas Richard, ¿cómo viniste a ser Simon? Todo cuanto dijo Alwyna fue que era un nombre nacido por la ira.

Simon sonrió, entre irónico y divertido, pasándose los dedos libres por el cabello húmedo.

—A veces los mozos son tercos y necios y no ven más allá de sus narices. Me agravié cuando el testamento de mi padre no me nombró, como había prometido. Por despecho rehusé el nombre que me diera. Mi madre montó en cólera. Quiso preguntarme, en su furia, si solo había sido «temporalmente Richard». Pero tartamudeó tanto que lo que salió fue si yo era «Si-si-si-no-no-no». —Rió—. Deberías haberla visto resoplar y chisporrotear cuando hice mi nombre de su tartamudeo.

—Ah —dijo Rosamund, sonriendo—. Ahora que conozco a Alwyna, puedo verla hacer tal cosa—. ¿Y cuál prefieres?

—Cualquiera —respondió al punto—. O llámame, simplemente, tu amor, si así gustas.

—Siempre serás mi amor, pero me gusta Simon —contestó sin vacilar—. Me gustó desde que lo oí por vez primera, y «Richard» es casi tan común como «William», y pienso que no hay nada común

en ti. —Le sonrió; la timidez la golpeó de nuevo, con fuerza renovada. Bajó la mirada al latido de su pulso en el cuello—. Ya te di mi voto. ¿Compartirás el tuyo conmigo?

Él apretó sus manos; Rosamund alzó otra vez la mirada y le vio forcejear con las palabras. Al cabo, el gesto se le ablandó y la boca se le curvó.

—Le he dado muchas vueltas a lo que debía decir, y nada parecía igualar lo que siento. Lo que al fin compuse ahora me parece pobre —se excusó.

—Di tus palabras —le animó—. Para mí no pueden ser pobres.

—Como quieras, amor —sonrió, nervioso—. Rosamund de Stanrudde, desde este día serás mi propio amor, para tenerte y guardarte. Te sostendré en la enfermedad y en la salud, en riqueza y pobreza, despreciando a todas las demás y ciñéndome tan solo a ti. Guarda estas palabras como mi voto solemne.

Las palabras le sacaron una sonrisa.

—Son unas palabras que atesoraré siempre.

—Como yo a ti. —Soltó sus manos para hundir los dedos en la caída pesada de su cabello, a ambos lados del rostro.

Rosamund tembló, sin saber si de miedo o de anticipación. La iba a besar otra vez. Una ligereza súbita le recorrió el cuerpo y las rodillas se le aflojaron. Para afirmarse, apoyó las manos en la ancha dureza de su pecho y alzó el rostro, ofreciéndose. El roce de sus labios fue suave, pero le despertó una llamarada de placer. Como en la torre de Beamont, movió la boca bajo la suya. La aspereza de la barba en la mandíbula le fue grata, pero sus labios sabían a manzanas; ¡mala cosa, había estado mordiendo fruta!

Un instante más y levantó la boca de la de ella para besarle la mejilla y el hueco donde la quijada se une al cuello. El aliento de Rosamund se rompió cuando una sensación extraña le atravesó el cuerpo. Con un ladeo de la cabeza le ofreció toda la garganta para esa misma caricia. Él aceptó la invitación, la boca bajándole de la mandíbula al hombro, los dedos peinándole el cabello mientras la besaba.

El placer subió, tañendo un calor desde el fondo del vientre, y un sonido grave se le escapó de la garganta. De nuevo, su boca regresó a rozar la de ella. Aquel roce juguetón, carne con carne, le arrancó un jadeo. Se dejó ir contra él, entregándose a las líneas firmes de su cuerpo.

Él la ciñó y, despacio, con suavidad, la fue acercando más, apretándola con firmeza creciente. Las manos de ella se abrieron sobre la forma de su pecho; las palmas le ardían como si la piel desnuda debajo estuviera caliente, y el corazón se le alzó a acompasar el latido del de él, que le golpeaba bajo los dedos. La presión de su boca hízose más honda; el nuevo empuje le hizo sentir como si los huesos se le derritieran. Cada pulgada de su ser parecía estar en llamas. De un lugar escondido, muy adentro, brotó un calor nuevo, abrasador. Creció hasta trocarse casi en la sangre de sus venas y la dejó aturdida. Se movió contra él, y aquel gesto leve le hizo cosquillear todo el cuerpo. A su movimiento, la boca de él se ladeó sobre la suya, ahora con urgencia, recia de necesidad. El brazo le apretó, pegándola aún más.

El miedo salió rugiendo de su escondite. Estaba aplastada contra él, sepultada bajo su ansia. Viejos recuerdos de desgarrones y ardores no se dejaron acallar. Con un gritito ahogado, lo empujó. Al instante él la soltó. Ella retrocedió a trompicones.

Él no intentó sujetarla; solo extendió la mano.

—Rosamund —aliento hondo—, vuelve.

Ella miró aquella mano, y el amor que representaba. La vergüenza, el pavor y el desprecio de sí la llenaron. Se le nublaron los ojos. Después de todo lo que él había hecho por ella, ¿por qué no podía darle, libre, lo que él precisaba?

—Amor, ¿por qué huyes? —preguntó él, y no había sino mansedumbre en su voz.

—Tengo miedo —susurró, humillada, sin atreverse a alzarle la mirada.

El silencio se alzó entre ambos, punteado por el zumbido blando de insectos y el trino de una alondra. La brisa le levantó el cabello y jugueteó con las mangas anchas de la saya superior. Atraído por la quietud, un ratón corrió hacia el zapato de Rosamund, chilló asustado y se escabulló.

—¿Me temes a mí? —preguntó por fin, con un filo tenso.

La idea de haberle ofendido era más de lo que podía soportar.

—No —exclamó—. Temo el dolor de lo que ha de pasar entre nosotros.

No había querido decir tanto. Mordiéndose el labio inferior, se atrevió a mirarlo. Para su absoluta sorpresa, él sonreía. Mientras a

Rosamund le entraba el alivio, una punzadita de irritación despertó: ¿le hacía gracia su miedo?

Él estiró la mano y le tocó con un dedo la punta de la nariz.

—Amor, si no me temes a mí, hay remedio para lo que te aqueja. Aquí estamos a salvo. Ven dentro y déjame mostrarte que lo que ocurre entre nosotros nada tiene que ver con el dolor o el miedo.

Esta vez, cuando le tendió la mano, ella la aceptó. Rosamund dejó que la condujera al establo. Se detuvo apenas dentro para recoger la manta que había usado por lecho en sus jornadas, y la llevó hasta el fondo del edificio pequeño.

Sin acémilas en verano, el establo estaba vacío y limpio; dentro, el aire era benditamente fresco. La luz del sol se colaba por las ventanillas cuadradas abiertas en los muros, cortando la penumbra en haces oblicuos. Donde el calor tocaba la paja, levantaba motas de polvo en danza aérea. Él se detuvo en el último rayo. Sin soltarla, pateó la paja hasta hacer un montón mullido y tendió encima la manta. Cuando terminó, le alzó la mano a los labios, besándole los dedos, y la soltó.

Rosamund lo miró, confusa, mientras él soltaba las ligas de las calzas y se descalzaba de las botas blandas. Un instante después desató la cinta de las calzas y se las bajó. Quedó solo con las bragas.

—Si me quito esto, ¿huirás? —preguntó, con la mano en la cintura de la prenda.

—¿Huir? —repitió ella, sin entender. ¿Adónde habría de huir de aquel que era su amparo?—. ¿A dónde iría?

—No lo sé —repuso—. Solo recuerdo nuestro beso en el claro, después de sacarte FitzGerald. Vi entonces que temías mi toque, pero que, tras el beso, te sorprendió hallar placer en él. En la torre de Beamont fue lo mismo, salvo que fuiste tú quien me besó. ¿Lo hiciste temiendo lo que mis manos provocarían?

—No —negó Rosamund con la cabeza—. En la torre, solo sabía que habría placer entre nosotros. Lo ansiaba, pensando que no tendría ocasión de besarte de nuevo después de aquel día.

Él sonrió, aún con las manos en las bragas.

—Ah, entonces por experiencia aprendiste que mis besos no duelen. Ahora has de enseñarte que lo que compartimos no te

causará dolor. —Dicho esto, se despojó del paño de bragas y lo dejó a un lado, mostrándose a ella sin ocultar nada.

Rosamund aspiró hondo, sorprendida. La luz acariciaba el desnudo de su cuerpo: el vigor de las piernas, el subir y bajar del pecho ancho, la evidencia de sus brazos poderosos y manos gentiles. La mirada siguió la leve senda de vello que nacía en el vientre y descendía para ensancharse y ceñir la parte más varonil de él. No poco inquieta, alzó de nuevo los ojos, sobresaltada.

—¿Qué haces? —exclamó; lo que quería preguntar era qué esperaba él de ella.

Simon solo sonrió.

—Rosamund —dijo quedo—, tócame, con la certeza de que no te tocaré hasta que me des licencia para ello. Cuando estés en paz con mi cuerpo, podrás yacer conmigo sin miedo. Si te resulta demasiado difícil vencer tu temor, di que no, y lo honraré, y seguiré amándote.

—Ven, amor —la animó, cuando ella aún lo miraba atónita—. Ven a descubrir que hay placer para ti en tocarme.

Capítulo 18

A Rosamund se le abrieron más los ojos ante sus palabras. ¡No podía hablar en serio! No había placer posible para una mujer al yacer con un hombre. Eso lo sabía cualquiera. ¿Acaso no predicaba todo sacerdote que, por el gravísimo pecado de la primera mujer en el jardín, todas las que vinieron después cargaban con el dolor del ayuntamiento y del parto?

Pasó un instante de silencio, luego otro. Él seguía ante ella, aguardando. Rosamund se abrazó a sí misma, los dedos clavados en los brazos. Se mordió el labio, consternada. Simon la miraba aún, con las cejas alzadas, como si de veras esperase que lo tocase.

Pese a su confusión, le quedaba fresco el recuerdo de cómo le había besado en la cámara de la torre. Entonces, como ahora, él había jurado no tocarla. Eso significaba que no la aferraría ni forzaría, que no ignoraría su ruego ni la heriría. Quizá tuviera razón.

Si llegaba a familiarizarse más con él, quizá soportaría mejor lo que debía acontecer entre ambos.

Despacio, extendió la mano y posó un dedo en el hueco donde el cuello se une al hombro. Simon cerró los ojos, y las comisuras de la boca se le alzaron apenas. No hizo otro movimiento ni sonido.

Con la yema, siguió la poderosa caída del hombro, y de allí la curva recia del brazo hasta el pliegue del codo. La piel era suave, desmintiendo la fuerza dura que se adivinaba debajo.

Alisó el vello del antebrazo y dejó descender el dedo hasta delinearle el pulgar. Cuando dibujó un círculo leve en la concavidad de la palma, Simon exhaló un suspiro largo y silencioso. Una llamarada la atravesó. Le hormigueó el dedo. Qué extraño, que tocarle a él la hiciese sentir a ella como si la tocasen también.

Avanzó un paso y posó ambas manos en sus hombros, deslizándolas despacio por el pecho. Las palmas apenas rozaron la carne. Le supo a seda fina bajo la piel. Un extraño latido despertó en su centro, haciéndole correr olas de calor. Con ellas le ardieron las mejillas, y la sangre se le acompasó al mismo compás.

—Eres blando —murmuró.

Simon abrió los ojos y rió quedo.

—Vaya cosa para decirle a un hombre.

Rosamund frunció el ceño, confusa.

—¿Qué habría debido decir?

El brillo del placer y la broma le prendió en la mirada.

—Que me preguntes por cada cicatriz, para contarte mis mil gestas valerosas. Que digas que mi pecho es de hierro y mis brazos, de acero. «Blando» es para mozalbetes y viejos gordos.

Lo miró un momento y sonrió.

—Me estás tomando el pelo.

—Así es —admitió, con una mueca risueña.

Tenía los ojos cálidos, dorados, y ella suspiró ante su belleza. Cuando apoyó la yema en su boca, él la besó. La sensación fue tan convidante que no pudo resistirse: alzándose de puntillas, se arrimó y posó los labios en los suyos, presionándolos ora así, ora asá. Bajo sus manos sintió temblar el pecho, respondiendo a su pequeño juego.

De súbito, dejó de ser juego. Desde muy adentro ascendió una necesidad acerba. Le rodeó el cuello con los brazos y se apretó

contra él, ladeando la boca sobre la suya y moviéndola para alimentar el vacío doliente que llevaba dentro.

Él dejó oír un sonido hondo; alzó los brazos como para estrecharla, y se contuvo. Ella sintió tensarse pecho y hombro en la lucha por no abrazarla. Aun así, su boca tomó la de ella, y el beso se fue hondo hasta obligarla a apartarse, jadeante.

Rosamund dejó caer la frente en el recodo de su cuello, los labios apoyados en su hombro. Le supo salado y dulce. Hundió una mano en su cabello mientras con la otra le acariciaba la nuca. Si tanto bien hacía esto, ¡cuánto más maravilloso sería tocarle con toda la piel!

Espantada de un pensamiento tan desvergonzado, lo soltó y retrocedió un paso, tambaleando. Sin pensarlo, bajó la mirada a su verga. Se quedó pasmada. Sin ninguna de las artes que Sebastian precisaba, había engrosado y se alzaba como si tuviera vida propia. En verdad, era ya más larga y dura que cuanto la de Sebastian lograra jamás.

—¿Cómo hace eso? —susurró, tendiendo un dedo para tocarle la punta.

—Por amor de ti —repuso Simon, sin más; y gimió cuando ella deslizó la yema a lo largo—. Amor, me muero por ti. No me toques tanto así o no podré darte el placer que mereces. —La voz salió suave, pero ella oyó en ella cuánto le costaba domeñar el ansia del alivio que su cuerpo le ofrecía.

Aun así, no resistió rozarlo otra vez.

—Es blando y duro, como tú —murmuró, mirándolo estremecerse, como si tuviera sentidos aparte de su dueño. Prendida en el asombro, posó la palma en la punta y bajó la mano por la cara externa. La piel de debajo era aún más suave que en parte alguna.

Él se tensó. Ella le alzó la vista, temiendo haberle hecho daño. El rostro de él estaba tirante, los ojos cerrados. Lo observó mientras desandaba con la mano el camino hasta la raíz. Él ahogó un jadeo corto. Ella sintió el calor de su placer contra la palma.

Él abrió los ojos y la miró.

—Por favor, amor, quisiera… —las palabras se le quebraron en un gemido bajo cuando la mano de ella cerró en torno a su virilidad —. Jesús, chiquilla, me harás derramar la simiente si no cesas. Te lo ruego. Quiero sentir tu piel contra la mía. ¿Me tocarás con tu cuerpo?

Las palabras le hicieron temblar. Volvieron las muchas prédicas de Matilda contra tal cosa, con sus promesas de pecado y condena. Rosamund cerró de golpe la puerta a la voz de Matilda. Si Simon se lo pedía, lo haría. ¡Oh, sentir toda su piel moverse contra la de él y no solo sus manos! La sola idea le corrió en ondas gloriosas.

Lo soltó para desatarse las cintas y despojarse de las sayas, junto con la camisa. Colgó con mimo las prendas queridas del mango de una horquilla; se quitó los zapatos y se arrolló las medias. Al alzar la vista, Simon la miraba con los ojos a medio cerrar, luchando con su anhelo.

—Por todo lo santo —exhaló—, juro que eres la mujer más hermosa que vi jamás. —La caricia de su mirada recorrió la redondez de los pechos y la línea esbelta de la cintura; luego suspiró—. Dime que no me crees capaz de lo que él te hizo.

Rosamund bajó la vista al vientre y a las cicatrices que lo cruzaban. Cuando la alzó de nuevo, fue con una sonrisa segura.

—Nunca —dijo—. Antes morirías que herirme a sabiendas; de eso estoy segura.

Asintió, aliviado.

—Bien. Temí que me creyeras como él —susurró—. Ven, amor, tócame otra vez.

Dos pasos la pusieron pie con pie frente a él. Le echó los brazos al cuello y se pegó a su cuerpo. Así quedaron, sus pechos aplanados en su pecho, sus muslos contra los de él. Le ardía cada pulgada del cuerpo de puro gozo al sentirlo. Contra su vientre latía el calor duro de su virilidad. Aun aprisionada entre ambos, trató de moverse. Aquellos inútiles esfuerzos la hicieron sonreír.

—Creo que tu vara me ha cobrado querencia —le susurró a la garganta.

—No menos que el resto de mí —replicó bajo—. Por Dios, te juro que muero si no me besas.

—¿Dónde? —preguntó ella, besándole el cuello, luego la base de la garganta. Las manos le aflojaron mientras besaba la anchura del pecho, y los dedos buscaron las curvas de los hombros.

Él gimió. Su boca fue descendiendo al tiempo que ella se arrodillaba. Le besó las costillas, el llano del vientre; las manos resbalaron de los codos a los antebrazos. Su carne de mujer se le calentó y humedeció cuando bajó más para besar la curva del

abdomen. Que tocarlo así le trajera tanto gusto fue una revelación. Cuanto más lo tocaba, más lo ansiaba.

Le dibujó círculos en las palmas con las yemas. El fuego dentro creció hasta casi consumirla. Posó los labios en la base de su virilidad. Los dedos se entrelazaron.

Al gustar aquella piel, Rosamund inhaló viva. La urgencia la anegó y, con ella, una chispa de diversión al ver cómo respondía al beso, duro y altivo. ¿Cómo podía un simple ósculo hacer bailar algo tan recio?

Simon volvió a gemir, apretándole las manos.

—Para, te lo ruego —suplicó, ronco—. Por Dios, cesa. Cuando juré no tocarte no sabía que serías tan pronta a zaherir. Te lo pido, amor. No me robes la ocasión de amarte.

Rosamund alzó la vista. ¡Cómo la deseaba! Lo vio en los ojos, en la curva de la boca, en la línea tensa de la mandíbula y en los tendones del cuello. Pero no la tomaría hasta que ella le diera licencia. Le había hecho la elección suya, y había llegado el momento de escoger.

En aquel instante, no quiso otra cosa que su boca en la suya, con toda la pasión que sabía que él podía dar. Se puso en pie, soltó

sus manos y le hundió los dedos en el cabello. Le rozó los labios.

—Entonces, ámame —suspiró, apenas tocándose—. Te libero de tu voto.

Él la prendió con un gemido en un abrazo feroz. La boca le barrió la suya; las manos guiaron la suya sobre él. Ya no había miedo en ella, sino una necesidad profunda que sabía que su tacto colmaría.

Le besó la garganta y se inclinó hasta tomar en la boca la punta de un pecho. Ella gimió cuando oleadas de dicha la recorrieron. Le enroscó los dedos en el cabello, reteniéndolo cuando él habría pasado a otra parte. Cuando al fin la soltó, fue para hincar la rodilla y posar la boca en el lugar donde sus labios bajos se cerraban. Ella gritó, atónita. Matilda le había prohibido con dureza aquel mimo, vedándole permitir jamás a Sebastian tales libertades.

—No —alcanzó a decir, mientras su lengua sobre la carne más sensible la hacía temblar—. No deberías.

Él besó donde el muslo se curva en la cadera.

—¿Por qué? —susurró contra la piel—. ¿Habría de consentirte que me hicieras esto y no devolverte el favor? ¿No te gusta?

—Sí —admitió Rosamund—, me gusta mucho. Pero ¿no es pecado?

Él se echó atrás, la miró y sonrió.

—¿Cómo puede el amor ser pecado? —preguntó; y le rozó el vientre con la boca.

—¿Esto es amor? —exclamó, sorprendida. Al instante siguiente, la estupefacción se deshizo en entendimiento: aquel tocar era modo de decir sentimientos que de otro modo quedarían presos en el pecho.

—Sí —repuso, tomándole la mano y tirando de ella hasta ponerla de rodillas frente a él. Con el rostro de ella entre las manos, le posó un beso suave en la frente—. Ahora deja que te muestre cuánto te amo.

—Muéstramelo —suplicó.

Él se recostó en la manta y su boca reclamó la de ella. En un abrir y cerrar, ella yacía sobre él, con sus piernas entre las de ella. Cuando la punta de su virilidad rozó el centro de su ser, Rosamund se tensó. La postura, tan nueva, la hizo no esperar que él intentase la entrada. Se quedó inmóvil y se dispuso para lo que viniera. Un

instante después, y para su asombro, lo tenía dentro por entero, sin el menor dolor.

La certidumbre increíble de aquella unión le barrió el pensamiento. Su boca buscó la de él con pasión propia. Sintió el impulso de moverse y lo siguió. Una ola de puro gozo la inundó. Era maravilloso. ¡No; magnífico! Volvió a moverse. Él gimió, el sonido vibrándole en el pecho.

Otra vez el placer se le disparó por dentro. Luego, la necesidad de moverse sin freno fue demasiado para negarla. Rodeándole el cuello con los brazos, Rosamund se dejó anegar por las sensaciones que ella misma despertaba. Sus bocas se fundieron en un beso encendido que solo avivó lo que le henchía el vientre. Ola tras ola de deleite la acometió, cada cual llevándola a buscar la siguiente.

Él le enterró las manos en el cabello y apartó la boca de la de ella. El aliento le salió recio y rápido mientras le besaba la frente, los ojos, la oreja. Aquel fervor suyo solo acrecentó el gozo de Rosamund.

Murmuró algo, en voz baja y honda; ella ya no pudo entender. En cambio, clamó cuando lo sentido fue demasiado para contenerlo. Los temblores la sacudieron hasta que la plenitud de llevarlo dentro

estalló en algo aún mayor. Se quedó rígida ante ello, incapaz siquiera de respirar.

Simon se tensó debajo, y de pronto se lanzó en ella. Con una claridad cegadora e instintiva, Rosamund entendió que él buscaba alcanzar lo que ella acababa de conocer. Un poder que jamás tuvo la llenó, porque podía dárselo. Alzándose sobre él, comenzó a moverse, tanteando hasta hallar el compás que lo hizo clamar.

Cuando lo hizo, fue aferrándole la cintura, urgéndola abajo, como si quisiera hacerlos uno. Arqueado, con el aliento a grandes, sollozantes bocanadas, la embistió una y otra vez, hasta que Rosamund juró sentirle la simiente latir dentro. Con un último grito propio, se desplomó sobre él, más allá del pensamiento y del movimiento.

Aún jadeante, él se aflojó bajo su peso. Rosamund suspiró en dulce neblina y se le pegó más al cuerpo. El latir apresurado de él fue amansándose al compás que el aliento se le calmaba.

Sonrió. ¡Pensar que no solo podía darle placer, sino complacerse a sí misma! Volvió el rostro a la hendidura del cuello y le posó un beso en la garganta. Simon se estremeció y la ciñó aún

más. Para su asombro, no se sintió ni atrapada ni forzada: solo deseada, necesitada y, sobre todo, amada.

Perdida en la sorpresa, la mente se le fue. Simon tenía razón: aquello era el habla del cuerpo para decir el cuidado que se profesaban. En ese instante Matilda y el cura FitzGerald quedaron al descubierto por mentirosos o necios: no era natural que una mujer conociese dolor con su marido. Ni debía haber pecado en desear al hombre que amaba. Yacer con quien no se quiere, o con quien pretende dañarla, como hiciera Sebastian: ese era, en verdad, el pecado. Con razón había dolido.

—¿Simon? —susurró.

—¿Mm? —suspiró él, acomodándola a un lado. Ella quedó acunada en el brazo, la cabeza en su hombro.

—No hubo dolor —aliento quedo, y un beso en el hombro.

—Ya lo supuse —contestó igual de bajo y hondamente satisfecho. Apoyó la frente en la de ella. Rosamund suspiró y lo vio dormirse. No tardó en seguirlo.

Rosamund despertó con un roce junto al oído. Parpadeando, trató de orientarse en la oscuridad. Sin luna aquella noche, tardó un momento en distinguir las ventanillas del establo, sus huecos cuajados de estrellas. Algo escarbaba bajo la manta. Un instante después, una gata dio vueltas cerca de su cabeza. De no muy lejos llegó el maullido tenue de gatitos recién nacidos, y, en lo alto, una lechuza del granero llamó a sus propios pollos al volver al nido.

Al cobrar plena conciencia, la atravesó la inquietud. ¡Señor!, habían dormido hasta la hondura de la noche. ¿Andaría Alwyna con la pena por no verlos volver? Lo estuviera o no, nada podían hacer ya; las puertas de la ciudad estaban cerradas y atrancadas hasta el alba.

No le quedaba sino yacer allí, junto a Simon. Sonrió. Era algo que querría hacer para siempre. No; no solo eso. Se le removió el ansia de darse de nuevo al deleite que hacían entre sus cuerpos. La sonrisa le creció. ¿Cómo había vivido tantos años sin saber que el amor podía ser tan colmado?

Se ladeó y se acurrucó contra su costado. El roce de su piel con la de él le recordó, potente, el gozo hallado en su unión. Él

suspiró, pero no despertó. Con cuidado, le echó un brazo por el pecho en leve abrazo; luego la mano se movió, apenas. La sensación de su piel en la palma le fue embriagadora. Al avivarse en llama las ascuas de su pasión por él, olvidó que dormía y dejó que la mano le recorriera el pecho, bajara por el vientre, pasara de largo por su vara hasta la curva del muslo.

¡Dios bondadoso!, nunca había sabido que un simple tocar pudiera hacerla sentir tan viva. Un calor súbito le prendió en las entrañas. Rosamund suspiró y se abandonó a la indolente sensación.

Acercándose más, rozó con los labios el bulto del hombro; luego se irguió sobre un codo para posar la boca en la base del cuello. Con besos menudos trazó la línea de la garganta hasta la oreja. Al posar la boca en la quijada, la barba corta le cosquilleó los labios.

Perdida en la necesidad, buscó su boca. Los brazos de él la ciñeron, la arrastraron sobre su cuerpo, y su boca reclamó la de ella. El jadeo de sorpresa se le tornó río de deseo, y salió al encuentro de su pasión con la suya. Fue Simon quien se apartó, buscando aire.

—¿Quién habría dicho que serías una moza tan fogosa? —la picó, y la sonrisa le relumbró en la noche.

Ante sus palabras, una timidez súbita llenó a Rosamund.

—¿Te gusta? —susurró contra su cuello.

—Oh, sí, y mucho —aseguró Simon, con la risa en la voz—. No puedes saber cuánto.

A Rosamund se le alzó el corazón con la confianza, y vino el impulso de zaherirlo como él a ella.

—Pues seguiré, como me aconsejaste, y me haré sabedora de tu cuerpo.

—Hazlo, te lo ruego —pidió, con una nueva intensidad—. Esta vez tardaremos más en nuestras pesquisas.

La idea de alargar el deleite la derritió contra él. Sus manos se hundieron en la espesura de su cabello suelto y le alzó el rostro hacia el suyo. Incluso mientras le posaba la boca, sintió el despertar de su virilidad contra la pierna. ¡Oh, pertenecer a este hombre todos los días de su vida! Era un destino digno de condenación.



El alba llegó demasiado pronto, anunciada por gallos lejanos y las complejas armonías de las aves del bosque. Simon deslizó el brazo de debajo de Rosamund. No, no era el nuevo día lo que venía a su encuentro con tanta prisa, sino el resto de su vida, clamando demasiado rápido sobre sus talones. La trampa en que él mismo se había metido se cerraba en torno suyo, más apretada con cada jornada.

Le costó apartar la sensación de fatalidad y recordarse que estaba allí por elección. Seguro era que, si la compra de lana le resultaba tediosa, hallaría en otra de las faenas de Alwyna algo que despertase su interés. En justicia, aquella vida no era tan distinta a la de Beamont. Allí, como en la del mercader, cada día se llenaba de una monotonía continua, salvo en aquellas ocasiones en que revisaba y desmontaba máquinas de asedio para comprobar la podredumbre, o en las que cabalgaba por los linderos de las tierras de su hermano para vigilar ladrones. O cuando él y Robert cazaban, o domaban potros, o...

Simon se detuvo con un suspiro. Sí, había amado la vida en Beamont. Si se daba tiempo, acabaría por hallar qué le agradaba en este nuevo mundo suyo.

Levantándose con cuidado de no despertar a Rosamund, salió al corral para aliviarse, luego rodeó el establo hasta llegar al huerto de la casa. Estaba mejor cuidado que cuando partió de Stanrudde. Con un resoplido, aquel viejo necio de caballo dejó el pasto del prado y se acercó a la valla, relinchando a modo de invitación. Simon arrancó una zanahoria, la sacudió de tierra y se la ofreció a su viejo amigo. El animal la mordisqueó con toda la dignidad propia de su linaje. Después, hizo añicos aquella gran altivez al reclinar la cabeza contra el hombro de su amo, como si quisiera decir que lo había echado en falta.

—Mentiroso —rió Simon, rascándole la oreja ofrecida—. Veo por tu panza que aquí estás bien servido y que no me has echado de menos ni un ápice. Bien, si has hallado algo que te guste en esta nueva vida, no dudo que yo también lo hallaré.

Tras darle una última palmada, volvió hacia el establo. Sí, con tiempo todo estaría bien. Después de lo de anoche, ya no dudaba de que él y Rosamund podrían morar allí en felicidad.

De pronto se detuvo, sobresaltado. ¡Oh, Jesús! ¿Y si ella le daba hijos? Le dolía pensar que, en su amor, solo engendrarían bastardos. No quería que sus hijos quedasen al margen, como él y

Rosamund habían quedado. Se obligó a apartar ese pensamiento: era preocupación para más adelante. Por el momento, lo mejor era concentrarse en aceptar aquella vida suya.

Se encaminó al brocal, izó el cubo y se arrojó el agua fría por encima. Con un jadeo, sacudió las gotas de su cabello y se limpió los ojos. Al girarse, halló a Rosamund en la esquina del establo, vestida solo con su cabello. La suave luz matinal brillaba sobre su piel desnuda. Ella le sonrió, y en el movimiento de su boca se veía el alivio.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Nada. Soñé que me dejabas y desperté para hallarte ausente —respondió en voz baja.

—No quise despertarte —replicó, frotándose la cara aún húmeda. Una ráfaga de viento erizó su piel.

Rosamund lo contempló largo rato, la mirada atenta.

—Hay más que eso. ¿Qué es lo que te atormenta?

Que pudiera verle más allá de la piel y hasta el corazón lo desasosegaba. Contra ello, las palabras que le brotaron de los labios tuvieron más verdad de la que quería mostrar.

—Lamentaba que nuestros hijos serán bastardos, como nosotros.

Ella ladeó la cabeza, intrigada.

—¿Y por qué habría eso de darte ni un instante de pesar? —preguntó—. Yo no carecí de amor por mi nacimiento. Y conociendo a Alwyna como la conozco ahora, no creo que carecieras de afecto. ¿Acaso no amaríamos a nuestros hijos igual? ¿Qué importa el nombre que se les dé al nacer frente a eso?

Simon rió de sí mismo.

—Tienes razón y me avergüenzo por mis palabras. He estado demasiado tiempo en el hábito de odiar mi origen. Todo hijo que me des será muy amado.

La preocupación en el rostro de Rosamund se ensombreció en algo parecido a la decepción.

—No debes abrigar la esperanza de los hijos, Simon —lo previno quedamente—. En mis doce años con Sebastian, jamás hubo el menor destello de vida en mi seno.

—Entonces viviremos contentos sin hijos —repuso con un encogimiento de hombros para ocultar su alivio. Por más que hubiera dicho, aún le dolía que sus retoños pudieran cargar con la

mancha del bastardaje—. Quizá sea lo mejor. ¿Y si engendro un hijo como el Edwald de Robert? Ese pequeño es más enredos que Robert y yo juntos. —Mas, por dura que sonase la queja, no pudo evitar que su afecto por el sobrino se filtrase en su voz.

Donde él bromeaba, Rosamund halló un asunto serio.

—Ves, quieres mucho al hijo de tu hermano, y él también es bastardo.

—Así es —admitió Simon—, y con justicia quedo reprendido. Vamos, amor, estréchame en tus brazos para aliviar la punzada de tu reprensión.

El gesto de Rosamund se suavizó, comprendiendo que la estaba picando. Cuando el regocijo brilló en sus ojos, Simon sonrió complacido. Era señal de que pensaba devolverle la burla. No había esperado que se sintiera tan a gusto con él en tan poco tiempo.

—Creo que no. ¡Oh! Ahora tú... tú, quedate lejos de mí —exclamó, al verlo avanzar hacia ella. Y, volviéndose, huyó de nuevo al establo.

Riendo con puro deleite, Simon salió tras ella. Si atraparla era grato, lo que siguió fue mejor aún. Se dejó perder sus cavilaciones en sus brazos y en la cálida ternura de su cuerpo.

Capítulo 19

La hora de Tercia había pasado cuando Rosamund y Simon regresaron a Stanrudde. El patio de Alwyna estaba sembrado, de punta a cabo de aquel cuadro empedrado, con cuanto Simon había traído a casa. Ya se separaba la lana por calidades: el mejor vellón iría a alimentar los telares de Flandes. Alwyna guardaba lo más basto, así como la lana esquilada de reses muertas, para sus propias ruecas y telares.

Con todo el trajín del patio, un silencio tenso tenía el lugar en suspenso. Rosamund miró a la gente que ya le era tan conocida. Alwyna y Peter estaban en el extremo más alejado, Alwyna con gesto apurado y Peter con la expresión cuidadosamente neutra. Henry, junto a la puerta trasera de la casa, al otro lado del patio, sentado en un escaño sin respaldo, tenía en el rostro la promesa de una tormenta.

Con ánimo de desviar la tensión, Rosamund se adelantó a saltitos, por delante de Simon, hacia el patio. Como cualquier simpleza bastaría para volver la atención de Henry, de su madre a la mujer que detestaba, soltó la más banal de las frases:

—Buen día, Alwyna. Qué jornada tan hermosa.

—En verdad lo es —repuso Alwyna, y un destello de gratitud le cruzó los ojos.

Bien sabía Alwyna a qué jugaba su supuesta nuera. Soltó el cesto que llevaba y cruzó el patio a zancadas para encontrarse con su primogénito y su amada en el centro. Besó la mejilla marcada de su hijo.

—Mil gracias, Richard, por el precioso don que me traes.

—¿La lana? —se extrañó Simon.

Alwyna pasó un brazo por los hombros de Rosamund en un abrazo breve.

—No, gran necio —lo reprendió—, por esta muchacha que hace tan buena mi vida.

Rosamund rió, y se recostó en Simon. Él la ciñó con el brazo y ella suspiró. Fuera cual fuese el yerro que cometían, se lo agradecía,

pues le había comprado la dicha de aquel día.

—Solo espero no haberte preocupado al no volver anoche.

—¿Para qué inquietarme, si sabía dónde estabas? —replicó Alwyna.

—Todos sabemos dónde estaban —soltó Henry desde su asiento, con voz áspera y socarrona—. A juzgar por la cara del bastardo, diría que anoche gozó sobradamente de su ramera.

Más veloz de lo que Rosamund habría creído posible, Simon la soltó y, de un salto, cruzó el patio. El alarido de sorpresa de Henry se cortó en seco cuando el manotazo, poderoso, le lanzó de espaldas contra los guijarros. Quedó tendido, gimiendo, con un hilo de sangre en la comisura de la boca, y Simon alzó la mano para un segundo golpe.

Rosamund ahogó un grito. Allí estaba el guerrero que se midiera con Sebastian y venciera. En cada línea tensa del cuerpo de Simon vio la muerte de Henry. En el suelo, los ojos de Henry eran dos círculos; la cara, cetrina. Por más que clamase por morir, era el ansia de vivir la que le temblaba ahora en la boca. Alzándose las faldas, Rosamund voló y se interpuso entre ambos. Un resoplido le salió a Simon al contener el golpe.

—Ven, amor —le arrulló—. Aléjate de tu hermano.

Ni un atisbo de reacción a sus palabras asomó en la mirada de Simon. Miraba por encima del hombro de ella al caído, el rostro como tallado en piedra, la boca una línea delgada de ira. Rosamund le sujetó los brazos, intentando forzarlo a retroceder. Era como empujar un muro.

—Alwyna, ayúdame —clamó.

Su voz sonó sola en el silencio cargado, mientras los criados quedaban clavados en su sitio. Rosamund miró, desesperada, hacia Alwyna. El espanto reinaba en su gesto: era la pesadilla de una madre. A su lado, Peter tenía las manos trabadas, como en oración. Ninguno se movió ni habló.

La irritación despertó. Necesitaba su ayuda. Sin ella, tendría que hacerlo sola, y apenas sabía cómo.

En el instante siguiente, entendió que solo ella podía. Aquella familia estaba esclavizada por el talante de Henry. Les hacía bailar a todos, incluso a Simon, al son de sus rabietas y berrinches. Armada con el poco poder de ese saber, se apretó contra Simon.

—Escúchame, amor —dijo quedo y firme—, no debes hacerlo. Si descargas tu violencia sobre él, te odiarás después y destruirás a

tu madre. Por más que aborrezca lo que Henry se ha vuelto, sigue siendo su hijo. Júraselo ahora. Dile que no lo matarás, porque solo bajo juramento podrá volver a respirar.

Y sabía Rosamund que, una vez jurado, él mismo quedaría preso en sus palabras. Esperó su respuesta. Simon, con la vista clavada en Henry, entornó los ojos, negándose. No hubo sonido ni otro gesto.

—Óyeme —prosiguió suave, mudándose al francés para sacudirlo—. No me hieren sus palabras ruines; la inmundicia que escupe solo le mancha a él. Yo sé quién soy. Soy la amada de Richard de Beamont. Sería ofensa al amor que te profeso que cometieses asesinato por mí.

Con sus palabras, la pétrea dureza fue cediendo en el rostro de Simon. Bajo sus manos, los músculos se le aflojaron. Rosamund soltó el aire, aliviada, y apoyó la frente en su pecho. El corazón de él aún martillaba la rabia.

—Háblale —le susurró—. Se muere esperando ver qué harás.

—Madre —logró Simon, apenas entre los dientes—, no toleraré su afrenta contra Rosamund. Podrá decir de mí cuanto guste, pero juro que le azotaré cada vez que la ultraje. Si no puedes soportar

que lo castigue, más te vale convencerlo de que se muerda la lengua.

No era lo que Rosamund quería oír, pero era mejor que lo otro. El alivio le llegó en oleadas. Le empujó de nuevo, pidiéndole con el gesto que se apartase. Esta vez consintió. Y Rosamund respiró hondo al saber a Henry fuera de su alcance.

A su espalda, Henry soltó un chillido y carraspeó. Sonó un revuelo al acomodarse en el empedrado.

—Qué bravo eres, pegando a un tullido —dijo, con voz trémula pese a la bravuconada.

Incrédula de que volviera a provocar a su hermano, Rosamund se volvió con un grito. Henry había logrado incorporarse, pero los miembros inertes se le desparramaban, torpes, por las piedras. La humillación de su postura, y la necesidad de escapar de ella, se le marcaban en la quijada.

—Estate quieto, mentecato —le atajó Rosamund, mientras Simon daba otro paso, pegado a su espalda.

—Fíate de mí, muchacho —advirtió Simon, con voz baja y dura —: vuelve a nombrar ramera a mi esposa y pagarás el precio.

Aunque Henry temblaba, la ansia de aparentar entereza se le afianzó en la mirada.

—Diré lo que me plazca en mi casa…

—Una palabra más —cortó Rosamund— y te juro que te corto la lengua con el cuchillo más romo de mi cocina. —Miró a Simon—. Ven, amor. Entremos a romper el ayuno. Es mejor dejar ahora a Henry con su madre.

—¿Y qué te hace pensar que quiero yo tratar con esa basura? —la voz acerada de Alwyna hendió el silencio como saeta, casi por tierra lo que Rosamund había levantado—. Lo declaro *trasgo* cambiado en cuna, que por su modo no es hijo mío. Richard, si vuelve a ensuciar a nuestra Rosamund en tu presencia, te doy licencia para azotarlo hasta que aprenda a no vomitar ponzoña.

—¿Madre? —exclamó Henry, lívido, limpiándose la sangre del mentón con mano trémula—. ¿Le permitirías que me golpeara?

Alwyna fingió mirar en torno al patio.

—¿Oí silbar el viento por aquí? —preguntó, furiosa—. ¿O fue un cobarde quien habló, uno que quiere destruir a otros y luego se esconde tras las faldas de su madre para no enfrentar el resultado?

Tan acostumbrado estaba Henry a ser mimado en sus arrebatos que palideció, horrorizado, ante aquellas palabras. Luego se le endureció el gesto.

—Claro está —dijo, tornando en maldición aquellas dos palabras—, él es tu hijo más precioso, el de los vínculos nobles que piensas usar, al que quieres sentar en mi lugar. ¿Por qué habría de esperar que impidieras que maltrate a tu hijo indefenso?

La cabeza de Alwyna se echó atrás como si le hubieran pegado.

—¿Indefenso? Si yo fuera tú, guardaría la lengua y no mancillaría más a la esposa de Richard.

Henry achicó los ojos.

—¿Esposa? No está más casada con él de lo que Clarice lo está conmigo. Y tú, sin embargo, la sientas en el lugar de mi mujer y pretendes hacerle a él señor en mi casa. ¡Por Dios, madre, hasta les diste nuestro lecho nupcial!

Con los puños cerrados y las mejillas encendidas de ira, Alwyna avanzó hacia su hijo lisiado.

—¡Ni es tu lecho ni tu casa! —chilló—. ¡Hasta que muevas un dedo por merecerlo, no te lo daré!

—¿Merecerlo? —ahora había un peligro sordo bajo la voz de Henry—. ¿Qué sabes tú de merecer, madre? Todo cuanto hiciste fue hacerte ramera de un gran señor y dejar que su pago te comprara a mi padre y este oficio.

Detrás de Rosamund, el resuello de Simon silbó, hecho brasa. Ella se volvió en sus brazos y lo ciñó para tenerlo en su sitio.

—No —le sopló—. Esto no va de ti.

En medio del patio, a Alwyna se le escapó un solo jadeo salvaje de dolor. Se le fue la sangre del rostro. Peter corrió hacia su madre y la envolvió en los brazos, como si con el cuerpo pudiera protegerla del ultraje.

—No, madre —protestó—, no lo escuches. No cree lo que dice.

—¿No? —replicó Henry—. Ramera fue lo que fuiste antes de casarte con nuestro padre. ¿Cómo crees que se hace un bastardo si no es jugando al tálamo y haciéndose una meretriz?

—Basta, Henry —gritó Peter, desgarrado, mirando por encima del hombro a su hermano—. No digas esas cosas.

Alwyna, con los ojos aún más negros contra la palidez, se soltó de su menor con sumo cuidado.

—No, hijo —dijo, bajísimo y de una calma increíble—, no lo pares. Es hora de que vacíe su odio. —Miró al mediano—. ¿Tienes más que decirme?

La máscara cruel de Henry se cuarteó. Le brillaron lágrimas.

—Dime —suplicó—, dime que te forzó, madre. Que fue una violación y que nada te importaba ese noble. ¡Por Dios, fuiste el juguete de un rico! Cada día me desgarra el orgullo saber lo que fuiste. —Hablaba el niño doliente, el que creyó perfectos a sus padres hasta descubrir su humanidad.

Alzándose todo lo que daba su estatura, Alwyna miró a Peter.

—¿Y tú? ¿Cómo te sienta mi pasado?

—¿A mí? —la voz recién grave de Peter se le quebró; el gesto decía que querría hallarse a leguas—. No me importa un comino lo que hicieras antes de casarte con nuestro padre. Simon es mi hermano, igual que Henry, y tú eres mi madre. —Intentó sonreír y no pudo.

—Gracias por tu bondad —respondió ella, aún con esa calma mortal—. Siento que hayas tenido que ver el odio de tu hermano. Ahora, Henry ha hecho unas preguntas. ¿Te dolerá si le respondo?

—No, madre —dijo Peter, besándole la mano.

Alwyna sonrió, le palmoteó la mejilla y miró a su primogénito.

—¿Y a ti, Richard?

Rosamund alzó el rostro para ver a Simon. En su mirada había amor por ella cuando se miraron. Él la abrazó más.

—¿Por qué habría de dolerme? —repuso—. Amo y soy amado por mis dos padres.

Con un asentimiento, Alwyna fue hasta Henry y se plantó ante él, la espalda como una lanza.

—Escucha bien, pues solo lo diré una vez. Quise con hondura a Henry de Beamont y él a mí. No hubo violación ni abuso. Si eso me hace ramera, acepto el título. Con el tiempo, nuestro querer se hizo amistad. Entonces conocí a tu padre. ¡Cómo me cantó el corazón por él! Sí, tomé las monedas que me ofreció el padre de Richard, pero no eran paga por el tiempo en su lecho. El señor Henry quiso asegurarse de que tuviera cuanto precisaba para casarme con tu padre y garantizar mi futura dicha, de tan grande como era su cuidado por mí.

Henry dio un respingo. En su cara se mezclaron la negación y el reconocimiento del agravio hecho.

Alwyna asintió de nuevo.

—¡Sí, pobre hombre roto! —dijo—. A mí me amó más el noble al que tanto aborreces que tú mismo. —Y con esto se le quebró la voz y los ojos, que tanto pugnaron por no llorar, se le llenaron de lágrimas.

Rosamund se alzó de puntillas y acercó la boca al oído de Simon.

—Llévatela de aquí. Y a Peter también. Ir adonde sea, pero estar fuera todo el día.

Simon negó, brusco.

—No, no te dejaré sola con él.

Eso le arrancó a Rosamund una risita breve.

—No has de temer por mí. Por mucho que me desprecie de boquilla, creo que soy la única a quien tolera. Ahora, ve.

Aunque Simon alzó las cejas, preocupado, asintió.

—Como quieras, amor.

Le posó un beso rápido en la mejilla, fue hacia su madre y la tomó del brazo. Alwyna se recostó en él, forcejeando aún por contener los sollozos.

—Ven, madre. Es hora de que me muestres las propiedades de Stanrudde. Y de presentarme a vuestros arrendatarios, para que me paguen las rentas cuando vaya a cobrarlas. —Se volvió—. Peter —hizo seña a su hermano menor—, ven con esa bolsa tuya, para comprarnos algo de yantar.

Cuando su hermano amagó resistirse, Simon lo asió del brazo y casi lo llevó en volandas fuera del patio.

Rosamund los siguió con la vista y suspiró. Allí, donde solo debería reinar la dicha, habían permitido que la desdicha de un hombre envenenase a todos. Inspiró hondo para darse bríos y se encaró con mozos y criados boquiabiertos.

—Will y Dickon, venir a llevar a maestro Henry a la sala; luego sacar las bestias al campo.

Los dos corrieron a alzar, atónitos y mudos, a su amo y lo entraron en la casa. Rosamund llamó a Marta.

—Vete al mercado. Quiero servir *brewet* de pato a la colación.

La sorpresa de Marta al oír el plato predilecto de Henry se trocó en un contento sutil.

—Así que el amo Henry habrá de cantar para su cena, ¿eh? —aprobó; dio la vuelta y echó a correr hacia la puerta—. Si me doy

prisa, aún llego para tenerlo a tiempo —alcanzó a decir por encima del hombro.

—Els —dijo a la otra criada—, tú y yo remataremos lo que Marta deje a medias. Y los demás —añadió, barriendo el patio con la mirada—, aviso: nadie obedecerá órdenes de maestro Henry en lo que resta del día. Ahora, cada cual a su faena.

Mientras se dispersaban, Rosamund entró en la sala. Will y Dickon habían dejado a Henry en su escaño de costumbre. El hijo mediano de Alwyna miraba, pétreo, el hogar apagado. La postura de los hombros decía que no pensaba admitir falta alguna. Ahora que Rosamund entendía que su amargura no nacía de las piernas, sabía también que Alwyna había dejado que el abuso de su hijo se hiciera costumbre, cuando antaño debió cortarlo. Arrastró a propósito las suelas al acercarse, para que supiera que venía.

Él alzó la vista, los ojos entornados; el gesto se le ancló en una mueca de repugnancia.

—No malgastes aliento conmigo. No estoy para sermones de ramera.

Rosamund cruzó los brazos y sonrió.

—¡Oh! Oíd al perrillo ladrar. Inútil y sin sentido; un perro sin mordida… y a este no le quedan ni dientes.

—¡Calla! —le gritó.

Rosamund asintió, grave.

—Buen consejo en boca de quien sangra por no callar la suya. ¿Dices que por fin aprendiste la lección, señor Aturadillo? —Mientras hablaba, fue al muro del hogar, tomó las muletas virginales de Henry y arrojó delante de él las varas de fresno en forma de Y.

—Llévatelas —ordenó, ronco—. No las usaré.

—Las usarás si quieres comer —replicó Rosamund—. O para mear. Es largo el arrastre hasta el excusado, Henry.

Él soltó un alarido.

—No te atreverás.

La sonrisa de ella fue pura miel.

—Ya me atreví. Ah, y no molestes a los criados con órdenes. Están avisados de no hacerte caso. Ahora, me voy al trabajo. Si precisas ayuda para alzarte con las muletas, grítame como solo tú sabes. —Se volvió hacia la escalera de la cámara alta.

—¡Maldita seas! —bramó—. ¡Me lo pagarás!

—No lo creo —canturreó—. Yo ando; tú quedas preso donde estás.



Rosamund se despachó en sus abluciones, repasando en silencio las tareas que debía rematar antes del ocaso. Al pasar de nuevo por la sala camino de la cocina, Henry no se había movido, pero tampoco la maldijo.

A la segunda hora después de mediodía, la mesa estuvo lista. Cuando Rosamund y Els entraron a ponerla, hallaron a Henry dormido en el escaño. La mejilla se le había hinchado y ya amorataba por el golpe de Simon. El asombro le creció a Rosamund: que Simon domeñase su vehemencia para tratarla con tanta dulzura era cosa notable y preciosa.

Els iba de puntillas; Rosamund, con un gesto, le negó tal mimo. Plantaron los caballetes y alzaron las gruesas tablas. Sosteniéndolas apenas sobre los apoyos, Rosamund alzó las cejas con picardía. Els soltó una risita. A una señal, dejaron caer el tablero. Retumbó sobre los trébedes con un estampido.

Henry despertó sobresaltado. Rosamund le sonrió.

—Es hora de comer —anunció alegre.

Él cruzó los brazos y se quedó mirándolas, obstinado, mientras tendían el mantillo, sacaban de la alacena escudillas, copas, cucharas y la arqueta de sal. Pusieron rebanadas gruesas de pan en cada puesto y llamaron a los criados. Con los dueños ausentes, comerían primero.

Mientras se sentaban, Rosamund les pidió en voz baja que dejasen sitio para Henry. Dicho el rezo, los demás empezaron a yantar. Rosamund jugueteó con el caldo espeso y rico y suspiró adrede.

—Lástima por ti, Henry. Hoy toca *brewet* de pato. Si no quieres compartir conmigo, tendré que comerme tu ración.

Henry se encogió de hombros, displicente.

—Comeré cuando vuelva mi madre. Yo no comparto mesa con rameras y criados.

—Espero que no tengas mucha hambre, entonces —repuso Rosamund, sonriente—, porque Alwyna no volverá hasta el anochecer.

Él se tensó y la miró fijo. Ella se encogió y siguió comiendo. Al rato, lo sorprendió echando el ojo a la mesa. Al notar que ella lo miraba, bajó prestamente la vista al regazo.

Pasaron unos momentos más. Por fin, se irguió.

—Rob, llévame a la mesa —ordenó, malhumorado.

El criado negó con la cabeza.

—Perdón, amo Henry. La señora Rosamund dijo que no.

Había en su voz una satisfacción sobria que delataba que no le pesaba lo que se hacía con el hijo del patrón.

Henry se le ensombreció el rostro de ira.

—¡Cuando vuelva mi madre, haré que te azoten por la negativa!

Rosamund rodó los ojos, hastiada.

—Henry, da gracias si tu madre no te saca a la calle. Bien puede hallarte mañana con los otros tullidos, pidiendo limosna ante la abadía. Quizá deba hacerlo; al menos así te ganarías el pan.

Un murmullo de risa recorrió a los comensales. Henry se puso rígido; la vergüenza le chispeó en la mirada.

—Muchos aires te tomas, ramera de bastardo —dijo, quedo y fiero.

—Sí, mucho —convino—. Me tomo la libertad de ser útil a alguien por las vías que me sean dadas, que es más de lo que haces tú.

—Señora —intervino Tom, el hombre que viajara con Simon—, os ruego que no juzguéis a esta casa por los hechos de nuestro joven amo. Si el viejo maestro Peter viviera, ya habría despellejado a su hijo por la afrenta de esta mañana. Lo juro.

—¡Calla, viejo necio! —bramó Henry.

—¡Válgame! —exclamó Rosamund con voz tan soplada como la de un juglar—. Otra vez el perrito sin dientes, ladrando y ladrando.

—Maldita seas —prorrumpió Henry, ya frustrado—. ¡No tienes derecho a insultarme! No puedo evitar estar lisiado. —Las últimas palabras casi fueron un sollozo.

La compasión le pinchó a Rosamund, pero se disipó al instante.

—Eso no puedes evitarlo, y aquí no hay alma que te odie por ello. Pero, Henry, ¿qué pintan las piernas en tu provecho? Halla tu propósito y los miembros no importarán.

Él intentó fulminarla con la mirada, pero los ojos le brillaban en exceso, como si peleara las lágrimas.

—¿Qué provecho? No puedo hacer nada sin mis piernas —volvió a su rabieta de siempre.

Rosamund se puso en pie de un brinco, las manos en jarra.

—¿Henry, tienes el seso en las piernas? Usa las muletas; repta, si hace falta, pero haz algo. Date un propósito y, sobre todo, ¡deja ya de lloriquear!

Al hundirse de nuevo en el banco, miró a Els. La muchacha tenía la cabeza gacha, pero se le escapaba una sonrisa en las comisuras. Más abajo, algún mozo murmuró:

—Loado sea Dios. Ojalá escuche.

Horas más tarde, mucho después de haber recogido la mesa y cuando el día tocaba a su fin, Rosamund volvió a la sala. Henry alzó la vista del hogar apagado para mirarla. No le quedaban fuerzas ni para fulminarla con la mirada.

—¿Vienes a regodearte? —preguntó en voz baja.

Conteniendo su compasión, Rosamund negó con la cabeza.

—No, he venido a ver si puedo ayudarte a ir al excusado.

—Vete —replicó sombrío, volviendo la mirada al hogar.

Rosamund se acercó más.

—Si lo prefieres, traeré un orinal. Así al principio solo tendrás que andar un poco. Henry, sé que las muletas serán duras de manejar hasta que aprendas, pero has de intentarlo —dijo, deteniéndose a pocos pasos de su silla.

En su rostro se enfrentaron la esperanza y la obstinada negativa. La esperanza cedió, reemplazada por el desprecio de su mirada.

—¿Crees que me verás dar traspiés con esas cosas como un mendigo? Pues no lo haré.

La decepción y la confusión bañaron a Rosamund.

—Henry, ¿estás tan ciego, o es que te niegas a aceptar tu hombría? Para mí, no son tus piernas inútiles lo que hace que el padre de Clarice rehúse darte a su hija. Vamos, toma las riendas de tu vida y compórtate como un hombre.

Una punzada de angustia atravesó la mirada de Henry, luego el ceño se le frunció en ira.

—Soy un hombre —respondió—. ¿Acaso no me cubre el rostro la barba?

Rosamund contuvo un respiro de comprensión.

—Pobre Henry —murmuró, arrodillándose junto al brazo de su silla—. El mundo cayó sobre tus hombros con la muerte de tu padre y no estabas preparado para cargarlo. ¡Cuán duro debe de ser para ti! Tu padre fue un buen hombre, dicen los mercaderes. Dotado para el trato, asegura el gremio. Su esposa lo adoraba, sus hijos lo amaban. Era pilar de la comunidad. Creo que debe de ser más fácil ser su hijo inútil que aquel que ha de ocupar el lugar de San Pedro, el mercader de lana.

—Me entiendes —suspiró Henry, y el alivio fue tan hondo que le humedeció los ojos—. Es mejor dejarme como estoy, pues nunca podré ser él.

Rosamund se inclinó más y puso la mano sobre su brazo.

—Todos lo saben, Henry. Nos basta con que seas tú mismo. —Se volvió de lado y tomó las muletas, apoyándolas contra la silla—. Aquí. Retoma tu vida.

—¡No! —clamó él, atrapándole la mano en súplica—. ¿Cómo puedes pedirme eso, si no tengo esperanza alguna de lograrlo?

Rosamund retiró su mano de su presa y se levantó.

—Henry, no puedes saberlo hasta intentarlo. Aquí —tocó una de las muletas— tienes las herramientas para librarte de esta prisión tuya. Vamos. Puedes hacerlo.

Mientras hablaba, se fue apartando de él.

—¡No lo haré! —gritó, la voz alzada en zozobra.

La decepción desgarró a Rosamund.

—Pues entonces, quédate donde.

Dándole la espalda, avanzó hacia la puerta de la sala. Para su sorpresa, esperó a que ella saliera antes de que una muleta, y luego la otra, chocaran contra la pared. Negando con la cabeza, Rosamund cerró la puerta tras de sí.

Era ya muy pasada la hora de Completas cuando Simon regresó con su madre y su hermano. El diminuto zaguán de la planta baja estaba

a oscuras, salvo por el círculo de luz que arrojaba la lámpara de Rosamund. Bajo aquella pequeña llama, las ojeras de Alwyna parecían aún más profundas.

Peter la miró de soslayo y luego volvió la vista hacia su madre.

—Me voy a la cama —dijo, al comprender que se avecinaban conversaciones que no deseaba escuchar.

Rosamund esperó a que subiera la escalera antes de explicar lo que había hecho y lo que esperaba de Alwyna. Mientras hablaba, Simon se situó detrás de ella y la rodeó con sus brazos. ¡Cuánto la reconfortaba apoyarse en él, sobre todo después de las tensiones de aquel día!

—Debe obligársele a usar las muletas. Si no lo hace, nunca descubrirá lo bueno que lleva dentro, Alwyna —concluyó—. Ten por seguro que te pedirá ayuda, pero si cedes, solo harás que dependa más de su cojera.

Alwyna suspiró y mordisqueó su labio.

—¿Estás segura de que lo que haces le servirá de algo? —preguntó, con la voz temblorosa.

Rosamund se encogió de hombros.

—Bueno, lo cierto es que no podrá hacerle daño.

Alwyna le dedicó una sonrisa torcida.

—Si flaqueo, ¿podré llamarte en mi auxilio?

—Bien alto y claro —respondió Rosamund con una risa ligera.

Alwyna asintió.

—Entonces, respetaré lo que has hecho. Ahora me voy a buscar mi lecho. La mañana traerá otro día, ¿eh, Richard?

—Aye, madre —replicó Simon.

Rosamund se sorprendió al escuchar un matiz de amargura en su voz. Miró por encima del hombro para observarlo, mas en su rostro no halló sino cansancio.

Rehusando la lámpara, Alwyna subió las escaleras hacia la sala y la estancia superior. Mientras escuchaban sus pasos, Simon bajó la cabeza para apoyar la mejilla sobre el cabello de Rosamund. En cuanto ella estuvo segura de que estaban a solas, se volvió en su abrazo para mirarlo.

—¿Cómo fue tu día? —le preguntó, con la esperanza de animarle a hablar de aquello que le inquietaba.

—Increíblemente largo —suspiró él—. Nunca había imaginado que simplemente mirar cosas pudiera ser tan agotador.

—Pobrecito mío —rió ella suavemente, disimulando el leve escozor de preocupación que se le despertaba. Alzando la mano, le acarició la mejilla—. ¿Quieres que te lleve a nuestra cama y te arrulle hasta dormir?

Su risa fue apenas un murmullo en el pecho.

—Sí, eso me complacería mucho. Te eché de menos a cada instante que estuvimos apartados.

Rosamund se volvió en su abrazo para dejar la lámpara sobre un estante y luego enlazó sus brazos en torno a su cuello.

—Y yo a ti.

Alzándose sobre las puntas de los pies, rozó sus labios con los de él. Al encontrarse sus bocas, aquella sensación ardiente y prodigiosa volvió a recorrerla, intensa y deslumbrante. Pero al momento, él dio fin al beso, apartándose con un suspiro entrecortado.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Nada de gran importancia, salvo que mi madre tiene grandes planes para mí, y todos ellos nos obligan a pasar demasiado tiempo separados. Dentro de poco querrá llevarme con ella a una feria de Holyrood Day en el otro extremo de Inglaterra.

Rosamund le sonrió.

—¿Y eso es todo?

Él arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Te digo que me marcho y preguntas si eso es todo? —replicó, dolido.

Rosamund alzó la cabeza y posó la boca en la curva de su cuello, justo sobre el borde del jubón. Le complació oír cómo contenía el aliento ante su caricia.

—Así es —susurró contra su piel—, y lo digo porque no irás a esa feria. Alwyna no partirá hasta dentro de semanas y, cuando lo haga, se llevará a Henry consigo. Recuérdalo. —Cada palabra fue acompañada de un beso.

Gimiendo, él la estrechó en un abrazo tan fuerte que la levantó del suelo.

—¡Santo Dios, quedarme aquí contigo, libre del odio de Henry y de las enseñanzas constantes de mi madre! Eso sería, en verdad, un gozo. Vamos, llévame al lecho y cura mi pobre cabeza doliente, para que mañana pueda afrontarlo todo con nuevos ánimos.

Tras un beso rápido, volvió a ponerla en el suelo y tomó su mano. Rosamund le siguió de buen grado escaleras arriba, aunque sus palabras la inquietaban. ¿Acaso no estaban allí porque él había renunciado al deseo de la caballería para asumir esta vida? Fue su elección, no la de ella. Bah, si descubría que no podía soportarlo, se irían. Echaría de menos a Alwyna, pero allá donde fuese Simon, ella le seguiría dichosa.

En la cámara, él apartó las cortinas del lecho. En unos instantes ambos se despojaron de sus ropas y se metieron bajo las cobijas. Cuando la tomó en sus brazos y posó su boca sobre la de ella, Rosamund olvidó toda preocupación para entregarse al deleite de su contacto.

Capítulo 20

Rosamund tarareaba para sí una alegre melodía, cuyo vaivén reflejaba la plenitud que ahora habitaba en su interior. El cepillo en su mano se deslizaba con rapidez sobre la prenda forrada de piel extendida ante ella. Era un manto de invierno, Els había dicho que pertenecía a Henry, recién sacado del arcón y su última tarea del día.

El pensamiento de Henry curvó los labios de Rosamund en una sonrisa irónica. Dos meses habían obrado gran mudanza en aquella pobre criatura, salvo en lo tocante a su creciente afición por ella. Henry aseguraba que Rosamund se había interpuesto entre él y su madre, todo porque Alwyna había mantenido su promesa de dejar en manos de su supuesta nuera el trato con su hijo mediano. Y así, gracias a lo que Henry llamaba sus incesantes tormentos, volvía a andar, aunque con torpeza y solo ayudado de sus muletas. Aun así, era capaz incluso de subir las escaleras por sí mismo.

También había retomado la supervisión de los hombres en sus faenas diarias. Al principio, solo el miedo al castigo de Rosamund mantenía a raya su lengua; pero aquello no duró, pues pronto se dejó absorber por las tareas y se olvidó de su enojo. Había llegado incluso a sentarse junto a la mesa de cuentas de Peter, revelando que ya antes había aprendido de su padre lo que Peter y Alwyna habían creído tener que enseñarle.

Sí, despacio, con firmeza y no siempre con suavidad, Rosamund lo había llevado adonde él solo no podía conducirse. Henry había quedado pasmado al descubrir que sus muletas no despertaban burlas en la plaza ni en la sala del gremio, y gracias a ello halló el valor de intentar montar un caballo para la feria de Holyrood. Tal como Rosamund predijera a Simon dos meses antes, había sido Henry —y no él— quien partió, apenas dos semanas atrás, para asistir a aquel evento.

Lo más importante era que Henry no viajó solo con Alwyna. Cuando Gerard, el padre de Clarice, supo que su futuro yerno se disponía a hacer la jornada, aquel próspero mercader decidió acompañarlos. Aunque Rosamund sospechaba que solo ella lo notaba, le parecía evidente que Gerard deseaba evaluar los progresos de Henry. Si todo marchaba bien, estaba segura de que a

su regreso a Stanrudde, previsto para el día siguiente, Gerard fijaría por fin la fecha de la boda entre su hija y Henry.

Al recordarlo, Rosamund dejó escapar un suspiro que era casi de decepción. Las semanas de soledad y la intimidad que le habían brindado junto a Simon habían sido el cielo mismo. Por un instante, había sido como si fueran dueños de aquella casa, él su señor y ella su señora. ¡Quién pudiera tener algún día un hogar propio!

El pensamiento le trajo irritación. Si lo lograban, tendría que ser en algún lugar apartado, donde Simon pudiera ser quien verdaderamente era y no el mercader que fingía ser. ¿Acaso creía él que ella no advertía cuánto le pesaba aquella vida bajo el techo de Alwyna? Por más que se esforzara en disimularlo, seguía siendo el mismo caballero poderoso que tanto la impresionó en el instante en que lo vio por primera vez. Gracias al cielo, la ausencia de Alwyna le permitía entrenar con la guardia de la villa, enseñando el arte de la espada y ejercitando a los aprendices y oficiales que se turnaban en la defensa. Aquella actividad familiar aliviaba en parte su abatimiento.

Espolvoreando más polvos limpiadores sobre la piel, Rosamund reanudó el cepillado, vigorosa en los movimientos, como si con ellos

pudiera barrer su propio temor creciente. ¿Qué ocurriría si permanecían allí y el desagrado de Simon por aquella vida se convertía en odio hacia ella, que lo mantenía en tal prisión?

Para colmo, aquella misma mañana Simon había recibido un mensaje de Lord Beamont. No lo había abierto. Para Rosamund, aquello era señal de que esperaba malas nuevas que no quería enfrentar. ¿Y si su hermano noble le exigía regresar? ¿La abandonaría Simon para recobrar la vida que tanto amaba?

Al menos, si llegaba a dejarla, ella no quedaría del todo sola. Como un resplandor, volvió a invadirla la dicha que la había visitado a lo largo del día. Rosamund detuvo el cepillo, posó la mano en su vientre y acarició con ternura la nueva vida que crecía en su interior. La fiesta de San Miguel, al final de septiembre, traía consigo el segundo mes sin su flujo.

Era un milagro tan grande que Rosamund no podía encontrar en sí misma temor alguno de que la criatura fuese como ella y jamás conociera a su padre. En cambio, tomó aire con un gozo extático. Ella, que había creído ser estéril, llevaba un hijo en el vientre.

No, no era un milagro. Sonrió, comprendiendo al fin lo que nunca habría sabido de haber permanecido con Sebastian. La culpa

no había sido de ella, sino de él… o, mejor dicho, de Matilda. Las caricias de aquella mujer habían destruido la hombría de su hijo, dejando a Sebastian capaz solo de unos torpes empujes, sin semilla.

Y aunque el deseo de jactarse de aquel logro la embargó, lo contuvo. Nadie debía saber aún que estaba encinta, y menos Simon. En su presente descontento, podía resentirse con ella por haber demostrado su fertilidad cuando ella misma le asegurara ser estéril. Y, sobre todo, porque aquella era su última noche a solas antes del regreso de Alwyna y Henry. Rosamund pensaba aprovechar hasta el último instante, colmando aquellas horas de palabras dulces y delicias compartidas con el hombre que amaba.



Simon se deslizó fuera del lecho con sumo cuidado para no despertar a Rosamund. Durante los dos meses que llevaban viviendo como marido y mujer, ella se había vuelto demasiado perspicaz para no hurgar bajo sus disfraces y descubrir su melancolía. No deseaba que viera cuánto podía turbarle lo que estaba a punto de hacer.

Corriendo a un lado las cortinas de la cama, se incorporó y se ciñó la túnica. La escasa luz de la luna creciente entraba por la ventana y bañaba su pequeño reducto de intimidad. Mientras ajustaba el cinturón, volvió la vista hacia la cama. Sumida en profundo sueño, Rosamund se había deslizado de los almohadones para apoyar la cabeza en el brazo. Su cabellera caía por el hombro formando un regazo de seda frente a ella.

Aun después de haber saciado su pasión por ella esa misma noche, le dolía el deseo de volver a tocarla. Suspíró ante aquella sensación, consciente de la trampa que lo apresaba. Si permanecer en Stanrudde lo estaba destruyendo, vivir sin Rosamund sería sin duda la muerte.

Su mirada descendió hasta la aún esbelta línea de su cintura. Era el segundo mes sin su flujo, y él no dudaba ya de que se había mostrado fértil. Con ese pensamiento, su abatimiento se hizo más hondo. ¿Qué futuro podía ofrecer a su hijo?

Recogiendo el pliego que había ocultado bajo los almohadones, abandonó la estancia y bajó la escalera hasta el salón. Amparado en el silencio de la medianoche, cruzó de la sala a la cocina. El calor de las brasas mantenidas en la lumbre llenaba el aire de fragancias que

colgaban de vigas y travesaños. Sombras grises y voluminosas se arracimaban en los muros, allí donde se amontonaban sacos y barriles. Aunque Stanrudde era lugar civilizado, donde los mercaderes dependían más de las monedas que de la tierra, tampoco aquella ciudad escapaba a la urgencia anual que gobernaba a todo ser humano: el invierno se acercaba y la carestía con él. Por eso se guardaban ya provisiones: sidra y perada en barricas, hierbas, frutas, nueces y legumbres en sacos o vasijas selladas con cera. En las próximas semanas vendría la matanza, y los lechones de la pasada primavera se convertirían en jamones y tocinos.

Avivó los carbones hasta que las llamas se alzaron en la chimenea, arrojando destellos contra las paredes blanqueadas. Colocó el pliego en la repisa y arrastró un escabel, aunque vaciló antes de sentarse. Era tiempo de vendimia, y un sorbo de vino bien podía aliviarle el corazón dolorido.

Aunque sabía que no era más que un pretexto para demorar lo inevitable, posó el pergamino, buscó el tonel y llenó su copa. Lástima que la alacena de especias estuviese cerrada, pues aquel brebaje local sabía mejor caliente con algún condimento exótico. Bebió hasta el poso espeso y volvió a mirar el pergamino. No, aún no estaba listo para enfrentarse a él.

Sirviéndose otra copa, se dejó caer en el escabel, con el vaso entre las manos y los codos apoyados en las rodillas. Alzó la vista hacia la abundancia guardada en la cocina. Sí, aquella dulce mujer suya era un verdadero prodigio, tal como su madre aseguraba, y no solo por haber puesto orden en aquel lugar.

Tal como Rosamund predijera, Henry había partido con Alwyna a la feria de Holyrood. Donde nada más había logrado mover a su hermano, aquella frágil muchacha lo había devuelto al cauce de la vida. Sin embargo, al lograrlo, Rosamund había creado un dilema que Simon no había previsto al traerla consigo.

Se frotó cansado la frente. Henry anhelaba la vida de mercader con el mismo ardor con que él anhelaba tierras y ser llamado señor. El brillo de su rostro lo delataba cuando regateaba el precio de la lana en bruto o palpaba los paños acabados. Algún día, tarde o temprano, aquel muchacho se ganaría con justicia su lugar como maestro allí. Y llegado ese momento, ¿qué sería de él y de Rosamund? Por mucho que aborreciera la vida de Alwyna, era lo único que le quedaba si quería sostener a la mujer que amaba y al hijo que esperaba.

—Maldita sea —murmuró para sí. Por primera vez en su vida deseó tener el genio de Henry, para soltar a gritos toda la rabia contra aquella prisión que lo asfixiaba.

Apuró el vino, dejó la copa a un lado y por fin tomó la misiva de Robert. No necesitaba añadir más pesares a los suyos, pero rompió el sello y desplegó el pergamino. La letra amplia y elegante de su hermano corría ligera por la página, en contraste con la suya, pequeña y apretada.

A mi muy querido hermano, Richard, ahora necio mercader de lana en Stanrudde.

Al no tener noticias tuyas, debo suponer que gozas de salud y dicha. En lo que a mí respecta, hallo compañía grata en mi amada esposa, cuya presencia me es siempre un placer. Si tengo queja alguna, es la de verme obligado a acoger a la huérfana hija de John de Lacy, Sibyl, una moza indómita y ruda. La tengo encerrada en un almacén de Beamont, pues ha intentado huir dos veces, llegando en una ocasión a dejar sin sentido a un hombre. Como pienso que nuestro hermano menor, Godwin, posea Lacy como propio, ha de

desposar a esta virago. Aunque, bien mirado, es justo castigo por sus errores de juventud.

Simon no pudo evitar sonreír. Que Robert tratase con tal ligereza a Godwin era señal de que el rencor del pasado estaba ya sepultado. Por lo que recordaba de aquella Sibyl, Godwin merecía tal destino, aunque solo fuera por su malicia de antaño.

La misiva proseguía:

Con esto dicho, quisiera contarte que los restos hallados en nuestro claro yacen ahora en la cripta de la abadía de Beamont. Así lo quiso mi esposa, aunque sospeche que ha de llorar por su madre tanto como por la ausencia de su hermana. El tiempo convencerá a los demás de que la dama Edith encontró la muerte en algún paraje desolado durante su peregrinación. En nuestro corazón, sabemos que partió en busca de su fin sin avisar a nadie.

Un alivio inmenso recorrió a Simon. No había comprendido hasta ese instante cuánto le pesaba lo ocurrido en aquel claro ni cuánto temía que dañase a otros. Robert estaba seguro de que Edith

había obrado por propia voluntad y había compartido lo poco que sabía con su dama. Su honor quedaba intacto.

La misiva seguía:

«El padre Anselm abandonó este mundo antes de la fiesta de San Miguel. Agradecí hallarme en Beamont para presenciar su partida. Habló de ti en su último aliento, pidiéndome que te dijera que tu partida definitiva había devuelto la paz a la capilla tras largos años. Yo no entiendo qué quiso decir; acaso tú lo sabes.

Simon se quedó estupefacto. ¡Anselm lo había sabido! Y, después de todo, ¿por qué un hombre sordo no habría de oír también la voz espectral que tanto le había hablado a él? No sabía si hallar consuelo o inquietud en ello.

De nuevo, sus ojos siguieron las líneas:

En su sabiduría, nuestro glorioso rey Ricardo Corazón de León ha ordenado torneos en su reino. La entrada es de apenas diez marcos para barones como nosotros. La pasión de Godwin por la

lanza lo arrastra a ir; a mí también me tienta, y hasta nuestro cauto hermano Nicholas piensa lanzarse a la melé. Si te unieras, y los hijos de Henry, señor de Beamont, nos halláramos juntos, honraríamos la memoria de nuestro padre.

El suspiro de Simon fue amargo. Las pocas horas a la semana que robaba para ejercitarse con la guardia de la villa apenas bastaban para no perder destreza y solo le dejaban más ansia. ¡Dios santo, cuánto anhelaba cabalgar con la lanza calada contra un digno adversario! Hasta permitiría que Nicholas arremetiera contra él con una maza, con tal de sentir de nuevo el gozo de chocar acero contra escudo.

La última parte de la misiva aguardaba:

Y, por último, lo más importante. Me pesa cargar sobre ti esta decisión, mas debo hacerlo. Llegan noticias de Normandía: nuestro tío ha muerto. Fiel a su desprecio por las mujeres, no ha dejado heredero, reconocido o no, como era de esperar. ¿Eres tú el nuevo señor de esas tierras, o pongo un castellano que las guarde en tu nombre? Si Normandía no te place, como a mí me desagrada tenerte

tan lejos, hay buenas propiedades entre las que ha heredado mi esposa. Debo saber si eres tú quien las tomará o si he de nombrar castellano. Pronto he de prestar juramento y no puedo demorarme.

Firmado en Upwood, en todo honor, respeto y amor, el cuarto día después de San Miguel, año de Nuestro Señor de mil ciento noventa y cuatro.

Robert Fenwick, señor de Beamont y dueño ahora de más tierras de las que querría gobernar por sí mismo.

Bajo la firma y el sello, había un posdata:

Pensé no decirlo, pero no puedo contenerme. Te necesito. Tu lealtad me es más querida que cualquier bien que posea.

Los dientes de Simon se apretaron con furia mientras contenía un grito de rabia y dolor. Arrojó la misiva al fuego y contempló cómo el pergamino se retorcía y ennegrecía entre las brasas, hasta quedar reducido a un montón pestilente de cenizas. De pie, ajustó el cinturón con un tirón. No podía soportarlo más. El precio que pagaba

por conservar a Rosamund lo estaba matando. Con el corazón ardiendo en el pecho, salió de la cocina para regresar a su lecho.

Rosamund fingió dormir cuando Simon se deslizó de nuevo entre los cobertores. Murmurando como en sueños, se dejó abrazar por él y sentir cómo la atraía a su costado. La tensión de sus brazos revelaba que la misiva le había traído pesar.

Con un suspiro, ella se acurrucó aún más, necesitando sentirlo contra su piel. Siempre le parecía que aquel contacto era una promesa renovada de su amor. Como siempre, la suavidad de su cuerpo contra el suyo despertaba un estremecimiento. Esta vez, al moverse para provocarlo, notó cómo él respondía a su juego.

Cuando Simon aspiró con brusquedad, ella sonrió… hasta que su mano subió para abarcar la plenitud de su pecho y fue ella quien contuvo el aliento. Rodó de espaldas. Él se incorporó sobre un codo, como para estudiar su rostro en la penumbra. Si ella nada distinguía salvo su silueta, tampoco él vería nada. Como ciega, alargó la mano hasta hallar su cara, trazando con la yema de un dedo su mejilla, la línea de su nariz, sus labios.

—Rosamund —exhaló con aspereza, la tristeza latiendo en su voz—. Ámame. Hazme olvidar lo que tanto me hiere.

El corazón de Rosamund se quebró y sanó en el mismo instante. Él sufría, pero era a ella a quien buscaba para hallar consuelo. Rodeó su cuello con los brazos y lo atrajo hasta poder reclamar su boca. Con todo lo que había aprendido de él, lo llevó hasta el agotamiento.

Después, permaneció a su lado, escuchando su respiración dormida. Al alba regresarían los viajeros y la vida volvería al torbellino de antes. Lo que debía decirse entre ambos había de pronunciarse antes de entonces. Dos meses atrás, Simon le había prometido amarla en la dicha y en la desdicha. Era hora ya de que cumpliese su voto y compartiese con ella su dolor.

Capítulo 21

-¿Cómo que no me lo dirás? —la voz de Rosamund se alzó, herida y asombrada—. Anoche casi me matas de miedo con tu tristeza, y luego desapareces antes del alba sin una palabra de adónde vas ni de cuándo he de esperarte. ¿Y ahora lo único que tienes que decirme es que no hablarás de ello conmigo? ¡Oh, Simon!

Sin saber si echarse a llorar o gritar de rabia, optó por dar un medio zapatazo; el borde de su sobreveste azul brincó sobre la sotana amarilla.

Un instante antes, el salón bullía de gente entregada a la comida de mediodía. Pero, listos como eran, los criados vaciaron la estancia en cuanto apareció Simon. Peter buscó amparo junto al hermano Odo en el priorato; los mozos salieron volando hacia los almacenes; Marta y Els se encogían tras la puerta de la cocina, sin atreverse ni a recoger la mesa, aguardando a que pasara la tormenta.

Con la esclavina corta y oscura y el jaco de cuero que vestía al ejercitarse con la guardia, la espada y el puñal aún ceñidos al cinto, Simon miró a Rosamund un largo momento y luego se volvió. En la línea tensa de sus hombros no había nada que leer. Rosamund resopló indignada cuando él, con toda calma, arrancó un pedazo de pan y lo mojó en el potaje del día.

—No me vuelvas la espalda —le reprendió, colocándose a su lado—. He estado enferma de inquietud. Me debes, cuando menos, una explicación.

Cuando él le echó una ojeada, su rostro era pura piedra, despojado de emoción.

—No hablaré contigo de lo que no te concierne.

Los ojos de Rosamund se entornaron.

—Esa salida no te valdrá esta vez —replicó—. ¡Cuán diestro te crees ocultando lo que no quieres que sepa! ¡Necio! ¿Qué traía esa misiva de tu hermano que te ha alcanzado el corazón?

Un estremecimiento de sorpresa cruzó el semblante de Simon antes de ser sepultado bajo la frialdad impostada.

—No consiento que me llames necio —repuso con la misma gelidez.

—No te llamaría así si no te comportaras como tal —contraatacó—. ¿Qué decía esa misiva?

No fue una pregunta, sino una exigencia.

La mandíbula de él se endureció.

—No recuerdo que la misiva estuviese dirigida a ti.

De haberle temido siquiera un poco, Rosamund quizá se habría replegado ante aquella advertencia. Por desgracia, Simon la había hecho sentirse demasiado segura con él. Cruzó los brazos y perseveró.

—Me la dirijan o no, no cargaré con las consecuencias de la mala nueva que traía ese pliego sin que me des alguna explicación —apremió, alzando la voz a cada palabra, espoleada por la zozobra y el dolor del rechazo—. ¿Por qué no compartes conmigo tus contratiempos?

Él negó con la cabeza.

—No soy Henry para que me empujes y acicates en la dirección que te place. Si decido contártelo, lo haré; si no, habrás de aceptarlo.

Rosamund ahogó un jadeo; sus palabras fueron como un golpe.

—¿Cómo puedes cerrarme así la puerta? ¿Crees que no veo tu desdicha? ¡Oh, Simon! ¿Cuánto falta para que tu odio por este lugar ahuyente todo cariño hacia mí? —clamó, y se cubrió el rostro con las manos.

Lo que no lograron sus demandas, lo consiguió su congoja. Simon la rodeó con los brazos y la atrajo.

—¿Cómo dudas de mi amor? —preguntó suave, besándole la frente—. ¿No te di mi voto? Pero tienes razón: esta vida de mi madre me sepulta.

Rosamund alzó el rostro desde sus manos y, aún en su abrazo, lo miró a los ojos.

—Dime algo que no sepa ya —devolvió, con una ironía suavizada por la pena.

Él suspiró, y en sus ojos anidaba el mismo dolor que en los de ella.

—Mi hermano me escribió para ofrecerme tierras en Normandía como propias. Me ruega que le preste homenaje y gobierne esas heredades como mi legítima herencia.

—¿Tierras? —exclamó, desconcertada—. ¿Cómo puedes tener herencia y juramentos si ni siquiera has sido armado caballero?

A Simon se le curvaron apenas las comisuras.

—Olvido que no lo sabes. Cuando intercedí para salvarte de tu marido, lo hice espada en mano. Mi abierto desafío a quien se decía mi superior obligó a Robert a armarme caballero. Y con ello hube de jurarle, tal como mi padre dispuso en su día.

El sobresalto sacudió a Rosamund. Se apartó para mirarlo fijamente.

—¿Te armaron caballero? ¿Y diste la espalda a eso para venir aquí?

Estalló un clamor en el patio bajo el salón. Voces dieron la bienvenida mientras rebuznaban las bestias de carga. Los viajeros habían vuelto. Aquello imprimió urgencia nueva a la necesidad de Rosamund: su intimidad no duraría.

—Si tu hermano te ofrece tierras, ¿por qué seguimos aquí?

El dolor de él se ahondó, y surcos profundos se abrieron en sus mejillas.

—No podemos dejar Stanrudde —dijo, tenso.

Indignación y asombro se mezclaron en Rosamund.

—¿Piensas que deseo quedarme cuando existe un lugar mejor para ti, para nosotros? —clamó—. Simon, ve donde seas dichoso, sabiendo que yo te seguiré gozosa.

En vez de alegrarlo, sus palabras vaciaron la luz de su mirada, dejándola turbia.

—No podemos irnos —repitió—. Mientras tú y yo sigamos juntos, solo esta vida nos asegura que jamás te descubrirán. Piénsalo: si yo fuese señor y tú mi dama, la nueva de que el bastardo de Beamont ha recibido feudo y tomado esposa correría como pólvora, y llegaría a Langley. Bien puedo imaginar la curiosidad de tu marido por saber quién es la mujer que tomé. Él, o algún enviado suyo, vendría a ver… y descubriría que sigues viva.

Rosamund asintió. Sebastian, sin duda, querría saber a quién había desposado Simon.

—Pero, para reconocerme, tendrían que verme. —Le tomó la mano—. Simon, me daría por contenta siendo tu esposa extremadamente tímida, guardada en reclusión en tu propia casa. Sebastian, en particular, no lo hallaría extraño: hasta tu llegada a Langley no vi rostro extraño en doce años.

—¿De veras? —Simon alzó las cejas, y una chispa iluminó sus ojos. Cuando ella afirmó con la cabeza, una reflexión nueva les dio hondura—. Nunca se me ocurrió —murmuró.

Un amago de desdén cruzó por Rosamund. Claro: él era hombre, poco ducho en los modos de mujeres.

Pero la esperanza se apagó enseguida en la mirada de Simon.

—No; el riesgo es excesivo, y no puedes vivir siempre encerrada. Debemos quedarnos.

Rosamund se quedó mirándolo, atónita. ¿Cómo podía ser tan ciego?

—¿Y qué te hace pensar que Stanrudde es más seguro? Nada nos garantiza que no me reconozcan. Antes un solo día en tus nuevas tierras, siendo dichosos, aunque me hallen, que quedarme aquí segura y verte morir de pena.

El hierro volvió a su quijada.

—Basta, Rosamund —la previno—. He decidido que nos quedamos, y así será.

La frustración prendió fuego a su ira. ¡Por Dios, iba a seguir por la misma senda solo porque había clavado el seso en ella,

demasiado ciego para torcer!

Con una mano en la cadera y el dedo acusador, arremetió:

—¿Has decidido? ¿Y yo qué? ¿Con qué derecho tomas tal resolución sin considerar la vida que yo deseo? Pues no lo consiento. Si quiero dejar Stanrudde, me iré, y no podrás impedirlo. Quédate si te place, pero yo parto a tus tierras en Normandía.

La sorpresa barrió todo otro gesto: las cejas de Simon casi le tocaron el cabello. Abrió y cerró la boca como pez moribundo; luego entornó los ojos y la cólera encendió las aristas de su rostro.

—¿Te atreves a desafiarme? Tu voto me hizo tu protector. Como tal, decidiré lo que más te convenga. Ni tus malos modos me harán bailar a tu son.

La furia de Rosamund estalló.

—¡Pomposo, testarudo asno! —disparó, buscando el desahogo de su lengua materna—. ¿Cómo sueñas con encerrarme aquí en otro infierno cuando podríamos hallar la dicha en otra parte?

—¿Pomposo…? —rugió él, siguiéndola sin pensarlo al francés—. ¿Me injurias cuando he entregado cuanto estimo para darte esto?

—¿Y por qué no, si no tomas en cuenta lo que yo quiero?

—Lo que quieres puede costarte la vida —bramó.

Demasiado airada para atender a su aviso, ella alzó el mentón, desafiando el peligro.

—Mi vida es mía y mía la elección —replicó; y, abriendo los brazos, descargó su hartazgo—. Toda mi vida he sido un muñeco en un palo: «Cose recto, Rosamund. Cásate aquí, Rosamund, y aguanta los malos tratos. Te llevaré a vivir como plebeya, Rosamund». —Lo taladró con la mirada—. ¿Por qué nadie me pregunta qué deseo? Desde ahora, decido yo lo que me conviene, y elijo ir a Normandía.

Se volvió sobre los talones para marcharse, pero Simon le trabó la mano y la hizo girar de nuevo hacia él. La abrazó y la alzó hasta despegarle los pies del suelo.

—Veamos de quién es la voluntad más fuerte —la provocó, con un amago de diversión chispeando tras la rabia—. Eres libre de irte… si puedes.

—Bájame —exigió ella, arqueándose en su abrazo—, o juro que no volveré a yacer contigo.

La cólera se le desdibujó a Simon en una media sonrisa.

—Amenaza vana. Me deseas.

—No es cierto —mintió Rosamund, intentando reconducir la disputa—. No permitiré que decidas cuando te equivocas.

—Y yo no escucharé tus mentiras sobre tu ansia por mí —repuso bajo—, ni sobre tu amor. No puedes pasar el día sin mi toque.

Inclinó la boca y la rozó, tentando la respuesta que buscaba. Rosamund quiso resistirse, pero un fuego viejo prendió en su hondón. Sin saber cómo, sus brazos se anudaron a su cuello y se halló pegada a él, la boca moviéndose contra la suya. Él gimió, anhelante, cuando su pasión respondió a la de ella. No la soltó hasta que ambos jadeaban; entonces la dejó descender de nuevo al entarimado. Aun así, Rosamund se aferró a él, con los labios a un soplo de los suyos.

—No pienso oír más negativas —susurró él, cuando repicaron pasos en la escalera inferior.

—Peter llegará en cuanto Tom lo traiga de la iglesia —dijo Alwyna, y su voz subió por los peldaños.

El corazón de Rosamund dio un brinco. Se había acabado el tiempo para zanjar aquello. Con la frustración bulléndole aún, se desprendió del abrazo de Simon y se volvió a recibir a su madre.

Vestida con atuendo pardo de viaje, Alwyna irrumpió en el salón. La excitación le encendía el color del rostro y le bailaba en los ojos.

—¡Mirar! —exclamó, apartándose para dejar paso al que la seguía—. ¡Ver al insigne viajero que hallamos en el camino, buscando nada menos que a nuestro Peter!

Fue Oswald de Hereford quien cruzó el umbral. El clérigo del obispo William lucía ropas azules y una pluma pizpireta en su bonete de terciopelo. Se detuvo apenas dos pasos dentro del salón. Sus ojos se abrieron de par en par. La mandíbula se le cayó.

—¡Jesús Dios omnipotente! ¡Rosamund FitzGerald! ¡Pero si estáis muerta!

A su lado, Simon aspiró en seco.

La cólera que Rosamund había reprimido volvió a rugir. Se volvió hacia Simon.

—¡¿Ves?! Te dije que podían reconocerme aquí igual que en cualquier otro lugar —alzó la voz… y quiso tragarse las palabras al ver la honda tristeza que llenó el rostro de Simon. En sus ojos vio reflejada su muerte y la de ella.

El terror se alzó, devorando cualquier otro sentir. Con un grito sin palabras se arrojó contra él y se pegó a su costado. La mano le cayó al arco de su vientre. No estaba lista para morir, no cuando le quedaba tanta vida por vivir.

Henry cojeó hasta el descanso y entró en la sala tras Oswald. La boca torcida en una mueca desdeñosa, cruzó su mirada con la de ella.

—Vaya, Rosamund, ¿no será que no eres la mujer que a mi medio hermano le gustaría hacernos creer? Padre —dijo a Oswald—, decidnos dónde encontrasteis a la esposa de mi hermano.

—¿Esposa? —chilló Oswald, abriendo aún más los ojos. Palideció y se santiguó.

El brazo de Simon se cerró en la espalda de Rosamund como promesa de amparo, aunque ella sabía bien que no tenía nada que ofrecer. Apoyó la cabeza en su hombro.

—Oswald, no te equivoques —soltó Simon con calma—. Tu hallazgo significa que mi vida está perdida. Y si he de morir, elegiré hacerlo con espada en mano, procurando conservarla como mía.

—Oh, no —gimió Alwyna, con lágrimas ya en los ojos mientras se retorcía las manos—. No, esto no puede estar sucediendo. Padre

—suplicó a Oswald—, os ruego, ¡no devolváis a mi Rosamund a quienes quisieron matarla!

Con aquellas palabras, el terror de Rosamund menguó. En su lugar prendió una ira extraña. Se enderezó en el abrazo de Simon para encarar al eclesiástico.

—¿Es eso lo que intentaréis, Oswald? —le desafió—. ¿Devolverme a Sebastian? Pues pensadlo bien, porque no iré.

Los ojos del clérigo casi le nadaban en la cara.

—Santa María —gimió—, ¡pero Sebastian FitzGerald se ha vuelto a casar!

—Bígamo —canturreó Rosamund, con dura satisfacción—. Si es cierto, dudo que me quiera ya.

Henry soltó una risotada seca y se volvió hacia el rellano.

—Iré a ver qué entretiene a Peter —dijo, y empezó a bajar.

—Lo quiera Sebastian o no, debes ponerte en mi custodia —rogó Oswald, sincero en su gesto—. Tu pecado aquí es muy grande.

Aupada por aquella cólera nueva, Rosamund sacudió la cabeza con altivez.

—¿Qué os creéis, que soy un perro que acude al chasquido de vuestros dedos? —replicó—. Mi vida y mi pecado son míos. Ahora marchaos y dejadme con ellos.

—¡No lo haré! —bramó Oswald, sacudido de su confusión por el tono insolente—. Simon, tienes razón. Perderás la vida ante el esposo por tu adulterio. En cuanto a vos, señora Rosamund, ¡vendréis conmigo!

Las paredes casi temblaron con la potencia de su voz.

Bajo aquel embate, la ira de Rosamund se vino abajo, dejándola a merced de la realidad. Con un alarido, rodeó a Simon con los brazos.

—¡No!

Simon soltó un resoplido divertido.

—Oswald, creo que tienes tu respuesta. Rosamund se quedará conmigo, aunque me tenga por pomposo asno.

Ella alzó el rostro hacia el hombre que amaba. Pese al espanto de la situación, los ojos de Simon volvían a bruñirse de luces doradas.

—Estaba airada cuando lo dije —murmuró, a modo de disculpa.

—Con razón —respondió él, ciñéndola—. Fui necio al creer que estarías segura de ser descubierta en un lugar y no en otro. Perdóname, amor.

Las palabras le derritieron el corazón.

—¿Qué he de perdonarte? ¿Que me hayas dado los meses más felices de mi vida?

Oswald los miró, atónito.

—¿Cómo podéis estar así, tan desvergonzados, sabiendo que incurrís en incesto? —exclamó, de veras horrorizado—. Señora —se volvió hacia Alwyna—, el señor de Beamont está casado con la hermana de Lady Rosamund. Decidles que han de separarse.

Enjugándose las mejillas con la manga, Alwyna negó.

—No haré tal cosa.

—No podéis tolerar lo que hacen —se le quebró la voz.

—Olvidáis que me han multado más de una vez por cópula ilícita —repuso Alwyna, buscando un tono casual mientras volvía a retorcerse las manos—. ¿Quién soy yo para juzgarlos?

Oswald fulminó con la mirada a Rosamund.

—Entonces llamaré a la guardia y los llevaré por la fuerza a la prisión de esta ciudad.

Rosamund dio un gritito.

—Di algo —suplicó a Simon.

Él sacudió la cabeza.

—No hay más que decir. Ya está advertido. Daré mi vida antes que soltarte.

La idea de Simon frío e inmóvil por la muerte desgarró a Rosamund… y, al punto, se aquietó en resolución. Así como habría seguido a Simon a Normandía, le seguiría ahora hasta el fin de este camino.

—A donde tú vayas, yo iré —le dijo, y encaró a Oswald—. Llamad a vuestros guardias. Para cuando me arranquen de los brazos de Simon, estaré muerta, y esta vez no fingida. Sí, y no será sólo suicidio, sino asesinato también, porque llevo un hijo en las entrañas.

El clérigo retrocedió un paso hasta dar con el marco de la puerta. Sus manos se aferraron al pecho de la túnica, donde solía reposar su crucifijo.

—No —jadeó.

—¿Qué razón me dais para querer lo contrario? —replicó Rosamund, y una calma nueva le llenó el pecho—. O forzaréis a Sebastian a repudiar a su nueva esposa y volver a tomarme, o me encerraréis en un convento. Sebastian se apresurará a quitarnos la vida a mí y a mi criatura, y bien sabéis que no hay sitio en un monasterio para un niño, salvo como oblato. No deseo vivir después de que me hayáis robado a mi amor y a mi hijo.

—Pero condenarías tu alma —protestó Oswald, auténticamente espantado.

—Para encontrar a mi madre cuando llegue —rió Rosamund, y Oswald se quedó boquiabierto—. ¿Quién creíais que yacía en mi lugar?

—Oswald, fue por su propia mano, y sin instigación de nadie, que Lady Edith murió —dijo Simon, con cierta urgencia—. Yo no tuve parte en su muerte.

El clérigo se llevó los nudillos a los labios y palideció.

—Jesús nos valga… La enterramos en sagrado, en la abadía de Beamont.

Alwyna se encogió de hombros.

—Si Dios no la ha escupido ya, será que no le importa que repose donde reposa.

Oswald negó con la cabeza, aturdido, y de pronto se irguió.

—¡Sois blasfemos y herejes! —tronó.

Rosamund se enderezó de golpe.

—No es verdad —replicó—. Amo a Dios con todo mi corazón, pues por Su intervención directa vivo para encontraros hoy. Fue Dios mismo quien vino a mí y me mandó que permaneciera con Simon. Digo que sois vos quien peca intentando arrancarme del hombre que Dios me ordenó guardar.

Las emociones de aquella experiencia sagrada aún le cortaban el aliento.

Al otro lado, los ojos de Oswald se entornaron; se afirmó de hombros, seguro al menos en discernir herejía.

—Os explicaréis —ordenó—, o os denunciaré y haré que os examinen por mal uso del nombre del Señor.

Aún removida, miró a Simon. Aunque la confusión le oscurecía la mirada, él le sonrió, y aquel gesto bastó para darle fuerzas para revelar lo que nunca pensó compartir.

—Fue después de que Sebastian me golpeara. Sentí llegar la muerte —dijo, con palabras lentas y difíciles—, y la acogí, porque ponía fin a mi tormento en Langley. Entonces vi una figura, rodeada de luz. Cuando iba a pasar más allá, hacia la otra vida que me aguardaba a un palmo, no me dejó. Sólo dijo —sus palabras me llenaron por dentro, como hablan los santos a los mortales— que debía quedarme por Richard.

Tornó a mirar a Simon. La confusión había dado paso a una calma meditada. Se le suavizó el gesto; le tomó la mano y entrelazó los dedos, aprobando su relato con el tacto. Ella le sonrió.

—Entonces sólo te conocía como Simon, no como Richard —le dijo—. No entendí el mandato hasta que tu madre me dijo tu verdadero nombre cuando volví a la vida.

Las luces doradas volvieron a prender en los ojos de Simon.

—Doy gracias de que te retuvieran aquí —murmuró.

—No —negó Oswald—. Esa historia vuestra es embuste para que cierre los ojos al pecado.

Rosamund volvió a sacudir la cabeza, fija la mirada en él pese a su ceño.

—También yo dudé al principio. Pero, por más que me pregunte, la verdad es la misma: no conocía a ningún Richard —salvo a algún villano llamado Dickon— hasta que Alwyna pronunció el verdadero nombre de mi Simon. Juraré sobre cualquier reliquia o sufriré cualquier ordalía que impongáis, porque no miento. Ponedme a prueba.

Las cejas oscuras de Oswald se fruncieron. Otra vez buscó su crucifijo y halló sólo tela.

—No sé qué hacer —soltó.

—Entonces no hagas nada —replicó Simon al punto—. ¿No ves cuánto te conviene ocultar la existencia de Rosamund? Piensa lo que será de ti si lo revelas a tu obispo. Fue tu señor quien la declaró muerta. No le hará gracia saber que su favorito ha quedado por necio. ¿Quién concedió a Langley licencia para nuevas nupcias? ¿Quién permitió el entierro errado de Lady Edith en la abadía? Tu señor: tres veces necio. Cuando aparezcamos, habiendo concebido en adulterio e incesto, dudo que el obispo William siga mirándote con el mismo afecto.

Con un jadeo, Oswald soltó el pecho de su túnica y extendió las manos, como si viera su carrera deslizársele entre los dedos.

Conocía bien a su amo.

—¿Y si fue Dios quien intervino? —añadió Rosamund, buscando un empujón más suave hacia la senda que Simon deseaba—. ¿No podría ser prueba de vuestra fe que este juicio se os haya puesto delante? A fin de cuentas, fuisteis vos quien vino a buscar a Peter —le señaló—, y no otro que no me habría reconocido.

Oswald se encorvó bajo el peso de sus palabras.

—He de meditar —susurró… y de pronto se irguió—. Sí, una noche en oración me lo aclarará todo.

—Señora —dijo a Alwyna—, declino vuestro hospedaje. Me alojaré en el priorato con mis hermanos. Enviadme allí a Peter y hablaré con él sin prejuicio por estos sucesos. Simon… —miró a su primo, pero este alzó la mano para detenerlo.

—No me pidas juramento —advirtió—. No te doy mi palabra de nada por ahora.

La boca de Oswald se estrechó, con un deje de repugnancia.

—No necesito un juramento. al ser caballero me basta para confiar en ti. Quédate aquí hasta que te llame mañana.

Con una última mirada adusta a ambos, se volvió en redondo y salió por la puerta del salón.

Capítulo 22

Alwyna, con las manos apretadas contra la boca como si quisiera impedirse gritar, los miraba mientras los pasos del clérigo resonaban escaleras abajo. Cuando oyó cerrarse la puerta al pie de la escalera, cobró vida de golpe, corriendo hacia ellos, las manos agitadas como si fueran ovejas a las que debía arriar.

—¡Huir —clamó—, huir lo más rápido que podáis!

—No podemos, madre —respondió Simon con un ademán de cabeza—. Ahora que Rosamund ha sido descubierta, no queda lugar donde ocultarnos.

La ira encendió de rojo brillante las mejillas de su madre.

—¡No! No me pidas que permanezca de brazos cruzados mientras pierdo a mi primogénito, a la hija de mi corazón y a mi primer nieto, todo a la vez —exclamó—. Oh, Richard, diste la vuelta

al mundo entero para tener a esta mujer a la que adoras. ¿Cómo puedes rendirte tan fácilmente ahora?

—Tiene razón, Alwyna —repuso Rosamund, enlazando el brazo en la cintura de Simon mientras hablaba—. Ya no hay escondite posible donde no puedan hallarnos. Además —añadió, intentando sonreír—, vivir ocultos no es vida.

—¡No! —replicó Alwyna, el rostro crispado, mientras nuevas lágrimas asomaban a sus ojos. Un instante después se irguió con toda su estatura—. No, no lo permitiré. Lucharé contra ese clérigo. El nombre de mi esposo aún conserva influencia. Haré venir testigos que juren que Rosamund no es otra que Rosamund de Stanrudde, nacida y criada entre estos muros. Haré redactar un documento matrimonial, con firmas y sellos, que pruebe que estabais casados antes de San Juan.

Dejando a Simon, Rosamund se adelantó para abrazarla.

—¡Te arriesgarías a perderlo todo! —exclamó conmovida, y luego se apartó—. Te lo agradezco, pero sería un esfuerzo en vano, uno que Oswald jamás aceptaría. Alwyna, nada puedes hacer.

Un sollozo desgarró a la mujer, que se cubrió la boca con la mano para sofocar el siguiente mientras luchaba por recobrar el

dominio de sí misma. La desdicha se leía en cada línea de su rostro.

—Si lloras por mí, no lo hagas —protestó Rosamund, queriendo aliviar su pena—. En estos pocos meses he conocido más felicidad de la que jamás soñé. No me arrepiento ni de un solo instante, aunque el amanecer traiga el fin de mi vida. Y en cuanto a ti —añadió con una sonrisa temblorosa—, pronto tendrás a Clarice para ocupar mi lugar.

—Así será —aceptó la madre de Simon, aferrándose a la idea para recomponerse y exhaló un suspiro tembloroso—. Gerard vendrá mañana a hablar de la boda. A Henry aún no se lo he dicho. Después de todo lo que ha hecho, bien merece que se consuma un poco más en su impaciencia. Otro de mis hijos se ha tendido su propia trampa sin necesidad de caer en ella. —Alzó la vista al cielo y elevó la voz—: Señor, me habría bastado con hijos menos complicados. Pero ya que me los diste así, ¿no les echarías una mano en las dificultades que afrontan?

—Rosamund —intervino Simon, tomando su mano—. ¿Compartes conmigo las horas que nos quedan, a solas?

—Ir —insistió Alwyna—, pero jurarme que no haréis nada hasta que el clérigo emita su decisión mañana. Mientras hay vida, hay

esperanza.

—Lo juro, madre —afirmó Simon con calma, rozando la mejilla de la mujer con la mano—. No deseo abandonar este mundo antes de tiempo.

—Bien —murmuró ella, con los ojos otra vez bañados en lágrimas. Lo tomó del brazo y lo empujó hacia la puerta—. Ir, y rápido, antes de que esto se inunde.

Rosamund permitió que Simon la guiara fuera de la estancia y bajaron las escaleras. En el patio, los criados descargaban las acémilas; nadie reparó en ellos al cruzar la puerta y salir a la calle. Aunque ya estaba habituada a la suciedad de Stanrudde y al continuo ir y venir del gentío, aquel bullicio hoy le parecía que la aplastaría. Lo que les esperaba requería calma y sosiego para afrontar el destino; solo podría encontrarse en la serenidad que aguardaba más allá de las murallas.

—Simon —rogó—, ¿podemos ir a los establos? Necesito ver árboles y sentir hierba bajo los pies.

—Me has leído el pensamiento —respondió Simon con una leve risa.

Se detuvieron lo justo para que Simon comprara algo de comida y bebida, y luego se encaminaron hacia la puerta de la Abadía. El que pasaran sin impedimento demostró que Oswald confiaba en el honor de Simon. Sin decir palabra, atravesaron los campos segados hasta los tobillos y los huertos ya despojados. En el cielo brumoso del día, una incierta «V» de cisnes avanzaba. Salvo por sus graznidos, los campos guardaban un silencio asombroso después de los múltiples cantos del verano. En torno a Rosamund, praderas y matorrales se teñían de naranjas, oros y rojos profundos. Inspiró hondo, saboreando el aire fresco y especiado.

Por fin apareció el pequeño edificio. Algunos frutos tardíos aún colgaban de los árboles que rodeaban los campos. Mientras avanzaban hacia el establo, el imponente corcel de Simon se acercó a la valla. El caballero cogió una manzana y se la ofreció. Rosamund se unió a él junto al vallado.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Caballo —repuso él secamente, para luego soltar una carcajada—. Me temo que en mí no hay pizca de romanticismo. Dejo a mis nobles hermanos bautizar sus corceles con nombres de

héroes. —Rascó las orejas del animal—. También respondes a "idiota" y "cabezota", ¿verdad?

El enorme caballo asintió en amable acuerdo, resopló y pareció disfrutar de la broma. Simon le dio una última palmada y se volvió hacia su esposa jurada.

—¿Y ahora qué? —preguntó con suavidad.

La incertidumbre y el miedo le retorcían el estómago a Rosamund. La necesidad de huir de cualquier pensamiento sobre lo que les aguardaba le arrancó las palabras de los labios.

—Lo primero, disculparme. Debería haberte hablado del niño antes de anunciarlo tan abiertamente.

—Ya lo sabía —replicó él con una sonrisa.

Tan escueta fue la respuesta que ella lo miró con sorpresa. Su sonrisa se ensanchó hasta convertirse en una franca carcajada.

—No era yo el único guardando un secreto imposible de ocultar. Dos meses seguidos sin indisposición… —dijo, con voz grave y recordando la pasión mientras alzaba su mano para besarla.

El aliento se le trabó a Rosamund ante ese recuerdo de sus noches. Una memoria condujo a otra, y sus ojos buscaron el establo,

donde habían consumado por primera vez su unión. El recuerdo de sus manos sobre el pecho desnudo de Simon la envolvió, calentando cada rincón de su ser. Volvió a mirarlo.

—¿De veras es esta nuestra última noche juntos? —preguntó con lágrimas amenazando.

—Podría serlo —respondió él en un murmullo.

Rosamund parpadeó para ahuyentar sus lágrimas. Si aquella era la última noche, no pensaba malgastarla en sufrimiento.

—Entonces sé muy bien cómo quiero pasarla.

Simon soltó una carcajada.

—Yo también. Pensé que para eso habíamos venido aquí. —Le tendió la mano. Rosamund la aceptó con una sonrisa, estremeciéndose con la emoción que le transmitía su contacto, y dejó que la condujera dentro del establo.

El alba asomó sus dedos rosados por las pequeñas ventanas del establo, la luz apenas suficiente para arrancar a Simon del sueño.

Suspiró, su aliento empañando el aire ante sí mientras escuchaba al mundo desperezarse. En su viaje hacia los cuarteles de invierno, gansos y cisnes graznaban sobre el tejado. El balido suave de las ovejas se alzaba desde el prado, y desde los bosques lejanos llegaba el bramido solitario de un ciervo.

Rosamund se movió, acurrucándose más cerca de él mientras compartían el calor bajo la manta que formaba su capa. Su cabello se derramaba sobre él en una caída sedosa, su corazón latiendo al unísono con el suyo. Los sentidos de Simon se despertaron con su cercanía, para luego hundirse en el asombro. Era un milagro que un hijo suyo, concebido en su amor, creciera dentro de ella.

Con ese pensamiento, una punzada de su propia necedad vino a burlarse de él. La última vez que habían pasado la noche allí, había despertado temiendo que su hijo fuese llamado bastardo. ¡Qué trivial le parecía ahora, con la muerte aguardándoles!

La tristeza le siguió. Si Rosamund elegía vivir, en lugar de morir con él, su hijo jamás sabría cuánto lo había querido su padre. ¿Era aquello lo que tanto había atormentado a Henry de Beamont, que su espíritu permaneciera durante años en la capilla de Beamont?

En ese instante, Simon encontró su vida insoportablemente preciosa y la idea de dejarla, intolerable. Una lista de arrepentimientos se desplegó en su interior: cosas que habría querido hacer y cosas que había hecho y desearía no haber hecho. A la cabeza estaba su propio descontento consigo mismo: no solo había rechazado el amor de su padre, sino también el nombre que Henry le había dado, todo por lo que no estaba escrito en un pedazo de pergamino.

A su lado, Rosamund se agitó al despertar y luego se estiró. Su piel se deslizó deliciosamente contra la de él, provocándolo, como sin duda era su intención. Simon sonrió ante aquel juego. Su temor de no ganarse nunca su confianza ni su amor como el de un esposo se había mostrado completamente infundado.

—No otra vez —gruñó, fingiendo debilidad. Fue un intento condenado, pues su virilidad lo traicionó.

—Si no tienes fuerzas… —lo provocó en un susurro, pero sus palabras se apagaron en un temblor. El brillo húmedo en sus hermosos ojos y el dolor que retorció sus labios lo dijeron todo.

Él alargó la mano para recorrer con los dedos la curva de su mejilla.

—Acordamos que no habría más lágrimas —murmuró, ocultando la propia tristeza.

—Así es —admitió ella, luchando valerosamente por enterrar sus temores—, pero ahora que la mañana nos alcanza, me descubro de pronto celosa de mi vida.

Con la yema del dedo, Simon delineó el contorno de sus labios, sonriendo cuando ella besó su dedo.

—No tienes por qué morir, amor, no cuando puedes hallar paz en un convento.

—No —rechazó al instante—. Una vez que Sebastian sepa que vivo, querrá verme muerta con toda certeza, más aún cuando sepa que llevo un hijo. —Le atrapó la mano y depositó otro beso en su palma—. Además, ¿qué me quedaría por vivir si tú no estás?

Aunque sabía que la idea de su muerte no debía complacerlo, que ella le dijera eso era un tesoro para él.

—Entonces, ¿estos últimos meses han valido el precio? —preguntó, necesitando oírlo de sus labios.

—Bien lo sabes. —Su sonrisa titubeó—. Oh, Simon —suplicó—, ámame hasta que no pueda pensar.

—Como desees —respondió en voz baja, antes de posar su boca sobre la de ella en una caricia suave.

Fue mientras Rosamund aún yacía, recreándose en el gozo del amor de Simon, cuando llegó el mensajero de Alwyna en la figura de Tom, que traía los caballos de carga al establo. El sirviente traía la noticia de que el noble primo de Simon los aguardaba en el priorato. Para sorpresa de Rosamund, su corazón ya no temblaba ahora que había llegado el momento. En su lugar, no había en ella más que una calma profunda.

Se lavó con presteza, más por lo helada del agua que por otra cosa, y se vistió, trenzándose el cabello mientras Simon se ceñía las armas. Compartiendo su capa con él, los brazos aferrados a su cintura, regresaron juntos a Stanrudde. Y aunque en su paso no hubo vacilación, tampoco se precipitaron ciegamente a su destino al franquear la puerta de madera del priorato.

Avanzaron por el claustro, los haces de la luz matinal disparándose a través de los arcos de piedra que lo flanqueaban. El

nuevo día centelleaba en blanco luminoso y rojo herrumbroso sobre las losas a sus pies. En el huerto del centro del claustro un monje se sentaba en un escabel, rodeado de un grupo de mozos que, con las piernas cruzadas, aprendían las mismas lecciones que otrora recibiera Peter.

Su guía los condujo a la residencia de los hermanos y se detuvo ante la primera puerta de roble oscuro. Esta gimió al abrirse. Soltando a Simon, Rosamund atrapó su mano y juntos entraron, cegados al instante por el rayo de sol que se derramaba por la única ventana del aposento.

Oswald estaba sentado, erguido y tenso, en un amplio y ornamentado sillón —sin duda el asiento del prior—, al fondo de la estancia. A un lado se alzaba el alto pupitre de un escribano, sobre cuya pulcra superficie sólo reposaba el cabo de una vela consumida. En un principio, Rosamund creyó ver a otro hombre de pie tras él, pero al aclararse su visión advirtió que era una estatua de San Pedro, patrono del priorato, colocada contra el muro del fondo.

Ella y Simon se detuvieron en el centro de la sala. Con un gesto de mano, Oswald despidió al monje que los había conducido. De nuevo gimió la puerta al cerrarse. Cuando aquel sonido murió,

nada perturbó la paz salvo los ecos distantes de la vida de la ciudad. El rostro de Oswald no era sino aristas duras y planos severos.

—Así que —dijo el clérigo, tras dejar que el silencio se volviera incómodo—, milady Rosamund, ¿persistís en vuestra resolución de suicidio y asesinato?

Rosamund se irguió cuanto le fue posible, sosteniendo su mirada sin pestañear. Qué extraño resultaba sentirse tan serena y segura.

—Lo estoy —respondió, la voz suave y triste.

—Ni vinimos desprevenidos a este encuentro —dijo Simon en calma, alzando el borde de su capa para mostrar su espada y su daga—. Si llamas a la guardia, Oswald, moriremos aquí.

Las cejas del clérigo se fruncieron en hondos surcos. Volvió a mirar a Rosamund.

—¿Todo esto, sólo para evitar la carga de vuestro pecado?

—No, ese no es mi propósito —contestó despacio, midiendo cada palabra—. Admito sin reparos tanto adulterio como incesto, sabiendo que no hay penitencia capaz de redimir mi falta. Mas hallo consuelo en mi certeza de que fue Dios mismo quien me condujo a los brazos de Simon. Sólo puedo creer que, donde Él guía, no puede

haber mal cometido. Y del mismo modo creo que, si Simon debe morir, yo debo seguirle, pues la única razón por la que no morí en Beamont fue por él.

Oswald negó lentamente con la cabeza, luego se volvió hacia Simon.

—¿Y tú, Richard? Si sobrevivieras, ¿persistirías en el pecado que cometéis los dos?

Simon alzó los hombros apenas, apretando con más fuerza la mano de Rosamund.

—Es mía, Oswald, y la guardaré, honrándola como a mi esposa todos los días de mi vida. En cuanto a lo que ella afirma, que el Señor me la entregó, no puedo sino maravillarme, pues explica cómo torcí con tanta facilidad el ardid FitzGerald en su rescate.

—¿Qué? —los negros arcos de las cejas del clérigo se aguzaron en picos—. ¿Ardid?

—Vamos —respondió Simon con un matiz de ironía en la voz—, ¿tan fácilmente fuiste engañado por la farsa que la madre de Lord Langley urdió tras haber yo vencido a su hijo en los campos de Beamont? No, ellos tramaron sacar a Rosamund del torreón mientras él y yo combatíamos. Dos de los hombres FitzGerald aguardaban en

la arboleda de Robert con órdenes de asesinar a su señora; y a cada uno de ellos se le pagó para que matara al otro y así evitar todo testimonio.

Rosamund contuvo el aliento al escucharlo.

—Me preguntaba cómo lograste robarme —dijo a Simon—. Y lo que dices no me sorprende. Deshacerse de mí uniría a Sebastian y a Matilda. A Matilda le habría dolido gastar monedas para encerrarme en un convento, y a Sebastian le habría pesado aún más que siguiera viva lejos de su alcance. Pero ¿cómo descubriste su plan?

La sonrisa de Simon fue veloz.

—Olvidaba que no habías oído esta historia. Anne te cuidó tras la paliza, y fue a ella a quien Matilda ofreció sus monedas para sostener la farsa que planeaba presentar al obispo. No sabía que Anne era de mi sangre.

Las palabras resonaron en la memoria fracturada de Rosamund, claras como un trueno.

—Ocho peniques —murmuró—. Lo que cuesta un par de gallinas de guiso… ese fue el precio que valió mi vida para Matilda.

—¿Cómo puedes arrancarme de los brazos de quien me ama y cuida sólo para devolverme a quienes urdieron mi muerte? —le

espetó a Oswald, incrédula.

La inquietud centelleó en los oscuros ojos del clérigo. Mordió su labio inferior un instante, ensombrecido el gesto en cavilaciones, hasta que negó con la cabeza.

—¿Cómo he de saber que es cierto? —fue más un lamento que una acusación de mentira.

—La prueba es sencilla de dar —replicó Simon—. Pregunta a Peter, mi medio hermano. Él estaba presente cuando la madre FitzGerald ofreció sus sobornos, y también cuando los hombres de Beamont se encontraron con los asesinos contratados. Oyó sus palabras antes de que muriesen. Y, al volver a Hereford, busca a Anne de Beamont, mi prima, que se hallaba junto a Matilda y sostuvo su falso relato hasta hacerlo sonar veraz. Dile que Simon se lo exige y ella misma contará la historia de las monedas entregadas para asegurar la muerte de Rosamund.

Oswald suspiró, sus hombros hundiéndose.

—En verdad, no puedo menos que creerte, pues desde el inicio dudé del relato de aquella anciana —admitió con derrota—. Fue difícil confiar en su súbita preocupación cuando siempre había mostrado desdén y mezquindad. Bien, logró lo que quería: Lord

Langley tiene ahora nueva esposa y bien dotada. Vi el contrato de ese matrimonio. La muchacha no era tan fresca… Sus padres tenían mucha prisa en casarla. —El clérigo calló, sombrío, los dedos apretando su boca contraída.

El silencio se alargó. Rosamund cambió el peso de un pie al otro, aguardando la sentencia. Ante su movimiento nervioso, Simon soltó su mano para envolverla en el resguardo de su brazo. Por fin, ella no pudo resistir más.

—Os lo ruego, decid algo —suplicó—. Decidnos qué haréis.

—¿Qué puedo hacer, si no me dejáis opción? —estalló Oswald, con gesto agrio—. Estoy atrapado entre lo que sé que es justo y lo que creo lo mejor. No quiero llevar en mi alma vuestro suicidio ni el asesinato de vuestro hijo, ni tampoco puedo dar a Langley la ocasión de consumar otro crimen revelando vuestra existencia. Richard dice la verdad pues, si se supiese la verdad sobre vuestra supuesta muerte, recaería sobre mí la vergüenza ante mi señor. La única tregua que hallo es que mi fe se deleita en vuestra historia de visión sagrada, aunque me cuesta creer que seáis del temple de un santo que recibe tales revelaciones. No, lo único que deseo es hallar modo

de ocultar vuestra verdadera identidad y rogar a Dios que no me condene por ello.

—¿No harás nada? —preguntó Simon, sorprendido, apretándola contra sí.

—Nada en absoluto —respondió Oswald con amargura—. Ahora iros los dos. Me quedaré aquí uno o dos días, buscando cómo cubrir lo sucedido y borrar todo rastro de lo que he visto.

El estupor de Rosamund fue tal que la cabeza le dio vueltas. Para sostenerse, se aferró a la cintura de Simon y alzó la vista hacia él. El oro del júbilo brillaba en sus ojos y su sonrisa era un portento.

—Viviremos —susurró, incrédula.

Simon sabía que sonreía como un necio, pero no pudo evitarlo.

—Así es, viviremos —replicó, atónito aún ante aquel milagro.

A su lado, la mirada de Rosamund perdió enfoque. Sintió cómo su cuerpo se aflojaba. Cuando desfalleció, él la recogió en sus brazos, estrechándola contra su pecho. Por mucho que la sujetara, nunca sería suficiente. Vivirían. Y aun así, le rozaba la inquietud de que aquel regalo llegaba demasiado fácil, demasiado barato.

Se volvió hacia Oswald.

—Jamás olvidaré el don que nos has dado hoy. Si alguna vez necesitas de mí, llámame.

Los labios de su primo se tensaron, sus oscuros ojos entrecerrándose. No era odio, sino herida, lo que los llenaba.

—no creo que te necesite nunca —respondió con frialdad—. Ahora, marchaos.

—Que así sea, pues —dijo Simon, procurando sonar humilde mientras cada fibra de su ser exultaba con aquel milagro. Y sin darle ocasión a cambiar de parecer, se volvió y llevó consigo a la esposa de su corazón, de regreso a la vida que de pronto le resultaba tan preciosa.

Capítulo 23

Rosamund recobró el conocimiento cerca del centro de la ciudad. Aunque le suplicó a Simon que la dejara en el suelo, que su peso era demasiado para él, que los tenderos lo tomarían por un necio enamorado, él se negó. En aquel momento, no necesitaba ni la más mínima separación entre ellos. No fue hasta que alcanzaron la entrada al patio de su madre cuando su protesta cambió.

—No, no debes llevarme dentro de la puerta —exclamó—. Alwyna temerá lo peor si lo haces.

Simon se detuvo y dejó que sus pies volvieran a tocar el suelo.

—Te equivocas —le dijo—. El simple hecho de vernos ya hará que mi madre se regocije.

Cuando empezó a entrar por la puerta, Rosamund lo agarró del brazo y lo hizo retroceder.

—No —dijo—, no entraremos hasta arreglar algo. Si vamos a seguir viviendo, no permitiré que desperdicies tu vida aquí. Hallaremos un modo de ocultar mi existencia. Ahora dime que escribirás a lord Beamont y aceptarás las tierras que quiere darte.

Dentro de Simon, las puertas de su prisión se abrieron de par en par. Ahora que lo peor había sucedido, ¿qué motivo quedaba para negarse? El alivio que lo inundó fue tan hondo que lo hizo reír.

—Sí, mi dulce —dijo, adoptando el tono de un marido apocado —, haré tu voluntad.

Mientras ella soltaba un resoplido irritado, él le tomó la mano y la guio al interior del recinto de su madre. Al otro lado del patio, Henry se encontraba en el umbral del almacén, apoyado en sus muletas. Un brillo de sonrisa le tocó los labios.

—Buenos días, Simon, Rosamund —saludó, y empezó a cruzar con cuidado el empedrado hacia ellos.

Se encontraron cerca del centro del patio. Simon frunció el ceño. Una satisfacción engreída brillaba en los ojos oscuros de Henry y levantaba las comisuras de su boca. Su medio hermano tenía el aspecto de un gato que se hubiera zampado un pajarillo.

—¡Dormilones! ¿Dónde habéis estado? Yo he trabajado duro estas horas —dijo Henry, con el fulgor en sus ojos creciendo—. A decir verdad, pensé que ya habíais huido, corriendo del pavoneado clérigo normando que tanto interesó a mi madre… —se detuvo, y luego giró sobre sus muletas para mirar hacia la puerta cuando la sorpresa borró parte de su satisfacción—. Maestro Gerard, ¿qué lo trae por aquí tan temprano?

Simon se volvió y vio a Gerard de Stanrudde entrar en el patio a paso vivo. El hombre rollizo, calvo salvo por una franja de cabello en la nuca, sonreía mostrando una dentadura completa. No cabía duda de la alta opinión que el rico mercader tenía de sí mismo. Bajo una capa oscura forrada de nutria, su saya roja, las calzas de un verde vivo y unas finas botas de cuero proclamaban su estatus. Y, por si quedaban dudas de su riqueza, lucía pesados anillos en los dedos y una gruesa cadena de oro sobre el atuendo.

—¿Que qué me trae? —respondió el mercader con voz recia y afable—. Pues vos, maestro Henry.

Simon alzó las cejas. Que Gerard usara el título de "maestro" para dirigirse a Henry era, sin duda, un gran cumplido. Parecía que

su madre y Rosamund tenían razón al pensar que la vacilación de Gerard sobre la unión entre ambas casas estaba saldada.

El hombre más pequeño se unió a su pequeño círculo en medio del patio.

—En verdad no imagináis cuánto me alegra hallarte aquí hoy, Henry. Desde hace meses, Clarice me atosiga sin descanso para fijar la fecha de la boda. Esta mañana ya no pude soportarlo más. Espero que las circunstancias —un leve gesto de su mano señaló las muletas de Henry— no le hayan hecho cambiar de idea respecto a mi hija.

A Henry se le quedó la boca abierta. Con los ojos muy abiertos, miró en silencio al hombre que pronto sería su suegro. Buscando rescatar a su hermano de la sorpresa, Simon posó una mano en el hombro del mercader. Aún atrapado en su propio alivio y alegría, se permitió urdir unas palabras que pincharan tanto a su hermano como a Rosamund de un solo golpe.

—¡Alabado sea Dios que venís, por fin, a rescatar a mi esposa! Demasiado tiempo ha tenido Rosamund que hacer el oficio de dos, regañando a Henry al mismo tiempo que me regaña a mí. Me atrevo

a decir que se alegrará de que Clarice se nos una en la casa y cargue con sus buenos y maritales deberes.

La carcajada de Gerard fue un bramido satisfecho que rebotó en las paredes del patio.

—¡Bien dicho! ¿Está doña Alwyna para que entremos en este espinoso asunto?

—Aquí estoy —dijo Alwyna desde la puerta trasera de la casa.

El grupo se volvió a mirarla. El rostro de Alwyna resplandecía como un faro cuando su mirada se cruzó con la de su hijo mayor.

—Pero si son Richard y Rosamund. No esperaba veros tan pronto. ¿Cómo fue vuestra misión al priorato? —la voz se le quebró apenas al hacer la pregunta.

—Fue muy bien, en verdad —respondió Simon.

Por un instante, los ojos de su madre se cerraron y se apoyó en el marco de la puerta; luego, con una profunda inspiración, se irguió y volvió a mirar a su visitante.

—Buenos días, Gerard. ¿Qué le trae por mi casa?

Gerard le sonrió.

—Asuntos de boda, ¿qué otra cosa podría ser?

La sonrisa de respuesta de Alwyna fue gloriosa.

—Entonces, debéis pasar al instante. Compartiremos un trago de vino y planificaremos.

No fue hasta que Gerard echó a andar hacia la puerta cuando Henry giró sobre sus muletas y lo sujetó del brazo.

—¡Esperad! —exclamó.

Su futuro suegro lo miró con una ceja alzada.

—¿Qué ocurre, Henry?

—¿Por qué ahora? —preguntó el más joven.

—¿Y por qué no? —replicó Gerard—. Este desposorio se ha alargado tanto que Clarice dice que será demasiado vieja para dar a luz si esperamos más.

La confusión cruzó el rostro de Henry.

—Pero, hace tres meses estaba seguro de que pensabais anular nuestros esponsales.

Gerard le dio a Henry una palmada amistosa en el hombro.

—Hace tres meses no erais vos el hombre que sois hoy. No podéis imaginar cuánto ha sorprendido a todo el gremio vuestra pronta mejoría en este tiempo. Os diré algo: hubo quienes creyeron

que jamás os alzaríais tras el doble golpe de perder a vuestro padre y quedar sin piernas de una sola vez, maestro Henry —añadió, subrayando esta vez el título—. ¿Y no nos habéis mostrado acaso que sois hijo de vuestro padre y que fuimos necios? Sí, aún andáis con algo de inseguridad, pero sois joven. Yo mismo creo que habéis mostrado poseer el mismo don para el comercio que tuvo vuestro padre, y no tardará en que ocupéis su lugar en el gremio.

Henry se bamboleó sobre las muletas.

—Estoy abrumado —murmuró—. Esos elogios me hacen perder la cabeza. No sé qué decir.

—Dadle las gracias a la mujer de vuestro hermano —rió Gerard, guiñando un ojo a Rosamund—. ¿Quién no la ha visto a vuestro lado, dándoos ánimo, eh? Una familia unida y amorosa robustece el comercio y favorece los negocios; eso es lo que siempre sostengo.

Con otra palmada amistosa en el hombro de Henry, Gerard se encaminó hacia la puerta y luego hacia Alwyna, dispuesto a brindar mientras concertaban los planes.

—No —susurró Henry, volviéndose para ver al hombrecito entrar en su casa. Luego miró a Rosamund, pálido como la cera.

Rosamund le dedicó una sonrisa descarada.

—Aunque sea poco delicado por mi parte, no puedo resistirme: te lo dije —declaró, muy satisfecha de sí.

—No —repitió Henry, ahora sacudiendo lentamente la cabeza, como espantando telarañas de su mente—. Nunca pensé… quiero decir, mis piernas… —y la voz se le apagó.

Simon estuvo a punto de echarse a reír con la reacción de Rosamund a la excusa consabida de Henry. La mujer que amaba puso los ojos en blanco y se plantó en jarras, dispuesta a afilar la lengua contra su pobre y atribulado hermano.

—¿Acaso tienes el seso en las piernas, Henry? A Clarice sólo le importas tú, y a Gerard no le importa sino tu inteligencia y tu pericia. Con muletas y un caballo de carga tienes toda la movilidad que necesitas.

Lejos de alegrarlo, la expresión de Henry pasó de la desdicha al desconsuelo. Algo parecido a un destello de culpa cruzó la mirada de su hermano.

—¿Qué he hecho? —sollozó casi, y se lanzó a girar sobre las muletas, casi corriendo de vuelta al almacén.

Una punzada de preocupación atravesó a Simon. Algo iba mal con Henry, y no era mera gratitud o sorpresa.

—¿Y a éste qué le pica? —preguntó Rosamund, desconcertada —. Pensé que amaba a Clarice.

Se oyeron gritos desde dentro del almacén. Al instante, Tom salió rodando por la puerta y fue a dar de bruces contra los guijarros. Simon ya corría hacia la entrada cuando Rob apareció en el umbral.

—¡Ayuda, ayuda! —gritó—. ¡El señor Henry se ha vuelto loco!

Entre pilas de resmas de pergamino, balas de cáñamo y fardos de paño, Simon se lanzó a toda prisa, con Rob pegado a sus talones. Henry yacía en el suelo apisonado del edificio; sus muletas estaban abiertas contra la pared del fondo, una astillada por la fuerza con que la arrojó. En torno suyo se amontonaban sedas brillantes —compradas en trueque por la esquila de aquel año— mientras él desgarraba más envoltorios.

—Basta, Henry —ordenó Simon con la voz que lograba obediencia inmediata de todos sus hombres.

Henry dejó caer la tela y se desplomó, sollozando, sobre ella. Simon se arrodilló a su lado, pero su hermano lo agarró por la parte

delantera del coselete de cuero. Lágrimas surcaban sus mejillas.

—Corre, Simon —clamó con el corazón hecho trizas—. Llévatela y huye por tu vida.

Rosamund llegó resbalando hasta detenerse junto a ellos.

—Henry, ¿qué ocurre? —exclamó, angustiada.

—Oh, Dios, pagué al mensajero más rápido que encontré —gimió su hermano—. Vendrá. Sé que vendrá, aunque sólo sea para castigarme por mi pequeña malicia y mi estupidez.

La inquietud de Simon se disparó hasta algo peor. El rostro se le endureció. Tomando a su hermano por la barbilla, le obligó a mirarle.

—Habla claro, muchacho —exigió.

—Soy un necio —lloró Henry—. Me odiaba por tener tanto miedo a fracasar. ¿Para qué intentarlo, si nunca podría ser como papá? Entonces llegó Rosamund, con sus regaños y sus empujones. Me enfureció tanto que no vi cómo me estaba forzando a hacer lo que yo solo temía intentar. Y ahora la he traicionado, cuando no me ha hecho más que bien.

La frustración y el miedo chasquearon en Simon. Le apretó la cara y le sacudió.

—¡Maldita sea, ¿qué hiciste?!

La vergüenza enrojeció las mejillas de Henry.

—Ayer, cuando oí al clérigo pronunciar el nombre de su marido, envié aviso a ese hombre de que hallaría aquí, viva, a la esposa que creía muerta.

—¡Idiota! —rugió Simon, desgarrado, empujándolo hacia atrás y poniéndose en pie de un salto.

A su lado, Rosamund vaciló, retrocediendo hasta que los hombros le toparon con los fardos apilados. Se dejó caer contra ellos, con el rostro blanco como la cal.

—Viene —gemió—. Viene a matarme.

La cólera arrasó en Simon. ¿Cómo podía Dios ser tan cruel, ofreciéndoles la libertad para arrebatársela en la misma hora? La furia le subió tanto que echó el brazo atrás para soltarle un puñetazo al hermano. Henry se escabulló y le sujetó el antebrazo. Dos meses sosteniéndose en muletas le habían dado nuevas fuerzas. Resoplando, Simon comprobó que no podía ni desahogar lo que le ardía dentro ni zafarse del agarre de Henry.

—Aún no, Simon —dijo Henry, con las lágrimas dando paso a una determinación nueva—. Te juro que aceptaré de buena gana tu paliza, pero sólo después de que la hayas salvado de él. Le di nuestro nombre. Vendrá aquí buscándome. Cuando llegue, debo estar consciente para desviarlo por una pista falsa. Ahora vete, antes de que sea demasiado tarde.

Alwyna y Gerard apartaron a los sirvientes que observaban. Mientras Alwyna lanzaba un grito y corría a rodear con sus brazos a Rosamund, Gerard se plantó frente a los hermanos en pugna.

—¿Qué sucede aquí? —exigió el mercader, la confusión tiñéndole el rostro redondeado.

—Es culpa mía —clamó Henry, soltando a Simon para volver una mirada frenética hacia su futuro suegro—. Rosamund y yo jugamos un necio pulso de voluntades, pero yo, sin pensar, fui un paso demasiado lejos. Ella aún no está libre de quien una vez fue su dueño. Yo lo sabía, pero no supe su nombre hasta ayer, cuando todavía era un idiota rencoroso. Dejé que mi ira por algo que creí que ella me había hecho me dominara y mandé aviso a ese hombre del lugar donde estaba. Si lo que he hecho os lleva a retirar vuestra oferta de la mano de Clarice, que así sea. No es más que el justo

pago por semejante crueldad. Os ruego, contened vuestro asco hacia mí el tiempo suficiente para ayudarme a idear un modo de salvarla de lo que he hecho —terminó, suplicante.

La consternación pasó por el rostro de Gerard, seguida de irritación, y luego una rápida agudeza calentó sus ojos azules. Miró a Rosamund.

—Deduzco que aún no ha pasado un año y un día para vos —dijo.

Simon parpadeó sorprendido. La alusión oblicua de Henry había llevado al mercader a creer a Rosamund una sierva que intentaba huir de su antiguo señor. Hacía falta un año y un día de libertad para que un siervo se despojara de ese vínculo legal.

Rosamund no contestó; no podía, atrapada como estaba en la desesperanza. Alwyna no tenía tal problema con la lengua, aunque el dolor le frunciera el gesto.

—Sí, Gerard, llegó aquí poco antes del día de San Juan.

La mirada de Gerard se desplazó a Simon.

—Entonces, me parece que tú y ella no podéis estar casados.

Dado que aquel hombre era un aliado potencial, Simon no tuvo más remedio que responder con la verdad, aunque no estaba dispuesto a decir una palabra más de las necesarias.

—No lo estamos.

Mientras hablaba, echó un vistazo a Rosamund. A la desesperanza de su rostro se unió la tristeza. Le invadió la necesidad de estrecharla otra vez. Con un gesto de la barbilla, le indicó que se acercara. Rosamund dejó el abrazo de su madre para refugiarse en el suyo.

En lugar de hurgar más, Gerard sólo hizo una mueca.

—Es una lástima. Por desgracia, si os casáis ahora y con prisas, sólo parecerá una treta por su parte para evitar la captura. No, no hay ayuda posible. Tendréis que huir.

Se quitó un anillo y se lo apretó en la mano a Simon.

—Llévala a Bristol. Una vez allí, pregunta por el vinatero, John, hijo de Walter. Dile que debe protegerla como yo lo protegí a él. Ahora marchaos —dijo—, y dejad que Henry y yo trememos cómo retrasar y desviar a su señor para ganaros tiempo.

Fueron las últimas palabras de Gerard las que obraron el milagro. Contra toda razón, el júbilo que había sentido momentos

antes volvió a adueñarse de su corazón. Él y Rosamund cabalgarían, pero no hacia Bristol para esconderse en la tienda de un vinatero. No: cabalgarían en la dirección contraria, hacia Dover, rezando todo el tiempo para que Gerard lograra demorar a Sebastian. Porque desde Dover, él y Rosamund podrían tomar un barco a Normandía y a su nuevo hogar.

—Entonces, con mil gracias por vuestra ayuda, nos vamos —dijo, apretando a Rosamund contra sí mientras la volvía y la apremiaba a salir del almacén.

El patio vacío estaba inusitadamente silencioso. Simon arrastró a Rosamund sobre los guijarros y de vuelta a las calles de Stanrudde. Ahora que el mediodía se acercaba, las callejas bullían de peatones. Los asnos rebuznaban en protesta mientras los vendedores empujaban sus carretillas, pregonando a voces el valor de sus mercancías, ya fueran cebollas o retazos de paño. El aroma levaduroso del pan recién cocido combatía con el hedor de carne podrida y pieles en curtido.

No fue hasta que se acercaron a la puerta principal de la ciudad cuando Rosamund empezó a forcejear y resistirse.

Sobresaltado, él se volvió a mirarla. Ella tenía las manos juntas como en oración. El terror le nadaba en los ojos.

—No vamos a tener esta vida, ¿verdad? —susurró.

—Claro que sí —respondió Simon, confuso por su vacilación—. Oíste a Gerard y a Henry. Ayudarán. Ahora ven —dijo, tomando de nuevo su mano—, debemos ponernos en camino, y deprisa.

En cambio, ella volvió a zafarse, esta vez retrocediendo mientras negaba con la cabeza.

—No, es inútil huir. Santa María, ya no queda ningún lugar donde esconderse ahora que Sebastian sabe que existo. Buscará y buscará. —La voz le tembló al llevarse una mano al vientre—. Y cuando me encuentre, moriré, y conmigo mi hijo.

—Amor —murmuró él, sujetándola por los hombros para acercarla—, no nos encontrará. No cabalgamos a Bristol, sino a Dover, donde tomaremos el barco que sea y cruzaremos a Normandía. Confía en mí, amor. Una vez que sepa que hemos dejado Inglaterra, no mirará más allá. Piénsalo: su nuevo matrimonio es nuestro escudo. Si revela tu existencia, se declara bígamo y se priva de la dote de su nueva esposa.

Aun así, el miedo persistía en su mirada. Simon sacudió la cabeza al comprender. Tantos años como prisionera de Sebastian habían dejado huella.

—Amor, ¿cómo puedes plantarte como un león ante Oswald, que te ha descubierto, y temblar como un cordero ante la mera idea de que Sebastian te busque? —preguntó, con la esperanza de espolearla fuera de su pavor.

Ella frunció el ceño y se retorció las manos.

—Podría encontrarnos en el camino —clamó.

—Si lo hace, volveremos a luchar, él y yo —la aseguró. Ojalá pudiera armarse debidamente antes del encuentro, pero cabalgar por los caminos fuera de Stanrudde como un caballero acorazado con una sola mujer a su lado sería como llevar un estandarte rojo, llamando a Langley hacia ellos.

—Vamos, pequeña, o nos encontrará esperándolo en esa puerta —la apremió otra vez.

Sólo consiguió arrancarle otro sobresalto de miedo.

—Pero vendrá con hombres.

Simon lo sopesó un momento y luego alzó las cejas con desdén.

—No, lo conozco. No actuará distinto ahora de como lo hizo cuando planeaba asesinarte en secreto. Cuantos menos hombres sepan que sigues viva, menos tendrá que matar para guardar su secreto. Si apostara, diría que vendrá con no más de dos a su lado. Ahora, ven.

—No puedo —gimió Rosamund, horrorizada—. No lo conoces. Da igual que se haya vuelto a casar. El saber que otro hombre me ha amado lo empujará a la crueldad. Necesitará hacernos daño a los dos cuanto pueda para calmar su orgullo herido.

—Para herirte, primero tendrá que matarme —le dijo Simon, intentando calmar su miedo mientras le acariciaba la cara con dedos suaves—. Recuerda: ya nos enfrentamos una vez y lo vencí. La vida de mi madre no me ha ablandado tanto como para no poder hacerlo de nuevo. Amor, nuestro futuro nos espera más allá de esa puerta. ¡Considera las posibilidades si sobrevivimos! —la animó.

Esta vez, cuando le tomó la mano y se dirigió hacia la puerta, ella le siguió, igualando el ritmo de su trote ligero.

Capítulo 24

Estaban completamente solos. Montada en uno de los caballos de carga de Alwyna, con las faldas recogidas por encima de las rodillas, Rosamund cabalgaba junto a Simon en su montura más grande. Ni un caballo ni una carreta de bueyes cortaban la línea ondulante del camino. El terror subió en oleada. Tratando de domarlo, Rosamund clavó la vista en la vía delante de ellos, como si pudiera ver hasta Dover y el futuro que Simon le había prometido.

Su capacidad para mantener los ojos al frente vaciló y lanzó una mirada nerviosa a los bordes del camino. Gruesas hileras de olmos y hayas bordeaban la cuneta, los árboles bien podados. Eso significaba que la gente más pobre ya había entrado en el bosquecillo, usando cayados y hoces de podar para arrancar ramas secas y muertas de los árboles vivos. Esa leña, junto con las hojas en proceso de secarse, serviría de forraje para sus fuegos de invierno.

Una vez más, su voluntad titubeó. Tal como había hecho un millar de veces desde que salieran de Stanrudde, se volvió en la silla para mirar atrás. Las murallas de la ciudad hacía tiempo que se habían perdido de vista.

No había señal de Sebastian. Esta vez. Que aún no estuviera allí no significaba que no viniera tras ella.

Se estremeció. No importaba que el sol del mediodía fuera cálido, nunca había estado tan fría. Tenía los dedos helados en las riendas y las mejillas le dolían como si estuvieran quemadas por la escarcha. Lo peor de todo, su corazón no latía. Eso se debía a que no era más que una muerta en pie. ¡Ojalá pudiera montar de espaldas en la silla! Si pudiera, al menos Sebastian no tendría oportunidad de tomarlos por sorpresa.

Sólo cuando volvió a enderezarse en la montura se dio cuenta de que su cabalgadura había aminorado y bajado la cabeza hacia los mechones de hierba de la cuneta. Simon estaba ya a tres varas por delante. Con un gritito, clavó los talones en los costados de su montura hasta volver a ponerse a la par del caballo de Simon.

Simon le echó una ojeada, con el gesto sereno.

—Deberías dejar de torturarte —le dijo—. Si Langley nos sigue, dudo que lo veamos hasta dentro de unas horas. Si necesitas ocuparte en algo, ¿por qué no dedicas tus pensamientos a rezar para que tu marido no haga daño a los míos? —Sacudió la cabeza con un sonido de disgusto—. Henry fue un necio al poner su verdadero nombre en el mensaje que envió.

A Rosamund se le cortó la respiración. ¡Santa María, sálvala! ¿Cómo no había caído en que, para proteger su secreto, Sebastian quizá tendría que matar a más que a ella y a Simon?

—Simon —clamó—, debemos volver. No podemos dejar a Alwyna y a Peter sin protección.

Por alguna razón su protesta hizo sonreír a Simon. No había el menor asomo de nerviosismo o preocupación en su sonrisa. En verdad, si el mero pensamiento no fuera increíblemente insensato, Rosamund habría creído a Simon ansioso por enfrentarse a Sebastian.

—Amor, no están desprotegidos —dijo con voz calmante—. Si no lo hace mi madre, Gerard sin duda tendrá a la guardia aguardando en su casa antes de que llegue Langley. Y no creo que

Langley les haga daño por miedo a que lo detengan. ¿Cómo explicaría su agresión? ¿Diría que busca a su esposa muerta?

A Rosamund le empezó a martillear la cabeza. Se presionó la sien con el talón de la mano para aliviarlo.

—Pero, si es así, ¿por qué huimos? Nosotros también podemos llamar a la guardia y decir que nos ataca.

Él volvió a negar.

—En eso, Oswald es a la vez nuestra cruz y nuestro salvador. Sí, mi primo ha aceptado apoyar nuestro ardid, pero sólo puede hacerlo después de salir de Stanrudde. Mientras Oswald esté dentro de las murallas, debe respaldar a Langley en su acusación de adulterio. Por más daño que cause a su carrera, no le queda otra que reconocer a Langley como marido engañado y otorgarle el derecho de cometer homicidio. —Simon continuó casi gozoso—: No, es mucho mejor que nos encontremos con tu marido aquí, en este camino vacío, sin más testigos que los conejos.

La comprensión desgarró a Rosamund. La ira rugió en su interior.

—¡No sólo esperas que nos siga, quieres encontrarte con Sebastian aquí y pronto!

Con la vista fija al frente, Simon asintió. El movimiento fue firme y lento.

—Sí, y esta vez morirá. Sobre eso te doy mi juramento. Esas cicatrices que te dejó son garantía de ello —y cuando le sonrió, su felicidad fue innegable—. Y cuando esté muerto, me casaré contigo ante Dios y todos Sus ángeles.

Rosamund se quedó boquiabierta.

—¡Estás loco! Ningún clérigo nos unirá jamás. El matrimonio de nuestros hermanos hace imposible una unión legal entre nosotros.

—Me casaré contigo, Rosamund —repitió, caldeándosele la sonrisa. Era la promesa de muchas noches en lecho compartido mientras sus hijos se multiplicaban.

Aunque sabía que lo que él deseaba era imposible, el ansia de plantarse ante un altar e intercambiar votos con él la atravesó. La necesidad creció hasta que no quiso otra cosa que ser su esposa legítima.

—Basta —exclamó, deteniendo a su montura—. Te conozco. Estás tratando de nublarme el juicio usando mi deseo por ti en mi contra. Pues no funcionará esta vez, no cuando tu razonamiento está torcido y tu objetivo es absurdo.

—Si tú lo dices —concedió, sonando muy satisfecho—. Ahora aprieta los talones a ese bicho porfiado. Si le dejas holgazanear un instante, creerá que puede remolonear todo el día.

La ira de Rosamund subió un punto ante su tono tan corriente.

—¡Estoy enferma de miedo y te ríes!

—¿Qué hay que temer? —preguntó Simon, con destellos dorados en los ojos—. No pienso morir hoy ni pronto. De hecho, en cuanto pueda hacerlo sin peligro, le enviaré las gracias a Henry. Gracias a lo que hizo, ya no estoy atrapado en la casa de mi madre.

—Se acabó —dijo Rosamund, parando la montura y desmontando—. Soy una loca por amarte —le gritó desde abajo, con los brazos cruzados y el pecho lleno de lágrimas—. Voy a echar a correr hacia ese bosque y te dejaré cabalgar solo hacia Dover, jugando al escondite con mi marido todo el camino. Tal vez, una vez que te hayas ido, algún alma caritativa se apiade de mí y me dé un hogar donde nadie quiera acabar con mi vida.

—Ah, amor, no es tan grave —aseguró Simon, desmontando para abrazarla.

Rosamund no pudo evitarlo. Cuando sus brazos la rodearon, apoyó la cabeza en su hombro. Sus dedos se aferraron a la capa

mientras luchaba contra las ganas de llorar hasta vaciarse.

—Pequeña, tu miedo a Langley lo hace parecerte más peligroso de lo que es —dijo Simon, deslizándole la mano por la espalda en un viaje tranquilizador. Echándose atrás, le tomó la barbilla para alzarle el rostro. La confianza se le marcaba en cada ángulo severo y plano recio de la cara—. Debes recordar que ya estuvo a punto de caer bajo mi hoja. Confía en mí y en ese sueño sagrado tuyo. Tú y yo somos mitades opuestas de un todo. Nadie nos separará y esta vida es nuestra.

—Es posible que sea cierto, pero no puedo creerlo —protestó Rosamund.

—Inténtalo —insistió Simon.

En vez de valor, a Rosamund le asaltó un recuerdo vívido de Sebastian, sus bellas facciones torcidas por la rabia mientras le lanzaba el puño. Aunque volvió a temblar de miedo, en su fondo se encendió el desdén. Señor, era tan mala como Henry, todo autocompasión y «no puedo». ¿Qué había sido de la mujer que esa mañana se había plantado ante Oswald y ante su muerte sin un escalofrío?

—Lo intentaré —prometió, jurándoselo tanto a él como a sí misma.

Simon sonrió.

—Buena chica. Ahora, monta y sigamos.

—En un momento —dijo Rosamund, y señaló a los árboles de la cuneta—. Ya que estoy en el suelo… —dejó la frase flotando, insinuante.

La diversión devolvió el oro a los ojos pardos de Simon.

—Mujeres —murmuró con fingido desdén—. No hay manera de viajar rápido con una.

Sopló en su propio simulacro de impaciencia y se internó entre el matorral espeso y los helechos rojizos del borde del bosque, buscando un sitio con un mínimo de resguardo. Y, para que Simon no pudiera hacer de esto una broma para el resto del día, se dio prisa. Estaba enderezándose las faldas cuando un caballo relinchó con un chillido.

—¡Rosamund! —gritó Simon—. ¡Quédate donde estás!

Con el corazón ardiendo, Rosamund salió de un salto de entre los árboles. Simon estaba en el centro del camino, su manto en el

borde de la cuneta. En una mano blandía la espada y en la otra el puñal. Su caballo de carga había desaparecido, pero la gran montura de Simon se alzaba, relinchando de nuevo mientras las enormes manos delanteras arañaban el aire. Dos virotes de ballesta le sobresalían del hombro más cercano.

Desde la dirección de Stanrudde venían dos hombres a caballo, galopando a todo correr hacia Simon. Ambos llevaban el mismo chaleco de cuero que el hombre al que cazaban. Uno, de pelo oscuro y pequeño, redujo la marcha para recargar su ballesta. El otro siguió cargando, con la espada desnuda en la mano y el pelo rubio brillándole. Sebastian.

—Muere, plebeyo —gritó su marido, alzando el arma.

El terror se arremolinó en Rosamund. ¡Dios lo salve, si Simon se mantenía donde estaba, el tajo de Sebastian lo alcanzaría! El miedo por el hombre que amaba lo invadió todo.

—¡Sebastian! —gritó, saltando a través del helechal hacia el lecho del camino.

Bastó esa distracción para que su marido se atragantara en la bajada del golpe y frenara la montura. Al instante siguiente, su caballo chilló y se alzó, cascos aleteando mientras brotaba sangre: la

hoja de Simon le abrió el vientre. Aunque Rosamund gritó la alarma, una pezuña alcanzó a su amado de refilón. Simon se tambaleó, la cabeza baja, y luego cayó de rodillas, con un brazo ciñéndole el pecho.

Mientras su caballo caía, Sebastian se arrojó de la silla. La espada se le escapó de los dedos al chocar con el suelo y rodar. Cuando recuperó las rodillas, su hombre ya había alcanzado a Simon.

—¡No! —chilló Rosamund cuando el soldado FitzGerald alzó el arco y apuntó a Simon.

—¡No! —secundó Sebastian, bramando la orden airada al ponerse en pie. Con un envión veloz, recogió su espada—. Te lo advertí, es mío. Ahora haz lo que se te dijo y evita que intervenga mientras acabo con ella.

Con eso, Sebastian se volvió hacia Rosamund. Sus finas facciones eran duras, los ojos de un azul helado. Sopesó la espada en la mano, como probando su disposición a tomarle la vida. Al reconocer la rabia en su rostro, el alma de Rosamund hizo lo que aprendiera años atrás: huyó a toda prisa hacia lo hondo de sí, a un

lugar seguro. El miedo la llenó hasta dejarla rígida, casi sin poder respirar.

—Sí, tú mueres primero —le dijo, internándose en el helechal —. Y esta vez no seré tan descuidado como la última.

Se detuvo a distancia de espadazo y entonces los labios se le retrajeron mostrando los dientes en una mueca terrible. Rosamund vio cómo se alzaba la espada. El tiempo se ralentizó. Abrió la boca para gritar, pero no salió sonido. Desde el lecho del camino, a su espalda, el choque de metal contra metal sonó por encima de los alaridos agudos del caballo moribundo. Era Simon, luchando con el soldado FitzGerald. Un miedo completamente nuevo estalló en ella. Si moría, ¿quién salvaría a Simon de Sebastian?

Con ello, estalló en Rosamund la necesidad de vivir. Saltó a un lado. La hoja de su marido cortó el aire donde acababa de estar. Antes de que se clavara con un golpe sordo en la tierra húmeda, ya corría hacia los árboles. Sebastian chilló, frustrado.

Necesitaba saber cuán cerca estaba y miró por encima del hombro. Su marido no la había seguido. En cambio, giró en redondo y caminó de vuelta hacia el camino y hacia Simon.

¡Iba a matar a su amado! Lo que siguió fue rabia, casi cegadora en su intensidad. Rosamund giró tan rápido que tropezó y cayó de rodillas. Escondida entre los helechos espesos bajo sus manos había una gruesa rama, olvidada por los podadores. Sus dedos se cerraron en torno a ella mientras se ponía de pie de un salto.

Armada así, trotó tras su marido, que se retiraba. «Tú no», le dijo a Sebastian, palabras audibles sólo para sí. «Por encima de todo, no serás tú quien me robe a mi amor.»

Delante de ella, Sebastian casi había cruzado la orilla y pisaba ya el lecho de tierra del camino. Rosamund vio a Simon mirar por encima del hombro. También vio cómo el soldado FitzGerald seguía descargando golpes sobre Simon, obligándolo a protegerse e impidiéndole girarse para encarar esta nueva amenaza.

Más rápido de lo que creía posible, Rosamund corrió. En un instante estuvo a la espalda de Sebastian y alzó la rama. Con cada onza de fuerza que poseía, descargó su arma improvisada sobre la espalda de su marido. Hubo potencia suficiente en su golpe para enviar a Sebastian de bruces a la hierba, su espada girando otra vez

lejos de su mano. De nuevo, Rosamund alzó la rama. Cuando la bajó hacia él, un jadeante Sebastian rodó de espaldas.

—¡Perra! —gritó, atrapando el golpe con las manos, y luego le arrancó el madero.

Rosamund chilló cuando la corteza astillada le arañó las palmas. Retrocedió tambaleándose hasta el camino. Aún respirando a grandes bocanadas, Sebastian se puso en pie y recuperó la espada. Con el rostro torcido en una parodia obscena de furia, fue a perseguirla.

Quizá fue la histeria la causa, pero todo el miedo en Rosamund murió mientras lo observaba. Era como si viera a Sebastian por primera vez. Su chaleco de cuero estaba viejo y raído, su saya parcheada. Las calzas habían sido zurcidas tantas veces que quedaba poco del tejido original. Sí, y cada zurcido estaba hecho con el hilo de cualquier color que hubiera a mano.

¿Cómo pudo su madre verlo jamás como caballero perfecto? ¡Por Dios, si tenía los hombros estrechos, los brazos flacos y las piernas de gallina! Sí, ¡una gallina era exactamente lo que parecía! La risa, sin duda nacida de la misma histeria, le brotó de los labios.

—Oh, Sebastian, eres patético —le gritó por encima del hombro mientras trotaban por el camino.

El corazón se le alzó. Las palabras eran justo el arma que necesitaba, pues eran lo único contra lo cual Sebastian no tenía escudo. Le siguió una determinación férrea. Si Sebastian iba a ser el vehículo de su destrucción, se encargaría de que pagara caro por arrebatarle la vida. Se llevaría su orgullo con ella a la muerte.

—Sí, un patético señorito es lo que eres —lo provocó, vigilándolo por encima del hombro mientras se alejaba más por la calzada—. Vuelve a casa y dile a tu madre que quieres ropa nueva. Mírame —alzando las faldas para que él viera—, voy mejor vestida con la bolsa de un mercader, que siendo la esposa del gran señor FitzGerald.

Sus golpes dieron de lleno con un impacto asombroso. La confianza y la ira se drenaron del rostro de Sebastian. Aflojó el paso y la espada se le bajó un poco.

—Cierra la boca, perra —gritó.

—Si quieres callarme, tendrás que alcanzarme —se burló ella, caminando de espaldas ahora para observar los efectos de su ataque —. ¡Ja! No me preocupa. No eres digno de quitarme la vida.

Surcos duros le marcaron las mejillas. Sus labios se blanquearon de lo fuerte que los apretaba. Tambaleándose como un borracho, siguió tras ella.

—¿Qué? ¿Te cuesta alcanzarme? —lo aguijoneó—. No es de extrañar, considerando el tipo de caballero que eres. No eres más que una repugnante burla de hombre.

Él aulló de dolor ante esto; luego, la ira volvió a su rostro y sus pasos se afirmaron. De pronto, alzó la espada y cargó hacia ella. Con el corazón en la garganta, Rosamund se escabulló bajo el golpe. Agarrándose las faldas, saltó desde el lecho del camino al helechal. Por encima del golpe rítmico de las espadas a su espalda, oía la respiración áspera de Sebastian mientras la perseguía. Su pie encontró otra rama oculta. Con un grito, resbaló, y después lanzó la rama por detrás. Sebastian chilló cuando lo golpeó y tropezó.

Fue demora suficiente para que volviera a poner una distancia decente entre ambos. Llevando a Sebastian más arriba por la orilla, miró atrás hacia Simon. El soldado FitzGerald aún lo tenía a raya, aunque los golpes ya eran menos frecuentes. Ambos jadeaban por el esfuerzo. Debía mantener a Sebastian distraído un poco más para dar tiempo a Simon de salvarse.

Sebastian se detuvo, el pecho en vaivén.

—Corre cuanto quieras, perra —le gritó—, pero no hay escape para ti.

Saltando sobre la punta de los pies por si se lanzaba contra ella, Rosamund se volvió para mirarlo. La sonrisa de su marido era perversa.

—Dios, cuánto deseo matarte, pero tendrá que esperar. Mejor vuelvo y dejo a ese plebeyo mortalmente herido. Luego, mientras se desangra, te tenderé a su lado y lo obligaré a mirar mientras te uso. —Lo que en Sebastian pasaba por lujuria le encendió los ojos—. Me complacerá ver cómo te retuerces mientras luchas, sabiendo que no podrás vencerme.

Fue una rabia de doce años lo que encendieron sus burlas. Contra ello, el poder rugió dentro de Rosamund. Cruzó los brazos ante el pecho.

—¿Complacerte? Difícilmente. No sabes lo que es el placer de un hombre. Tu verga es un instrumento vacío, incapaz de hacer lo que debería.

El rostro de Sebastian se iluminó con un triunfo cruel.

—¿Y tú cómo lo sabrías, yegua estéril? Mejor toma lecciones de mi nueva esposa. Está encinta.

—Si lo está, la criatura no es tuya —replicó—. He oído que no venía tan fresca a tu lecho. ¿Hubo sangre en las sábanas? Si la hubo, apuesto a que la puso ella y que estabas tan borracho que no recuerdas lo que pasó en tu noche de bodas.

El rostro de su marido palideció mortalmente cuando su dardo dio en el blanco.

—¡Ja! —se regodeó Rosamund—. Eso pensaba. En cuanto a lecciones, quizá quien necesite instrucción seas tú. Verás, Sebastian —hizo una pausa para asegurar que sus siguientes palabras no erraran—, yo estoy encinta.

La punta de la espada de Sebastian cayó hacia el suelo. Se tambaleó como si ella lo hubiera golpeado. Cuando se rehízo, nuevas manchas de color le ardían redondas en las mejillas.

—Mentirosa —acusó, entornando los ojos.

—No miento —replicó, demasiado hundida en el odio y el furor para ver lo peligroso de la senda que pisaba—. En apenas estos meses, Simon ha sembrado donde tú no podías. Ha puesto un hijo en mi vientre.

—¡Mentirosa! —gritó de nuevo, su voz elevándose en un gemido doliente.

—Pobre y mimado Sebastian —arrulló con maliciosa saña—. Supongo que no es tu culpa. Fue tu madre quien te arruinó. Dime, que siempre lo he querido saber. ¿Qué hacéis tú y Matilda tras esas cortinas de cama? ¿Te acaricia el pecho? ¿Enreda sus garras ancianas en tu pelo fingiendo juegos de amor? ¿Yaces con ella como con tu esposa, como yacías conmigo?

Las palabras corrieron de su boca, derramándose sobre el lecho del camino entre ambos, expuestas a la luz del día. Sebastian se dobló. Incapaz de oír lo que tanto se esforzaba por ocultarse a sí mismo, arcó. Cuando hubo vaciado el estómago sobre la tierra apisonada, se irguió, los hombros agitándose como si sollozara.

Sólo cuando sus ojos se encontraron con los de ella comprendió Rosamund que había ido demasiado lejos. Todo rastro del Sebastian patético había desaparecido, dejando en su lugar a un guerrero frío y mortal. Con un grito asustado, alzó las faldas y echó a correr.

Sebastian no gritó ni maldijo; simplemente la persiguió. El miedo creció. Rosamund oía el golpeteo constante de sus pasos

cerrando la distancia. El aliento le abrasaba los pulmones, las piernas le gritaban de dolor.

Entonces cayó. La cabeza chocó contra el camino con fuerza suficiente para hacer girar el mundo. Gimoteando de derrota, rodó desesperada a un lado tratando de levantarse.

Sebastian, apenas jadeante ya, la pateó de vuelta al suelo. Le clavó el pie en mitad del pecho para mantenerla donde yacía. No había nada en su rostro, ni ansia de sangre ni odio ni siquiera asco. En un silencio absoluto y pavoroso, alzó la espada.

Empujando con desesperación con los talones, Rosamund se arqueó bajo el pie que la aprisionaba, luchando por vivir. Él apretó más el pie contra su pecho. El aire se le fue de los pulmones.

Sobre ella, Sebastian se torció con torpeza y bajó la espada lo suficiente para que Rosamund viera el virote de ballesta que le atravesaba la espalda. De nuevo, Rosamund se estremeció, intentando liberarse. En cambio, la presión de su pie sobre ella creció hasta que motas negras le bailaron ante los ojos. Sebastian alzó la espada, la sonrisa convertida en calavera.

—No fue lo bastante rápido —jadeó—. Te llevaré conmigo cuando me vaya.

Con un brazo apretado contra el pecho, Simon liberó el gatillo de la ballesta. ¡Jesús Dios!, había olvidado cuánto dolía una costilla rota. Delante de él, en el camino, Langley se arqueó al recibir el impacto del virote. Aunque la espada se le bajó, el hombre no cayó.

Jadeando, Simon atrapó el caballo del soldado muerto y se lanzó a la silla. Tambaleándose contra el dolor nauseabundo, hundió los talones en los ijares del animal y aferró con fuerza la empuñadura de su espada. Cada zancada le sacudía la costilla, el tormento amenazando con llevarlo a la inconsciencia. Luchando por mantenerse consciente, estrechó su atención hasta que Langley fue lo único en su campo de visión.

Con una mano asida a la silla para sostenerse, Simon alzó la hoja en busca del mismo tajo amplio que el marido de Rosamund había intentado usar contra él. Cuando el caballo alcanzó a Langley, descargó el golpe, dejando que el ímpetu de la bestia arrastrara la acometida hacia adelante.

Apretando los dientes contra la agonía, Simon sintió cómo Langley se alzaba sobre el filo de su arma. Oyó el chasquido de huesos, sin saber si eran los suyos o los del otro hombre. El dolor lo cubrió, demasiado intenso para dominarlo. Envuelto en tinieblas, se sintió caer. ¡Demasiado pronto! Maldita sea, ¿y si Langley aún no estaba acabado?

Capítulo 25

Llenando sus pulmones hambrientos con grandes bocanadas de aire, ahora que el pie de Sebastian ya no le oprimía el pecho, Rosamund rodó sobre un costado. El penetrante olor de la sangre impregnaba cada respiro. En algún lugar cercano, un caballo resopló con fuerza. Los gorriones piaban, las ardillas chasqueaban en los árboles lejanos. No había choque de espadas. Ni siquiera el arrastrar de pasos de un herido que cayera.

El pánico estalló en ella. ¿Dónde estaba Simon? Forcejeó hasta ponerse de rodillas, luchando aún por mantener firme la vista.

Su esposo yacía a un brazo de distancia, la cabeza torcida en un ángulo imposible. Al bajar la mirada, Rosamund contuvo las náuseas. ¡Santa María!, estaba casi partido en dos. ¡Oh, Señor! Si Sebastian estaba muerto, ¿por qué Simon no había ido con ella?

—¡Simon! —clamó, aunque su voz careció de fuerza, quebrada por el miedo.

Con las rodillas temblorosas, miró hacia el lugar donde Simon y el soldado de Sebastian habían combatido. El hombre FitzGerald yacía junto al caballo destripado, sus sangres mezclándose. El miedo se agudizó. Rosamund volvió la vista hacia el camino desierto.

El gran alazán de Simon estaba bajo los árboles, temblando y resoplando mientras lanzaba la cabeza hacia el hombro ensangrentado. Para su sorpresa, el caballo del soldado aguardaba más adelante, en la maleza junto al camino. En la calzada, cerca de él, algo brilló: una espada oxidada por la sangre.

Con el corazón golpeando en el pecho, corrió hacia allí. Simon yacía boca abajo entre la espesura de los helechos, casi sepultado en aquel matorral espinoso. Con un grito, se arrodilló a su lado y lo giró sobre la espalda. Tenía los ojos cerrados, el rostro inmóvil. El corazón de Rosamund se rompió al ver la mancha roja que cubría su manga y su hombro.

Con dedos temblorosos palpó su garganta hasta hallar el pulso. Emitió un leve gemido. El alivio la cegó en destellos: no estaba muerto, solo inconsciente.

La urgencia de mantenerlo con vida la llevó a arrancar los cordones de la cota de cuero, buscando sus heridas. Mientras trabajaba, repasó con la vista sus brazos y piernas, asegurándose de que permanecían enteros. Salvo la sangre del pecho, todo parecía estar en su sitio.

Cuando logró soltar la prenda, apartó el borde manchado, murmurando una oración. Su camisa no estaba empapada de sangre como temía. No osando esperar, abrió más la cota, pero al moverlo lo hizo gemir con mayor fuerza, llevándose la mano al costado.

Rosamund siguió el gesto y palpó suavemente su flanco izquierdo. Algo se movió donde no debía: tenía una costilla rota. Inclinándose, acercó el oído a sus labios. Su respiración era áspera, pero no presentaba ese burbujeo mortal que indicaba un pulmón perforado.

Convencida de que no estaba herido de gravedad, se echó atrás sobre los talones y rompió en lágrimas de alegría. Por imposible que hubiera parecido aquella mañana, vivirían.

Simon volvió a gemir y sus ojos se abrieron de golpe. Intentó incorporarse, pero cayó de nuevo con el rostro contraído.

—Por la santa verga de Cristo, cómo duele —jadeó, recuperando la plena conciencia del dolor.

—¡Simon! —exclamó Rosamund, horrorizada por la blasfemia.

Él permaneció recostado, abriendo los ojos. Por un instante la observó, y en su mirada brotó un dorado resplandor, acompañado de una sonrisa.

—Alabado sea Dios. Vives.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Y tú también —susurró, acariciándole la mejilla. Al posar las yemas en sus labios, él las besó. Rosamund rió. El sol brillaba, el día era hermoso, Sebastian estaba muerto y ellos vivirían.

Al momento, la expresión de Simon se endureció.

—Ayúdame a levantarme —pidió, aferrándose a su hombro con el brazo derecho—. La costilla está rota.

—Lo sé —respondió ella, ayudándolo a incorporarse mientras él contenía los jadeos.

Esperó a que recobrara el aliento. —¿Te duele en algún otro sitio?

—No. —Sus ojos se entornaron con fingida censura—. Esta costilla es culpa tuya. Te advertí que te quedaras quieta. Gritaste y él desvió el caballo hacia mí.

—¡Oh, Simon! —gimió, recordando el golpe del corcel de Sebastian—. Perdóname, pensé que salvaba tu vida.

El reproche se deshizo, dejando solo ternura.

—Mujer, no te entrometas donde no entiendes —replicó, antes de inclinarse a rozar sus labios con los de ella. Fue un beso suave, precioso porque significaba que aún tenían futuro.

—Basta de eso —continuó, enderezándose—. Debemos ver si Langley o su caballo llevan algo que pueda llevar al sheriff de ellos a nosotros cuando hallen los cuerpos. Ayúdame.

Con Rosamund sosteniéndolo, se acercaron primero a Sebastian. Aunque le revolvió el estómago, ella obedeció a Simon y registró las ruinas de sus ropas en busca de bolsa o talega. Solo halló un saquito con apenas unas monedas.

Luego fueron al soldado FitzGerald. Para sorpresa de Rosamund, aquel hombre portaba una bolsa mayor. Al mostrársela a Simon, él sonrió.

—Apuesto a que es la paga por matarnos. Y seguro que Langley pensaba reclamarla después de quitarnos de en medio, matando también a su cómplice.

Solo quedaba el caballo muerto. No había bolsas ni talegas, apenas el manto de Sebastian, atado a la silla. Rosamund se persignó, temblando por lo hecho, mientras Simon suspiraba aliviado.

—Gracias a Dios, Langley también quería mantener tu existencia oculta —dijo—. Debemos volver a Stanrudde cuanto antes, rezando para que nadie sepa que llegamos hasta aquí.

Se giró, oteando el camino, y soltó un resoplido de impaciencia.

—¡Que Dios maldiga la mala elección de mi madre en bestias! Seguro que tu rocín ya ha vuelto al establo. Nos queda solo un caballo. —Señaló al del soldado.

Rosamund frunció el ceño.

—Tenemos dos —objetó, señalando hacia donde el alazán de Simon aguardaba bajo los árboles.

Con pesar, Simon lo miró.

—Necio testarudo —susurró con voz quebrada—. Bien sabías que no debías huir herido. No mereces este pago tras años de servicio fiel.

Rosamund lo contempló con asombro.

—¿Lo dejarás? Pero está herido.

El dolor nubló los ojos de Simon.

—Llevarlo de vuelta con una flecha clavada nos condenaría. — Su voz fue baja, grave

En ese instante, resonaron cascos en la distancia. Simon se volvió con brusquedad y gimió por el dolor. Otro gemido siguió al ver lo que se acercaba: cuatro hombres montados, la guardia de Stanrudde, con jubones de acero y cascos metálicos.

Un gemido distinto, lleno de pánico, escapó de sus labios.

—¡Dios nos lleve! Tras todo lo hecho, aún estamos expuestos. Lo siento, pequeña. Creí de veras que podríamos escapar.

Rosamund lo miró extrañada.

—Pero ellos no saben que es Sebastian quien yace aquí. Si no lo decimos, nunca lo sabrán.

Simon negó con la cabeza. Ella ahogó un jadeo: él no pensaba mentir a la guardia. ¿Porque no quería o porque no sabía cómo? Era irrelevante. Llegó la certeza de que le tocaba salvarlos, usando las armas que conocía: la astucia y el disimulo.

Cuando los hombres tiraron de las riendas, Rosamund reconoció a dos. Uno era aprendiz del especiero, el otro, oficial de carpintero. Apenas muchachos, sus ojos se abrieron al contemplar la carnicería.

—Maestre Richard —dijo el capitán al desmontar—, ¿qué ha pasado aquí? ¿Estáis herido?

—¡Gracias al cielo que habéis llegado! —clamó Rosamund antes de que Simon pudiera hablar. Su amado la miró boquiabierto, sorprendido. Ella le lanzó una mirada de advertencia y volvió a fijarse en el capitán—. Estos hombres nos atacaron, dispuestos a matarnos, y no sabemos por qué. —Acomodó su voz con el temblor adecuado.

—Ya lo sabemos, señora Rosamund —replicó el soldado con gesto compasivo—. Fueron primero a vuestra casa, pero huyeron antes de que llegáramos.

A su lado, Simon contuvo el aliento.

—¿Mi madre? —preguntó, con voz dura.

—Está bien —aseguró el hombre—. Por fortuna, toda la casa salvo maestre Henry estaba en misa. Y fue ventura que el maestre Gerard pasara justo entonces, pues pidió auxilio. Después, cuando vuestro hermano dijo que esos hombres os buscaban y que habíais salido de la ciudad, corrimos para alcanzarlos antes de que os dieran caza.

El capitán se detuvo, frunciendo el ceño.

—¡Qué tiempos son estos, maestre Richard! Un hombre y su esposa deberían poder viajar en paz para dar gracias en cualquier santuario sin temer un ataque. —Luego sonrió—. Me alegra veros vivos para cumplir vuestra santa romería. Y felicidades por la buena nueva: vais a ser padre.

Simon parpadeó. Rosamund contuvo una risa: en las palabras del capitán resonaban las maquinaciones de Alwyna. La mujer sabía inventar una coartada precisa.

—Muchas gracias, capitán —dijo Rosamund, esta vez con gratitud sincera.

El hombre dio orden a los suyos de desmontar.

—Vamos, envolved los cuerpos en sus mantos y llevémoslos a Stanrudde para que el alguacil los vea, si le place.

Una vez los mozos echaron pie a tierra, el capitán miró a los restos de Sebastian y volvió a Simon.

—¡Por lo Santo, maestre Richard! Por muy agradecido que esté de veros vivo, esto no era lo que esperaba hallar. Os he visto practicar, sí, pero ¡dos contra uno!

Simon abrió la boca. Rosamund le cogió el brazo con fuerza, advirtiéndole con la mirada. Aún no era momento de gloriarse: debían saber qué más se había contado en la ciudad y asegurarse del apoyo de la guardia.

Mientras él la miraba sorprendido, ella mostró una sonrisa radiante al capitán.

—A fe mía, mi esposo pasó largos años en la milicia antes de llevar una vida más tranquila con su madre en Stanrudde. —Frunció el ceño con fingida perplejidad—. Lo que me confunde es que digáis que nos buscaban a nosotros y no a cualquier víctima. ¿Por qué iban a hacerlo, si nada sabemos de ellos? —Otra mentira que añadía a la lista de sus pecados. Rezó para que Dios aguardara con paciencia el día de su penitencia.

—Ah, eso —respondió el capitán, y sus ojos brillaron mientras se animaba con la historia—. Eso fue lo que alteró tanto al maestre Henry y por lo que nos suplicó que os siguiéramos. Se trata de unas letras de cambio que compró este verano a otro mercader muy necesitado de moneda. Maestre Richard, vuestro hermano me contó que solo hace poco envió mensajeros a todos los deudores, informándoles de su nuevo acreedor. En esa misma misiva, les hizo saber que vos pronto vendríais a cobrar lo que se os debía. El maestre Gerard cree que este —con un ademán de cabeza señaló hacia donde los mozos recogían los restos de Sebastian— trataba de retrasar el pago de su deuda asustando a su prestamista, y luego matando al recaudador. Como ninguno de vuestra casa lo conocía, no tendríais motivo para sospechar de él cuando llamara a vuestra puerta con la intención de cometer un asesinato.

—Ah —exhaló Rosamund, sin necesidad de fingir asombro. Vaya historia habían urdido Henry y maestre Gerard entre los dos.

Ya segura de que su secreto estaba a salvo, el verdadero sentido de sus palabras la alcanzó. Rosamund soltó un grito de preocupación:

—¡Pero habéis dicho que maestre Henry estaba solo cuando esos hombres llegaron! ¿Está herido?

—Recibió una paliza cruel —dijo el capitán, moviendo la cabeza con pesar—, pero sobrevivirá.

—Alabado sea Dios —suspiró Rosamund, y lo decía de corazón. Era difícil enojarse con Henry, cuando había hecho que se librara de su pasado.

—En verdad debemos alabar a Dios y a todos sus santos —secundó Simon, sonriéndole abiertamente. Luego, al capitán le pidió —: ¿Os importaría enviar a uno de vuestros hombres a recoger mi caballo? Está allá, en ese bosquecillo, herido. Yo iría, pero con una costilla rota, el camino de regreso será ya bastante penoso. Es más dócil que la mayoría de su raza.

El capitán escudriñó los árboles, y sus ojos se agrandaron al reconocer al gran alazán de guerra de un caballero.

—No conozco a muchos soldados rasos capaces de montar un corcel tan magnífico.

Simon hizo un gesto de desdén con la cabeza.

—En mi último puesto fui maestro de armas de un gran señor. Una noche apostó la bestia, convencido de que yo nunca ganaría.

Perdió.

—No sé por qué no me sorprende —replicó el capitán, con un deje de admiración en la voz—. Dos hombres contra uno, y solo una costilla rota… Es una fortuna que el concejo no sepa esto de vos, o yo estaría sin oficio.



A Rosamund le dolía el alma por Simon cuando por fin llegaron al patio de Alwyna. Aunque él no emitía sonido alguno, la palidez de su rostro revelaba cuánto le dolía cada bache y sacudida. Ella misma tenía una muestra de ello, pues sus propios moretones latían.

El patio estaba en silencio, el almacén cerrado a cal y canto contra los extraños sucesos del día. Pero, en cuanto detuvieron las monturas, Tom apareció por el patio como si hubiera estado aguardándolos. El hombre mayor no parecía peor tras su encontronazo con Henry aquella mañana.

—Ven, ayúdale a bajar —llamó Rosamund al desmontar—. Tiene una costilla rota, así que obra con cuidado.

Aun con los dos ayudándolo, Simon jadeaba antes de tocar el suelo. Cuando lo soltaron, se balanceó, inestable sobre los pies. Tom alargó la mano hacia su brazo.

—No me toques —soltó Simon, y luego jadeó por el dolor que le causó alzar la voz—. No lo soporto —añadió más suave.

En el piso alto de la casa, un postigo golpeó la pared. Alwyna asomó la cabeza por la abertura.

—¡Richard! —casi chilló—. ¡Has vuelto!

Rosamund rió mientras saludaba con la mano.

—Sí, estamos sanos y salvos y muy felices de regresar.

Era verdad. La costilla de Simon sanaría pronto y tendrían su vida. Era increíble que hubiese amanecido convencida de que su tiempo en la tierra terminaba, solo para eludir la muerte por partida doble y ganar la libertad de su pasado antes del anochecer de ese mismo día.

Solo entonces reparó Alwyna en la sangre que manchaba la parte delantera del chaleco de Simon.

—¡Ay, mi pobre muchacho! ¡Estás herido! —Desapareció de la ventana.

Simon extendió la mano buena para agarrar el brazo de Rosamund.

—Por favor —casi suplicó—, adelántate y detenla. No creerá que estoy bien hasta tocarme, y ahora mismo no lo soporto.

—Como quieras, amor —dijo ella.

Olvidando todo lo demás, corrió a la casa y subió las escaleras. Se cruzó con Alwyna cerca del rellano del gran salón. Desde la entrada de abajo, Rosamund oyó a Simon empezar a subir. Era: paso, parar, jadear, arrastrar, paso.

Alwyna también lo oyó. Con un grito asustado intentó sobrepasar a empujones a Rosamund.

—¡Déjame pasar!

—No —replicó Rosamund, cogiéndole el brazo y volviéndose hacia el tramo superior—. Está tan bien como puede estar un hombre con una costilla rota. Unas semanas en cama y volverá a ser él mismo. Ahora le duele tanto que no soporta que lo toquen. Ven, preparemos su cama.

Un soplo de alivio salió de la mujer cuando dejó que Rosamund la guiara hasta la alcoba. Al llegar al rellano alto, se detuvo y miró a

la mujer a la que llamaba hija de su corazón. Una nueva esperanza se mezcló con el miedo en su mirada

—¿Y qué hay del que te buscaba? —preguntó en voz baja.

—Ya no existe —respondió Rosamund, igual de quedo. Incluso allí, en la casa de Alwyna, los criados hablaban.

—Alabado sea —suspiró Alwyna, con una sonrisa radiante.

—Ahora, ¿qué es ese cuento de letras y deudas que me soltó el capitán de la guardia? —preguntó Rosamund, llevando la conversación a un terreno más seguro.

—Eso —dijo Alwyna, con una sonrisa complacida y orgullosa— fue pura brillantez por parte de Henry. Tendrías que haber visto su frenesí de preocupación por lo que había hecho. Sé que te costará creerlo, pero quería arreglarlo sin descubrirte ni permitir que Gerard supiera que no eras la sierva huidiza que él creía. Ven. Aunque estés enfadada con él, necesita hablar contigo. Se ha estado devorando esperando saber cómo terminaba todo.

Rosamund la siguió hasta la cama de Henry. Se le cortó la respiración al verlo. Sebastian había hecho un buen trabajo. Tenía los dos ojos amoratados, sangre costrada en la barbilla que le

manaba del labio partido. La cabeza vendada, con una mancha roja donde la carne se había abierto. Un brazo entablillado.

El hijo mediano de Alwyna luchó por abrir los ojos. Su sonrisa fue apenas un movimiento de labios.

—Vives.

—Mejor que eso —dijo Rosamund, y el ánimo le volvió a alzar el vuelo. Le sonrió—. Soy libre.

Las cejas de él intentaron alzarse.

—¿Me perdonas? —Las palabras silbaron entre sus labios hinchados con un dolor incrédulo.

—Claro —aseguró Rosamund—. A fin de cuentas, ¿qué hay que perdonar? Por lo que hiciste, el que me quería muerta ha sido muerto en mi lugar. Ahora Simon y yo podremos vivir la vida que deseamos.

El placer destelló en su mirada y suspiró.

—Me alegro. No me lo creo. No solo me has perdonado, sino que Gerard dice que esta paliza paga de sobra mi necedad. Habrá boda. —La humedad le brilló en los ojos—. Gracias a ti.

Rosamund le apretó la mano entera.

—Basta de eso. Estoy demasiado acostumbrada a tus pullas y tus insultos como para tolerar tanta fineza. Y no creas que vas a pasarte semanas de recuperación perezosa. No, pronto estarás en pie y de vuelta a tus deberes. Todos sabemos que la ociosidad te vuelve arisco.

Mientras Henry soltaba una risita y cerraba los ojos, Rosamund oyó a Simon arrastrarse hasta la alcoba. El hombre al que amaba se apoyó un momento en la pared, con los ojos cerrados y la cara blanca. Luego, por pura fuerza de voluntad, se irguió y, en lugar de ir hacia su cama, se encaminó a la de su hermano.

—Simon —advirtió ella, pero él negó con la cabeza y siguió hasta detenerse a su lado.

Henry volvió a esforzarse por abrir los ojos. Los medio hermanos se miraron largo rato, y entonces Simon dejó escapar un resoplido divertido.

—Creo que no hará falta que te dé una paliza.

Para sorpresa de Rosamund, Henry intentó sonreír.

—No, supongo que no. ¿Bastará lo que he hecho para mantener a salvo a tu esposa?

Simon asintió despacio.

—Bastará. Te lo agradezco. Sabes, no hacía falta esperar tanto para decirle que nos habíamos ido. Tendrías que haber soltado la noticia tras el segundo golpe. Tuviste suerte de que no te matara en el acto.

Henry se encogió de hombros y luego gimió por el dolor.

—No habría importado cuándo se lo dijera ni qué hiciera. Se le veía en la cara: pensaba matarme. Si vivo es por mis piernas inútiles. No quiso manchar su espada ni la de su hombre con sangre de un tullido. Ordenó a su hombre que me moliera a golpes. Es la primera vez que me alegro de someterme a los puños —añadió en un susurro—, sabiendo que Gerard llegaría en cualquier momento.

En el rostro de Simon aparecieron nuevo respeto y otro asentimiento.

—Parece que compartiremos cuarto de convalecencia.

—Dios bendito, no sobreviviré —replicó Henry.

Ambos rieron y, al instante, ambos cortaron la risa con idénticos jadeos. Alwyna frunció la nariz ante sus hijos.

—Idiotas, los dos. Vamos, Richard. A la cama, y deja que tu mujer te cure.

—Sí, madre —dijo él dócil, no sin antes lanzar a Rosamund una mirada risueña.

Con todo el cuidado posible, Rosamund le quitó la ropa a Simon, abriendo una costura de la túnica para no obligarlo a alzar el brazo. Tras enjuagarle la suciedad con agua templada, usó la tira de tela que le trajo Alwyna para ceñirle el pecho y el brazo, inmovilizándolo. Remató con una pócima para aliviarle el dolor. Cuando por fin se recostó contra los almohadones, soltó un suspiro largo y lento.

—Gracias —musitó aliviado, devolviéndole la copa. Con la mano libre le pasó los dedos por la cara, bajó por el arco del cuello hasta posar la palma en la curva del pecho—. Sé que eres viuda reciente, pero ¿me aceptarás por esposo?

—Lo dudo —respondió ella con una suave sonrisa—. Eres muy terco y reservado, siempre decidiendo qué me conviene sin escuchar lo que tengo que decir.

Él rió quedo.

—Tomaré eso como un sí a mi propuesta.

Rosamund sonrió.

—Nunca dudé que lo harías.

Se inclinó y posó la boca en la de él. Sus labios se movieron con suavidad, diciéndole con ese contacto lo que las palabras no podían. Con el corazón encogido por el deseo de ser algún día su esposa verdadera, Rosamund se apartó.

—Ojalá pudiéramos casarnos, Simon. Pero ningún clérigo lo hará. Por mucho que quieras, seguimos emparentados.

Simon negó con la cabeza y abrió los ojos.

—Parentesco o no, no traeré otro bastardo a este mundo. ¿Madre?

Las cortinas de la cama crujieron y las anillas rasparon. Alwyna asomó la cabeza entre los paños.

—¿Sí, hijo?

—Envía a mensaje, a Robert. Dile que estoy listo para volver y que he decidido casarme antes de aceptar las tierras que quiere imponerme. Como mi señor, debería venir de inmediato para ayudarme a arreglar esta unión.

Lo que dijo fue tan chocante que Rosamund casi salió catapultada de la cama. Ya de pie, lo miró horrorizada e incrédula. Si el marido de Aveline la encontraba, no solo se enfadaría con su hermano, sino que querría exponerla.

—¡No! ¡Tu hermano solo puede odiarte cuando vea que soy yo con quien quieres casarte! ¡Soy la hermana de su esposa!

Simon le devolvió una mirada paciente, pero inflexible.

—¿Cómo podría odiarte, si eres la mujer a la que amo? Robert debe venir. Él puede hacer lo que yo no.

El pánico de Rosamund solo creció.

—No vendrá. No puede. Simon, somos parientes. Nada puede cambiar eso.

—Te preocupas demasiado, amor —murmuró él, cerrando los ojos—. Ahora déjame dormir. Madre, haz lo que digo y envía ese mensaje cuanto antes. Robert debe llegar antes de que Oswald se marche de Stanrudde.

Mientras Rosamund buscaba nuevas protestas, él ya se había dormido. Ella se volvió hacia Alwyna.

—Di que no harás esta locura —suplicó—. Si el señor de Beamont viene, no tendrá más remedio que separarnos.

—Richard tiene razón, Rosamund —repuso Alwyna, apartando las cortinas y rodeándola con los brazos—. Te preocupas demasiado. Robert quiere mucho a su hermano. De hecho, si apostara, diría que Robert ya sabe que estás aquí, viva y sana, viviendo con mi Richard.

—Eso no es posible —protestó Rosamund—. Si lo supiera, haría todo por separarnos.

La sonrisa de Alwyna fue ligera y casi juvenil.

—Ja, si acierto y esa criatura es niña, la llamarás como yo. Hablando de tu bebé, ¿todo bien?

Eso sobresaltó a Rosamund. Al instante cerró los ojos y buscó en su interior. Todo estaba como debía, por lo que podía juzgar.

—Creo que sí —respondió.

—Bien, entonces solo nos preocupan tus otras heridas. ¿Sigues sangrando?

Rosamund frunció el ceño, aún sorbiéndose las lágrimas.

—¿Sangrando? No estoy sangrando.

—¿Entonces de dónde ha salido esto? —Alwyna tocó la falda del vestido azul de Rosamund.

Rosamund miró las manchas rojas, ya secas, y recordó a Sebastian de pie sobre ella, atravesado por el virote y sangrando. De pronto, aquel día tan prodigioso se volvió demasiado para soportarlo. Le tembló la boca. Nuevas lágrimas le surcaron las mejillas.

—Necesitas un baño largo y caliente para sentirte mejor —arrulló Alwyna, dándole palmaditas en la mejilla—. Ven a la cocina, hija mía, y deja que yo me ocupe de todo.

Capítulo 26

El resto de aquel día y la noche siguiente transcurrieron para Rosamund en una agonía de preocupación. Simon despertó dos veces, pero se negó a hablar con ella sobre el asunto de su matrimonio. Eso la hacía alternar entre el deseo de desatar su furia o de llorar sin fin. Cuando el sol volvió por fin a la mañana siguiente, se levantó para dejarse arrastrar por el torbellino de sus tareas cotidianas.

Una vez que la casa hubo roto el ayuno, salió a hacer sus compras, con una lista larga y la bolsa bien provista. Alwyna quería suplantar la habitual comida copiosa del mediodía con un simple refrigerio, para ofrecer luego a la familia una rica cena. Parecía que Upwood estaba lo bastante cerca de Stanrudde como para que existiese la posibilidad de que lord Beamont llegara aquella misma tarde a cenar con ellos.

La niebla matinal aún envolvía la ciudad. Entre ella, todos los colores se apagaban en sombríos tonos de gris y el mundo se volvía

un lugar apacible, atrapado en un espeso silencio. Harapos de humedad se arremolinaban en torno a los tobillos de Rosamund y se posaban en sus hombros mientras avanzaba por la calle. Envuelta en aquel anonimato forzado se sentía a salvo. Por ese rato, podía ser solo Rosamund, ama de casa en Stanrudde, sin mayor decisión que tomar que elegir el ganso más gordo o si servir un queso curado o fresco.

Casi una hora más tarde regresó. Al subir las escaleras hacia el salón, la risa de Alwyna le llegó desde lo alto. Rosamund se detuvo, dubitativa y nerviosa, y escuchó. Alwyna hablaba en inglés, no en el francés normando de la nobleza. Respiró aliviada: lord Robert aún no había llegado. Aunque no prestó atención a lo que decía, el hecho de que la madre de Simon sonara tan complacida, su voz animada subiendo y bajando, la hizo preguntarse si Gerard había vuelto con más planes de boda. Por si acaso, agachó la cabeza y se deslizó dentro del salón, esperando no interrumpirlos.

—Aquí está, por fin —exclamó Alwyna.

Rosamund se detuvo y alzó la cabeza. Lo que vio la dejó tan atónita que la cesta se le resbaló de las manos. Cayó al suelo a sus pies, desparramando pan y quesos, un ganso y manzanas por las

tablas. Lord Beamont estaba de pie junto al hogar, copa en mano. Vestía todavía su malla de caballero, con el manto empapado arremolinándose alrededor de sus botas manchadas de barro. Alwyna se aferraba a su brazo, el rostro radiante de alegría pese a la penumbra de la sala.

El marido de su hermana la recorrió con la mirada de arriba abajo. Rosamund tembló. Ninguna emoción se dibujaba en los toscos rasgos de lord Beamont. Levantó una ceja.

—Vaya, encontrarme con un fantasma en un lugar tan común como este —dijo en un inglés fluido, y remató la frase con una sonrisa. Rosamund la leyó en el giro de sus labios: no estaba ni un ápice sorprendido de hallarla allí—. Me alegra verla con tan buen semblante, lady Rosamund, cuando tan recientemente temimos por su vida.

—Lo sabíais —dijo ella con llaneza, demasiado sorprendida para devolverle un saludo.

—Él lo sabía —rió Alwyna con alegría.

—No lo sabía —protestó lord Robert, pasándose una mano por el cabello oscuro—. Mi hermano fue muy cuidadoso con lo que me

contó, temiendo que yo pudiera salir perjudicado si su disparatado plan salía a la luz.

—¡¿Disparatado?! —replicó Simon desde lo hondo del sillón más cercano al noble.

Lord Robert extendió la mano en gesto de ayuda. Simon se levantó de la silla y volvió el rostro hacia la mujer que estaba decidido a desposar. Llevaba una bata, con solo una manga ocupada, mientras la otra colgaba vacía a lo largo de su costado herido.

—De disparatado nada, Robert, pues mira cómo tengo ahora cuanto buscaba lograr. —Extendió su mano buena, invitando a Rosamund a acercarse—. Ven, amor, ven a saludar como es debido a mi hermano.

—Y una vez lo hagas, te daré los saludos de tu hermana —añadió lord Robert.

—¿Aveline lo sabe? —Eso era demasiado para que Rosamund lo creyera, después de la reacción horrorizada de su hermana en la torre, cuando las sorprendió juntos. Negó con la cabeza—. Si lo sabe, no puede aprobarlo.

La sonrisa de lord Robert se atenuó un poco.

—Es cierto, lucha con todas sus fuerzas contra lo que sucede aquí, pero prefiere mirar hacia el día de volver a verte antes que llorarte. Le turba, sobre todo, tu tumba, sabiendo bien que quien yace allí no tiene derecho a hacerlo.

Alwyna se limitó a encogerse de hombros.

—Si Dios no ha escupido el cuerpo hasta ahora, entonces no le debe de importar mucho que repose allí.

La profunda risa de lord Robert, tan parecida a la de Simon, hizo que Rosamund se sobresaltara.

—Curioso —dijo—, pero eso mismo le dije a mi esposa. ¿Ves lo que paga mi padre por haberte hecho mi nodriza y dejarme demasiado tiempo a tu cuidado? Me has contagiado tu cinismo y tus herejías. Será culpa tuya si San Pedro me cierra las puertas del cielo. —Unos destellos de burla suavizaron sus ojos grises al sonreír con afecto a la madre de su medio hermano.

—Cuida tu lengua —replicó Alwyna, levantando la mano en advertencia—. Aún sé dar un buen sopapo.

El noble alzó las manos como si temiera.

—Mil perdones si ya no tiemblo ante tu amenaza, Alwyna, pero pienso que hoy necesitarías un taburete para alcanzarme las orejas.

Rosamund miró de un rostro a otro y negó, demasiado aturdida aún para asimilarlo.

—No, no puedo creerlo. Lord Robert, no podéis decirme que permitiréis que Simon me despose. No solo somos parientes, sino que estoy arruinada y sin conexiones. Aunque no fuese su familia y la vuestra, no tengo dote, ni siquiera una pulgada de tierra en mi nombre. Como señor, ¿cómo podéis consentir que vuestro vasallo tome por esposa a una mujer tan inadecuada? ¿Qué ganáis con esta unión?

—Tenéis una dote —repuso lord Robert—. Simon me cuenta que recibió unas joyas de vuestra madre por vos.

—¿Unas joyas? —exclamó—. No podéis aceptar eso.

Un ceño fruncido cruzó el rostro de lord Robert y miró a Simon.

—¿Estás seguro de que quiere casarse contigo? No parece muy ansiosa por ello. Aunque lo entiendo —añadió con un destello divertido en la sonrisa—. Yo tampoco estaría emocionado de casarme contigo.

—¡Basta ya! —replicó Simon, dándole un manotazo en el hombro, aunque se contrajo al sentir que le dolía más a él que al noble.

Rosamund los observó en silencio, atónita, y luego miró a Simon.

—¡No le importa! —Las palabras le saltaron de los labios, incrédula aún.

Su amado solo le sonrió.

—¿No te dije que se alegraría? No, más que alegrarse, está casi regocijándose. Por tu causa, por fin me tiene atrapado donde siempre me quiso.

El poderoso marido de su hermana soltó una carcajada.

—Milady, por supuesto que no me importa. Vos sois la respuesta a las oraciones de mi hermano y, por tanto, también a las mías. Si ha de teneros, deberá recibir de mí sus tierras y darme a cambio su juramento. No podéis imaginar cuánto he aguardado esto.

Miró a Simon y su expresión se suavizó un poco.

—Pero ahora que he sentido tu ausencia, hallo que las tierras de nuestro tío en Normandía están demasiado lejos de Beamont para soportarlo. Prefiero tenerte más cerca de mí.

Simon rió.

—Yo también te he echado de menos, hermano. Nunca más abandonaré la vida para la que fui criado. Agradece a mi madre: fue su casa —alzando la mano señaló la estancia— y su modo de vida lo que me devuelve a tus brazos.

—Ya te lo dije cuando llegaste, que no tenías madera de mercader —rió Alwyna con cariño—. Eres y siempre has sido nada más que un testarudo caballero.

Despacio, con cuidado, Rosamund cruzó la sala. Al acercarse a Simon, él extendió el brazo, ofreciéndole la seguridad de su abrazo. Ella lo aceptó, dejándose atraer contra él.

—Me duele que tengas tan poca confianza en mí —se quejó, aunque la luz de sus ojos decía que bromeaba—. ¿Ha vuelto tu esperanza?

—No —respondió ella, apoyando la cabeza en su hombro—. Lo único que tengo claro ahora es que tu hermano está tan loco como tú. ¿Le has contado que Oswald nos detesta?

Simon negó.

—Cuando vea que Robert me respalda, lo que le hicimos dejará de importarle tanto. Ve, amor —añadió, posando un beso en su

frente—. Métete en la cocina y obra tu magia. Un banquete repleto de buenos vinos no puede sino ayudar a nuestra causa.



—¡Robert! —protestó Oswald, sentado ahora en la mejor silla de Alwyna, con una copa de vino especiado entre sus dedos enjoyados. Su mirada titubeó hacia Rosamund, que estaba en un taburete junto a la butaca de Simon—. Lo que pides es imposible. Ella es la hermana de tu esposa y él, tu medio hermano.

—Oswald —replicó lord Robert con suavidad desde su puesto junto al hogar. El noble lucía cada pulgada de su rango con una túnica de terciopelo pardo, ribeteada con bordados dorados—. Tengo tierras que ansían a su señor, y Simon no las tomará si no tiene a Rosamund por esposa. Vamos, la pobre muchacha está encinta, y ya hay bastardos suficientes en esta familia. Creo que debemos verlos casados lo antes posible. Tiene que haber un modo.

—¡No lo hay! ¡Son parientes! —replicó el clérigo.

Ante esto, los hombros de Rosamund se vencieron. En algún momento, entre conocer esa mañana a lord Robert y esta comida,

sus esperanzas habían escapado a su férreo control: había empezado a creer que el noble podía obrar el milagro prometido. Ahora morían.

—Me parece que le pedís demasiado —dijo en voz baja—. Ya hace bastante por Simon y por mí accediendo a encubrir la verdad de que sigo viva.

Alivio y algo parecido a la gratitud cruzaron el rostro de Oswald.

—¡Veis! Una mujer entiende donde vos no, Robert. No podéis pedirme lo imposible.

Simon se inclinó desde la silla contigua y le tomó la mano, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Oswald —dijo—, Rosamund FitzGerald ha muerto. Lo sabemos cierto porque su nombre está grabado en una tumba de la abadía de Beamont. La que veis es una huérfana, nacida en Stanrudde, que nada sabe de su linaje. Siendo como soy de corazón compasivo, me casaría con esta pobre huérfana —añadió, sonriéndole.

—Qué bondadoso —se burló Oswald—. Si no es más que una huérfana, sin dote ni familia, te bastará con un amancebamiento

(handfast).

—No es suficiente —dijo Robert—. Su hijo debe llevar su nombre.

—A mí me basta con un amancebamiento —murmuró Rosamund.

—Y a mí no —replicó tercamente Simon—. La desposaré.

—Oswald, piénsalo —rió Robert—. Imagina lo que puede traer esta boda. Durante toda su vida estarán pagando misas y haciendo donativos para aplacar la ira de Dios por su pecado. ¡Con lo que cueste su pecado podría fundarse una abadía! —Luego su expresión se volvió seria—. Más en concreto, Oswald, necesito a Simon instalado en sus dominios. Ahora dime cómo podemos casarlos para tenerlo como mi vasallo.

Frente a la determinación del noble, la vacilación se estampó en el rostro de Oswald. Se encogió en lo hondo de la silla.

—No puedo.

Junto a la mesa, Alwyna alzó las cejas con altivez.

—Sé que prometí callar —advirtió, dejando claro que pensaba hablar aunque la detuvieran—, pero con monedas y el sello

adecuado, todo es posible. Mañana, veinte hombres buenos, honrados y veraces jurarán que ella es Rosamund de Stanrudde, huérfana criada en tal o cual casa. Traed a vuestro escribano. Mañana mismo tendréis su genealogía entera ante vos, rastreando su estirpe hasta el rey Alfredo. En esa lista no hallaréis ni un solo parentesco con mi hijo.

—¿Y por qué no? —se encogió de hombros Robert—. Si un hombre puede falsificar un árbol familiar para probar que está emparentado con la esposa a la que ya no quiere, ¿por qué no inventarle a ella una identidad que convierta en legítimos a los hijos que serían bastardos?

—¿Y vos, lady Rosamund? —preguntó Oswald, frunciendo el ceño al buscar de nuevo su apoyo—. ¿Permitiréis que conviertan en mentira toda vuestra vida?

Dentro de Rosamund, la necesidad de ser esposa de Simon pugnó con lo que decía el clérigo. Mordiéndose el labio, miró a Simon.

—Tiene razón. Una cosa así haría de toda mi existencia una mentira —susurró, para que solo él la oyera—. ¿No manchará eso nuestra unión?

Simon se inclinó para rozarle la frente con los labios.

—Esta es una mentira que sirve a un buen fin, amor —le susurró—. Me niego a que Oswald nos separe con lo que interponga entre nosotros. Piensa en ese sueño sagrado tuyo. Frente a él, ¿por qué no aportar la carne que satisfaga las exigencias de la sociedad y bailar al son de sus rituales vacíos? Además, con este método damos a nuestros hijos una familia completa y más opciones de matrimonio.

Con sus palabras, la aceptación llenó a Rosamund. Sintiendo renacer la esperanza, sonrió. Al leerle el gesto, Oswald gimió. Rosamund miró a Alwyna.

—Si puedes hacer tal cosa, que así sea; pero solo si Simon jura ante todos que esta será la última falsedad entre nosotros.

—Así lo juro —respondió Simon al instante.

La derrota cruzó las facciones angulosas de Oswald. Hizo girar la copa entre las manos durante un largo momento. Por fin negó con la cabeza.

—No funcionará. Esa identidad servirá para quienes no conocen a lady Rosamund, pero ¿qué hay de los que la han visto y pueden nombrarla?

El agarre de Simon sobre la mano de Rosamund se apretó hasta que ella lo miró. La certeza ardía en sus ojos.

—Amor, la garantía que Oswald busca ya me la ofreciste. ¿La ofrecerás otra vez, ahora, para que todos la oigan?

Comprendiendo, Rosamund se irguió en su taburete y se aferró a su futuro con ambas manos.

—Oswald, tenéis razón: podrían reconocerme; pero para eso, tienen que verme. Me basta con convertirme en la esposa extraordinariamente tímida de Simon, incapaz de soportar extraños y que prefiere quedarse en casa cuando él sea llamado a la corte de su señor. Con el paso del tiempo, la primera Rosamund será olvidada, pues apenas fue conocida fuera de FitzGerald y Benfield.

Desorientado, al ver caer su última barrera, Oswald negó.

—¿Cómo podéis prometer algo así, siendo una carga tan grande?

Rosamund sonrió. Al otro lado de la estancia, también Alwyna sonrió. Ambas reconocían que Oswald hablaba desde la ignorancia de un varón en un mundo de varones.

—Quizá para vos sería una carga —respondió con dulzura—, pero debéis recordar que nunca he tenido el lujo de viajar. Toda mi

vida me han tenido cerca. Los primeros doce años, para satisfacer los sueños egoístas de mi madre; los segundos doce, para colmar los caprichos retorcidos de mi marido. No conociendo otra vida, me siento cómoda en el aislamiento. Además, quienes conozcan y acepten lo que hacemos vendrán a verme.

—¿Y tú, hermano? —preguntó lord Beamont a Simon—. ¿Podrás soportar que tu esposa no sea incluida en nuestra familia?

Simon rió.

—Robert, tu amor por mí a menudo te ciega. Yo mismo me he excluido de la mayor parte de la familia que compartimos, pues desaprueban tu afecto hacia mí.

—¡No es cierto! —replicó Oswald con rapidez—. Bueno… quizá no del todo. A mí nunca me molestaste.

—Hasta hace poco —le recordó Simon con suavidad.

Oswald desechó sus palabras con un ademán despreocupado.

—Las cosas han cambiado desde ayer —indicó, en tono amistoso.

Simon lanzó a Rosamund una mirada cómplice y risueña. Ella le devolvió la sonrisa. Conocía bien a su familia.

—Así pues, amor —dijo—, te lo pregunto otra vez: ¿te casarás conmigo y dejarás que te tenga cerca, tras mis propios linderos?

—Feliz, por toda mi vida —respondió ella, floreciéndole la alegría. Pese a que todos observaban, se inclinó y posó un beso en los labios de Simon. Suspiró cuando él le correspondió. Al crecer el calor entre ambos, él extendió un brazo para atraerla más.

Oswald gimió.

—Estoy harto de veros besándoos. Juro que ésa es la única razón por la que accedo a esto. Señora Alwyna, traiga a sus testigos. Sus observaciones y recuerdos serán debidamente recogidos y se creará a Rosamund de Stanrudde.

Con eso, la alegría de Rosamund se volvió casi insoportable. Se soltó de Simon y volvió a su taburete. Volviéndose, miró a la mujer que pronto sería su suegra.

—Alwyna, sobre esta nueva herencia mía…

—¿Sí hija mía? —preguntó Alwyna, con una sonrisa amplísima.

—Más vale que me eches un buen chorro de sangre normanda, o nadie querrá casar a sus hijos con los nuestros. No me importa volver a ser bastarda.

Mientras la alegre risa de Alwyna resonaba en las vigas, Rosamund sostuvo la mirada atónita de Simon con una sonrisa irónica.

—Es verdad, amor, nunca me importó.

Epílogo

—¡Lord Meynell! —El grito del niño resonó a través de la espesura del bosque, deslizándose entre rodales de abedules y alisos, tejos y abetos.

Simon se volvió sobre su corcel; su almexía de cuero crujió bajo la capa empapada. La lluvia se colaba en diagonal por el dosel de hojas recién brotadas y le salpicaba las mejillas. Un palafrén montado por un jinete diminuto avanzó por el sendero y se detuvo junto a Simon.

—Mi señor, la partera dice que debéis venir —anunció el muchacho con voz firme—. Vuestra señora está de parto.

Simon frunció el ceño ante semejante despropósito.

—No puede ser —soltó de mala gana—. La partera juró que la criatura esperaría otras dos semanas.

Uno de los guardabosques del obispo rió.

—¿Es el primero, mi señor? Si fuera el segundo sabríais que los críos llegan cuando les place. Si la partera dice que vengáis, más vale que vayáis.

Con eso, el terror que Simon había mantenido a raya durante meses lo atravesó como una cuchillada. Las mujeres morían al parir; la madre de Robert lo había hecho, y también dos de las esposas de Robert. De hecho, el año pasado la propia lady Aveline se había salvado por poco de ese mismo destino.

Espoleó a su montura y la lanzó al galope, deseando cabalgar su caballo y no aquella bestia cortas de patas. Maldita sea, ¿por qué había aceptado ser guarda del coto del obispo? Ahora estaba a diez millas de Meynell.

Cuando por fin salieron del bosque, Simon hizo volar al caballo por la llanura verde. Delante, el paisaje se elevaba en una colina de creta. Encima, los gruesos muros de su nuevo hogar parecían fundirse con las nubes bajas. Atravesó el pueblo al pie de Meynell, espantando gansos y lechones, y luego su montura tronó por la poterna armada de su casa.

En el patio, el viento húmedo siseaba alrededor de la torre compacta del torreón, llevándose el humo que salía por el

respiradero del tejado de su salón de madera. Saltó del animal jadeante mientras un mozo tomaba las riendas, subió a zancadas la escalinata delantera del salón, arrancándose la capa empapada a medida que iba. La dejó caer al empujar la puerta y cruzó la gran estancia.

El salón estaba vacío; ni siquiera los perros acudieron a recibirlo. Inquieto, alargó el paso hacia el tabique de madera que había levantado para crear un aposento privado para Rosamund y para él. Las bisagras de cuero de la puerta chirriaron al abrirse.

La preocupación se multiplicó por cien al entrar en la alcoba. Salvo el crepitar chisporroteante del fuego en el hogar, ningún sonido ni movimiento quebraba el silencio. ¿Dónde estaban las criadas, la partera? Al otro lado, la cama; la luz de las llamas jugueteaba en los ricos pliegues de las cortinas. Las colgaduras estaban corridas.

Ya ahogado en terror, cruzó la estancia de un salto y apartó la tela. Rosamund, con los ojos cerrados, yacía absolutamente inmóvil entre las sábanas revueltas. Su cabellera dorada estaba desparramada en desorden salvaje por los almohadones. Sombras oscuras le marcaban los ojos, y la boca apretada por el agotamiento.

A Simon se le paró el corazón. La criatura, su criatura, la había matado. Se dejó caer sentado en el borde del colchón. Rasgado entre las ganas de llorar y la urgencia de demostrar que no estaba muerta, se quitó un guante y presionó con los dedos fríos su garganta. Ella dio un respingo con su contacto, se movió y abrió los ojos.

El grito de sorpresa se le murió en la garganta, sofocado por el alivio.

—Vives —suspiró, deslizándole los brazos por debajo para alzarla y atraerla contra su pecho.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y volvió el rostro hacia la humedad fría de su cuello.

—Oh, Simon —sollozó, con la voz áspera de tanto gritar y un poso de decepción—. Solo te he dado una niña.

—¿Y qué me importa? —dijo, y lo sentía de veras, aunque durante meses no hubiese imaginado otra cosa que a su nuevo hijo —. Vives.

La estrechó un instante más y luego se echó hacia atrás y le sonrió.

—¿Dónde está entonces esta preciosa criatura nuestra? Quiero ver a la responsable de haberte robado con tanta descortesía este último mes.

—La partera se la ha llevado para bautizarla —murmuró Rosamund, y nuevas lágrimas le asomaron a los ojos.

Eso lo sorprendió.

—¿Ya? ¿No podían esperar a que volviera?

El miedo oscureció la mirada de Rosamund.

—Oh, Simon, todas dicen que es tan chiquita que temen por su vida, sobre todo después de que todo fuese tan deprisa. Ay de mí —lloró, con lágrimas ahora sí resbalándole por las mejillas—, ¿por qué no pude esperar a la semana que viene, cuando llega mi hermana? A la pequeña Alwyna le correspondería al menos un padrino noble, como corresponde a la heredera de Meynell.

—Anda, amor —la calmó—. Tu hermana seguirá siendo su madrina. Repetiremos la ceremonia para que lo sea.

Sin el bulto del embarazo entre ellos, la atrajo y posó la boca en la suya. Sus labios temblaron primero, y lo que empezó como una caricia suave se encendió en un beso ardiente que nada tenía de consuelo. Por fin apartó la boca.

—Por Dios, qué gusto volver a rodearte con los brazos —susurró contra su frente.

La risa de su esposa fue húmeda.

Por la puerta abierta del salón resonaron voces emocionadas. Simon dejó a su mujer sobre el colchón, se puso en pie y miró hacia el vano. Un tropel de gente, con la partera en cabeza, cruzaba el salón hacia allí. En brazos de la comadrona, un hatillo de mantas. Entró en su estancia privada como si fuera dueña del lugar, le enseñó una sonrisa mellada, testimonio de su propia prole abundante, y depositó el fardo en sus brazos.

—Vuestra hija, mi señor —anunció la mujer como si hubiese hecho más que ayudarla a venir al mundo—. Es una preciosidad, sin manto ni tacha que la afee.

Simon miró al pequeñísimo ser entre sus brazos y no vio belleza alguna. Pero era tan diminuta y tan indefensa, tan necesitada de su protección, que le dolió el corazón de pensarlo. Así debió de sentirse su padre con él, y así ama un padre a su hijo, sin atender a razón ni lógica.

—Ven a sentarte conmigo —ordenó su esposa.

Aún envuelto en la niebla de un afecto naciente, obedeció y se dejó caer en el colchón. Rosamund se inclinó para quitarle a la niña la cofia del bautismo y acarició con la yema de un dedo los mechoncitos oscuros de la minúscula coronilla.

—Mira —dijo, ya sin rastro de la tristeza anterior—, tiene tu pelo. Pero creo que la cara es como la mía —añadió, trazando con un dedo la línea de la mejilla del bebé.

—Gracias a Dios —replicó Simon entre risas.

Eso hizo que la niña en sus brazos se sobresaltara. Empezó a hacer ruiditos lastimeros. La partera adelantó los brazos.

—Puede darme la criatura, mi señor —mandó.

—No —cortó Simon, sin gustarle el tono de la mujer—. No voy a permitir que semejante persona toque a mi hija preciosa. Pueden dejarnos solos.

Aunque la comadrona resopló ante un despido tan brusco y poco habitual, todos obedecieron, y una de las criadas cerró la puerta al salir. Ya a solas, él volvió a mirar a su niña. Por Dios, apenas una docena de años y tendría que entregarla a otro hombre. La resistencia brotó. ¡Demasiado pronto!

En sus brazos, la pequeña se agitaba cada vez más. Sus quejidos crecieron y la cabecita se volvió hacia un lado. Por fin arrugó la cara y rompió a berrear.

Murmurando, Rosamund tomó a la niña de sus brazos. Se acomodó apoyando la espalda en el cabecero. Simon la miró pegar a su hija al pecho. Al ver cómo la pequeña hozaba hasta encontrar lo que quería, contempló cómo se ablandaba la expresión de Rosamund. Tanto amor le tocaba las facciones que Simon suspiró. Ella alzó la vista y sonrió.

—¿No te decepciona que sea una hembra? —preguntó, con voz cálida.

—¿Decepcionar? —arqueó una ceja, conteniendo la sonrisa—. Muchísimo. Qué fracaso el tuyo, esposa. Por tu culpa me veo obligado a padecer las tribulaciones del vasallaje de mi hermano: título, tierras, casa, esposa y, ahora, familia.

Rosamund rió.

—¡Ay! Ya vuelves a burlarte.

Él sonrió.

—Así es. ¿Y tú qué? ¿Contenta con esta vida nuestra?

—Sí —su sonrisa creció—. Pero estoy muy agraviada contigo, pequeña —dijo, tocando con un dedo la cabeza de su hija—. Me has tenido demasiado tiempo lejos del lecho de tu padre.

Eso encendió la diversión de Simon. Se inclinó como para confiarle un secreto a su hija.

—Atiende bien, pequeña Alwyna —susurró—. Es peligroso interponerse entre tu madre y su lujuria.

—No es lujuria —protestó Rosamund—, es la necesidad de mi corazón de sentirte, de que me muestres una vez más cuánto me amas.

Con sus palabras, el cuerpo de Simon se tensó de ganas de hacer justamente eso.

—¿Quién se burla ahora? —rezongó.

Se puso en pie, se despojó de la almexía, la túnica y las botas embarradas. Quedó en camisa y calzas, y volvió a sentarse junto a Rosamund. Ya acomodado, miró a su hija. La pequeña Alwyna tenía los ojos cerrados mientras mamaba.

—Eso es, pequeñina. Mantén los ojos cerrados —se inclinó y posó la boca en la de su mujer—. Tengo algo que mostrarle ahora mismo a tu madre —susurró contra sus labios.